

INÉDITO

# ESPACIO NOS MORIMOS



**EMELIE  
SCHEPP**

HarperBolsillo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

## 28001 Madrid

Despacio nos morimos

Título original: Slowly We Die

© 2018, Emelie Schepp

© 2019, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

© Traducción, Carlos Ramos Malavé Publicado originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books, S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Mario Arturo Imágenes de cubierta: Shutterstock

ISBN: 978-84-17216-51-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

## Argumento

Un desvío accidental en el corte...

Un incidente trágico en la mesa de operaciones deja a un paciente con secuelas de por vida y lleva a un joven y prometedor cirujano a abandonar la medicina... ahora, años después, una serie de horribles asesinatos sin sentido azota a esa misma comunidad médica...

Una venganza asesina... El arma: un bisturí. ¿Pero quién exactamente está atacando a las víctimas? ¿Por qué? ¿Qué desvelan las horripilantes pautas de estos crímenes? ¿Y quién será quien lo pare? La fiscal especial Jana Berzelius, que tiene que ocultar sus propios oscuros secretos, está al cargo de la investigación. Lo que no puede saber, hasta que finalmente se acerca al asesinato, es cuan relacionada está la muerte de su propia madre con el caso.

Este intrincado e inexorable thriller médico mantendrá a todo el mundo intentando averiguar la verdad hasta su amargo final.

A mi padre

## Prólogo

La mujer abrió los ojos y me miró. Sus manos comenzaron a agarrar el aire con desesperación, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Advertí su sorpresa, su confusión, y le susurré que no había alternativa, que era demasiado tarde, ya había visto demasiadas cosas en la parte trasera de la ambulancia. Debería haber mantenido los ojos cerrados, no debería haber mirado a su alrededor como una entrometida, no debería haberme visto guardarme el anillo.

—Lo siento —le dije mientras le tapaba la nariz y la boca con las manos—, pero ¿qué harías tú en mi lugar?

No me respondió. ¿Cómo iba a hacerlo?

Forcejeó de nuevo para apartar su cara de mis manos, en un último intento desesperado. Su cuerpo delgado se agitó de un lado a otro sobre la camilla. Trató de agarrarme las manos, pero en su lugar sus dedos se aferraron a mis brazos con un pánico creciente. Me rasgó la piel con las uñas, pero no me detuve y apreté con más fuerza. Intentó gritar y oí un balbuceo. No podría aguantar mucho más; empezó a perder la fuerza y parpadeó varias veces sin que le cayera ninguna lágrima.

Y entonces, por fin se produjo. La certeza. Aquel era el final. Su cerebro se liberó del resto de pensamientos y aceptó la realidad, espeluznante y cristalina. No emitió

ningún sonido, salvo un débil suspiro cuando se rindió, cuando su cuerpo al fin se relajó y se quedó completamente quieto.

Aparté la mano de su boca y escuché el silencio. Sonreí. Resultaba muy sencillo, innegable y absoluto.

Era una variación del plan inicial, sí, pero aun así suponía un comienzo. Me invadían y emocionaban la expectación y la venganza.

# 1

## *Miércoles*

Philip Engström se apoyó en la encimera negra de la cocina del puesto de ambulancias de Norrköping. El aire fresco de la primavera se colaba por una ventana abierta. Alcanzó la taza que había en la máquina del café, la envolvió con los dedos y disfrutó de su calor. Después atravesó la habitación, se sentó en uno de los sofás y dio un par de sorbos antes de dejar la taza en la mesita que había al lado. Le quedaba una hora para terminar el turno de noche de las ambulancias. Tenía que resistirse al deseo de cerrar los ojos y dormir, aunque solo fuera durante unos minutos. Sabía que no debía ceder al cansancio; debía mantenerse despejado tras los estresantes acontecimientos de aquel turno, pero no pudo evitarlo. Se quedó dormido y soñó con una potente cascada. Entonces oyó gritar a alguien, se despertó de un brinco, pasó las manos por encima de la mesita y tiró su taza de café.

—¡Philip!

—Hola, Sandra —respondió medio dormido.

Sandra Gustafsson se hallaba a dos metros de él, con una mano en la cadera. Tenía el pelo rubio y los ojos del mismo verde que su ropa de trabajo. Era la nueva paramédica, la más reciente de una serie de contrataciones. Tenía veintipocos años, era competente, trabajadora y parecía preocuparse por sus compañeros.

—¿Sigues cansado? —le preguntó.

—En absoluto —dijo Philip, se levantó y limpió el café de la mesa con un rollo de papel de cocina antes de volver a sentarse en el sofá.

Sandra lo miró cuando intentó disimular un bostezo, después se acercó a la máquina del café, agarró dos tazas y las llenó.

Philip no pudo evitar sonreír cuando le ofreció una de ellas. Dio un sorbo y miró el reloj.

—Ya casi es la hora de irse a casa —comentó ella.

—Sí —respondió.

—¿Quieres que hablemos antes de irte?

Se sentó en el reposabrazos del sofá. Su cuerpo era esbelto y estaba tonificado.

—¿De qué?

—De la paciente que ha muerto.

—No. ¿Por qué iba a querer hablar de eso? —preguntó antes de dar otro sorbo al café, aún medio dormido, pensando que debería empezar a cuidarse un poco. La naturaleza de su trabajo implicaba que, con frecuencia, su sueño se veía interrumpido, y como resultado no dormía lo suficiente. Sabía que necesitaba más de una hora aquí o allá.

—Ha sido una situación rara—dijo ella.

—El típico ataque al corazón. ¿Qué tiene eso de raro?

—La paciente podría haber sobrevivido.

—Pero no ha sido así, ¿vale? —Philip escuchó el zumbido de la cafetera y pensó en la mujer que había muerto en su turno. Observó que le temblaban las manos.

—Me preguntaba cómo te sentirías al respecto —dijo Sandra.

—Sandra —respondió dejando su taza sobre la mesa—, sé que intentas apoyarme, pero ese rollo psicológico conmigo no funciona.

—¿Así que no quieres hablar?

—No. Ya te lo he dicho.

—Pensaba que...

—¿Qué pensabas? ¿Que podríamos sentarnos en círculo y abrazarnos? Podríamos ponernos también el pijama.

—Según el protocolo...

—Déjalo ya. Llevo cinco años trabajando como enfermero de ambulancia. Sé perfectamente cuál es el protocolo.

—Entonces, también sabrás que no está bien quedarse dormido durante un



aviso.

Se hizo el silencio en la habitación.

—Piensa en lo que ocurriría si alguien se enterase —susurró Sandra.

—Nadie se enterará —respondió él—. En lo que a mí respecta, eso está incluido en la confidencialidad laboral.

—¿Qué?

Philip miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie cerca.

—Ya lo has oído.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡No puede ser! —exclamó Sandra.

—¿Por qué no? —preguntó mirándola a los ojos.

—Estás loco —dijo ella—. Es absolutamente...

—Sé que suena raro.

—¿Raro? Suena mal...

Philip miró hacia la puerta y pensó en lo mucho que desearía marcharse del trabajo en ese mismo instante. Quería sentir la paz, oír el silencio y, sobre todo, librarse de Sandra.

—Lo siento, Philip, no puedo dejarlo pasar. Eres tú el que la ha fastidiado, no yo.

—Nunca la fastidio, que quede claro. Y no es por eso por lo que ha muerto la paciente.

—¿De verdad te lo crees?

Philip se quedó mirándola mientras se pasaba una mano por el pelo y tomaba aire para calmarse.

—De acuerdo —dijo tras una pausa—. Esto es lo que vamos a hacer. Si, al contrario de lo que creo, alguien descubre que me quedé dormido un momento durante un aviso, prometo que informaré de ello yo mismo.

—¿Y qué pasa conmigo si eso ocurre?

—Puedes culparme a mí de todo. Di que te daba miedo decir algo porque eras nueva y todo eso. Di que es todo culpa mía.

Sandra se quedó mirándolo.

—¿Trato hecho? —preguntó Philip.

—Sí, por esta vez —respondió Sandra—. Pero deberías tener más cuidado. Un incidente más y tendré que notificarlo.

—Gracias —dijo él, se inclinó hacia delante y le puso una mano en el hombro.

—Hablo en serio —insistió Sandra.

—Lo sé —respondió Philip poniéndose en pie.

La fiscal Jana Berzelius estaba sentada en una de las sillas del estudio de radio con las piernas cruzadas. Estaba esperando su turno para ser entrevistada por Richard Hansen, el presentador del programa matutino para el Canal P4 Östergötland de la radio sueca. Cuando vio la señal de Hansen, Jana se acercó en silencio hasta el asiento situado frente a él y se puso unos auriculares. Escuchó mientras Hansen cambiaba de tema y anunciaba que, a continuación, tenían a la fiscal de Norrköping Jana Berzelius, para hablar del incremento en la actividad de las bandas criminales.

—Extorsión, robo y ataques violentos con martillos, cuchillos y armas automáticas. La violencia de las bandas sigue creciendo. Jana Berzelius, usted lleva varios años como fiscal investigando el crimen organizado aquí, en Norrköping. ¿Cuál cree que es la razón de este aumento de la violencia que estamos experimentando?

Jana se aclaró la garganta.

—Para empezar, hemos de recordar que estamos hablando del número de delitos denunciados, que un aumento de la criminalidad, estadísticamente hablando, no es lo mismo que un verdadero aumento de la criminalidad...

—¿Quiere decir que las cifras mienten?

—Lo que vemos es que la violencia de las bandas aumenta en toda Suecia, al mismo tiempo que la violencia en la sociedad en general está disminuyendo.

—¿Y qué es lo que provoca el incremento de la violencia de bandas?

—Hay diversas explicaciones posibles —dijo ella.

—Diga algunas.

Jana se inclinó hacia delante.

—Ya ha nombrado usted las más importantes en su presentación, y estoy de acuerdo en que el incremento del acceso a armas de fuego y el aumento de la segregación social y económica son factores que contribuyen a este contexto.

—Como sabe, hemos estado siguiendo a las bandas criminales de Norrköping —dijo Hansen mientras ojeaba los papeles que tenía delante—. Nuestras historias sobre la actividad de las bandas en lo referente al tráfico ilegal de armas, narcóticos y personas son las historias más seguidas. Ha pasado un año desde que se destapó el asunto y apenas ha habido mejoras en ese aspecto. Se han dictado pocas sentencias de cárcel, muy pocos casos han llegado a juicio y mucha gente dice que el sistema legal sueco no funciona. ¿Deberíamos preocuparnos?

—Siempre hay riesgo de error en el sistema judicial criminal, lo que en casos desafortunados puede llevar a condenas injustas o a la ausencia de condena.

—¿Un fiscal partidista podría suponer un riesgo semejante?

—Sí, igual que los informes policiales manipulados, los testigos periciales engañosos o los falsos testimonios. Nadie, ni siquiera una fiscal como yo, puede negar que, en ocasiones, esos peligros tienen como resultado condenas injustas —dijo Jana.

—¿Y qué opina de esas voces que piden sentencias más duras para los crímenes violentos, por ejemplo?

—No podemos demostrar que las sentencias más duras tengan como resultado un menor número de delitos. Sin embargo...

—En Estados Unidos han priorizado las sentencias más estrictas y, como resultado... —dijo Hansen.

—Pero estamos hablando de Suecia. De Norrköping, concretamente —aclaró Jana.

Hansen volvió a mirar sus papeles.

—Las sentencias más estrictas son uno de los puntos importantes de la política legal de la oposición.

—El principal deber de la política criminal debería ser trabajar para que haya más oportunidades de prevenir la delincuencia.

Hansen la miró y dijo:

—En el llamado Policegate, los mandamases de la policía y los empresarios han sido acusados de entorpecer a la justicia, aceptar sobornos y de tráfico de drogas, y es probable que reciban sentencias de varios años de cárcel, si se les condena.

—Así es.

—Por lo que tengo entendido, el Policegate es un asunto complejo y especial. Además de los peligrosos grupos relacionados con delitos violentos, también está involucrado un oficial de muy alto nivel que abusó de su autoridad.

—Se refiere al inspector de la Policía Nacional Anders Wester —dijo Jana—. Pero aún no tenemos toda la historia y no han sido interrogados todos los sospechosos...

—Eso es cierto, pero no puede negar que se necesitan sentencias duras en unas circunstancias tan especiales, para establecer un precedente sobre cómo nuestra sociedad ve este tipo de delitos, ¿no es verdad? Se trata de nuestra confianza en las fuerzas policiales.

—No puedo hacer comentarios sobre este caso —dijo Jana.

—Pero ¿no está de acuerdo en que el sistema penal es una herramienta que sirve para que la sociedad se dé cuenta de las severas consecuencias que acarrearán los diferentes delitos? —

preguntó Hansen.

—Sí, pero, como ya he dicho, no hay pruebas de que un endurecimiento de las sentencias tenga como resultado un menor número de delitos, al menos a corto plazo.

—Si la he entendido correctamente, usted cree que, en su lugar, deberíamos invertir más recursos en políticas centradas en la prevención, ¿y esa es la única manera de disminuir la delincuencia?

—Sí, por supuesto.

—¿Y qué le ha llevado a esa conclusión? Jana lo miró directamente a los ojos.

—La experiencia.

El enfermero Mattias Bohed caminaba por el pabellón 11 del Hospital Vrinnevi con su compañera Sofia Olsson. Frente a la habitación 38 había sentado un guardia de seguridad llamado Andreas Hedberg, con la espalda recta y las manos cruzadas. Cuando los dos enfermeros se acercaron, Hedberg sonrió con timidez a Sofia y se puso en pie para abrir la puerta. Una vez hubieron entrado en la habitación, Hedberg volvió a cerrar con llave tras ellos, encerrándolos en su interior.

El sospechoso de asesinato Danilo Peña había estado recuperándose en aquella habitación privada, con un guardia de seguridad apostado fuera las veinticuatro horas del día. Mattias no sabía sobre el paciente mucho más de lo que había leído *online*: que se trataba de un criminal que se había visto involucrado en lo que se había denominado Policegate. Era sospechoso del asesinato de varias chicas tailandesas implicadas en el tráfico de drogas. El personal de enfermería seleccionado de forma aleatoria para cuidar de él había recibido una advertencia estricta: absolutamente nadie podía quedarse a solas con el paciente en la habitación.

—¿Alguien se ha olvidado de apagar la luz? —preguntó Sofia cuando vio que la lámpara situada junto a la cama estaba encendida.

—No —respondió Mattias—. No creo.

La habitación privada era pequeña y, además del habitual equipo médico y los monitores, solo tenía una cama, una mesilla de noche y una silla.

Sofia sacó una pequeña botella de cristal y la agitó con cuidado antes de extraer el líquido con una jeringuilla.

—Ah, por cierto, te enteraste de que el paciente se despertó ayer, ¿verdad? —le preguntó.

—Estás de broma.

—Pues sí —respondió ella con una sonrisa.

—¿Intentas asustarme?

—No, solo quiero que tengas cuidado.

El paciente estaba tumbado en la cama, muy quieto, salvo por el movimiento rítmico de su pecho al subir y bajar con la respiración. Estaba tumbado boca arriba, con los ojos cerrados, un monitor cardíaco pegado a su pecho y los brazos metidos bajo la manta.

Mattias mantuvo la distancia, aunque sabía que el paciente estaba inconsciente debido a la medicación.

—¿Qué es lo que te pasa? Estaba de broma —dijo Sofia al ver lo nervioso que estaba—.

Nunca ha mostrado síntomas de despertarse. Apenas se ha movido, ha estado así siempre que he venido.

—Pero, en teoría, podría despertarse si la medicina no es lo suficientemente fuerte.

—Oh, por favor, relájate.

—Pero, en serio, ¿qué ocurriría si se despertara?

—No se va a despertar —insistió ella. Se acercó a la cama y habló al paciente con voz tranquila, diciéndole que era hora de la inyección.

—¿Por qué le hablas, si no te oye?

—Supongo que es la fuerza de la costumbre.

Sujetó la jeringuilla con el sedante en la mano izquierda y, con la derecha, levantó la manta.

—¿Podrías echarme una mano? —le preguntó a Mattias.

Él se acercó y se situó junto a ella, después le limpió el brazo al paciente con una gasa impregnada en alcohol. Le pareció que Danilo Peña estaba muy delgado. Probablemente habría perdido mucha masa muscular tendido en aquella cama de hospital.

Rodeó la cama y tiró la gasa a la papelera mientras veía a Sofia acercar la jeringuilla al brazo de Peña.

—Dulces sueños —dijo ella.

Justo entonces, Peña movió la mano y abrió los ojos. Sofia dio un respingo

y dejó caer al suelo la jeringuilla, que rodó bajo la cama.

—¿Está despierto? —preguntó Mattias, que había retrocedido varios pasos hacia la puerta.

—No. ¿Ves?, tiene la mirada nublada. Sigue inconsciente, pero no me esperaba que...

Quiero decir que me ha sorprendido.

Se agachó para recoger la jeringuilla y estiró el brazo por debajo de la cama, pero no podía alcanzarla.

—Está en tu lado. ¿Puedes recogerla mientras preparo una nueva?

Mattias miró nervioso al paciente antes de arrodillarse. Veía los pies y las piernas de Sofia por debajo de la cama. La jeringuilla estaba pegada a la pared; notó que su placa de identificación y los bolígrafos que llevaba en el bolsillo de la pechera le arañaban el pecho al serpentear para alcanzarla.

En ese momento oyó un ruido sordo sobre su cabeza. Miró a su alrededor, pero ya no vio las piernas de Sofia.

—¿Sofia? —preguntó mientras se incorporaba con la jeringuilla en la mano.

Sintió una subida de adrenalina al ver la manta retirada y la cama vacía. Tirada sobre la silla que había junto a la cama se encontraba Sofia, con los brazos laxos y los ojos cerrados. Se quedó mirándola, con el corazón latiéndole tan fuerte que le palpitaba en los oídos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que debía pulsar el botón de alarma y pedir ayuda, o llamar al guardia, pero su cuerpo se negaba a obedecerle. Dio un paso atrás, se volvió lentamente y descubrió al paciente de pie, muy quieto, detrás de él, a dos pasos de distancia, con los puños apretados y una mirada siniestra. Apretó la jeringuilla con más fuerza y la levantó con intención de defenderse.

—Ni se te ocurra —le dijo Peña, dando un paso hacia él.

Mattias intentó clavarle la jeringuilla, pero sus movimientos fueron demasiado predecibles, Peña le agarró el brazo y se lo retorció, lo que le provocó un intenso dolor por todo el cuerpo.

—¿Qué quieres? —preguntó Mattias—. Dime lo que quieres, puedo ayudarte...

El dolor del brazo le impedía seguir hablando. No podía aguantarlo más y dejó caer la jeringuilla al suelo.

—Quítate la ropa.

—¿Qué?

—Quítate la ropa. ¡Ahora!

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Mattias, pero permaneció quieto. Se sentía paralizado, como si fuera incapaz de moverse.

Solo cuando Peña repitió las palabras por tercera vez las entendió. Mientras se quitaba la camisa blanca por encima de la cabeza y la dejaba caer al suelo, vio que Peña había soltado los cables de los monitores y los había tirado al suelo.

—Los pantalones también.

Mattias miró hacia la puerta.

—¿Eres estúpido? Date prisa.

El puñetazo fue tan rápido que Mattias no tuvo tiempo de reaccionar. Se tocó la boca con cuidado y sintió la sangre entre los dedos.

Peña se agachó y recogió la jeringuilla.

—Por favor —le dijo Mattias—, haré lo que quieras...

—Los pantalones.

Mattias se desató con rapidez el cordón de los pantalones blancos y se los bajó hasta las rodillas. Intentó sacar una pierna, pero se le enganchó la tela en la deportiva. Perdió el equilibrio y cayó hacia un lado. Sintió un dolor agudo en la cadera al golpear el suelo, pero siguió agitando la pierna. Por fin logró quitarse las deportivas y los pantalones y se fijó en que tenía la piel de gallina. Pensó en su hijo, Vincent, que siempre se desnudaba muy despacio. Siempre tenía que apremiar al muchacho para que se diera prisa cuando era la hora del baño o de irse a la cama, pero se prometió a sí mismo que jamás volvería a hacerlo. Jamás, pensó, sintiendo un nudo en la garganta.

—Se te olvidan los calcetines. ¡Vamos!

Mattias se quitó los calcetines y miró a Peña.



—Tengo familia, un hijo...

—Levanta —ordenó Danilo—. Y métete en la cama.

Mattias tropezó al moverse, apenas tenía control sobre su cuerpo, pero logró mantenerse en pie y sentarse sobre la cama. Esperó, jadeante y tembloroso.

—Ahora ¿qué?

—Túmbate —le dijo Peña.

—¿Aquí? ¿En la cama?

—En la cama.

Mattias advirtió que las sábanas seguían calientes cuando apoyó la cabeza sobre la almohada.

Estaba incómodo, pero no se atrevía a moverse. Junto a la cama vio el monitor cardíaco y el portasueros. Peña se inclinó y le puso el monitor cardíaco a Mattias, después recogió del suelo la camisa y los pantalones y se los puso. Los pantalones le quedaban grandes. Se volvió hacia él, retiró la sábana y acercó la jeringuilla original a su pecho desnudo, dos centímetros por encima del corazón.

—Es la hora de la inyección —le dijo con desdén.

Mattias vio cómo la aguja le atravesaba la piel. Entonces todo sucedió tan deprisa que no tuvo tiempo de reaccionar antes de sentir el frío que se extendía por sus venas. Apareció un puntito rojo en la herida provocada por el pinchazo y manchó la sábana blanca. Debería haber sentido miedo, pero no sintió nada. Lo único que podía hacer era observar.

Peña dijo algo, pero sus palabras sonaron con eco, como si estuvieran en un túnel. Mattias lo vio ajustarse la camisa blanca, recoger el bolígrafo que se había caído al suelo, metérselo en el bolsillo y mirarse en el espejo. Se pasó ambas manos por el pelo oscuro antes de volverse hacia él.

—Dulces sueños —le dijo.

Caminó hacia la puerta. Mattias la oyó abrirse y cerrarse de nuevo.

«Esto no puede estar pasando», fue lo último que pensó.

Y entonces se produjo. El silencio. Seguido del frío. Comenzó por los pies

y las manos, y fue extendiéndose desde las piernas, los brazos y la cabeza hacia el corazón. Y, después, la oscuridad.

## 2

### *Número desconocido*

Jena Berzelius suspiró, ignoró la llamada y colocó su móvil boca abajo sobre el escritorio.

Rara vez, casi nunca, respondía al teléfono si el número no aparecía en pantalla, y de momento no quería que la molestaran.

Había abandonado los estudios de radio a pie, había bajado la colina y atravesado Järnbron, después había recogido su maletín en su apartamento y había conducido hasta su despacho en el edificio de la Fiscalía Pública. Una vez en su mesa, contempló la pantalla del ordenador y comenzó a escribir. Su móvil volvió a sonar. Esta vez levantó el teléfono y miró la pantalla, en la que volvía a leerse *Número desconocido*. Justo entonces oyó un golpecito en la puerta de cristal. Levantó la mirada y vio a su compañero Per Åström allí de pie con una sonrisa. La saludó con la mano.

Había llegado a disfrutar de la compañía de Per y, de vez en cuando, cenaban juntos. Per era, en términos prácticos, la única vida social que se permitía tener. No le gustaba socializar en general y no sentía la necesidad de quedar con gente solo porque sí. Para ella, las conversaciones tenían sentido solo a efectos de trabajo. Cuando estaba en el juzgado, era capaz de elaborar largas declaraciones para presentar los hechos, pero las conversaciones personales suponían un desafío; un desafío que no le interesaba aceptar. Quería que su vida privada siguiese siendo privada.

Per volvió a llamar e hizo gestos para preguntarle si podía entrar. Jana miró de nuevo su teléfono, que seguía sonando, y después a Per. Si le dejaba entrar, perdería más tiempo de trabajo, tras haber malgastado ya toda la mañana en la radio. Per no era de los que contaban la versión resumida de una historia y, aunque la viera mirar el reloj, no captaría la indirecta de que tenía cosas mejores que hacer que escucharle a él. La decisión era sencilla. Negó con la cabeza como diciendo «ahora no», lo cual pareció confundirlo. Jana dio

media vuelta sobre su silla, se llevó el teléfono a la oreja y respondió a la llamada.

—Hola, ¿hablo con Jana Berzelius? Soy el doctor Alexander Eliasson. — Su voz sonaba notablemente tranquila—. ¿La pillo en un buen momento para hablar?

Jana frunció el ceño.

—¿De qué se trata, doctor Eliasson? —le preguntó.

—Siento llamar así, pero... me gustaría que se acercara al hospital.

—¿Por qué?

—A primera hora de esta mañana ha acudido una ambulancia a casa de sus padres en Lindö y...

—¿Cómo está?

—Me temo que...

—Mi padre, ¿cómo está?

—No llamo por su padre.

—Lo siento, pensaba que...

Tomó aliento.

—He estado intentando localizarla toda la mañana —dijo el médico—. Su padre y yo somos amigos desde hace mucho tiempo.

—Últimamente a mi padre le cuesta comunicarse —dijo Jana.

—Sí, lo sé, y siento mucho lo que le sucedió.

—Se lo hizo él mismo.

Miró por la ventana y vio los pájaros sobrevolando las azoteas.

—¿Por qué dice que llama, entonces?

—Me temo que la ambulancia no llegó a tiempo al hospital.

Pasaron unos segundos mientras Jana intentaba ordenar sus ideas.

—¿Está hablando de mi madre? —preguntó.

—Sí —respondió el doctor—. Lo siento mucho, pero su madre...

Margaretha... ha fallecido.

El sol se asomó entre el manto de nubes y los árboles desnudos proyectaron sombras delgadas sobre el asfalto. El inspector jefe Henrik Levin aparcó junto a un Volvo y se quedó sentado allí unos segundos, con las manos en el volante. Vio los coches patrulla y supo que los técnicos forenses ya habían llegado. Los agentes habían registrado la zona y habían recopilado material grabado por las cámaras de tráfico. Se había producido un amplio despliegue policial para buscar a Danilo Peña, que al parecer se había escapado del hospital.

—¿Hola? ¿Piensas quedarte ahí sentado todo el día? —Mia Bolander había abierto la puerta del copiloto y le dirigió a Henrik una mirada cansada. Él apagó el motor, salió del coche y caminó con Mia hacia la entrada principal.

Mientras avanzaban, examinó la zona. Vio las miradas curiosas de la gente y a los agentes uniformados de pie, con las piernas separadas, a cada lado de las puertas giratorias. Después desvió la mirada por el aparcamiento hacia la pequeña arboleda antes de mirar de nuevo los edificios del hospital.

—Es probable que se haya marchado hace mucho —dijo Mia al ver su mirada—. Pero es muy atrevido por su parte salir caminando por la entrada principal.

—Si es eso lo que ha hecho —respondió Henrik—. Han salido cuatro autobuses de la zona, veintitantos coches privados y dos ambulancias, pero nadie lo ha visto.

—¿Hemos bloqueado las salidas del hospital? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y monitoreado los autobuses?

—Los hemos comprobado, pero nada.

—¿Los servicios de transporte para discapacitados?

—Ahí tampoco, nada.

—¿Y los taxis?

—Hemos hablado con todas las compañías, pero no tenemos nada.

—¿Y cómo vamos a atraparlo esta vez? —le preguntó Mia con un suspiro.

—Ya se ha dado la alarma. Pero bien podría seguir en algún lugar de las instalaciones del hospital.

—Lo dudo —dijo Mia arrugando la nariz—. ¿Y el guardia?

—Sigue desaparecido. Probablemente Danilo se lo llevara consigo.

Con un movimiento ensayado, Henrik levantó el precinto policial de plástico y dejó pasar a Mia antes de pasar él también por debajo y caminar hacia el pabellón 11. Advirtió el brillo que salía de la habitación 38 y vio a la técnica forense Anneli Lindgren agachada en mitad de la habitación. Su mono blanco protector crujió cuando se incorporó. Se quitó la mascarilla y les hizo un gesto con la cabeza. Henrik entró seguido de Mia. Ambos miraron a su alrededor. El aire era cálido y había una huella de mano roja en el suelo.

—Hemos encontrado las huellas de las pisadas de Danilo Peña, de modo que sabemos que se levantó de la cama aquí. —Anneli señaló el lado derecho de la cama—. Atacó a la enfermera aquí, dejándola inconsciente. Cayó sobre la silla, donde la encontramos.

—¿Y el otro enfermero? —preguntó Mia.

—Estaba inconsciente en la cama cuando llegamos.

—¿En la cama?

Anneli asintió.

—Desnudo —añadió.

Henrik se metió las manos en los bolsillos y desvió la mirada hacia la puerta.

—Así que Danilo Peña obliga a Mattias Bohed a quitarse la ropa y tumbarse en la cama, después se viste con su ropa quirúrgica, le pide al guardia que abra la puerta y abandona la habitación.

Se acercó lentamente a la puerta.

—Así que Peña abandona la habitación... —repitió mientras salía al pasillo—, ataca al guardia, pero no lo deja aquí.

—Es probable que se lo llevara porque quiera usarlo de rehén —comentó Anneli—. Pero nadie los ha visto. Al menos de momento.

Henrik miró hacia el techo y se rascó la barbilla.

—De modo que abandona el pabellón con ayuda del guardia, pero no va a la entrada principal...

—No, probablemente bajara por la salida de incendios, por allí —explicó Anneli, señalando el final del pasillo.

—Muéstramelo.

Recorrieron el pabellón, dejando atrás varias habitaciones, y se detuvieron frente a la puerta de la salida de incendios.

—No hemos tenido tiempo aún de revisar todos los ascensores —dijo Anneli—, pero mira esto. —Señaló una huella dactilar ensangrentada en el marco de la puerta—. Tengo que volver ya —dijo.

—De acuerdo —respondió Henrik. Oyó sus pisadas alejarse y se quedó para examinar la huella. Después abrió la puerta con cuidado, bajó lentamente por la escalera hasta el siguiente nivel y se quedó frente a esa otra puerta, que examinó con el mismo cuidado. Cuando estaba a punto de girar el picaporte, advirtió otra huella ensangrentada. Abrió la puerta del pabellón 9

muy despacio. Procedente del pasillo, oyó una televisión que emitía a todo volumen un programa de decoración de interiores. Oyó la música del programa y la voz del presentador, que al parecer estaba enseñando a los telespectadores a construir una escalera de mano. Se dirigió hacia allí. Pasó por delante de la habitación y vio a una anciana con pantalón de flores sentada en el sofá, con la mirada fija en la televisión.

Pasó frente a algunas habitaciones más, todas con la puerta cerrada. Al final del pasillo se fijó en que la puerta de uno de los armarios de almacenaje estaba entreabierta. Mientras inspeccionaba la zona, con el ruido de fondo de los martillazos procedentes de la televisión, trató de calcular cuántos civiles habría en las inmediaciones. De pronto oyó un gemido en el interior del armario. Sacó su arma y aguantó la respiración unos segundos. Después empujó la puerta hasta abrirla del todo con la mano izquierda y apuntó con la pistola hacia la oscuridad.

—¡Policía! —gritó, pero entonces bajó el arma, con el corazón aún acelerado, cuando vio que no era Danilo Peña el que se encontraba allí.

Era el guardia

Jana Berzelius no se molestó en esperar a que el semáforo se pusiera en verde antes de atravesar Albrektsvägen y correr con el coche por Gamla Övägen. Mientras conducía, reprodujo mentalmente la conversación que acababa de mantener con el doctor Alexander Eliasson, que decía que su madre había muerto. Por su cuerpo se extendía una sensación de irrealidad que cada vez la sorprendía más. Su madre —no su madre biológica, sino la mujer que la había adoptado— había sido una de las pocas personas con las que había tenido algo parecido a una relación. Pero ¿la quería? No, quizá no.

Cuando recibió la noticia sobre la muerte de Margaretha, quiso gritar con todas sus fuerzas y romper algo. ¿Por qué nadie de su entorno podía estar a salvo? Pero, en su lugar, se quedó de pie en su despacho, muy quieta, como para no dejar entrar al dolor, no concederle espacio dentro de ella. Después, sin decirle nada a nadie, había abandonado el despacho, había bajado las escaleras para tomar aire y después se había montado en el coche.

En la entrada principal del Hospital Vrinnevi, donde la ambulancia había llevado a su madre, Jana advirtió una fuerte presencia policial, pero le restó importancia y entró por la puerta de Urgencias.

Un hombre con la frente despejada y una barba canosa extendió la mano y la saludó con amabilidad.

—Hola, soy el doctor Alexander Eliasson. Hablamos por teléfono.

Jana se presentó.

—Estoy ansiosa por conocer la causa de la muerte —le dijo al doctor.

—Sí, lo comprendo —respondió Alexander con un tono amistoso y tranquilo—. Su madre, Margaretha, ha muerto de un ataque al corazón. Y, aunque la ambulancia llegó deprisa, los paramédicos no pudieron salvarle la vida. Como seguro sabrá, el ataque al corazón es la causa de muerte más común en Suecia.

Jana asintió.

—¿Qué opina? —le preguntó el médico—. ¿Vamos a... verla?

Volvió a asentir.

Caminaron por un pasillo. Jana no tenía prisa por enfrentarse a aquello, pero al mismo tiempo quería quitarse de encima la identificación del cadáver cuanto antes. Caminaba unos pasos por detrás del doctor. Él la miró y trató de sonreírle, pero Jana esquivó su mirada.

—Es duro, lo sé —le dijo—. Pero, al mismo tiempo, es parte importante del proceso de duelo. He oído que mucha gente dice que ver a sus seres queridos una última vez les provocó una sensación de alivio, un consuelo.

No respondió.

—Pero, sin duda, hay muchas maneras de sentir, pensar y actuar cuando nos enfrentamos al destino que nos aguarda a todos. Especialmente cuando se trata de un padre. ¿Estaban muy unidas su madre y usted?

El hombre intentó seguir conversando, pero se rindió pasado un rato, al darse cuenta de que no estaba interesada. Jana tenía la atención puesta en sus propios pasos; pensaba en las pequeñas, casi imperceptibles reverberaciones que provocaba en su cuerpo cada paso que daba.

—Imagino que, en su profesión, estará acostumbrada a ver a personas fallecidas, pero puede afectar de manera diferente cuando se trata de alguien cercano —comentó el doctor cuando llegaron a la habitación.

Jana guardó silencio y él murmuró algo mientras giraba el picaporte de la puerta; esta se abrió lentamente. La dejó entrar primero y Jana sintió su mirada inquisitiva. ¿Qué esperaba?

¿Pena y nervios? ¿Desesperación, gritos y súplicas? En vez de mirarlo a los ojos, Jana se quedó en mitad de la habitación sin mover un solo músculo. Toda la estancia era amarilla. El suelo de linóleo, las paredes, el tubo de ventilación. Había una mesa y dos sillas, y una foto impresa en la pared con un cielo azul sobre un valle. Por lo demás, la habitación carecía de personalidad.

Una habitación para la muerte.

Su madre, Margaretha Berzelius, estaba tendida en una camilla con el cuerpo cubierto por una sábana blanca. Sus manos, pequeñas y pálidas, descansaban sobre la sábana. Se le notaban los tendones bajo la piel. Le faltaban las gafas. Tenía los ojos cerrados, pero su boca estaba abierta.

Jana advirtió los leves hematomas que tenía su madre en las fosas nasales y supuso que se deberían a la reanimación cardiopulmonar.



—Lo siento muchísimo —le dijo el médico mientras acercaba una silla, pero Jana negó con la cabeza.

—¿Hemos terminado? —preguntó.

—No hay prisa —respondió él—. Tómese su tiempo.

Jana apretó los dientes.

—Gracias —dijo—, pero me gustaría marcharme.

Philip Engström abrió la puerta de su casa de una sola planta en Skarphagen, entró, encendió la luz y se quedó allí parado mientras la puerta se cerraba a su espalda con un ruido sordo. A juzgar por el silencio, su esposa, Lina, no estaba en casa. ¿Tendría una conferencia? ¿O estaría en la biblioteca trabajando en su tesis? No recordaba lo que le había dicho el día anterior cuando se marchó a trabajar.

Bostezó mientras se quitaba los zapatos y la chaqueta. Siguió hasta el cuarto de baño, extrajo una pastilla del blíster de Imovane —una pastilla para dormir— y se la tragó con un poco de agua. Después se metió en la boca otro sedante, Sobril, y se lo colocó al final de la lengua para evitar su horrible sabor. Se tragó esa pastilla también. Tenía problemas para dormir desde hacía por lo menos diez años. Pero lograba arreglárselas siempre y cuando tomara las pastillas que su médico le recetaba. Solo podía dormir con medicación, de modo que su sueño nunca era profundo ni reparador, aunque al menos dormía.

Mientras se secaba las manos con la toalla, se dio cuenta de que le faltaba algo en el dedo anular. Levantó la mano y comprobó que su alianza de bodas había desaparecido. ¿Dónde la había visto por última vez? ¿En la sala de personal? ¿En la ambulancia? ¿En la taquilla? No tenía ni idea. ¡Maldita sea! Fue al dormitorio, se tumbó en la cama, se cubrió con la colcha y cerró los ojos. Trató de relajarse, pero no pudo. Empezó a dar vueltas, se quitó la colcha de encima dando patadas y después volvió a cubrirse con ella. ¡Mierda!

La conversación con su compañera Sandra no le había tranquilizado. Sabía que tenía buena intención, pero le ponía nervioso. Si no se hubiera hecho amiga de Lina, no toleraría sus intromisiones. Claro, a veces uno podría querer hablar de algo para procesarlo. Pero, en ese caso, ¿de qué iban a hablar? De nada. Absolutamente nada. Una paciente había muerto de camino al hospital. Punto. No era culpa de nadie. Esas cosas ocurren. No todo el mundo

sobrevive a un ataque al corazón.

A decir verdad, había solo una persona con la que podía hablar de verdad últimamente. No sobre sus sentimientos, claro, sino sobre todo lo demás. Su compañera Katarina Vinston, que era seis años mayor que él y que no solo le apoyaba, sino que además era una excelente paramédica y conductora de ambulancia. Katarina y él habían pasado mucho tiempo juntos en el trabajo. Mantenían largas conversaciones y a veces comían y hacían ejercicio entre avisos.

Su relación profesional había ido transformándose poco a poco en una relación personal.

Katarina era la única persona en quien podía confiar de verdad. Era su mejor amiga.

Philip alcanzó sus pantalones del suelo y, aunque sabía que las pastillas empezarían a hacerle efecto en cualquier momento, sacó el móvil del bolsillo y llamó a Katarina por FaceTime.

Cuando respondió, él frunció el ceño con preocupación. La hermosa mujer de pelo oscuro que conocía aparecía en pantalla pálida y con las mejillas hundidas.

—Parece que llevas enferma mucho tiempo —le dijo.

—Solo una semana —respondió ella—. No es tanto.

—No pareces tú —le dijo—, pero aun así me alegro de verte.

Katarina se rio.

—Imagino que debería preguntarte cómo te encuentras —continuó Philip.

—Estoy mejor.

—¿Quieres decir que ya estás bien?

—Sí. Mañana estaré allí para nuestro entrenamiento.

—¿Estás segura?

Ella volvió a reírse, con más fuerza esta vez, y Philip vio el brillo en sus ojos.

—Pero me gustaría quedarme en casa un poco más —confesó Katarina.

—¿Por qué? ¿No te encuentras del todo bien?

—Oh, no es eso. Debo de estar aburriéndome del trabajo, de la rutina. ¿A ti no te pasa?

—La verdad es que no. Podría trabajar toda la vida siempre y cuando el trabajo siga siendo interesante.

—¿Y crees que lo es?

—Sí, lo creo. Me gustan mis compañeros, disfruto estando con ellos y ellos... bueno...

—¿A ellos les gusta estar contigo?

—Sí. Al menos eso creo.

—¿Y eso es importante para ti?

—¿Qué puedo decir? —preguntó Philip con voz firme, mirándola a los ojos—. Soy una persona responsable. Sin mí, todo eso se iría a pique.

—¿Qué pasa con Richard Nilsson? —preguntó ella de pronto.

—¿Qué pasa con él?

—Me pidieron que hiciera su turno esta noche, pero dije que no. ¿También está enfermo?

—Ni idea. O está resfriado o está tranquilamente en su casa con su mujer y sus hijos. Me da igual.

—¿Así que vas a hacer tú su turno, Philip?

—Sí. Vuelvo a fichar esta noche a las ocho.

—¿Y es el comienzo de un turno de veinticuatro horas?

—No va contra las normas.

Ella lo miró con sus ojos azules durante largo rato antes de decir:

—No entiendo cómo lo haces. ¿No te agota?

—La verdad es que no —respondió Philip, y entonces fue él quien sonrió.

Sonrió abiertamente, aunque no fue muy convincente.

Katarina negó con la cabeza.

—Nunca supone un problema para ti, ¿verdad?

—No. Me gusta mantenerme ocupado y me gusta mi trabajo.

—Bueno, voy a tener un problema contigo si no te vas a dormir ya.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me gustaría trabajar junto a un compañero que haya descansado bien mañana a las ocho de la mañana. Sobre todo si ya llevas trabajadas doce horas más. Así que vete a dormir ya.

—Es difícil dormir cuando hay luz fuera.

—Inténtalo de todos modos.

—Vale, vale —dijo él—. Te veré por la mañana, entonces, Katarina.

Y ella cortó la comunicación.

Philip dejó el teléfono sobre su abdomen y notó que el adormecimiento comenzaba a invadir su cuerpo gracias a las pastillas. Contempló la planta que había en una maceta sobre el alféizar de la ventana, vio como sus hojas se movían de un lado a otro y se relajó, aliviado al comprobar que las pastillas empezaban a hacer efecto.

Jana Berzelius había visto la muerte de cerca muchas veces, pero ver el cuerpo de su madre en el hospital fue algo totalmente distinto. Le era demasiado cercano, y no estaba preparada para aquello. Ahora lo enviarían a la morgue y se quedaría allí hasta el día del funeral. No le importaba que el ataque al corazón fuera la causa de muerte más común en Suecia. Lo único en lo que podía pensar era en lo triste que se sentía ahora que su madre se había ido de verdad, para siempre. Y esa tristeza la sorprendió. Apoyó el codo en el interior de la puerta del coche y decidió que no había razón para ponerse emotiva. Su madre había muerto, y sería mejor que se lo comunicara a su padre lo antes posible. Él debía saberlo.

Empezó a conducir, adelantó a una pequeña furgoneta, entró en una rotonda y continuó por Lindövägen. Esquivó a un autobús con círculos naranjas y rojos que estaba a punto de salir de su parada. El conductor tocó el claxon varias veces a modo de protesta. Cuando se detuvo frente a la enorme casa blanca de aquel adinerado barrio de Lindö, se dio cuenta de que le sudaban las manos. Sus llaves tintinearón cuando abrió la puerta principal de su hogar de la

infancia. En el pasillo, percibió un olor a humedad que le asqueó. Sintió el pánico en el pecho y tuvo que luchar contra el impulso de salir corriendo, de huir del repulsivo olor de la enfermedad. Pero no tenía elección, debía contárselo a su padre.

Aún le sudaban las manos mientras se desabrochaba el abrigo y lo colgaba en el perchero.

Contempló el pasillo lleno de habitaciones y caminó hacia la cocina. Las luces estaban apagadas, pero la luz del sol se filtraba a través de las cortinas del salón y se reflejaba en el techo. Oyó un extraño sonido de ruedas procedente de la cocina. Se quedó quieta, escuchando.

Hacía casi tres meses que su padre había intentado suicidarse cuando ella le preguntó por su implicación en el Policegate. Solo ella estaba al corriente de que había sido un hombre corrupto durante toda su carrera como fiscal, y le había prometido que jamás lo contaría.

Volvió a oírlo. Una especie de chirrido, como si alguien estuviese arrastrándose sobre ruedas por el suelo de madera. Al entrar en la cocina, vio la silla de ruedas y se quedó observando la escena largo rato.

Allí estaba su padre. Viejo. Gris. Triste. Incapacitado.

—Hola, padre —le dijo.

El investigador jefe Gunnar Öhrn abrió una lata de Coca-Cola y se la bebió deprisa, como si le preocupara que pudiera perder el gas. Henrik y Mia estaban de pie junto a él al lado de la ventana. Era primera hora de la tarde y la cocina del personal estaba vacía.

—Es una mierda tener que volver a atrapar a Danilo Peña —comentó Mia antes de dar un trago a su café.

—El embarcadero donde lo atrapasteis, ¿podría haber vuelto allí? —sugirió Henrik.

—Lo dudo —respondió Mia—. Está jodidamente perturbado, pero no está tan loco. Arkösund debe de ser el último lugar al que iría.

Mia pensó en el embarcadero y casi pudo sentir los copos de nieve girando en círculos mientras veía al helicóptero de rescate alejarse. Habían

logrado evitar que la chica tailandesa se ahogara, una muchacha que había sido utilizada como mula en la red de narcotráfico del Policegate. Cerca del cobertizo también habían encontrado a Danilo, el hombre que mantenía a la chica tailandesa secuestrada allí y había intentado matarla.

Gunnar suspiró.

—Pero ¿cómo podía estar en un coma inducido y, de pronto, levantarse, planificar su huida y marcharse sin más? Los médicos de Vrinnevi no debían de tener muy controlado su estado —

comentó—. De todas formas, ¿por qué estuvo tanto tiempo en el hospital?

—Hablé con uno de los médicos —dijo Henrik—. Se habían producido complicaciones después de las múltiples operaciones a las que se le sometió para recuperarse de las lesiones.

Había tenido algún sangrado después de la última operación, cuando le cosieron los intestinos.

Le provocó una infección, si entendí correctamente al médico —explicó Henrik—. Danilo estaba tomando mucha medicación durante la recuperación, incluyendo Stesolid, que es un relajante muscular y sedante...

—Y que utilizó para dormir a Mattias —dijo Mia.

—Sí, el Stesolid te deja somnoliento. Pero, si clavabas una aguja directamente en el pecho, corres el riesgo de alcanzar el corazón o los pulmones. Puedes morir si no recibes atención de inmediato.

—Así que Mattias Bohed ha tenido suerte —dijo Gunnar—. ¿Tenemos alguna información del guardia que fue golpeado y encerrado en el armario?

—Nada que merezca la pena —contestó Henrik.

Anneli Lindgren entró en la cocina del personal y les saludó con un gesto de cabeza y las cejas levantadas.

—¿Estáis teniendo una reunión aquí? —preguntó.

—Una muy informal —respondió Henrik.

Anneli sacó una taza del armario y la llenó de agua caliente. Gunnar trató de ignorarla, fingiendo que su antigua pareja y madre de su hijo no había entrado en la habitación.

—¿El guardia se llamaba Anders? —preguntó.

—Andreas —respondió Henrik.

—Perdón...

Gunnar dio tres tragos largos y lentos a su Coca-Cola y esperó a que Anneli abandonara la habitación con su taza de té.

—Bueno. ¿Por dónde íbamos? —preguntó cuando el sonido de sus pasos se perdió por el pasillo.

—El guardia se llama Andreas Hedberg y tiene veinticuatro años —le informó Henrik—.

Llevaba más o menos un año trabajando como guardia.

—Y probablemente no seguirá después de esto —comentó Mia.

—¿Por qué tenían a un novato frente a su puerta? Creí que habíamos insistido en que estuvieran solo los más experimentados —dijo Gunnar—. ¿Lo hemos investigado convenientemente? No ayudaría a Peña, ¿verdad?

—¿Y recibir una paliza como agradecimiento? —preguntó Mia.

—Lo más probable es que no —intervino Henrik—, pero lo interrogaremos esta tarde.

—¿Deberíamos hacer público el nombre de Danilo? —preguntó Gunnar—. Supongo que los medios de comunicación ya se han hecho eco de la noticia. No se acordona la entrada del Vrinnevi sin una buena razón.

Henrik frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que Danilo Peña es un criminal peligroso.

—Pero ya emitimos una orden de busca y captura una vez, en relación al Policegate —dijo Henrik con determinación—. ¿No quedaremos en ridículo si vol-vemos a poner su nombre y su foto?

—Sí, pero ¿qué opción tenemos? —preguntó Mia—. ¿Cuánto tiempo podremos ocultar que Peña se ha escapado de la habitación del hospital? Si algo sucede mientras está desaparecido, tendremos que enfrentarnos a un montón de mierda. ¿No hemos tenido ya suficiente?

—En eso tienes razón, Mia —admitió Gunnar dejando su lata vacía sobre la mesa—. Pero estoy de acuerdo con Henrik, creo que es mejor trabajar con discreción un poco más.

—Bien —dijo Henrik—. Tenemos que centrarnos en encontrarlo antes de que los medios de comunicación sepan que ha escapado y demostrar que nuestra nueva organización funciona de verdad.

Gunnar sonrió.

—De acuerdo entonces —concluyó—. Recopilemos toda la información que tenemos sobre Danilo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Henrik.

—Quiero saberlo todo. Otra vez.



### 3

Philip Engström miraba la luz del techo, pensando en el extraño sueño que acababa de tener.

Estaba en un museo, contemplando a un hombre vestido de blanco que se hallaba inmóvil dentro de una vitrina de cristal. Lo más inquietante era que el hombre se parecía exactamente a él.

Extendió el brazo hacia el otro lado de la cama, agarró el móvil para mirar la hora y vio que eran ya las cinco de la tarde. También comprobó que había un mensaje de Lina, lo leyó deprisa y se levantó de la cama. Se puso los pantalones y la ca-misa por encima de la cabeza mientras salía del dormitorio y caminaba hacia la cocina. Como de costumbre, la puerta del frigorífico se negó a abrirse hasta que tiró del asidero con ambas manos. Contempló el interior: paquetes de mantequilla, un bote de ketchup y un tarro de pepinillos.

Justo cuando agarraba el cartón de leche para ver la fecha de caducidad, oyó la voz de Lina en la entrada.

—¿Hola? Cariño, ¿estás en casa?

—Sí, estoy aquí —respondió.

Oyó cerrarse la puerta de la entrada mientras daba un trago de leche directamente del cartón y volvió a dejarlo en el frigorífico. Cuando Lina entró en la co-cina, él estaba de pie junto a la mesa.

—Me alegra que ya estés levantado —le dijo—. ¿Has dormido bien?

—Sí —murmuró él.

Lina le acarició el brazo, le dio un beso en la mejilla y dejó sobre la mesa una bolsa de plástico blanca.

—He comprado comida para llevar.

—Ah, bien.

—Curri rojo.

—¿Celebramos algo? —preguntó.

—No. Es que no quería perder tiempo preparando la cena. Pensé que podríamos emplear el tiempo en algo mejor.

Philip sintió su mano rodeándole el brazo y la miró. El mensaje que le había enviado antes contenía solo tres palabras: *Esta noche mimos*. Significaba que quería hacer el amor al menos una vez, si no más, en las próximas horas antes de que él tuviera que irse a trabajar. Su boda, tres años atrás, había marcado el comienzo de una dura batalla contra la infertilidad. Tenía ahora treinta y tantos y ella solo veinticinco, pero parecía como si ya lo hubieran intentado todo.

Su especialista no encontraba ninguna razón médica para que Lina no pudiera quedarse embarazada; les decía que probablemente necesitaran relajarse. A Lina, al final, se le ocurrió este plan: mantener relaciones sexuales siempre que fuera posible cuando estuviese ovulando o a punto de hacerlo.

Aquel día faltaban tres días para la ovulación, de modo que debían hacer el amor. No necesariamente porque lo desearan, solo porque así era su vida ahora.

—Tenemos que hacerlo —dijo ella.

—Lo sé, lo sé —le respondió.

Pero no quería pensar en rutinas y horarios. Aquel día no, en especial aquel día.

Confiaba en que la rigidez de su sonrisa no le delatara, pero lo hizo.

—¿Es que no quieres?

—Claro que quiero.

—¿Estás seguro?

—¡Sí! —exclamó él, con mucho más énfasis del que pretendía.

Lina se apartó y se negó a mirarlo, concentrándose en su lugar en el interior de la bolsa, llena de envases de aluminio con tapas humeantes.

Philip no sabía qué decir. Odiaba el maldito plan. Odiaba tener que hacer el amor siguiendo un horario como si fuera un robot. Un día, varios años atrás, su propio padre le había dicho que era un cobarde, un perdedor, por elegir ser

enfermero de ambulancia. Desde entonces no había vuelto a hablar con él, pero ¿y si lo hubiera hecho? ¿Qué le diría su padre ahora si descubriera que su hijo ni siquiera era capaz de dejar embarazada a su mujer, el amor de su vida? ¿Le llamaría perdedor por partida doble? ¿O algo incluso peor? Por suerte nunca lo sabría. Se había prometido no volver a hablar con él nunca más. Sin embargo, aun así, las palabras de su padre le habían afectado. Se sentía como un perdedor a todas horas, pero intentaba que no se le notara y no hablar de ello, ni siquiera con Lina. No quería permitir que ella se acercara tanto. No quería que pensara que era débil e inadecuado.

—Mira... —le dijo—. Lo siento.

—No pasa nada —respondió ella encogiéndose de hombros, decepcionada, mientras sacaba uno de los envases de la bolsa.

De pronto Philip se sintió mareado y cerró los ojos al darse cuenta de que veía doble. Cuando volvió a abrirlos, Lina estaba mirándolo de manera inquisitiva.

—Quizá deberíamos cenar —le dijo, cortante, mientras sacaba otro envase.

Entonces fue él quien la detuvo.

—Venga, vamos... —le dijo.

Ella negó con la cabeza con tanta vehemencia que sus mechones castaños claros le cayeron por la cara. Se acercó a ella, le levantó la barbilla y le dio un beso suave en la boca. Después le pasó la mano por la mejilla y la deslizó hasta su nuca. La miró con una sonrisa en los ojos y supo que solo había una forma de hacerla feliz. Volvió a besarla en los labios y, esta vez, ella respondió. Philip le colocó las manos en la parte inferior de la espalda y, por debajo de la ropa, le acarició los pechos y las bragas. Podrían hacer el amor allí mismo, sobre la mesa, o de pie contra la pared, o en el suelo de la cocina. Le daba igual, y sabía que a ella también. No importaba nada, siempre y cuando lo hicieran.

Entonces sintió sus manos ansiosas tirándole de la camisa. Se le aceleró la respiración cuando la presionó contra la pared y sintió su cuerpo temblando de excitación. Volvió a besarla.

—Ven conmigo —le dijo ofreciéndole la mano.

—¿No vamos a cenar? —preguntó ella mientras se la estrechaba.

—Sí, pero empezaremos por el postre.

Jana Berzelius veía a su padre sujetar el tenedor con torpeza mientras se lo llevaba a la boca con gran concentración. Pero su mano parecía ir por libre y la comida acabó en su mejilla y en su barbilla. Estaba sentada con él y con su enfermera en la cocina de Lindö. Su madre le había dicho que las comidas se hacían lar-gas y que su padre por fin había empezado a comer solo, pero Jana nunca había imaginado que lo vería comer como un niño, sin dignidad, con un babero alrededor del cuello y la comida cayéndosele de la boca.

Volvió a dejar caer la comida y bajó el tenedor para volver a pinchar, pero la enfermera le detuvo. Le sonrió, le quitó el tenedor y pinchó una pequeña cantidad de puré de patatas.

—Abre la boca —le dijo con suavidad.

Pero él se negó, girando la cabeza con los labios apretados como un niño desafiante. Ella empujó el puré de patatas contra su boca.

—Vamos, abre la boca, Karl.

Jana no deseaba permanecer allí sentada por más tiempo, viéndolo luchar con la comida, y abandonó la cocina sin hacer ruido. Subió las escaleras, atravesó el pasillo y abrió la puerta del despacho de su padre. Desde la puerta, contempló las estanterías, el escritorio y los cuadros de la pared. Todo había sucedido en aquella habitación. Aquel día Jana había intentado impedir que se disparase con la pistola. La bala había llevado una trayectoria diagonal, dañándole el lado izquierdo del cerebro, lo que significaba que no podía caminar ni mover su cuerpo correctamente.

Entró en la habitación y se acercó al escritorio. Vio el desorden de papeles y pensó que nada era como en los viejos tiempos. El estricto orden de su padre había desaparecido, la sensación de control que había sido su principal característica durante todos esos años. Revisó lentamente las facturas del agua, de la luz y de la recogida de basura. Varias fechas, todas desordenadas.

Docenas de papeles sin organización alguna. Acababa de empezar a colocarlos en una pila ordenada cuando oyó que alguien se aclaraba la garganta a su espalda. Levantó la mirada y vio a la cuidadora en el umbral de

la puerta.

—¿Sí? —dijo Jana, cortante, molesta por la mirada curiosa de la mujer.

—Tú eres la hija, Jana, ¿verdad? —le preguntó—. En la cocina no he tenido ocasión de saludarte debidamente. Soy Elin Ronander.

—No quería interrumpirle mientras comía —dijo Jana.

—Y yo siento interrumpirte ahora, pero me preguntaba dónde está Margaretha... —dijo Elin—. Siempre deja una nota en la mesa de la cocina si va a alguna parte. Cuando llegamos a casa esta mañana temprano del centro de rehabilitación de Örebro donde pasa las noches, ella no estaba. Me sorprendió y no había ninguna nota. La llamé al móvil, pero...

Jana la miró.

—¿Cuánto tiempo llevas cuidando de mi padre?

—Desde que regresó a casa del hospital. Tu madre me contrató porque se sentía superada.

Trabajo veinticuatro horas al día.

—¿Y conoces bien a Karl?

—Bueno, me encargo de sus necesidades físicas —respondió la mujer—. Pero no conozco gran cosa aparte de eso.

—Quiero tu opinión objetiva. Necesito saber exactamente cómo está y cuál es su pronóstico.

En la frente de Elin se dibujaron múltiples arrugas cuando se quitó las gafas y se las limpió con la chaqueta de punto.

—Karl ha hecho muchos avances en las últimas semanas —explicó.

—¿Y qué hay del futuro?

—Eso no lo sé. Tendrías que preguntárselo a sus médicos. Jana agarró la pila de papeles y la golpeó dos veces contra el escritorio.

—Pero ¿crees que podría recuperarse del todo?

Elin suspiró y volvió a ponerse las gafas.

—Imagino que será un largo y difícil proceso de rehabilitación, pero

percibo mejorías todo el tiempo. Hace solo una semana no podía levantarse de la silla de ruedas sin ayuda. Esta mañana, no solo se levantó solo, sino que además dio unos pocos pasos sin ayuda.

—¿Así que la respuesta es «sí»?

—Verás, es muy difícil saberlo con certeza, pero, si todo va bien, podría llegar a caminar por el jardín.

—¿Y él habla?

—También tendrá que trabajar en eso de manera regular. Todos los días. Necesita esa estimulación para aprender a hablar de nuevo —dijo la enfermera—. Y es importante que los miembros de la familia ayuden en todo lo que puedan.

—No puedo venir aquí con tanta frecuencia —dijo Jana. Bordeó el escritorio y pasó frente a Elin.

—Entonces, tu madre tendrá que soportar una carga muy pesada. Mi contrato dura solo dos meses más.

Jana se quedó helada.

—Renovaré el contrato si te haces plenamente responsable de su rehabilitación. ¿Te parece aceptable? Elin asintió con la cabeza.

—Bien —concluyó Jana—. Y una cosa más.

—¿Sí?

—Dile a mi padre que su esposa ha muerto.

Anneli Lindgren se hallaba en el rellano de la escalera y levantó la mano para llamar. Le resultaba extraño estar allí como una desconocida, frente a su propia puerta. Se desabrochó el abrigo mientras esperaba y se pasó una mano por la camisa para intentar alisar las arrugas que se habían ido formando a lo largo del día.

Gunnar abrió la puerta, pero no la miró directamente. Tampoco lo había hecho la última vez.

—Está todo en el dormitorio —le dijo, dejó la puerta entreabierta y regresó a la cocina.

Anneli percibió el olor a fritura y vio una sartén vacía en el fuego. Sobre la mesa de la cocina había un bote de mermelada de arándanos y dos platos vacíos.

—¿No utilizas el extractor de humos? —le preguntó.

—Hay seis cajas —respondió él, ignorando su pregunta mientras tapaba el bote de mermelada—. Están junto a la puerta.

—¿Sabe Adam que estoy aquí?

—¡Adam! —gritó Gunnar con todas sus fuerzas.

—¡Bueno, ahora ya seguro que lo sabe! —dijo Anneli con una sonrisa, en un intento por aliviar la tensión.

Pero Gunnar no sonrió y no dijo nada. Ella notó que comenzaba a sonrojarse y cambió de postura.

—Supongo que será mejor que empiece —comentó.

—Sí, adelante —le respondió.

Mientras caminaba hacia el dormitorio, advirtió lo descuidado que estaba el apartamento. El grifo del cuarto de baño goteaba. En el salón, el mando a distancia estaba tirado en el suelo, con las pilas al lado. Las cajas estaban apiladas junto al armario; cuatro en una pila, dos en otra. La primera caja apenas pesaba nada; probablemente fuera ropa ligera. La segunda era más pesada, y estaba jadeando para cuando logró meterla en el coche. La verdad era que no quería aquellas cajas. No necesitaba lo que había dentro y le molestaba que ni Gunnar ni su hijo, Adam, se hubieran ofrecido a llevárselas hasta allí.

Se detuvo para tomar aliento y apoyó la mano en la ventanilla fría del coche. Cerró los ojos y sintió el frío extendiéndose por sus dedos. Una voz en su interior la culpaba a ella: «¡Es culpa tuya! ¡Todo esto es culpa tuya!». Eso ya lo sabía. Si al menos no hubiera sucumbido a la tentación de Anders. Pero, aun así, era culpa suya. Había engañado a Gunnar y ahora tenía que marcharse de su apartamento. No era la primera vez que Gunnar y ella vivían separados. De hecho, había perdido la cuenta de las veces que se habían separado y después habían vuelto a juntarse. Lo único de lo que estaba segura era de que llevaban veinte años juntos, a intervalos.

También estaba segura de otra cosa: esta vez la había jodido a lo grande.

Había creído que le resultaría fácil encontrar un nuevo lugar para vivir, pero el mercado de la vivienda estaba complicado. Los pisos eran difíciles de encontrar y había mucha demanda de alquileres. Nunca había sido tan difícil alquilar una casa. No había imaginado que tendría que llamar a su madre y preguntarle si podía vivir con ella, aunque fuera temporalmente. Claro, ya lo había hecho antes, pero eso era cuando tenía veinte años, quizá veintidós. Ahora tenía cincuenta y cuatro.

Su hijo, Adam, estaba esperándola en el pasillo después de haber metido la última caja en el coche. Tenía la piel llena de acné y llevaba el flequillo peinado hacia un lado, tapándole el ojo derecho. El cable blanco de un auricular le colgaba del cuello y, en la mano derecha, sujetaba su móvil.

—¿Estás listo? —le preguntó.

—Sí —respondió el chico sin mucha energía, y pasó frente a ella.

—¡Adiós! —gritó Anneli hacia el apartamento, pero solo obtuvo el silencio como respuesta.

Bajó dos escalones, pero entonces se detuvo, pensando que debería regresar y decir algo, explicarle a Gunnar que no era justo, que aquella también era su casa. Debería poder quedarse.

Quería quedarse, empezar otra vez, olvidar su error y seguir hacia delante.

—¿Mamá? —preguntó Adam desde la escalera. Estaba de pie varios escalones por debajo de ella, se había quitado un auricular y la miraba sin comprender—. ¿Vienes?

—Ya voy.

Suspiró, lanzó una última mirada a la que ya no era su puerta y siguió bajando las escaleras.

Jana Berzelius cruzó la calle y siguió caminando hacia las estrechas calles del distrito comercial de Knäppingsborg. En los escaparates se veían toallas de mano, almohadas y utensilios de cocina, todo ello decorado con ramas y hojas, mostrando todos los tonos imaginables de azul y de verde.

Al entrar en su apartamento, sacó el teléfono del bolsillo, colgó el abrigo y



se fue al dormitorio. Vio que la había llamado Per Åström, pero no se molestó en escuchar su mensaje.

Seguramente estaría preguntándose por qué había abandonado la oficina aquel día a toda prisa, y no tenía ganas de explicarle el porqué. La muerte de su madre era un asunto privado. Ya tenía bastante con pensar en cómo organizar el funeral.

Tiró el teléfono sobre la cama, se quedó en ropa interior y se puso el albornoz. Había planeado calentarse un poco de sopa de tomate para cenar, pero ahora ya no tenía hambre. En su lugar, sacó una botella de burdeos blanco del frigorífico y se sirvió una copa. Después de dos sorbos, se llevó la copa fría a la frente. Quería refrescarse, contener los pensamientos que, una vez más, habían empezado a dar vueltas por su cabeza. Estaba llena de rabia, una rabia que normalmente le hacía sentir invencible y fuerte, pero en aquel momento le hacía sentir débil; porque la muerte de su madre le hacía pensar en la muerte de una mujer distinta. La mujer que le había dado la vida.

Jana apartó la copa de su frente y la miró, contempló los círculos concéntricos creados en la superficie por la vibración de su mano temblorosa. Dio otro trago al vino e intentó desterrar sus pensamientos, sabiendo que, si no los controlaba, la trasladarían hasta el doloroso recuerdo de su verdadera madre. Su madre biológica. La que fue asesinada años atrás.

No quería pensar en su verdadera madre. No lo había hecho en muchos años. Pero ahora no podía impedir que su mente se dirigiera hacia allí. Se llevó la copa a los labios, pero apenas se dio cuenta mientras tragaba. Ya había sido arrastrada por sus recuerdos y ahora se hallaba de nuevo en aquel contenedor metálico, claustrofóbico y maloliente, atravesando el Atlántico. Iba sentada acurrucada junto a su madre, y no paraba de preguntarle si llegarían pronto. Su padre le había dicho que guardara silencio, igual que el resto de las personas hacinadas en aquel espacio sin aire.

Iban de camino a un nuevo país, a Suecia, que les prometía una vida nueva y mejor.

Recordaba que el corazón le latía con fuerza cuando por fin abrieron el contenedor. Había tres hombres fuera. Con armas en la mano, seleccionaron a siete niños. Ella incluida. Aún sentía aquella mano brusca que le tiraba del brazo hacia la luz, alejándola de la madre y del padre a quienes quería y que

la habían protegido. Esa fue la última vez que vio con vida a sus padres biológicos. Los hombres apuntaron con sus armas directamente hacia el contenedor. Jamás olvidaría el ruido ensordecedor de los disparos. Pero la peor parte vino cuando todo quedó en silencio y los hombres dieron un paso atrás para admirar su obra.

Jana tragó saliva y se frotó la nuca. Pasó los dedos por las letras que llevaba allí grabadas desde hacía tanto tiempo, *K-E-R*. Quizá hubiese sido un error empezar a rebuscar en su pasado.

Quizá hubiese sido mejor dejarlo estar cuando logró escapar y fue adoptada por Karl y Margaretha. Cuando recibió una educación y encontró una nueva vida, a salvo; incluso aunque no tuviera un recuerdo claro de lo que había sucedido anteriormente. Pero le atormentaban esas letras grabadas, *K-E-R*, y estaba decidida a descubrir lo que significaban. De modo que se puso a recabar información a lo largo de los años, llenando diarios, escribiendo sus recuerdos gracias a los sueños y a las pesadillas. Y, con todas esas notas, había formado la terrorífica imagen de su infancia.

Se había visto obligada a entrenar con los demás huérfanos esclavizados, convirtiéndose en niña soldado, una mercenaria cuyo único objetivo era matar. Su madre adoptiva, Margaretha, nunca había sabido nada de todo eso; pero Karl, su padre adoptivo, lo sabía todo. Resultó que había formado parte de aquello. Para protegerse a sí mismo, su padre encontró el lugar donde ella había escondido sus cajas con todos sus diarios y sus notas, se las robó y las escondió en un lugar secreto. Pero ahora estaba incapacitado. Y Jana tenía que averiguar dónde estaban almacenadas esas cajas. ¿Habría alguien custodiándolas para asegurarse de que no cayeran en manos equivocadas?

«¿Quién?», se preguntó Jana mientras se llevaba la copa a los labios una vez más.

Henrik Levin cerró con cuidado la puerta de casa a sus espaldas. Dejó los zapatos en el recibidor, colgó la chaqueta y fue a la cocina. Oía a su hijo pequeño, Vilgot, gritando y a su esposa, Emma, hablándole con suavidad en el dormitorio de arriba. Trataba de calmarlo, diciéndole que era hora de dormir. Henrik sonrió para sus adentros, subió las escaleras y se asomó al dormitorio, donde vio a Emma de pie con Vilgot en brazos. Estaba pálida y llevaba el pelo suelto, aunque generalmente se lo recogía con un moño alto. Le hizo un gesto con la cabeza y fue hasta la habitación de su hijo Felix, le acarició el pelo y le

dio las buenas noches.

Después se dirigió a la habitación de su hija Vilma, donde accidentalmente pisó unas piezas de Lego.

—¡Mierda! —murmuró.

—Papá, has dicho un taco.

—¿Por qué no estás dormida? —le preguntó, inclinándose sobre la cama para mirarla a los ojos.

—Has dicho «mierda» —respondió ella.

—No digas esa palabra.

—Pero tú la has dicho.

—No deberíamos decir palabras feas.

—Entonces, ¿por qué la has dicho?

—Porque me he hecho daño en el pie.

—Y entonces, ¿no decimos «au»?

—Sí, pero a veces decimos palabras feas cuando nos hacemos daño o cuando estamos enfadados o cansados.

—¿Por qué?

—Porque sí. Ahora, mi pequeño monito curioso, es hora de dormir.

Henrik la tapó hasta la barbilla y le dio un beso en la frente. Después cerró la puerta sin hacer ruido.

Emma se volvió hacia él cuando regresó a su dormitorio. Se abrazaron con Vil-got entre medias.

—Hola —dijo Henrik—. Estás preciosa.

—Gracias —susurró Emma.

Henrik le acarició la cabeza a Vilgot con suavidad.

—¿Has tenido un buen día?

—No. Vilgot no está durmiendo lo suficiente. Recuerdo que, llegado este punto, Felix y Vilma eran capaces de dormir varias horas seguidas. Vilgot no

suele dormir más de quince minutos seguidos, según parece. No consigo hacer nada durante el día. No tengo ni idea de cómo voy a poder planificar esta mudanza.

—No te preocupes por eso. Los de la mudanza vendrán en una semana a partir del viernes, y los de la limpieza vendrán el fin de semana siguiente. Nosotros solo tenemos que hacer cajas.

—Es algo más que eso —dijo ella, meciendo al bebé en brazos—. Me siento muy estresada.

Cuando camino por la casa, solo veo todas las cosas que nos quedan por hacer. Tú no lo ves día tras día.

—Lo sé —admitió Henrik—. Pero tengo otras cosas en las que pensar ahora mismo. Un hombre acusado de asesinato se ha escapado hoy del hospital.

—¿Del hospital? —preguntó Emma, mirándolo—. ¿Quién?

—¿Te acuerdas de Danilo Peña?

—Sí, por supuesto. ¿Se ha escapado?

—Sí. —Dios mío —murmuró—. Y supongo que lo estáis buscando.

—Sí, por todas partes.

—¿Sin descanso?

Henrik la miró a los ojos.

—Sí.

—Así que voy a tener que hacerme cargo de la mudanza yo sola.

—No necesariamente.

Henrik miró al suelo y volvió a ver la escena ante sus ojos. El enfermero con la jeringuilla clavada en el pecho, las huellas ensangrentadas, el guardia golpeado y atado en el armario. Un violento criminal en libertad.

Vilgot gimoteó y le devolvió a la realidad.

—Déjame a mí un rato —le dijo a Emma.

—¿Estás seguro?

—Tú tienes que comer.

—¿Y qué pasa contigo?

—Comeré después.

Emma salió del dormitorio sin hacer ruido. Henrik acomodó a Vilgot entre sus brazos y comenzó a mecerlo. Sintió las manitas del bebé y le acarició la cabeza.

Después recorrió la habitación con la mirada y volvió a pensar en Danilo Peña. De pronto notó un escalofrío en la espalda, como si alguien estuviera observándolo desde atrás. Se dio la vuelta y miró por la ventana hacia el jardín a oscuras. El brillo de la farola más cercana alcanzaba el césped situado frente a su casa. No entendía a qué se debía aquella súbita inquietud, pero se estremeció al pensar que Danilo Peña estaba por ahí suelto, en alguna parte. Volvió a mirar a Vilgot y vio que el bebé se había quedado dormido. El corazón le latía con fuerza al dejarlo en la cuna. Salió del dormitorio, bajó las escaleras y fue primero a la entrada para comprobar que la puerta estuviera cerrada por dentro.

No una vez. Dos.

La sopa de tomate estaba hirviendo a fuego lento en la cocina. Jana Berzelius dejó la cacerola sobre la vitrocerámica de inducción y bajó la temperatura. Seguía sin tener hambre, pero pensaba que debería comer algo de todos modos. Sacó un cuchillo del soporte de madera, cortó una gruesa rebanada de la barra de masa madre que le quedaba y se metió un trozo en la boca mientras buscaba entre los canales de la tele de la cocina los informativos. Mientras retiraba la sopa del fuego y la ponía en la encimera, oyó que sonaba su móvil en el dormitorio. Cuando fue a responder, vio un nombre conocido.

Ese día ya había ignorado dos veces a Per. Esta vez, supo que tenía que responder. Se llevó el teléfono a la oreja mientras regresaba a la cocina.

—Creo que estás evitándome —dijo él a gritos para compensar el ruido de fondo.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó ella.

—Bueno, para empezar, no me has dejado entrar hoy en tu despacho. Para continuar, no has respondido al mensaje que te he dejado.

—He estado ocupada. Ha surgido una cosa y...

—Apenas te oigo —la interrumpió.

—No ha sido nada —continuó ella.

—De todas formas, esperé a que regresaras.

Jana suspiró, abrió un armario y se puso de puntillas para alcanzar el cuenco de la sopa.

—¿Y eso por qué?

—Iba a contarte algo sobre una persona que podría interesarte...

—¿Una persona?

—Sí, una persona que ahora se ha fugado.

—¿Y qué persona es? —preguntó.

—Danilo Peña.

El cuenco se le cayó de entre las manos y se rompió en el suelo. Intentó asimilar la importancia de las palabras de Per, aunque era difícil ordenar sus pensamientos, que daban vueltas sin control por su cabeza. ¿Qué? ¿Cómo había logrado escapar Danilo, su mayor enemigo? No podía ser cierto. Per debía de haberse equivocado de nombre.

—¿Puedes repetirlo? —preguntó, en un intento por mantener la calma.

—Te acuerdas de Danilo Peña, ¿verdad? ¿Las mujeres tailandesas?, ¿el tráfico de narcóticos?

—Lo recuerdo —respondió Jana, cortante.

—Hoy se ha escapado del hospital.

Jana se inclinó hacia delante y apoyó la mano en la encimera de la cocina.

—¿Y qué dice la policía? —preguntó.

—De momento no saben dónde podría estar, pero creen que sigue en la ciudad.

Me encantaría contarte más cosas durante la cena.

—¿La cena? —preguntó.

—Sí. Te he dejado un mensaje para la cena. Te preguntaba si te apetecía venir a casa a cenar *filet mignon* esta noche.

—Ah, vaya..., no creo que sea buena idea.

—Pero tienes que...

—... comer, sí, lo sé.

De pronto oyó un golpe y se puso rígida. Salió lentamente de la cocina, miró hacia el recibidor a oscuras, se fijó en las chaquetas y en los zapatos, después entró en el dormitorio.

—¿Hola? —dijo Per.

—¿Sí?

—Ni siquiera tienes que caminar. Puedo pasar a buscarte, y luego te llevaré de vuelta.

—Son menos de dos kilómetros, Per.

—¿Cómo puedes decirle que no a un *filet mignon*?

—No sé... —dijo ella mientras regresaba a la cocina. La luz de la televisión teñía de rojo, azul y blanco las baldosas del suelo.

—A veces me cuesta entenderte —dijo él, y entonces Jana se dio cuenta de que había vuelto a quedarse callada.

—Habla mañana —le dijo antes de colgar.

Se quedó mirando los restos del cuenco roto y los recogió, uno tras otro, para tirarlos a la basura. Después se acercó a la encimera para cortarse otro trozo de pan, pero el cuchillo ya no estaba allí. Miró a su alrededor, pensando que tal vez hubiera vuelto a guardarlo en el soporte de madera, pero el hueco estaba vacío. Quitó el sonido a la televisión. Escuchó con atención los sonidos del apartamento, pero solo oía su propia respiración. Con mano firme, sacó un segundo cuchillo del soporte, lo agarró con fuerza y avanzó hacia la entrada oscura del salón.

La adrenalina recorría su cuerpo y agudizaba sus sentidos, cada vez más convencida de que no estaba sola en el apartamento. Recorrió el salón con la mirada, fijándose en los contornos de los muebles y después en la pared. Vaciló solo un momento antes de extender el brazo y encender la luz. Lo que

vio le heló la sangre. Se quedó quieta, incapaz de moverse, sin entender del todo lo que estaba mirando.

El hombre sentado en el sofá le dirigió una sonrisa.

—Volvemos a encontrarnos —le dijo.

Danilo.

#### 4

La falda negra de nailon se le había subido demasiado alrededor de la cintura. Se la bajó, sabiendo que era demasiado corta para resultar apropiada, pero en Harry's nadie daba importancia a lo apropiado de las cosas. Allí solo importaban las piernas largas y sexis. Mia Bolander no era de ese tipo, ¡aunque tenía una bonita sonrisa!

Le castañeteaban los dientes mientras cruzaba las vías del tranvía. No se había molestado en ponerse un abrigo. La tarifa del guardarropa era demasiado alta; tres dólares por noche sumarían un total considerable al cabo de un mes. El viento frío de la noche le revolvió el pelo al salirse de Sandgatan. Miró las grúas de las obras allí paradas y pensó que aquellos bloques desnudos de hormigón pronto se convertirían en pisos increíblemente caros. La planta baja estaría reservada a negocios, y sin duda albergaría una pizzería. Qué original.

Para cuando pasó frente a Strömparken, tenía los dedos congelados. Trató de imaginarse que estaba en un país cálido como España, de camino a un bar o a una discoteca sin que se le quedara el culo helado. Otros cinco minutos más y por fin había llegado. Una multitud se había congregado frente a Harry's. Calculó que debía de haber unas treinta personas haciendo cola.

Hombres y mujeres con zapatos bajos y tacones altos, camisas ajustadas y escotes profundos, vaqueros rasgados y vestidos brillantes. Una buena noche, en otras palabras. Mia se abrió paso entre la multitud y el portero le hizo un gesto para que entrara. Algunas personas silbaron y murmuraron cuando pasó por delante. Era una mujer soltera avanzando lentamente entre una multitud y, en aquel momento, disfrutaba de toda la atención y los hombres se fijaban en ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.



Él se puso en pie y caminó hacia ella con la mandíbula apretada. Jana vio que llevaba el cuchillo en la mano, así que agarró el suyo con más firmeza. Retrocedió varios pasos, tratando de mantener la distancia entre ellos, siempre preparada.

—Me abandonaste en el embarcadero —le dijo Danilo, aludiendo a la última vez que se habían visto en una persecución.

Jana no respondió. No quería avivar el odio que sabía que sentía ya hacia ella. Antes de que la policía llegara al embarcadero de Arkösund, había peleado con él. Había ido a buscarlo a aquel lugar frío para acabar con él de una vez por todas. Pero, cuando Danilo le contó que estaba trabajando con su padre, ella se había contenido. Y lo había dejado en la nieve, herido, pero vivo.

La expresión de Danilo cambió; sus ojos se volvieron sombríos.

—Solo quiero mostrarte lo que me pareció aquello —le dijo, aproximándose a ella con el cuchillo amenazante en la mano.

El ataque se produjo de prisa. Jana levantó el brazo izquierdo para protegerse. Sintió el fuego del cuchillo afilado al cortarle la piel. Dejó caer su cuchillo, pero mantuvo la mirada puesta en él y le vio acercarse de nuevo. Entonces todos sus sentidos se despertaron al mismo tiempo.

Soltó un grito, volcó de una patada la mesa de café y la empujó hacia delante, hasta que Danilo quedó tendido en el suelo con el tablero blanco de la mesa sobre su cuerpo, rodeado de velas esparcidas y un jarrón roto. Entonces lo atacó, le golpeó en la cara con una fuerza brutal. Él respondió quitándose las de encima, a ella y a la mesa, y poniéndose en pie. Jana se deshizo del albornoz, agarró su cuchillo y trató de clavárselo en el cuello. Pero él había ejecutado el mismo movimiento y se quedaron los dos con los brazos en paralelo. Se miraron a los ojos.

Jana tenía el cuchillo pegado al cuello de Danilo. El de él estaba pegado a su cuello.

—Tenemos un problema —dijo—. Tú quieres verme muerto. Yo quiero verte muerta. ¿Qué hacemos, entonces?

Jana respiraba con dificultad, y aun así se fijó en las gotas de sudor que habían aparecido en las sienes de Danilo. Estaban demasiado cerca el uno del

otro, lo que hacía que fuese difícil anticipar su siguiente movimiento.

—No lo sé —respondió ella—. No veo ninguna buena razón para no matarte.

—Yo te daré una —dijo él.

Lo miró. Sintió la necesidad de ejecutar su ataque final, pero algo se lo impedía. La sangre brotaba de la herida de su brazo y goteaba desde su codo hasta el suelo.

—Las cajas —dijo él—. Tus diarios, tus notas, tu identidad.

Jana se quedó mirándolo. La expresión de la cara de él cambió, bajó el cuchillo y la miró con calma. Ella intentó hacerse con la situación. No estaba preparada para que se retirase, de modo que esperó unos segundos antes de retroceder dos pasos y bajar también su cuchillo.

—No sé de qué estás hablando —le dijo.

—Sí que lo sabes. Y sé que quieres recuperarlas.

—Tú no sabes nada —le dijo mientras recogía el albornoz del suelo sin quitarle los ojos de encima. Notó el dolor en la herida del brazo al rozarla contra la tela.

—Resulta que sí que lo sé.

Jana se anudó el cinturón con toda la fuerza que pudo y volvió a agarrar el cuchillo.

—¿Qué quieres exactamente?

—Pensaba que podríamos intercambiar servicios.

—Intercambiar ¿qué?

—Tus cajas, las que contienen tus secretos, a cambio de que me dejes quedarme aquí.

—¿Qué?

—Te devolveré tus cajas, intactas, y dejarás que me quede aquí.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—No es posible.

—¿Por qué no?

—Te buscan, Danilo. La policía te está buscando por todas partes.

—Soy consciente de ello, y por eso este es el mejor lugar para esconderme.

Jana notó el enfado bullendo en su interior, le costaba estarse quieta.

—No —dijo negando con la cabeza.

—Me quedaré aquí hasta que las cosas se calmen un poco —continuó él—. Tú eres fiscal.

Nadie sospechará de ti.

—¡No funcionará! ¿No lo entiendes? ¡Es imposible!

—Quieres recuperar tus cajas, ¿verdad? Contienen tus cartas, tus diarios, pruebas de cosas que podrían destruirte...

—Se te olvida algo. También contienen información sobre ti.

—Pero soy yo quien las tiene, y no me importa mi reputación. Si no permites que me quede aquí, me aseguraré de enviar el contenido a todo aquel que pueda estar interesado en conocerte de verdad.

—No puedes.

—A Karl tampoco le gustaría que la verdad saliese a la luz. Piensa en lo que te ha hecho a ti, en lo que me ha hecho a mí, y a todos los demás niños que llegaron aquí en esos contenedores de mercancías. Nos marcó como si fuéramos de su propiedad. Tu padre adoptivo es el mal personificado. Y tú eres cómplice al no haberlo entregado a la policía. Piensa en todos esos amigos culpables a los que ha protegido, todos los casos judiciales que ha manipulado, piensa en...

—Tú formas parte de todo eso.

—¿Y?

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Para mí no hay alternativa —dijo Danilo—. Fui una víctima, no tuve una familia adinerada que me adoptara, que me redimiera, que me ofreciera una

educación, un trabajo y un futuro. A ti, en cambio, te lo han puesto todo en bandeja de plata, Ker.

—No me llames así.

—Lo único que tienes que hacer, si no quieres que nadie descubra tu pasado de cómplice, es dejar que me quede aquí.

Jana dio un paso hacia delante, tratando de respirar con más calma, pero seguía sintiendo la agresión como una maza de hierro.

—Si me atrapan —continuó Danilo—, ya puedes despedirte de tu trabajo como fiscal, de tu lujoso apartamento, de tu libertad...

Jana observó su cara en busca de cualquier indicio que demostrara que estaba mintiendo, pero parecía estar tranquilo.

—Estás mintiendo —le dijo—. No tienes las cajas. ¡Ni siquiera sabes dónde están!

—Sí lo sé.

—¡Las tiene mi padre! Se las llevó.

—Te equivocas, Jana. Tu padre y yo nos las llevamos juntos.

—¿Por qué debería creerte? En Arkösund, cuando te lo pregunté, dijiste que no sabías nada.

—Oh, pero sí que lo sabía.

Jana lo miró con la respiración acelerada.

—Ahora entiendo por qué mi padre te veía como una amenaza —dijo—, por eso quería quitarte de en medio.

—Puede ser, pero ahora soy el único que sabe dónde están las cajas y tiene acceso a ellas.

Jana entornó los párpados.

—Sigo sin creerte.

—¿No me crees?

—Demuéstramelo.

La sonrisa se esfumó de los labios de Danilo.

—¿De verdad crees que iba a traerlas aquí, envueltas en papel de regalo y con un lazo en lo alto? Qué ingenua.

—Quiero pruebas de que las tienes.

—Solo estás intentando ganar tiempo.

—Eso también.

Danilo se quedó callado unos segundos antes de caminar hacia ella. Jana permaneció quieta, sintiendo como sus músculos se tensaban a medida que él se aproximaba. Dejó que se acercara, pero tenía el cuchillo preparado.

Danilo se inclinó hacia ella y le habló a la cara.

—¿Es esto prueba suficiente? —preguntó mientras sacaba un trozo de papel rasgado del bolsillo.

Jana agarró el papel y se quedó mirándolo. Era una página de su diario que contenía sus propias palabras, escritas con su letra de niña muchos años atrás.

—Me quedo aquí —declaró él—, y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Jana agarró el cuchillo con fuerza, quería utilizarlo, pero sabía que debía des-prenderse del cuchillo y de su deseo de destruirlo.

Danilo tenía razón. No podía hacer nada al respecto. De momento.

*22 de agosto*

*Querido diario:*

*Todo ha empezado hoy en el primer recreo. Martin y yo nos hemos escondido en un rincón del patio. Todos en clase me miraban de forma extraña. Susurraban, señalaban y se reían. Le he dicho a Martin que deberíamos volver a clase. Pero, cuando hemos abierto la puerta, la profesora nos ha dicho que no podíamos entrar durante el recreo. Así que hemos vuelto a salir y nos hemos refugiado en el rincón.*

*Seguían igual en clase de Historia. Mientras Holger escribía los nombres de los reyes suecos en la pizarra con el rotulador, los demás han empezado a susurrar. Ha empezado en la parte trasera de la clase, con Camilla y Markus, pero después ha ido extendiéndose por toda la clase.*

*Cuanto más tiempo pasaba Holger en la pizarra, más se extendía el*

*cotilleo. Todo el mundo escuchaba y se reía antes de susurrar con el compañero de al lado.*

*Cuando por fin me ha tocado a mí el turno de escuchar, Linus se ha inclinado hacia mí y ha dicho: «Eres un bicho raro asqueroso». Yo no he dicho nada. Sabía que querían que reaccionara, pero no lo he hecho. Me he quedado mirando a Holger y he tratado de olvidarme de todos los que me miraban, de las palabras hirientes que decían, pero ha sido difícil.*

*Por la tarde, he ido al hospital con mi madre. Tocaba otra de sus pruebas. Me ha parecido que olía bien ahí, pero no se lo he dicho. No he dicho nada durante todo el tiempo que hemos estado ahí. Me he quedado mirando al médico, que tenía la cara pálida. Intentaba decir que lo sentía, que entendía que podía resultar confuso, que sabía que eso no ayudaría, que era muy poco frecuente que una operación como la que acababa de pasar mi madre saliese mal. Pero ¿cómo podría perdonarlo? Me había arrebatado mi mundo.*

*El médico no tenía respuestas; estaba ahí, con la cabeza agachada. No podía decir nada certero sobre el futuro. Pero creía que mi madre se pondría bien. Mi madre no lo creía. Lo he notado en su cara, en sus ojos, pero no me lo ha confesado. «No te preocupes», me ha dicho cuando salíamos del hospital. Me lo ha vuelto a decir hace un minuto, antes de irse a dormir.*

*Yo también me voy a dormir ya, porque mañana es un nuevo día. Un nuevo día de mierda en el colegio.*

## 5

### *Jueves*

Aida Norberg, recientemente graduada en el instituto, iba montada en el autobús de la mañana de camino a casa, tras trabajar en el turno de noche en McDonald's. Junto a ella iba su compañero de trabajo Melvin Axelsson. Melvin no dejaba de hablar de lo cansado que estaba porque no había parado de ir de un lado a otro durante horas y ni siquiera había tenido la oportunidad de beber algo durante su turno.

—Oye, trabajamos en una auténtica sauna, ¿cómo diablos lo soportas? — le preguntó.

Aida no respondió. Le dejó seguir quejándose mientras miraba por la ventanilla del autobús.

El cristal estaba arañado y sucio, pero distinguía los contornos de las personas que caminaban por la calle. En Eneby Center, se despidió de Melvin y se bajó del autobús. Ahora veía su barrio con más claridad: niños en patinete, empresarios en coche, estudiantes con mochilas.

Sacó su móvil y comenzó a caminar por la calle. Abrió la última versión de Instagram y examinó los filtros nuevos, pensando que no se diferenciaba mucho de las versiones anteriores.

Seleccionó otra aplicación. Facebook, siempre Facebook. Alguien la había añadido a un grupo llamado Perspectivas Feministas. No quería formar parte de nada de eso. Decidió que abandonaría el grupo en cuanto tuviera oportunidad. Pero, por el momento, estaba ya junto a su casa y aquello podía esperar.

Un tranvía amarillo y verde pasó por delante haciendo rodar la basura a su paso. Aida se guardó el móvil en el bolsillo, cruzó las vías y entró en el patio situado entre dos bloques de apartamentos. Se detuvo frente a la entrada de su edificio, miró hacia arriba y contempló las ventanas oscuras del apartamento de su familia. Como de costumbre, se ponía nerviosa al volver a casa. ¿Su madre se pasaría el día entre llantos lastimeros y silencios prolongados? No quería que sus días fueran así.

Se quedó fuera unos segundos, tratando de ordenar sus ideas. Había soñado con buscarse su propio apartamento. Muchos de sus amigos ya tenían piso pro-pio; estudios, generalmente, con cocinas americanas. Pero una cosa era irse de casa sola y otra muy distinta era dejar atrás a tu hermana pequeña. Subió las escaleras, metió la llave en la cerradura y estaba a punto de girarla cuando se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada con llave. Frunció el ceño, preocupada, y entró en el apartamento.

La mochila de su hermana Sara seguía colgada en la entrada, igual que su chaqueta. Eso significaba que Sara no había ido a la guardería aquel día. Mientras dejaba su chaqueta colgada en el recibidor, oyó un gimoteo débil. Miró hacia la habitación que compartía con Sara.

El sonido y la puerta cerrada le ponían nerviosa. ¿Estaría él allí? Su cuerpo se tensó mientras avanzaba hacia el dormitorio. Advirtió que la llave estaba en la cerradura. Eso era extraño.

Había girado esa llave en innumerables ocasiones, pero siempre desde dentro del dormitorio.

Esta vez, alguien había cerrado desde fuera.

Tragó saliva, giró la llave y abrió la puerta de la habitación. La persiana estaba bajada y la lámpara de la luna sonriente que había sobre la cama de Sara estaba apagada. Aida apenas podía ver el interior.

—¿Sara? —susurró en la oscuridad.

No hubo respuesta, pero el gimoteo se volvió más intenso, de modo que entró y encendió la luz del techo. En la cama, casi oculta completamente por el edredón, yacía su hermana pequeña. Tenía el pelo revuelto y la miraba con ojos vidriosos. Esos ojos transmitían más confusión que el miedo habitual que sentían cuando se veían obligadas a escuchar los abusos que tenían lugar en la habitación de al lado. Pero su cuerpecito estaba temblando. Algo fuera de lo normal había sucedido en su apartamento. ¿Qué habría hecho esta vez ese jodido idiota?

—Ven aquí —le dijo, extendiendo los brazos hacia ella. Pero Sara se resistió—. Cálmate —

añadió, tratando de rodear a su hermana con los brazos. Sin embargo, Sara se zafó del abrazo de su hermana mayor y se tapó por completo con el



edredón. Seguía gimoteando.

Aida volvió la mirada hacia la puerta y, en ese momento, empezó a entender. Se puso en pie y escuchó con atención mientras salía de la habitación. Se le pasaron varias situaciones por la cabeza, cada una peor que la anterior, a medida que se aproximaba al salón, donde encontró una escena increíblemente grotesca. Se quedó paralizada por el horror al ver a su madre atada a una silla, cubierta de sangre, con la cabeza colgando hacia un lado y las manos amputadas y tiradas en el suelo.

Philip Engström se despertó bruscamente con la alarma en el puesto de las ambulancias. Sacó las piernas de la estrecha cama y, de inmediato, vio en el teléfono que el aviso era de máxima prioridad. Tenía noventa segundos para montarse en la ambulancia junto con el conductor y salir a toda prisa. Había sido una noche estresante con nueve avisos y sin apenas dormir. Ahora eran las ocho de la mañana y empezaba la segunda mitad de su turno de veinticuatro horas.

Cuando llegó a la ambulancia, vio allí a Sandra, esperando.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —le preguntó.

—Sube —respondió ella mientras se sentaba al volante.

Philip se pasó las manos por el pelo, se subió a la ambulancia y se puso el cinturón.

—¿Dónde está Katarina?

Sandra salió a toda velocidad del garaje y se fijó en la dirección del apartamento de Eneby que aparecía en la parte superior de la pantalla del GPS. Encendió las sirenas y las luces azules mientras Philip empezaba a leer la información del aviso.

—Una mujer está inconsciente. Sangra profusamente por las muñecas. Ambas manos amputadas. La policía va de camino.

—¿Tiene las manos amputadas? —preguntó Sandra.

—Sí —respondió Philip.

—¿Intento de suicidio? ¿Accidente? ¿Dice algo más?

Philip negó con la cabeza.

Dejaron atrás el aparcamiento del hospital y tomaron Gamla Övägen en dirección al centro.

Philip contempló el distrito industrial, las verjas y el alambre de es-pino que rodeaba los edificios.

—En respuesta a tu pregunta, según parece, Katarina está enferma —le informó Sandra.

—Qué raro. Hablé con ella ayer. Dijo que volvería hoy.

—Sí, pero ya sabes, los síntomas del cansancio no deben tomarse a la ligera. No creo que pueda soportar el estrés.

—No, no todo el mundo puede —convino él.

El cielo estaba cubierto de nubes y una sombra cayó sobre la carretera. El velocímetro marcaba ciento veinte kilómetros por hora.

—El corazón se me sigue disparando cada vez —dijo ella—, como si tuviera miedo a no ser lo suficientemente buena, a no poder ayudar, a que mis esfuerzos sean en vano.

—Hablas como un profesor cuando utilizas expresiones como «en vano» —respondió él Sandra sonrió.

—¿Nunca te has sentido así?

—No. —Volvió a pasarse las manos por el pelo—. No es por cambiar de tema, pero no habrás visto un anillo de oro por el trabajo, ¿verdad?

—No. ¿Por qué?

—He perdido el mío.

—¿Has perdido tu anillo de bodas? Bien hecho —respondió Sandra con una sonrisa.

—Ya sé que no está bien hecho, pero gracias por recordármelo.

Apoyó el codo en la puerta y miró a través del parabrisas. Sintió que el vehículo oscilaba y cerró los ojos por un segundo.

—Deberías dejar de tomar esa medicación —le aconsejó ella.

—¿Para qué diablos iba a tomar medicación? —murmuró.

—No sé...

—¿Crees que necesito medicación?

—No, pero a veces arrastras las palabras —dijo Sandra—. Es evidente que estás tomando algo.

—Solo estoy cansado. ¿No puede uno estar cansado?

Sandra no respondió. O quizá sí lo hizo; Philip no lo sabía. Se hallaba ya en la frontera entre el sueño y la realidad.

Sintió náuseas al echarse la chaqueta sobre los hombros. Jana Berzelius estaba en su vestidor con los ojos puestos en el espejo. La puerta del dormitorio estaba cerrada con pestillo. No tenía miedo, esa no era la cuestión. Deseaba estar en paz con sus pensamientos. Su madre acababa de morir. Y ahora esto. Había pasado la noche pensando en la situación, en Danilo. En el hecho de que se quedara en su apartamento.

La policía aún no había emitido un comunicado al público en general, lo que le proporcionaba cierto alivio. No quería ni imaginar lo que sucedería si alguien lo hubiese visto cerca de su apartamento y lo hubiese reconocido. Durante las horas que había pasado despierta, lo había oído moverse por las habitaciones, abriendo el frigorífico y tirando de la cisterna. Hasta que al fin todo quedó en silencio. Probablemente se habría quedado dormido, pero no quería saber dónde, si en el sofá, en el suelo o en la *chaise longue*.

¿Cómo habría entrado? ¿A través de la ventana? ¿O habría logrado forzar la cerradura de la entrada sin que ella se diese cuenta? Molesta, se abrochó el botón superior de la chaqueta y se recolocó el pelo para taparse el cuello. Pensaba que debería haber estado más atenta, debería haber visto algo, haber oído algo. Pero la había pillado por sorpresa y eso no le gustaba. No le gustaba que fuese impredecible, que sus movimientos siempre fueran tan difíciles de anticipar, que siempre pudiera atravesar cualquier defensa que ella levantara. No le gustaba su actitud descarada, competente, hostil e intensa. No le gustaba que fuera él quien siempre estableciera las reglas del juego. No le gustaba que tuvieran un pasado en común.

En cierto modo, Danilo no tenía formación; había aprendido de la experiencia, de la práctica.

Había aprendido a manejarse en su realidad. No tenía barreras normales. Pero, claro, ella tampoco las tenía. Debido a eso, su reacción ya la había delatado. El hecho de que no lo hubiera matado demostraba lo importante que era para ella recuperar las cajas. Y él lo sabía.

Jana suspiró, apagó la luz y salió de su habitación.

—¡Philip! —gritó Sandra—. ¡Despierta!

—¡Estoy despierto! —respondió él en la ambulancia.

Miró a Sandra a los ojos y supo que le había gritado más de una vez. Ya estaban en Eneby.

—Trae la bolsa —le dijo Sandra mientras salía del vehículo.

Philip se frotó la boca y los ojos con ambas manos, agarró la bolsa con el instrumental médico y, con la camilla entre ellos, subieron por las escaleras hasta el segundo piso. En el último escalón se hallaba sentada una adolescente con el teléfono pegado a la oreja. Llevaba una camiseta gris y vaqueros rasgados. Tenía el pelo negro y un ala tatuada en el antebrazo derecho.

Comenzaba en la muñeca y terminaba en el codo.

Cuando vio a Philip y a Sandra, se apartó el teléfono de la oreja y se puso en pie. Tenía la camisa manchada de sangre y la cara pálida; estaba visiblemente alterada.

—Deprisa. Mi madre está ahí —dijo señalando hacia la puerta abierta—. Tienen que ayudarla. Las manos... Me dijeron que debería intentar tumbarla, pero tiene los brazos atados a la silla y no sé cómo soltarlos. Lo he intentado, pero no puedo.

La chica estaba temblando.

—¿Cómo se llama tu madre? —le preguntó Philip.

—Shirin.

—¿Y tú?

—Aida.

Philip y Sandra la siguieron hasta una habitación amueblada con un sofá de

cuero, una alfombra redonda y largas cortinas. Atada a una silla, sentada, había una mujer atractiva de mediana edad, con una camiseta negra y unos pantalones con estampado de leopardo. Apenas parecía estar viva.

—Qué diablos... —dijo Philip mirando a Sandra.

Oyeron la voz de Aida a sus espaldas.

—Estaba así cuando he llegado a casa —dijo—. Hay tanta sangre..., dios, no puedo mirar...

A la mujer le habían amputado ambas manos, que yacían a medio metro de la silla a la que estaba atada. En torno a los brazos tenía colocadas unas bridas blancas, apretadas con tanta fuerza que estaban cortándole la piel. La sangre goteaba de sus muñecas. A juzgar por la cantidad de sangre que había en el suelo, Philip dedujo que la mujer estaría en *shock* por una severa pérdida de sangre.

Corrió hacia ella, le levantó la cabeza y confirmó que tenía despejadas las vías respiratorias.

Le puso una mano en la frente, dos dedos bajo la barbilla, y le echó la cabeza hacia atrás. Al mismo tiempo, le pareció que había algo familiar en aquel rostro. ¿La habría visto antes?

¿Cuándo? ¿Dónde?

—Shirin —dijo—. ¿Me oyes?

La mujer no respondió.

Se inclinó sobre ella y acercó la oreja a la boca de la mujer, se fijó en su caja torácica y vio que respiraba.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién te ha hecho esto? —le preguntó.

Siguió hablándole mientras trataba de encontrarle el pulso. Le puso los dedos en el cuello e intentó establecer la fuerza y la frecuencia del pulso, pero apenas lo sentía.

—Shirin —le dijo, pero ella no respondió. Solo reaccionó cuando la agarró por los hombros y la zarandeó con suavidad—. Tenemos que soltarla —le dijo a Sandra, que estaba de pie detrás de él—. Deprisa.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —preguntó.

—No puedo cortar las bridas sin detener primero la hemorragia.

Philip abrió la bolsa con el instrumental, sacó el medidor de la presión sanguínea y se lo colocó a la mujer en el brazo. Cerró la válvula del aire y comenzó a inflarla todo lo que pudo.

La hemorragia se detuvo en ese brazo. Ahora tenía que detener la hemorragia en el otro brazo, pero no contaba con otro manguito para la presión.

—Mierda, necesito... —empezó a decir, pero se quedó sin palabras al ver que Aida estaba junto a la puerta de espaldas a ellos.

—Dios, Dios, Dios —susurraba.

Por primera vez en mucho tiempo, Philip sintió que se le aceleraba el corazón. El olor metálico de la sangre le inundó la nariz y pensó que necesitaba una venda más para cortar la hemorragia.

Se puso en pie.

—Philip —le dijo Sandra, pero ya había salido de la habitación.

Bajó corriendo las escaleras hasta la ambulancia. Encontró un torniquete y regresó corriendo con él. Al volver a entrar en la habitación, vio que Aida estaba tumbada en un extremo del sofá, en posición fetal, abrazada a un cojín con tanta fuerza que se le habían puesto blancos los nudillos.

Le colocó el torniquete a la mujer en el brazo izquierdo y comenzó a girarlo con fuerza. Justo cuando estaba a punto de cerrarlo, oyó una voz.

—Mami... —La voz no era de la adolescente. Era más suave.

Philip perdió la concentración al levantar la mirada y ver a una niña pequeña de pie en la puerta, con cara de miedo. Tenía el flequillo hacia un lado y el pelo revuelto. Llevaba un camisón azul claro con la princesa Elsa de *Frozen* estampada delante.

—Tenías que quedarte en nuestra habitación —le dijo Aida poniéndose en pie—. ¡Vuelve allí, Sara!

Aida tiró a la niña del brazo, pero esta se resistió. Philip y Sandra se miraron de nuevo antes de regresar junto a la mujer.

Philip actuó con decisión al soltar la cinta.

—Ayúdame —dijo, haciéndole un gesto a Sandra para que sujetase el cuerpo pesado e inerte de Shirin.

Contaron hasta tres.

—Uno, dos, tres.

La colocaron con cuidado sobre la camilla, en silencio, sabiendo lo que estaba en juego. Se encontraba en estado crítico.

—Las manos... —dijo Sandra, señalando con la cabeza los miembros cortados y tirados en el suelo.

—Tenemos que embolsarlas y meterlas en agua con hielo —le informó Philip.

Abrió la bolsa del instrumental y extrajo dos bolsas de cierre hermético.

—Toma, intenta llenarlas en la cocina.

Se puso unos guantes de látex y fue a por las manos. Pero, debido a la cantidad de sangre, una de ellas se le resbaló y cayó al suelo.

—Mierda, mierda, mierda —dijo y volvió a intentarlo mientras Sandra regresaba con las bolsas llenas de agua con hielo.

Con rostro impávido, Philip colocó cada mano dentro de la bolsa y la selló. Después colocó las bolsas junto al cuerpo de Shirin. Sandra y él volvieron a contar hasta tres y levantaron la camilla.

Entonces la niña se hizo pis. El charco se extendió bajo sus pies descalzos.

—¡Mami! —gritó, y empezó a dar pisotones en el charco de pis.

Aida la tomó en brazos y la sacó de la habitación.

—Tenemos que irnos —le dijo Philip a la joven—. La policía está aquí.

—Adelante —respondió ella—. Yo me quedaré aquí con Sara.

Philip sintió el peso de la camilla en los brazos mientras bajaba por las escaleras. Una vez en la entrada, se encontraron con dos agentes de uniforme que, de inmediato, continuaron subiendo hacia el apartamento. Nada más meter a la paciente en la ambulancia, Sandra se sentó al volante y Philip conectó el tercer cable del electrocardiógrafo. Negó con la cabeza al ver lo baja que era la frecuencia. En otras circunstancias le habría puesto una vía, pero, debido a

la pérdida de sangre, le sería difícil encontrar una vena lo suficientemente grande. Miró a la paciente y observó su caja torácica. Apenas se movía. Consideró la posibilidad de emplear el taladro intraóseo para acceder al sistema venoso a través de la médula ósea, pero entonces retiró un poco la manta y miró el torniquete. Comprobó la correa varias veces y se dio cuenta de que algo iba mal. Estaba suelto. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no lo había atado correctamente. Terminó de retirar la manta del todo y vio lo último que deseaba ver. La hemorragia del brazo no se había detenido. Había seguido desangrándose por la muñeca izquierda y la sangre se había acumulado bajo su cuerpo, sobre la camilla.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó.

—¿Qué sucede? ¿Cómo está? —gritó Sandra a través de la ventanilla de separación.

—¡No puedo cortar la hemorragia!

Sandra lo miró a los ojos a través del espejo retrovisor y después dio un volantazo para esquivar a una furgoneta que no se había molestado en apartarse al ver las luces de la ambulancia.

Philip apretó el torniquete con más fuerza, pero el vehículo se tambaleó y se le escapó la correa.

—¿Puedes conducir en línea recta, por favor? —gritó intentando volver a agarrarla.

Tiró y tiró. Sabía que cada segundo era fundamental. Sentía el sudor en la frente y tenía la boca seca, pero por fin logró colocar el torniquete en su lugar. Justo cuando terminó de atarlo, fue consciente del sonido que emitía el electrocardiógrafo. Un pitido regular y constante. Y lo supo.

Por segundo día consecutivo, oyó el sonido de la muerte de una paciente.

## 6

El plástico protector se agitó cuando Mia Bolander entró en el salón del apartamento de Eneby. Observó la estancia. Calculó la altura, el ancho y el largo del techo. Veintiocho metros cuadrados, pensó, lo cual era más que su propio salón. Aunque esta habitación tenía papel pintado de color azul,



adornos en el alféizar de la ventana y un sofá de cuero con una colcha por encima. Cuando visitaba escenas de crímenes en casas o apartamentos, con frecuencia se encontraba con cristales rotos o muebles volcados. Pero aquí todo parecía estar en su sitio. Eso hacía que resultara más extraño ver el mar de sangre en el suelo. El caos en mitad del orden.

¿Qué diablos había ocurrido?

Siguió las pisadas rojas con la mirada. Parecía que alguien había resbalado con la sangre.

—Esas son pisadas de calcetín —le dijo Anneli Lindgren, incorporándose—. Alguien estuvo por aquí andando en calcetines, después se los quitó y caminó descalzo. Parece un treinta y seis de mujer.

—Podría ser la hija mayor —comentó Henrik.

Mia volvió a mirar al suelo.

—La víctima se llamaba Shirin, ¿verdad?

—Sí —confirmó Henrik—. Shirin Norberg, cuarenta y dos años. Nacida y criada en Irán. Dos hijas: Aida, de dieciocho años, y Sara, que tiene cinco. Estaba casada con Magnus Norberg, que murió en un accidente de coche el mismo año que nació Sara.

—Hay una gran diferencia de edad entre las hijas. ¿Son del mismo padre?

—Sí. Magnus era el padre de ambas.

Anneli fue a buscar su cámara al recibidor.

—¿Y la encontró la hija mayor? —preguntó Mia.

—Sí.

—Jesús. Imagina encontrar a tu madre atada a una silla con las manos cortadas.

—No puedo ni imaginarlo —respondió Henrik.

Mia miró a Anneli, que había regresado con su cámara colgada al cuello.

—¿Shirin está en el sistema? —preguntó Mia, pero Henrik negó con la cabeza.

—¿Habéis comprobado la base de datos de criminales?

—Sí.

—¿Y los Servicios Sociales?

—Sí, pero no tienen nada sobre ella.

—¿Y el Centro de Emergencias para Mujeres?

—Tampoco hay nada allí.

—De acuerdo. Así que no tenemos historia conocida. Pero nació en Irán y le han cortado ambas manos. ¿Cómo podríamos llamar a eso, mutilación por honor?

Henrik la miró sin decir nada.

—He leído sobre ladrones a los que les cortaron las manos como castigo —dijo Anneli desde detrás de su cámara.

Henrik asintió, aún callado, como si estuviera perdido en sus pensamientos.

—Bueno, ¿deberíamos ir a Vrinnevi y echar un vistazo al cuerpo? —preguntó Mia.

—Ya ha sido trasladado al Instituto Forense nacional sueco para que le practiquen la autopsia

—le informó Henrik.

—Qué rápido —se sorprendió Mia.

—Sí. Los del depósito siempre están ansiosos por deshacerse de los cuerpos.

—Entonces veamos algunas de las fotos —propuso Mia.

—Claro —respondió Henrik—. Pero, primero, llamemos a un fiscal.

Las escaleras que bajaban hacia el garaje del apartamento parecían eternas. Jana Berzelius descendió los últimos peldaños más deprisa. Su intención había sido trabajar desde casa aquel día, pero, cuando su superior, el jefe de la Fiscalía Pública Torsten Granath, la llamó personalmente, quedó

claro que tendría que ir a la comisaría de inmediato. No le quedaba más remedio que dejar a Danilo solo en su apartamento.

La bolsa le pesaba y le hacía daño en el hombro. La había llenado de cosas que no quería que él husmeara, como su ordenador y sus papeles y carpetas personales más importantes. Ya era un fastidio que Danilo se hubiera instalado en su apartamento, convirtiéndolo en una especie de escondite absurdo. Le costaba ignorar la desagradable sensación que le producía el hecho de que ocupara su espacio y, en realidad, no sabía cómo manejarlo. Durante toda su vida adulta había vivido sola, había dormido sola, había comido sola. Nunca había tenido visitas, jamás había permitido que nadie cruzara la puerta.

Al abandonar el apartamento, Danilo estaba de pie en el recibidor, mirándola. Tenía los brazos cruzados y sus labios parecían haber adoptado una mueca desdeñosa. Pero no había dicho nada, y ella tampoco. Simplemente lo había mirado a los ojos y había fantaseado con rodearle el cuello con las manos y apretar hasta que se quedara sin aire. No le importaría romperle hasta el último hueso de su cuerpo y no le importaría borrarlo de la faz de la tierra.

Pero matarlo no era una opción... de momento.

Mientras conducía hacia la comisaría de policía, pensó en su difunta madre. Sabía que tenía que hacerse cargo de los preparativos del funeral. Y quería encargarse ella, sin implicar a su padre.

Jana sintió unas gotas de lluvia en la cara al salir del coche y caminar hacia la comisaría.

Había decidido que no le diría a nadie en el trabajo que su madre había muerto..., al menos de momento. La puerta automática se abrió y percibió el fuerte olor a desinfectante en el vestíbulo.

Había franjas húmedas en las zonas por donde había pasado la máquina abrillantadora. Henrik Levin la alcanzó; Jana oyó sus largas zancadas antes de oír su saludo.

—Me alegra que hayas podido venir de inmediato —le dijo—. Vamos a empezar ya la reunión en la sala de conferencias.

—Bien —respondió ella.

—Parece que eso pesa. ¿Quieres que te lleve la bolsa?

—Preferiría que no lo hicieras.

Mia Bolander levantó la mirada y suspiró cuando Jana Berzelius y Henrik Levin entraron en la sala de conferencias, donde ya esperaban sentados ella, Gunnar Öhrn y el técnico Ola Söderström. «La jodida Jana Berzelius», pensó Mia. Exitosa. Guapa, interesante, atractiva, con una vida en constante ascenso. ¿Acaso no tenían otra opción para llevar las investigaciones preliminares?

A Mia no le había caído bien Jana desde el principio. Pero ¿por qué? ¿Porque era de clase alta, orgullosa y estirada? Jana era la mejor experta de la Fiscalía Pública, una investigadora preliminar competente, eso no se podía negar. Pero, si hubiera sido un poquito menos competente, la habrían echado del equipo hacía mucho tiempo debido a su esnobismo. En circunstancias normales, Mia se habría negado a trabajar con alguien como Jana, pero ya nada era normal en lo referente al trabajo. Y tampoco en su propia vida.

Se miró las manos y se raspó el esmalte con la uña del pulgar. En su interior había empezado a crecer una sensación de vacío. No era exactamente que hubiera comenzado a dudar de sí misma; sabía que era una buena investigadora de homicidios. Su tasa de éxito era sólida y el trabajo le resultaba un desafío. El problema no residía en el trabajo policial, y no tenía intención de cambiar de carrera. El problema era que la noche anterior solo se le habían acercado dos hombres. Y solo la habían mirado sin decir nada, sin tomar la puta iniciativa. Ni siquiera comentaron nada sobre su sugerente blusa.

—Bueno —dijo Jana, golpeando la mesa con el dedo índice—. Vamos a empezar, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo Henrik—. Shirin Norberg, mujer, cuarenta y dos años, fue encontrada al borde de la muerte en su apartamento y después falleció en la ambulancia de camino al hospital. Murió por complicaciones derivadas de la brutal violencia a la que había sido sometida. Tenía fuertes traumatismos por todo el cuerpo y ambas manos amputadas. Si miráis aquí...

Le hizo un gesto a Ola, que tecleó en su ordenador. Aparecieron varias fotografías proyectadas en la pared.

Mia observó la foto de la mujer fallecida, con la cara pálida, los labios secos y los brazos colocados en los costados. La foto de las manos cortadas le hizo abrir la boca.

—Jesús —murmuró, y extendió la mano en un gesto hacia la foto—. ¡Esto es horrible!

—Sí —respondió Henrik levantando la mirada.

—¿Cómo puede alguien mutilar a otra persona de ese modo?

—Es una pregunta justificada —comentó Henrik—. Se me ocurren posibles motivos: sadismo, deseo, poder, venganza...

Señaló con el dedo el cuerpo desnudo y miró a Jana.

—¿Ves esto? —le preguntó.

Jana asintió, siguiendo el recorrido de su dedo. Mia observó los grandes hematomas visibles bajo las costillas, en las caderas, en los muslos y en las espinillas.

—Estaba atada —comentó—, y parece que alguien le dio una paliza.

—¿Tenemos alguna teoría sobre el modo en que se produjeron las lesiones? —preguntó Jana.

—Björn Ahlmann tiene el cuerpo, así que podrá decirlo cuando lo examine. Pero el tema de las manos —dijo Henrik con un suspiro—, es una de las peores mutilaciones que he visto, y...

—¿Qué? —preguntó Jana.

—No, nada —respondió él.

—Sí, dilo. ¿Qué estás pensando sobre nuestro proceder? —le preguntó Jana.

—Lo que yo piense no importa hasta que Björn no nos dé todos los datos —contestó Henrik.

—¿No ha podido darnos nada más para continuar?

—No, aún no, pero espero que se ponga pronto con ello. Nos enfrentamos a un criminal muy depravado, como puedes ver —dijo Henrik, señalando una nueva fotografía del cuerpo.

—Lo que tiene en el pecho parecen quemaduras antiguas —observó Jana.

—Sí. Y, por lo general, este tipo de violencia suele cometerla alguien cercano a la víctima —

explicó Henrik—. Pero su marido murió hace cinco años.

—¿Y ahora? —preguntó Jana.

—No tenía ninguna relación que nosotros sepamos.

—¿Qué será lo próximo?

—Interrogaremos a las hijas.

—Sí, correcto —convino Jana—. Cuanto antes.

Philip Engström estaba sentado e inmóvil en el sofá, con las piernas apoyadas en la mesa.

Sandra Gustafsson estaba sentada en uno de los sillones, retorciéndose las manos. Evitaban mirarse a los ojos mientras esperaban en la sala del personal.

—¿Qué ha dicho la jefa? —preguntó ella pasados unos segundos.

—No lo sé. Aún no he hablado con Eva.

—¿Por qué no? Él suspiró.

—Porque no tengo razón para ello.

—Sabes que tenemos que informar cuando se cometen errores evidentes...

—Por el amor de Dios, Sandra, ¡no empieces con eso otra vez!

—Prometiste que informarías...

—Si cometía un error, sí.

—¿Y qué te parece a ti una negligencia profesional?

—Bueno, quizá haya que aclarar un poco el concepto. Negligencia podrían ser unas rutinas inadecuadas, una formación inadecuada, unas relaciones laborales inadecuadas o un equipo inadecuado. Y, en este caso, ha sido un torniquete que no ha funcionado correctamente.

—Pensaba que...

—¿Pensabas que había sido un error mío? Siento decepcionarte, Sandra. No he sido yo, ha sido el torniquete. ¿Y a quién coño le importa un jodido torniquete cuando a un paciente le han cortado las manos?

La habitación quedó en silencio. Notó que le costaba respirar; estaba mareado. Solo fue un segundo, pero supo que era la primera señal de que necesitaba una pastilla. Quería sentir la somnolencia que le provocaba, notar que su cuerpo se relajaba.

—Nunca podrás admitir que has cometido un error, ¿verdad, Philip?

Sandra lo miró con expresión severa y a él le pareció que sus ojos eran más verdes cuando se enfadaba.

—Nunca he tenido que pensar en ello —respondió—, porque nunca cometo errores.

Jana Berzelius no tenía ninguna gana de visitar la funeraria para realizar los preparativos del funeral de su madre, pero nadie más lo iba a hacer por ella y había que resolver el tema.

Evidentemente, había vivido toda su vida sabiendo que sus padres adoptivos morirían en algún momento, pero no había imaginado que su madre abandonaría el mundo de forma tan súbita.

Debido a esto, no sabía qué clase de ataúd habría querido su madre, ni qué himnos, ni qué lápida. Y quizá fuese mejor así; eso le otorgaba la libertad de decidir cómo sería la ceremonia.

Apagó el motor, salió del coche y pensó que la tarea habría resultado mucho menos desagradable si hubiera sido por el funeral de Danilo. La campanita situada encima de la puerta sonó cuando entró. Una mujer la miró desde detrás de la puerta que daba a la sala de descanso. Llevaba un vestido claro con estampado de flores y se había hecho la permanente.

—Enseguida salgo —le dijo con la boca llena—. Siéntese un momento.

Jana entró, estudió el lugar, sintió que rezumaba pena y le pareció que el aire era demasiado caliente y húmedo. La funeraria estaba en la esquina de Hospitalgatan y Gamla Rådstugugatan.

Las ventanas que daban a la calle estaban cubiertas por persianas verticales, creando una atmósfera siniestra. Había un soporte de periódicos con diferentes folletos con títulos como *Organizar un funeral*, *Cómo inventariar una herencia* y *Tu testamento*. A Jana ni siquiera le gustaba el

nombre de la funeraria: El reloj de arena. Era como si quisieran recordar a la gente que sus días estaban contados.

La puerta se abrió de nuevo.

—Hola, soy Anna-Lena Hanberg —dijo la mujer ofreciéndole la mano.

—Jana Berzelius.

Se estrecharon la mano.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Anna-Lena con la cabeza ladeada.

—Quería hablar sobre los preparativos para un funeral. Mi madre ha fallecido.

—¿Tiene cita?

Jana negó con la cabeza.

—No.

—No hay problema. Sígame. Entremos en esta habitación de aquí.

Anna-Lena abrió la puerta que daba a una habitación más pequeña y entró primero. Jana contempló las sillas azules en torno a una mesa de teca, el pequeño estéreo situado sobre una cómoda y los óleos colgados en las paredes.

Anna-Lena se sentó, situó frente a Jana una carpeta titulada *El descanso eterno* y abrió frente a ella un cuaderno.

—Quiero empezar diciendo que es importante que sepa que su familia y usted no están solas.

—Yo estoy sola.

—¿No tiene hermanos?

—No. Y mi padre está incapacitado para venir hasta aquí.

—¿No tiene parientes?

—No. Soy la máxima responsable de los preparativos funerarios.

—Entiendo, y quiero que sepa que estamos aquí para apoyarla. Es importante permitirse experimentar el dolor, atreverse a sentir las emociones y no reprimirlas. Tarde o temprano, tendrá que enfrentarse a ellas.



—La creo —dijo Jana.

—También debería saber que estamos encantados de poder ayudarle con cualquier pregunta de carácter práctico.

—En realidad solo tengo una pregunta. ¿Cuándo puede celebrarse el funeral?

—Eso depende. Con frecuencia, tiene lugar dos semanas después del fallecimiento.

—Quiero que sea lo antes posible —afirmó Jana.

—De acuerdo —dijo Anna-Lena y abrió un calendario—. Por lo que veo, la primera fecha disponible es el próximo viernes.

—Bien.

—Pero debo preguntarle si su madre ha dejado algún documento en el que expresara sus últimas voluntades.

—No.

—¿Ha tenido ocasión de pensar en ello?

—No.

—Entonces creo que sería buena idea que lo revisáramos paso a paso.

—Deseo que el funeral sea privado.

—Bien, eso está decidido.

—¿Hay más?

Anna-Lena se colocó el pelo detrás de la oreja y se aclaró la garganta.

—Hay que hablar de algunos asuntos más —le informó—. Por ejemplo, la esquila, las flores y la música. ¿Tendrá lugar en una iglesia, en la capilla de un crematorio, en un salón comunitario o al aire libre? ¿Qué tipo de ataúd? ¿Tamaño, color, material? ¿El acolchado, la decoración, su propia colcha, una almohada, sábanas?

—Supongo que estaré aquí durante un buen rato —dijo Jana.

Anna-Lena le dirigió una vaga sonrisa.

—La primera visita suele durar en torno a las dos horas y media —le dijo.

Jana miró el reloj. Anna-Lena se dio cuenta.

—Tengo una lista entera de preguntas —le dijo con tono de disculpa—. Es inevitable.

—¿Y no puedo llevarme la lista a casa?

—Por desgracia no —respondió Anna-Lena—. ¿Qué le parece? ¿Empezamos?

—¿Estás seguro de que sabía que veníamos? —preguntó Mia Bolander después de que Henrik Levin tocara el timbre de la puerta por segunda vez.

Él asintió.

—Sí, hablé con ella por teléfono. Tartamudeó un poco, pero prometió que estaría en casa.

Mia se metió las manos en los bolsillos.

—¿Qué tal va la mudanza, por cierto?

—Bien, creo.

—¿Cuándo os mudáis?

—El viernes de la semana que viene. No te apetecería ayudar, ¿verdad?

Mia se encogió de hombros.

—Claro, pero solo si hay cerveza.

—Eso depende —dijo él.

—¿De qué?

—De lo caro que sea el regalo de inauguración de casa que nos hagas.

Mia arqueó las cejas.

—Es broma —dijo él—. No queremos regalos. Tu ayuda es el mejor regalo.

Henrik volvió a llamar al timbre y se quedaron los dos allí de pie, en silencio, hasta que al fin oyeron ruidos al otro lado: un ataque de tos; después, pasos. Cuando se abrió la puerta, percibieron un olor peculiar, una mezcla de humo y pelo de animal mojado. Ataviada con un vestido marrón, Maria Ashour les sonrió para darles la bienvenida. Tenía un busto enorme, que dejaba colgar

libremente bajo la tela.

—En-entren de-deprisa —dijo, poniendo el pie frente a la puerta para evitar que un gato tratara de escaparse por la escalera. Les estrechó la mano antes de conducirlos hasta la cocina—.

Aida está en la habitación de invitados. I-iré a por ella.

Henrik y Mia se sentaron. Sobre la mesa había un mantel bordado y, en el centro, un cuenco y una muñeca rusa. La vista sobre Norrköping habría sido impresionante si no hubieran estado las cortinas echadas casi del todo.

Henrik centró la mirada en el suelo y vio una botella de vino y tres botellas de agua, de plástico, todas vacías en un rincón. Había enormes bolas de pelo de gato por la pared.

—Sí, sí, debería haberlas tirado hace tiempo —dijo Maria, que había regresado. Estaba en la puerta pasándole un brazo a Aida por los hombros—. No he-he ido a por Sara. Está jugando en el dormitorio. Aún no-no le hemos dicho que su madre ha fa-fallecido.

—Deje que juegue —dijo Henrik.

—Ven aquí, cielo —dijo la mujer, acercando a la chica hacia la mesa.

Aida se sentó, miró primero a Henrik y después a Mia. Luego otra vez a Henrik y de nuevo a Mia. Tenía el pelo mojado y suelto por delante de la cara. Llevaba un jersey de punto, una falda plisada y medias negras. Parecía agotada pero tranquila.

—Hola, Aida —dijo Henrik. —Hola —murmuró la muchacha mirando a la mesa.

—¿Quieren algo de beber antes de empezar?

—No, gracias —respondió Henrik—. No nos quedaremos mucho.

—Dígamelo si cambian de opinión.

Henrik se volvió hacia Aida.

—Hemos venido a hacerte unas preguntas sobre tu madre.

—Lo sé. —Sabemos que estás muy triste por lo ocurrido. Aida asintió.

—¿Te sientes bien aquí, con tu abuela?

—Sí, me siento bien.

—Normal que se quede aquí, con su yaya —dijo Maria acariciándole el pelo—. Así es como me llama. No-no permitiría que se que-quedase en ninguna otra parte. Jamás. Es-eso estaría mal.

—Lo entiendo —dijo Henrik cruzando las manos sobre la mesa.

Se quedó mirando a Aida y pensó que a cualquiera le resultaría difícil determinar su edad basándose solo en su apariencia.

—Trabajas a jornada completa, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí —respondió Aida—. Tuve suerte al conseguir un trabajo nada más graduarme.

—Aida es lista, ¿sa-saben? Las notas más altas en todo. Es-estoy muy orgullosa de ella.

Henrik asintió ligeramente con la cabeza para demostrar que estaba impresionado por la ambiciosa joven.

—Vamos a tener que hablar con Aida a solas —dijo volviéndose hacia Maria.

—Me-me iré —respondió esta—. Ven aquí, Kitty, vamos a dejarlos en paz.

Levantó al gato del suelo antes de abandonar la cocina.

—¿Puedes hablarnos un poco más de tu madre, Aida? —le preguntó Henrik cuando se cerró la puerta—. ¿A qué se dedicaba?

—Era enfermera quirúrgica —respondió la chica—, en el hospital de Vrinnevi.

—¿Así que tenía turnos?

—Sí, así es. —Aida asintió varias veces—. Pero nunca de noche —añadió—. Yo empecé a hacer turnos de noche para poder ayudarla a cuidar de Sara durante el día.

—¿Qué hacía tu madre cuando no estaba trabajando?

—¿Que qué hacía? —repitió Aida—. No hacía gran cosa. En general se quedaba en casa.

Cuidaba de Sara y de mí. Cocinaba para nosotras. Llevaba a Sara al

colegio. Veía la tele con nosotras y cosas así.

—Sé que tu padre murió hace algunos años. ¿Cómo eran los amigos de tu madre? —

preguntó Henrik—. ¿Traía compañía a casa? ¿Visitaba a alguien en particular? ¿Tenía muchos amigos?

Aida se enderezó y lo miró.

—No. En general se quedaba en casa con nosotras cuando no estaba trabajando. A veces venía a visitar a la yaya.

—Tu madre no mantenía ninguna relación, que tú sepas, ¿verdad?

—¿Relación? —preguntó Aida y tomó aliento.

—¿Un novio?

—No, no tenía.

—¿Tienes idea de quién pudo hacerle daño?

Aida miró al techo, como si necesitara pensárselo. Después negó con la cabeza.

—No, ni idea —respondió, preocupada.

Henrik miró a Mia, que había acercado la muñeca rusa hacia sí y la había abierto. Contenía cinco muñecas más pequeñas.

—Aida... —dijo Henrik, llamando la atención de la chica—. Nos gustaría que describieras lo mejor posible lo que sucedió cuando volviste a casa y encontraste a tu madre. ¿Qué oíste? ¿Qué viste?

Aida cambió de postura en su silla.

—Es difícil hablar de eso —respondió.

—Lo comprendemos —dijo Henrik—, pero es importante para nosotros oír tus palabras.

—Sabemos que es una situación horrible —intervino Mia mientras volvía a guardar las muñecas rusas—. Pero ¿podemos intentar hablar de ello? Saliste de tu puesto de trabajo después del turno de noche, volviste a casa ¿y...?

—La puerta estaba abierta cuando llegué.

—¿Abierta? —preguntó Henrik—. ¿Quieres decir que la puerta estaba abierta o que estaba sin la llave echada?

—Sin la llave echada —aclaró mirándolo a los ojos un segundo—. Así que la abrí y entré.

—¿Y qué hora era?

—Poco después de las ocho de la mañana.

—De acuerdo. ¿Y entonces?

—Colgué la chaqueta, me quité los zapatos y me di cuenta de que había una llave en la puerta de nuestro dormitorio. La puerta estaba cerrada desde fuera y pensé..., bueno, me pareció extraño.

—Y cuando dices «nuestro dormitorio», te refieres a...

—De Sara y mío. Compartimos habitación.

—¿Pensaste que era Sara la que había echado la llave?

—No. Di por hecho que Sara estaría en la habitación y que estaba cerrada desde fuera. Eso era lo raro. Mi madre nunca nos encerraría... —Aida tragó saliva—. Entonces oí a Sara gimotear ahí dentro, de modo que abrí la puerta. Debería haber estado en la guardería. Al verla supe que había sucedido algo malo, intenté hablar con ella y abrazarla. Luego fui al salón y es ahí donde mi madre..., bueno, fue ahí donde la encontré sentada en la silla.

—Además de Sara, ¿tu madre estaba sola en el apartamento cuando llegaste a casa? —

preguntó Mia.

—Sí.

Henrik se frotó la barbilla con la mano, pensando.

—Tu madre estaba malherida —dijo.

—Sí.

A Aida había comenzado a temblarle el labio inferior.

—Fui hacia ella —explicó—, pero no sabía qué hacer. Tenía sangre por todas partes, y las manos... las manos estaban...

Aida se llevó la mano a la boca para contener una arcada.

—¿Pudo decirte algo?

La chica estaba empezando a tener arcadas y, finalmente, no pudo aguantar más.

Se puso de pie apresuradamente y abandonó la cocina de su abuela.

—¿Vu-vuelvo a traerla? —preguntó su abuela Maria al aparecer en el umbral.

—No, no importa —respondió Henrik—. Pero necesitaremos hablar también con Sara y con usted.

Maria se quedó callada unos segundos y después dijo:

—No.

—¿No? —Henrik arqueó las cejas y descubrió que se había quedado sin palabras.

—Pu-pueden hablar conmigo, pe-pero no con Sara —dijo Maria.

—Pero necesitamos hablar con ella —le explicó Mia—. Estaba en casa cuando su madre fue torturada. Estaría usted obstruyendo nuestra investigación si no nos permite hablar con ella.

¿Quiere saber quién mató a su hija y que ese monstruo sea llevado ante la justicia?

—Pe-pero Sara es muy pequeña.

—Tenemos personal formado especialmente para hablar con niños —le aseguró Henrik.

—Lo en-entiendo, pero, no... —Maria negó con la cabeza.

Henrik se pasó una mano por el pelo.

—Respetamos su deseo de proteger a Sara —le dijo—, pero, en esta situación, es de vital importancia que averigüemos lo que sabe.

—Pe-pensaré en ello.

—Por favor, hágalo —le dijo él—. Quiero que sepa que lo único que deseamos es averiguar quién le ha hecho esta atrocidad a su hija, Shirin.

—Yo ta-también.

—¿Tiene idea de quién ha podido estar implicado?

—No. No lo sé, pero, qui-quien le haya...

Maria miró hacia el techo y murmuró algo para sus adentros.

—Perdón, ¿qué ha dicho?

—He di-dicho que quien le haya hecho eso a mi hija arderá en el infierno.

Jana Berzelius miró el reloj y vio que la reunión con la directora de la funeraria había durado demasiado. Había habido demasiadas preguntas y todavía no había logrado decidir qué tipo de ceremonia organizar ni dónde hacerlo. Además, necesitaba más tiempo para pensar dónde quería que enterraran a su madre.

Había planeado ir a la Fiscalía pública y trabajar unas pocas horas, pero decidió regresar a casa, aunque no tenía ganas de encontrarse allí a Danilo. Se montó en el coche y condujo hasta su aparcamiento en Knäppingsborg. Aparcó y agarró su bolsa, pero entonces cambió de opinión y dejó la bolsa en el maletero.

Menos de dos minutos más tarde, estaba frente a la puerta de su apartamento. Giró la llave, abrió un poco la puerta y escuchó. Empujó la puerta muy despacio y entró.

Normalmente el correo estaba tirado en el felpudo, pero aquel día se hallaba en la mesa de la cocina. ¿Danilo lo habría revisado? Trató de no perder los nervios e intentó respirar con calma.

Pero la idea de que Danilo hubiese revisado su correspondencia personal le provocó una sensación de claustrofobia casi tangible. Estaba en el suelo del salón, haciendo flexiones. Se detuvo en mitad de una repetición y la miró. Tenía la cara roja y tensa, parecía distante. Abrió la boca para decir algo, pero, cuando Jana pasó frente a él, guardó silencio. Siguió andando hasta su dormitorio, cerró la puerta tras ella y se sentó en la cama. Ignorarlo no era una estrategia tan mala al fin y al cabo, pensó sonriendo para sus adentros. No estaba nada mal.

Hendrik Levin dejó su taza de café sobre la mesa y miró a Mia Bolander, que es-taba mirando hacia un punto indeterminado más allá del ventanal de la



cafetería, hacia las tiendas de Gamla Stan.

—No entiendo este asesinato —dijo Henrik.

—Yo tampoco —respondió ella en voz baja—. Es evidente que nos enfrentamos a un sádico trastornado.

—¿Eso crees? —preguntó Henrik, cansado.

Mia lo miró.

—¿Por qué? ¿Qué crees tú? —preguntó en voz alta, antes de obligarse a volver a bajarla—.

Le habían cortado las manos a la víctima. ¿O es que no te has dado cuenta?

—Lo sé.

Después de todos esos años como compañeros, Henrik había llegado a darse cuenta de que Mia tenía un lado positivo y otro negativo. Lo positivo era que se trataba de una mujer dura con mucha experiencia, sobre todo en investigaciones complicadas. Lo negativo, que era una egocéntrica con una actitud cortante capaz de fastidiar a cualquiera. Incluido él. No siempre, aunque sí en aquella ocasión. Pero bueno, estaba cansado y sabía que no tenía sentido darle su opinión sobre su comportamiento desabrido porque eso solo empeoraría las cosas.

Dio un bocado a su sándwich de *leberwurst* y pepino, masticando despacio antes de tragar.

Empleó el tiempo en decidir que, a pesar de todo, Mia tenía razón. El asesino era una bestia, y sus investigaciones no solían incluir miembros amputados.

—¿En qué estás pensando?

La arruga de su entrecejo se suavizó cuando arqueó las cejas y lo miró.

—En la sucesión de acontecimientos —respondió él—. Alguien entró en el apartamento de Shirin y la torturó, le cortó las manos a sangre fría mientras estaba viva, con su hija pequeña en el apartamento.

—Sí, algo enfermizo —agregó Mia—. Si su objetivo hubiera sido matarla, el asesino podría haberle pegado un tiro en la cabeza. Bang. Rápido y fácil. En su lugar, la ató a una silla y le cortó las manos.

Henrik dio otro bocado al sándwich.

—Alguien quería que sufriera.

—Alguien que, probablemente, fuese cercano a ella —conjeturó Mia—, como casi todos los asesinos.

—Desde luego, pero ¿quién? Shirin no parecía tener muchos amigos, ni siquiera un novio. Al menos según Aida.

—Los padres no siempre se lo cuentan todo a sus hijos, ¿no es cierto?

Henrik picoteó su sándwich con el pulgar y el índice.

—Pero Aida parece muy madura en ese sentido —dijo—. Lo habría sabido si hubiese algo extraño. Parece muy sensata, práctica, no parece tener la cabeza en las nubes como muchos adolescentes.

—¿Eso crees? —preguntó Mia.

—¿Tú no? Ella se encogió de hombros.

—No parece estar de acuerdo conmigo —comentó él—, pero a mí me ha parecido muy madura.

—¿Y si Aida no nos ha contado todo sobre su vida en familia? —preguntó Mia—. Tal vez no le guste tener que responsabilizarse de su hermana pequeña.

—Cierto. Y, de hecho, fue su hermana pequeña en quien primero pensó al entrar en el apartamento, ¿verdad? —comentó Henrik—. Estaba centrada en ella, como si le preocupara que pudiera haberle ocurrido algo.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—No estoy seguro. No estoy completamente convencido de que Aida no nos esté ocultando algo. Sobre su situación familiar, quiero decir. Parecía muy contenida, resignada, pese a haber perdido a su madre de una manera tan horrible.

—¿Y cómo debería haberse comportado entonces? —preguntó Mia—. La gente reacciona de maneras diferentes.

—Sí, pero me ha parecido que, a su edad, debería haber estado más nerviosa, en *shock*.

Parece como si la familia estuviese ocultando algo y... —Henrik agarró su

sándwich y se lo llevó a los labios, pero entonces volvió a dejarlo—. Tenemos que conseguir hablar con la hermana pequeña. Es ella la que estaba en casa cuando sucedió todo. Debió de oír los gritos de su madre. Sabría si había alguien más en el apartamento y si era alguien a quien conocía. No entiendo por qué la abuela no quiere que hablemos con ella. ¿De qué tiene miedo?

—De que salga a la luz algo muy desagradable, probablemente.

—¿Por ejemplo?

—¡No lo sé! ¡Algo!

—Bueno, si no hubieras insistido tanto, tal vez podríamos haberle sacado algo, pese a todo

—dijo Henrik.

Mia se irguió en su silla.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que es culpa mía?

—No digo nada, Mia. Solo creo que es del todo innecesario que nos impidan hablar con la niña. Alguien la encerró. Y probablemente no fue la madre, así que es muy posible que la niña viera al asesino. Tenemos que hablar con ella.

—De acuerdo, la situación es jodidamente frustrante —reconoció Mia—. Pero no digas que es mi puta culpa.

—Por segunda vez, Mia, no he dicho eso. De momento tendremos que concentrarnos en encontrar nuevas pistas.

—¿Hemos sacado algo de los vecinos?

—Aún no. Solo hemos localizado al vecino de al lado. Lo interrogaremos más tarde.

Henrik dio otro bocado a su sándwich.

—¿Y los compañeros de Shirin en el hospital? —sugirió Mia.

—No hemos hablado con ellos, pero es evidente que faltaba mucho al trabajo. Por lo demás, no tenemos aún información relevante.

—¿Y cuál es nuestro próximo paso si no podemos hablar con Sara?

—No olvides que tenemos que interrogar a otras dos personas muy importantes.

—¿Quiénes?

—Los dos paramédicos que acudieron a la escena del crimen.

7

Philip Engström sacó un Sobril del blíster, se lo metió en la boca, puso las manos debajo del grifo y tragó mientras bebía. Con las manos mojadas todavía pegadas a la cara, se sentó en el inodoro y trató de ordenar sus pensamientos por un instante. La conocía. Había visto antes a la víctima, en alguna parte. ¿O era solo un *déjà vu*? Se estremeció y vio que alguien estaba intentando abrir la puerta. A lo lejos oyó una voz que lo llamaba y distinguió palabras como «interrogatorio policial». ¿Cuánto tiempo llevaba sentado en el cuarto de baño del personal?

«Mierda», pensó. Tenía que recomponerse. Levantó las manos y comprobó que los temblores habían disminuido. Lentamente se puso en pie y volvió a lavarse la cara.

¿Era cierto que no había atado correctamente el torniquete? Estaba casi seguro de que sí lo había hecho, pero no seguro del todo. Su memoria estaba borrosa. Otra vez. Quizá las pastillas estuvieran empezando a tener efectos secundarios...

Quizá el torniquete sí que había fallado, pero lo más probable era que no hubiera podido salvarla, lo más probable era que hubiera muerto de todos modos.

Mientras se secaba las manos, se repitió a sí mismo que se rellenaban pocos informes entre los paramédicos. Como las personas trabajaban tan cerca las unas de las otras, denunciar a otro compañero era un asunto serio. Los errores solían quedar sin documentar. Y nadie informaría sobre su propio error. Al menos entre el personal más experimentado. Pero Sandra era nueva y Philip no sabía cómo reaccionar con ella. Su compañera le había dicho que no dudaría en informar si cometía otro error, pero no había cometido ningún error. El torniquete debía de haber fallado, pero él no.

Se puso las manos delante de la cara. Las examinó. Estaban ya

completamente quietas.

Jana Berzelius cerró el grifo del agua caliente, salió de la ducha y se envolvió con una toalla.

Abrió la puerta del cuarto de baño, se asomó al pasillo y vio que los rayos de sol de última hora de la tarde creaban formas abstractas sobre el suelo de parquet. Después se fue sin hacer ruido hacia su dormitorio.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Ya te he visto desnuda antes.

Danilo estaba allí de pie, con los brazos cruzados. Jana pasó aceleradamente frente a él para entrar en el dormitorio y cerró la puerta con el pestillo. Se recordó a sí misma que debía fingir que no estaba allí. Debía ignorarlo por completo. Era la única manera de soportar aquel tormento. Sacó ropa interior limpia de un cajón. Se puso las bragas, dejó caer la toalla y se abrochó el sujetador. Estaba pensando que debería vestirse de negro para la cena de esa noche con Per cuando vio una mota de polvo flotando por el suelo. Miró hacia la puerta y vio una sombra a través del umbral inferior.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó.

—Te estoy mirando —respondió él desde el otro lado. Jana recogió la toalla del suelo.

—¡Para!

—¿O qué?

Oyó su tono de voz, irritante y amortiguado, a través de la puerta y se sintió frus-trada.

Primero, había roto su promesa a sí misma de no hablar con él. Segundo, era evidente que

Danilo no había entendido lo que le había dicho. Pero había otras formas de comunicarse. Casi todo el mundo entendía el dolor. Incluso él.

Jana esperó a vestirse hasta que la sombra desapareció. Las perchas resbalaban de un lado a otro de la barra mientras buscaba el traje negro que había comprado seis meses atrás y solo se había puesto una vez. Mientras se ponía los pantalones, notó lo tensos que tenía los brazos.

Intentó relajarse antes de salir del dormitorio.

Danilo estaba sentado en la cocina y ella sintió su mirada al pasar por delante. Era como si esperase que fuera hacia él. Notó los zapatos de tacón fríos al ponérselos.

—¿Dónde vas? —gritó él.

Pero Jana no respondió, agarró su abrigo y salió del apartamento.

Mia Bolander estaba sentada junto a Henrik Levin en una de las salas de interrogatorios de la comisaría de policía. Metió las manos en las mangas de su jersey de punto acanalado y se hundió un poco más en la silla. Miró a Philip Engström, que estaba sentado frente a ella.

—Acabamos de hablar con tu compañera, Sandra Gustafsson. Será mejor que empecemos directamente con lo que sucedió esta mañana —dijo Henrik—. Por lo que sabemos, vosotros dos fuisteis los primeros en llegar a la escena del crimen.

—Sí —respondió Philip.

—Agradecemos que nos hayáis proporcionado tan rápidamente vuestras huellas dactilares y vuestro ADN —comentó Henrik.

—Solo seguimos el protocolo —respondió Philip.

Mia estudió al hombre que tenía delante. Tenía treinta y tantos años y, aunque se le veían bolsas bajo los ojos, parecía estar en plena forma. Probablemente hacía ejercicio de manera regular, solo bebía agua y evitaba el alcohol, la comida basura y los dulces para mantenerse así.

Pero ¿quién diablos quería salvar vidas si luego no podía tener vida propia?

—Dinos lo que ocurrió cuando llegasteis al apartamento —dijo Henrik.

—Cuando llegamos, la hija estaba sentada en las escaleras frente a la puerta del apartamento.

La hija mayor, me refiero. Estaba esperándonos. Luego entramos al apartamento y fuimos hasta el salón, en la parte de atrás. Vimos a la paciente atada a una silla y las manos..., bueno, se las habían cortado y estaban tiradas en el suelo.

—Cuando dices «la paciente», ¿te refieres a Shirin Norberg?

—¿Se apellida Norberg? —preguntó Philip arqueando las cejas.

—Sí —respondió Mia.

—De acuerdo.

—¿Por qué lo preguntas? ¿La conocías?

—No, no —dijo Philip—. Debo de haberla confundido con otra persona.

Mia lo miró y asintió lentamente.

—¿Había alguien más en el apartamento cuando estuvisteis allí? —preguntó Henrik.

—Sí. La niña, Sara, la hija de la paciente.

—¿Y además de ella? —preguntó Henrik.

—Nadie más, que yo sepa. —¿Estás seguro?

—Sí —respondió—. Nos centramos principalmente en la paciente, pero no había nadie más en el apartamento.

—De acuerdo —dijo Henrik—. ¿Y cómo describirías la actitud de la hija mayor?

—¿Su actitud? —repitió Philip, pensativo—. Bueno, estaba muy alterada, claro.

—¿Y cómo se comportaba? —preguntó Henrik—. ¿Dijo algo?

—Se pasó casi todo el rato con las manos en la cara. Como es natural, no quería mirar.

—¿Dijo algo?

—No, no de entrada. Nos dijo que había intentado soltarle los brazos a su madre, pero era demasiado para ella. Lo entiendo. Yo apenas podía mirar. Tenía las manos... En cierto sentido parece surrealista. No entiendo cómo alguien pudo hacer algo así.

—Nosotros tampoco —admitió Henrik.

—Pero lo que me pregunto —intervino Mia— es cómo es que dejasteis solas a Aida y a Sara. Aunque su madre hubiera sido sometida a una violencia

brutal, ¿las dejasteis solas en el apartamento? ¿Os pareció una idea juiciosa?

—Fue lo que nos pareció mejor —respondió Philip—. Sabíamos que la policía iba de camino.

De hecho, nos cruzamos con ellos en la escalera cuando salíamos. Y, aunque suene mal, debemos centrarnos en salvar al paciente. Nuestro trabajo es salvar vidas.

—Sí, pero, en esta ocasión, no pudisteis —dijo Mia.

—No —confirmó Philip—, no pudimos.

Los filetes de carne de venado al romero que había en el plato mostraban un centro ligeramente sonrosado.

—Qué buena pinta —dijo Per Åström al aceptar el plato del camarero.

—Al contrario que el *filet mignon* —dijo Jana haciendo girar su copa de vino dos veces.

Per iba vestido con un traje oscuro y camisa blanca. Eran cerca de las siete y el restaurante Durkslaget estaba casi lleno. La mesa junto a la ventana tenía velas encendidas.

—Dilo a las claras, no quieres venir a mi casa —comentó él.

—Quiero ahorrarte la molestia de preparar la cena —respondió Jana.

—Qué amable, pero ya había comprado todos los ingredientes.

—Entonces ya tienes la cena preparada para mañana.

—¿Puedo invitarte? Podemos tomar helado de postre.

—No me gusta el helado.

—¿Hay algo que te guste?

—Comer en paz.

—Solo por eso, no voy a parar de hablar.

—¿Ves lo sorprendida que estoy?

—Sí, desde luego.



—Salud.

Alzaron sus copas, bebieron y empezaron a comer. El venado iba acompañado de un gratén de patatas, judías al vapor y salsa de nata.

—Hiciste un gran trabajo en la radio, por cierto —dijo Per.

—¿Eso crees?

—Por supuesto. Sin duda. Tienes, ¿cómo decirlo?, una autoridad natural. Desarmaste al presentador del programa. Es evidente que eres una experta en la materia. Además, eres capaz de expresar tus pensamientos de forma que los oyentes los entiendan. Tu voz es perfecta para la radio.

—Qué conmovedor.

Per se rio y se pasó la mano por su pelo rubio.

—Estoy de acuerdo contigo en que el principal deber del sistema judicial debería ser evitar la delincuencia. Y creo que tenemos que ampliar nuestros procedimientos para dar más peso a las pruebas.

—¿De verdad?

—Te enteraste de lo del padre inocente que fue puesto en libertad después de nueve años en prisión, ¿verdad?

Jana asintió. El caso había despertado la atención de los medios de comunicación. Un hombre de sesenta y seis años había sido condenado a catorce años de prisión por abusar de su hija.

Supuestamente la violó hasta doscientas veces a lo largo de varios años. Se dijo que también la había torturado con cuchillas de afeitar y cigarrillos encendidos. Pero, mientras estaba en la cárcel, resultó que su hija estaba haciendo acusaciones similares hacia otras personas, una de las cuales era un reputado agente de policía.

Per se limpió la boca con la servilleta.

—Y entonces, una nueva declaración jurada demostró que las supuestas lesiones que la hija aseguraba haber sufrido a manos de su padre tampoco encajaban con las acusaciones. Se

celebró un nuevo juicio y el hombre fue puesto en libertad. Pidió una suma sin precedentes como indemnización.

Jana enarcó las cejas.

—Ah, ¿sí?

—Adivina cuánto.

—No sé. ¿Mucho?

—Buen intento —dijo Per—. Es difícil poner valor al sufrimiento, claro, pero pidió dos millones de dólares y recibió uno y medio. Es la mayor cantidad que ha pagado el Ministerio de Justicia.

—Esa clase de casos es problemática —dijo Jana.

—Sí, suele ser la palabra de uno contra la del otro, pero lo que quería decir es que lo que le ocurrió a ese padre bien podría ocurrirle a otro padre. Por eso deberíamos ampliar nuestros procedimientos. ¿Más?

Per levantó la botella de vino blanco.

—Sí, por favor.

—Ahora, dime en qué estás pensando —le dijo mientras le llenaba la copa—. Y no me digas que no estabas pensando en nada, porque sabías perfectamente cuánto dinero le dieron. Pero no querías decirlo.

Jana dejó sus cubiertos en el plato, dio un trago al vino y miró a Per. Él la miró con sus ojos de distinto color. Uno azul y el otro marrón. No quería contarle lo de la muerte de su madre.

Era algo personal y deseaba que siguiera siendo así. En su lugar, prosiguió con su conversación.

—Me pregunto cuántos presos serán inocentes en realidad —comentó.

—No lo sé —dijo él—. Todos aseguran serlo, ¿no?

—Igual que Danilo Peña.

Jana paladeó un poco sus palabras, después alcanzó su copa y bebió un poco más. Sabía que estaba corriendo un riesgo al pronunciar su nombre, así que tragó despacio y esperó la reacción de Per.

—Danilo Peña, claro —dijo él mientras cortaba el último pedazo de venado—. ¿Por qué lo mencionas? ¿Crees que es inocente?

Jana negó con la cabeza y dio otro trago. ¿Debería preguntar más o dejar el

tema?

—Me dijiste que había escapado. ¿Sabes algo más de él?

Per se encogió de hombros.

—La policía lo ha buscado por todas partes. Antes tenía un apartamento en...

—Söder... —Jana se detuvo y Per la miró con el ceño fruncido.

—Södertälje, sí —dijo, asintiendo—. Pero ya no figura en esa dirección. Y no tiene familia, ni parientes, probablemente tampoco tenga amigos, ni casa. Es como un fantasma.

—Y entonces, ¿dónde está?

—Sigue en la ciudad, o eso cree la policía. Yo también lo creo. Pero no te preocupes, pronto lo atraparán.

—No estoy preocupada.

—Qué pena.

—¿Por qué?

—Porque entonces podría abrazarte y decirte que todo irá bien.

—Per...

—¿Jana?

—Déjalo ya.

—Un hombre puede soñar, ¿no?

—Por favor, no.

—Vale. En ese caso, pagaré la cuenta.

—No, déjame a mí.

—Pero yo te he invitado a salir.

—Siempre me invitas. Déjame pagar.

—Si te conozco bien, no tiene sentido protestar.

—Vas aprendiendo —dijo ella mientras le hacía una seña al camarero.

Philip Engström se soltó el cinturón y dejó caer los pantalones al suelo. Sintió frío en las piernas de inmediato. Eran poco más de las ocho de la tarde y se alegraba de que, pese a la conversación con la policía, hubiera podido terminar su turno de veinticuatro horas a tiempo.

Trabajar en Urgencias era como jugar a la lotería. O tenías suerte y conseguías salir a tu hora, o no tenías suerte y recibías un aviso justo antes de que terminara tu turno, lo que significaba tener que volver a salir en vez de irte a casa. Se quitó la camisa del trabajo y pensó que solo los perdedores tenían horarios fijos. Y, en ese trabajo, tenías que estar disponible para anteponer las necesidades de los otros a las tuyas.

Cuando abrió la taquilla en el vestuario, pensó en el personal del Värnamo de Estocolmo que, algunos años atrás, había desafiado a su directiva y había cambiado de turno en mitad de un aviso. Habían ido a atender a un hombre de sesenta y tantos años que tenía dolores en el pecho.

Tras examinarlo, se decidió que debían llevarlo al hospital de Jönköping. Pero el turno del personal de la ambulancia estaba a punto de acabar y, para no tener que trabajar horas extra, cambiaron de ambulancia y de paramédicos en Värnamo. Eso implicó que ese trayecto de vida o muerte en ambulancia se retrasara al menos quince minutos. Para cuando llegaron a Jönköping, el paciente estaba inconsciente; al final no lograron salvarlo.

Philip se puso los vaqueros y la camisa. Después miró su móvil y pensó en Katarina Vinston.

La había llamado aquel día, pero ella no le había devuelto la llamada. ¿Dónde diablos estaría?

Se metió el móvil en el bolsillo, cerró su taquilla y salió de la habitación. Nada más bajar el primer peldaño de la escalera, oyó una voz.

—¿Philip?

Se detuvo, se dio la vuelta y vio a su jefa, Eva Holmgren, con la mano extendida hacia él.

—¿Sí?

Advirtió una sonrisa tensa en su cara. Eva caminó hacia él, le puso la

mano en el hombro y apretó ligeramente con los dedos.

—Tengo que hablar contigo —le dijo.

La temperatura había descendido por debajo de los diez grados cuando Jana y Per salieron del Durkslaget.

—¿Caminamos? —preguntó Per metiéndose las manos en los bolsillos.

Comenzaron a pasear uno junto al otro. Jana se subió el cuello del abrigo cuando se metieron por Kvarngatan. Continuaron hasta el distrito industrial, donde muchos de los ventanales estaban a oscuras. Pensó que había sido justo allí, entre las características fábricas textiles de la ciudad, donde, tres meses atrás, a principios de diciembre, había visto a Danilo. Al principio lo había seguido por curiosidad, y después había sido atacada y amenazada.

«Mantente alejada de mí», le había dicho. Ahora era él quien había ido a buscarla.

—Gracias por lo de esta noche —le dijo Per, interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Cuándo puedo volver a invitarte? Un *filet mignon*, sin helado.

Lo miró exasperada.

—Vale, lo pillo —dijo él—. Pero ¿puedo al menos invitarte a comer mañana en Fiskmagasinet?

—Quizá —respondió Jana.

Siguieron caminando un rato más. Volvió a pensar en Danilo. Incluso aunque ya imaginase que la policía iba a buscarlo por la ciudad, resultaba desagradable que Per se lo hubiera confirmado. Sobre todo porque los agentes estarían atentos por las calles y en los vecindarios.

—Estás muy callada —comentó Per, interrumpiendo de nuevo sus pensamientos.

—Sí.

—Y parece que tienes prisa por llegar a alguna parte.

—No.

—¿Podemos entonces ir un poco más despacio?

Aminoró la velocidad, con reticencia. Caminaron hacia Holmentorget y se quedaron de pie bajo una farola.

Lo miró a los ojos y vio en ellos el brillo de una sonrisa.

—Gracias por lo de esta noche... —repitió él, cambiando el peso de un pie al otro.

—Eso ya lo has dicho.

—Pero quería decirlo otra vez.

Jana vio que había avanzado un paso y de pronto sintió el deseo de darse la vuelta y huir.

—Buenas noches —dijo abruptamente. Se dio la vuelta y huyó.

Philip Engström se enderezó, sentado en la silla de las visitas, y miró a su jefa, Eva Holmgren. Estaba sentada tras su enorme escritorio, limpio y ordenado, solo con un par de archivadores y algunos pósits amarillos.

—Últimamente han pasado muchas cosas —dijo ella consultando los papeles que tenía delante.

—Sí... —respondió Philip, expectante, observándola. Tenía los brazos delgados y pecas en las manos. Llevaba una sencilla camiseta de manga corta y una pulsera de plata.

Eva levantó la cabeza y le dirigió una mirada inquisitoria.

—¿Debería preocuparme? —le preguntó.

—¿Por qué? —preguntó él a su vez— ¿Está pensando en lo que ha sucedido hoy en Eneby?

—En eso también, pero sobre todo estoy pensando en que he recibido un informe que dice que Sandra y tú os demorasteis demasiado con una paciente que tenía problemas de corazón ayer por la mañana. Según el registro, recibisteis el aviso a las 05:44:38.

—¿Sí? —dijo él. Notaba que empezaba a costarle trabajo respirar.

—¿Y cuándo llegasteis?

—El aviso era en Lindö. Probablemente fueron unos diez minutos.

—¿Diez minutos? —preguntó Eva.

—¿Quiere que le dé también los segundos?

Se preguntó adónde querría ir a parar y le dio la impresión de que quería llegar a algo de lo que no deseaba hablar.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó ella agarrando un bolígrafo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Philip—. Metimos a la paciente en la ambulancia y nos fuimos.

—¿Sí?

—Sí, nos fuimos.

Se llevó una mano a la boca.

—¿Cómo es que tardasteis el doble de lo normal en llegar al hospital? —preguntó su jefa, y empezó a dar golpecitos con el bolígrafo en la mesa. Golpeaba a un ritmo fijo, parecido al segundero de un reloj.

Empezaba a sentir el cuerpo pegajoso por el sudor mientras buscaba una buena explicación.

No podía precipitarse.

—Diez minutos hasta allí, cargarla en la ambulancia y veinte minutos para volver —declaró Eva—. Me pregunto por qué tardasteis tanto en regresar al hospital.

—De acuerdo —dijo él.

—También he hablado con Sandra, que tampoco tiene explicación. Pero veo que tú has tenido varios turnos de veinticuatro horas a lo largo del último mes.

—Pero eso no tiene nada que ver con esto —se defendió.

—No todo el mundo puede afrontar turnos de trabajo tan largos.

—Y sin embargo usted está dispuesta a ponerlos en el horario y a aprobarlos —le recriminó él.

Eva lo miró con los párpados entornados.

—Cuando reviso el protocolo de las reuniones anuales del entorno de

trabajo, nadie se queja ni dice que sea difícil trabajar turnos de veinticuatro horas. Sé que todos queréis esos turnos porque os permiten encadenar más días libres seguidos. Pero, cuando la situación empieza a ponerse así, también debéis responsabilizaros de los turnos que hacéis.

Philip miró la mesa y sintió los ojos de Eva en él.

—Voy a decir esto con mucho cuidado —dijo ella—. Sé que los turnos de veinticuatro horas pueden provocar un gran estrés. Eso ya lo sabes. Pero lo que me preocupa es que aquí estén entrando en juego otros factores. Por ejemplo, no puedes beber alcohol y trabajar así, pero doy por hecho que eso ya lo sabes.

—No bebo —le dijo Philip.

—Puede que no, pero aun así tengo que vigilarte.

—¿A qué se refiere con vigilarme? ¿Qué quiere que haga?

—Quiero que hagas un buen trabajo —le dijo ella—. Hay factores que indican que no estás afrontando bien el estrés de este tipo de trabajo. Como tu jefa, soy la responsable de estas cosas si descuidas tu trabajo. Recuérdalo.

## 8

Durante cuatro minutos y treinta y dos segundos, Mia estuvo escuchando música clásica que salía de un equipo tan grande como un microondas. Probablemente tendría que escuchar esa música durante una hora entera aquella tarde. «Me pego un tiro», pensó, rascándose la frente.

Henrik y ella estaban a punto de interrogar a Göran Karlgren, un vecino de Shirin Norberg que vivía en el apartamento contiguo a la familia.

—Muy bien —dijo Göran mientras dejaba una bandeja con café sobre la mesa—. Aquí tienen.

—Gracias —respondió Henrik, aceptando una taza de café—. No era necesario.

—Lo sé. ¿Azúcar? —preguntó Göran.

—No, gracias —respondió Mia, dando un sorbo a su café de inmediato—. ¿Usted no toma?



—No —respondió Göran—. Nunca bebo café a estas horas.

Henrik se aclaró la garganta.

—Nos alegra que haya podido recibirnos —le dijo.

—Como jubilado, debería tener todo el tiempo del mundo, pero de hecho nunca había disfrutado de tan poco tiempo libre. Bueno, vamos a ver. Tenían ustedes muchas preguntas sobre la vecina, según creo.

—Sí —dijo Mia dejando su taza sobre la mesa—. La música, ¿podemos...?

—Me proporciona paz en el corazón y el ambiente ideal para pensamientos constructivos —

respondió Göran ceremoniosamente, con una sonrisa.

Mia le devolvió la sonrisa, irritada.

—Dice que había oído ruidos procedentes del apartamento de Shirin.

—Sí. Algunos gritos, pero sobre todo tonterías verbales.

—¿Qué quiere decir con «tonterías»?

—No sé explicarlo —dijo Göran—, pero de vez en cuando oía que levantaban la voz.

—¿Se encontraba en casa ayer? —le preguntó Mia.

—No, la verdad es que no. Teníamos día de limpieza para la asociación de vivienda...

—¿Oyó algún grito anoche?

—No. Como digo, no llegué a casa hasta muy tarde.

—Y, cuando llegó a casa, ¿vio u oyó algo?

—No, nada en particular... o, bueno, ¿a qué se refiere?

—Me refiero a si vio algo que normalmente no ve, como un coche, o una persona, o algo.

—No, todo parecía normal.

Henrik dio un trago al café.

—¿Conocía a su vecina Shirin?

—Sí, me la crucé algunas veces en la escalera.

—¿Qué impresión le dio?

—Como casi todo el mundo. Estresada.

—¿Solía ir sola cuando se cruzaba con ella?

—Sí.

—Y las hijas. ¿Ha tenido algún contacto con ellas?

—No exactamente. La mayor entra y sale de manera bastante regular, pero a la pequeña la veo mucho menos.

—¿Sí? —Sí, y es más tímida, hasta tal punto que a veces me preocupo por ella.

—Preocuparse ¿por qué?

—Normalmente va sola cuando la veo. Y la pasada Navidad, la vi con un ojo morado.

—¿Un ojo morado?

—Sí, ya estaba algo borrado, así que probablemente sería de algunos días atrás. Se lo tapó con la mano, pero lo vi de todos modos.

—¿Y cómo reaccionó usted? ¿Le dijo algo?

—Me quedé horrorizado, por supuesto, pero no dije nada. La niña pasó corriendo por delante de mí. Pensé que tal vez debería llamar a los Servicios Sociales y rellenar una de esas denuncias.

—¿Y lo hizo?

—No, nunca. Yo no sabía cómo actuar. Vi a la madre, Shirin, poco después y me detuve a hablar con ella. Me pareció que se tomaba muy en serio mi preocupación por su hija.

—Parece como si pensara que la familia necesitaba ayuda. ¿Hubo algo más que pudiera indicar que las cosas no iban bien?

Göran se rascó la mejilla antes de continuar.

—No sé..., la verdad es que no lo sé. Ya me he olvidado de cómo es eso.

Mis hijos son ya mayores.

—La música... —dijo Mia de nuevo, señalando hacia el equipo.

—Es maravillosa, ¿verdad? —respondió Göran, sonriendo de nuevo.

—Sí —dijo Mia, hundiéndose más en el sillón, haciendo crujir el cuero bajo su cuerpo.

—De modo que oía peleas en el apartamento, o «tonterías verbales», como usted las llama

—dijo Henrik.

—Sí —respondió Göran, y se quedó muy quieto—. Habían estado muy callados durante un tiempo, pero hace unos pocos días, volví a oírlo. Oí a Shirin gritando.

—¿Sabe qué hora era?

—Sería más o menos esta hora, sobre las ocho o las nueve. Pero eso no era extraño. Ya lo había oído antes.

—¿Con qué frecuencia? —preguntó Henrik.

—Algunas veces a la semana.

—¿A la semana?

—Sí.

—Pero ¿solo oía a Shirin?

—No. Sé que el padre de las chicas murió, así que pensé que sería algún novio o un hombre con el que mantenía una relación y con el que le gustaba discutir, pero...

—Pero ¿no sabe quién es? —preguntó Henrik acariciándose la barbilla con una mano.

—No, no lo conocí, pero sí lo he visto y...

—De modo que, si le pedimos que nos lo describa, ¿podría hacerlo?

—Más o menos.

—¿Y cuándo fue la última vez que lo vio?

—Eso es lo que quería decirles. Lo vi subir por la escalera el otro día, se acercó a la pequeña, que estaba de pie en la puerta, y le dio en la nuca. La niña no pareció sorprenderse, parecía más bien triste o asustada. Entonces subió Shirin por las escaleras, y creo que debía de haber visto el golpe, pero no pareció reaccionar. Entraron los tres en el apartamento y después, silencio.

—¿Cómo vio usted todo esto? —preguntó Henrik.

—A través de la mirilla de mi puerta.

Oyó un sonido tintineante procedente de la cocina cuando entró en el recibidor. Jana Berzelius se quitó los zapatos y comprobó que la puerta de entrada estuviera cerrada por dentro antes de ir a la cocina.

Danilo estaba sentado a la mesa de la cocina con un vaso de agua. La miró y ella vio que su mirada sombría había desaparecido. En su lugar, sus ojos tenían una expresión diferente que era incapaz de identificar.

—¿Te lo has pasado bien en la cena? —le preguntó.

Jana debería haberlo dejado correr, pero tal vez fue por el vino que había bebido.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

—Ese tal... Per Åström y tú. ¿Lo habéis pasado bien?

Jana miró hacia la encimera y el soporte de los cuchillos antes de avanzar y sentarse frente a él.

—¿Qué más te da? Él se encogió de hombros, levantó su vaso de agua con la mano izquierda y dejó la derecha sobre sus rodillas.

—¿Has mirado mi teléfono móvil? —preguntó ella.

La miró con desdén.

—Siempre he dicho que deberías tener más cuidado, Jana. No dejes tu teléfono en el dormitorio la próxima vez que te duches. Y puede que sea hora de cambiar el código PIN.

Jana apretó los puños.

—Cálmate —le dijo Danilo.

—Estoy calmada.

—No lo pareces.

—¿Qué crees que voy a hacer, atacarte?

—Me preocupa que vayas a hacerme daño —le dijo él con un tono afectado antes de dar un trago de agua—. Por esto del teléfono.

—¿Por eso tienes un cuchillo apuntándome por debajo de la mesa?

Danilo la miró con una expresión de curiosidad.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó.

—Para empezar, eres diestro —respondió ella—. Si estuvieras aquí sentado bebiendo agua sin más, sujetarías el vaso con la mano derecha. En segundo lugar, falta uno de los cuchillos del soporte. Dado que no está en la encimera, doy por hecho que lo tienes tú.

—No es más que una medida de precaución. Ahora responde a mi pregunta. ¿Has tenido una cena agradable con Åström? —Eso no es asunto tuyo —le dijo ella, poniéndose en pie.

—Puede que no —admitió—, pero no deberías seguir viéndolo.

—¿Qué has dicho?

—Que no deberías seguir viéndolo. —Somos compañeros de trabajo y...

—Por eso —la interrumpió él—. Si descubro que estás actuando a mis espaldas, Jana, mataré a Per. Le cortaré el cuello hasta llegar a las vértebras. Espero que lo entiendas.

*18 de enero*

*Querido diario:*

*Hoy ha sido otro típico día de mierda. El profesor, el señor Thomas, ha señalado una mesa junto a la ventana y me ha pedido que me sentara ahí. Solo Linus estaba sentado a la mesa.*

*Cuando he empezado a sacar la silla, Linus se ha apartado de mí y ha dicho que olía a huevos.*

*Yo he mirado hacia abajo para que nadie me viera llorar. No quería darles esa satisfacción, pero en el recreo no he podido aguantar más. He empezado a llorar antes incluso de llegar al baño. No creo que me haya*

*visto nadie, pero ha venido mi profesor y me ha pasado una mano por el hombro. Al preguntarme por qué estaba llorando, le he contado lo que me había dicho Linus. Pero, cuando ha regañado a Linus, Linus ha dicho que yo mentía. Que no se había cambiado de lado porque yo oliese mal, que solo quería ver mejor la pizarra.*

*Ahora todo irá a peor. Lo noto. Linus se le contará a todo el mundo. Seguro que ya lo ha hecho.*

*El profesor dice que debería centrarme en mis deberes, pero solo pienso en ser invisible. Es más difícil de lo que parece. Sobre todo durante el recreo. Normalmente me encierro en el baño. Ya no quiero estar en el rincón del patio.*

*En clase de plástica, he terminado mi estrella. La he pintado de azul, he escrito mi nombre en ella y le he atado un trozo de cordel. Camilla ha dicho que era tan fea como yo. Luego me la ha robado y la ha escondido. Al fin la he encontrado, en la basura de la entrada. Me he llevado la estrella a casa. Mi madre cree que es bonita. Quiere que la cuelgue en la ventana.*

*Dice que siempre brillará sobre nosotros, que el amor es eterno. Nuestro amor.*

*Espero que mi madre hable en serio, porque es difícil de saber. Es difícil saber nada en este mundo de mierda. Lo único que sé es que la vida duele. La vida significa una silla de ruedas para mi madre. Significa arañazos en la cara, llamadas de auxilio, montones de pastillas.*

*Solo quiero cerrar los ojos, taparme los oídos con las manos y silenciar todos los gritos, no tener que oír esas estúpidas palabras.*

*A veces pienso en papá. Casi lo echo de menos a pesar de todo. Y de hecho ahora tengo más miedo, miedo a la soledad. Tengo más miedo por la noche. Anoche soñé que mamá me veía, me abrazaba y me quería... para siempre.*

*Eso es lo único que deseo.*

La luz de la mañana se colaba por entre las persianas grises. Jana Berzelius estaba tumbada en la cama e intentaba no pensar en Danilo en la otra habitación. A lo largo de los últimos días, había pasado el doble de tiempo en su habitación cuando estaba en casa.

Durante la noche, incluso había soñado con él, con lo que había sucedido entre ellos. Estaba sentada en un sótano oscuro con el suelo de tierra mojada; sentía frío en las piernas y en el culo.

Aún sentía el frío, porque también se había sentado así en la vida real; acurrucada, con el corazón desbocado. En el sueño, intentaba encontrar la manera de vencer a la oscuridad, pero al final había sentido el pánico de igual modo. Había extendido la mano en busca de algo a lo que agarrarse y entonces lo descubrió. Lo tocó. Danilo. Él se apartó cuando su mano lo encontró, y ella percibió que también estaba temblando. No tenían idea de cuánto tiempo iban a pasar sentados en aquel sótano, pero sabían que previamente había estado allí una chica, sola, y cuando la puerta se abrió días más tarde, había muerto de hambre. La habían llamado débil.

Ni Jana ni Danilo querían que los llamaran débiles. Por eso se habían estrechado la mano en aquel sótano frío. Se habían estrechado la mano para demostrar que no iban a rendirse, ni siquiera en la oscuridad. Tenían solo siete años cuando experimentaron juntos el primer ejercicio de resistencia. Durante ese tiempo, Jana descubrió más de él de lo que deseaba saber.

Había intentado mantenerse alejada de Danilo... o de Hades, como lo llamaban por entonces..., el nombre que le habían grabado en el cuello.

Había intentado olvidarse de aquellos años oscuros que habían compartido siendo niños soldado. Y ahora, después de todo ese tiempo, la había obligado a esconderlo en su propio apartamento. Jana se destapó pensando que los recuerdos de su infancia en común se habían abierto paso hacia sus sueños. No quería que eso pasara, no deseaba pensar en Danilo para nada.

Pero, por mucho que intentara ignorarlo, no podía librarse de él. Ni siquiera en sus sueños. Y

ahora, en-cima, amenazaba con matar a Per.

Se levantó de la cama despacio. Lo que le inquietaba no era que Danilo hubiera amenazado con hacer daño a Per. Lo preocupante era que sabía que lo haría de verdad si sentía que tenía que hacerlo. Sin ni siquiera pestañear.

Philip estaba desnudo en la cocina, contemplando las pastillas que tenía en la mano. Eran su salvavidas; le permitían funcionar. Pensó en la conversación con su jefa, Eva. ¿De verdad habían tardado casi veinte minutos en trasladar al hospital a la mujer que había sufrido un ataque al corazón? Veinte minutos era mucho tiempo, en eso estaba de acuerdo con Eva. Pero ¿qué podía decir?

Claro, se había tomado una pastilla durante la noche, pero no debería haberse quedado dormido por eso. ¿O habría cometido un error y habría confundido Sobril con Imovane? El Sobril era para calmarle. El Imovane le hacía dormir. De ser así, eso también explicaría por qué no sabía dónde había dejado su anillo de boda. Lo había buscado en el trabajo, en el vestuario, en la sala común, en las habitaciones de las literas. Lo había buscado por todas partes en casa, pero no lo había encontrado.

«Debería dejar las pastillas», pensó mientras se ponía una en la lengua. Bebió un poco de agua antes de volver al dormitorio. Lina se había dado la vuelta y es-taba tumbada boca arriba

con las piernas levantadas. Apretaba las manos contra los laterales de su trasero mientras lo seguía con la mirada.

—¿Qué estabas haciendo ahí? —le preguntó.

—Nada —respondió él—. Pero ¿qué diablos estás haciendo tú?

—He oído que maximizas las probabilidades de quedarte embarazada si te tumbas así en la cama durante media hora después del coito.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Lo he leído en una revista. No hay pruebas científicas que lo demuestren, pero también decía que podías elegir un término medio y quedarte tumbada así un rato, diez minutos o algo así. Y siempre boca arriba, quizá con una almohada debajo del culo, o dando pedales con las piernas en el aire, así...

Comenzó a dar pedales.

—Eso tampoco está confirmado científicamente —continuó—, pero me parece lógico. ¿Por qué no intentarlo?

Pedaleó con más energía y esperó a que Philip se echara a reír, pero él no



lo hizo. En su lugar, se sentó con la cabeza en la almohada y escuchó el ruido de las gotas de lluvia contra la ventana.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

—Pensar.

—¿En qué?

—En que llovía la primera vez que tuvimos sexo.

—¿Te acuerdas de eso? —preguntó Lina, riéndose. Se tumbó de costado y apoyó la cabeza en la mano. Se puso seria y lo miró durante varios segundos —. ¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Sí, algo ha pasado. Cuéntamelo. Veo en tu cara que ha pasado algo.

La cama crujió cuando se acercó más. Comenzó a acariciarle el pecho.

—Vaya, estás sudando —le dijo.

Él le tomó la mano, detuvo sus movimientos y la colocó contra su mejilla.

—¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó ella entre risas.

—Nada.

—Pero tiene que ser algo.

—No, no es nada.

—Sí, cuéntamelo. Cuéntame qué te pasa, mi amor. ¿Tengo que persuadirte?

Le sonrió, le dio un beso en la boca, le pasó una pierna por encima, apretó su cuerpo desnudo contra el suyo. Philip intentó mantener su mano agarrada, pero Lina se soltó y le pellizcó un pezón.

—Para —le dijo mientras apartaba el edredón.

—¿Dónde vas? —preguntó ella, decepcionada.

—Voy a por algo de comer —respondió él.

—Yo también tengo hambre. ¿Me tuestas un poco de pan?

—Claro.

Salió del dormitorio y regresó a la cocina. La ventana estaba abierta y las

gotas de lluvia se acumulaban en el alféizar, pero no se molestó en cerrarla. En su lugar, levantó el vaso que había dejado en la encimera y dejó correr el agua del grifo mientras bebía. Estaba a punto de dejar el vaso cuando empezó a pensar en Katarina, su mejor amiga y compañera. ¿Cómo podía seguir enferma? No le había parecido que estuviese enferma cuando habló con ella anteayer. ¿Y

por qué no le habría devuelto aún la llamada?

—¿Cómo va mi tostada? —preguntó Lina desde el dormitorio.

—Bien —respondió él mientras iba a buscar su teléfono móvil. Marcó el número de Katarina.

Anneli se levantó del colchón tirado en el suelo en casa de su madre y notó el dolor de espalda. Abrió las cortinas y contempló la calle lluviosa. En otra época, se quedaba junto a la ventana y oía a Gunnar acercarse por detrás, sentía sus manos rodeando su cuerpo y escuchaba su respiración. Pero esa era otra época, otra ventana.

Pensó en ir donde dormía Adam, su hijo, tumbarse junto a él y darle un abrazo. Pero se quedó allí, pensando que era una locura que ahora vivieran con su madre, con la abuela del chico. Le había dicho a Adam que era algo temporal, que su padre y ella necesitaban estar separados un tiempo, que necesitaban un descanso. Los adultos necesitan descansos a veces.

Adam lo había aceptado con calma. Quizá estuviese acostumbrado a ello; el número de veces que Gunnar y ella se habían separado era ya demasiado elevado. Sin embargo, siempre habían encontrado la forma de volver a encontrarse y, con el tiempo, volverían a estar juntos. Anneli siempre había sabido lo que Gunnar sentía por ella. Ahora tenía que admitir que todo parecía diferente. Los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar que había perdido el control y había permitido que sus sentimientos se apoderasen de ella. Al pensar que había engañado a Gunnar.

¿La perdonaría alguna vez? Deseaba volver a casa con él, meterse con él en su cama, sentir su pecho moverse al respirar, oír sus ronquidos.

Se le quedó mojada la palma de la mano cuando se secó las lágrimas. Agarró su teléfono móvil y empezó a escribir un mensaje, pero lo borró y volvió a dejar el teléfono. No tenía sentido. No respondería.

Jana Berzelius estaba en la puerta de su dormitorio. El apartamento estaba en silencio y a oscuras, salvo por el golpeteo de la lluvia en la ventana. De camino al cuarto de baño, lo vio, tumbado en el sofá con los ojos cerrados; parecía dormido. Su ropa estaba en el suelo, sus deportivas desatadas y su bolsa del gimnasio, cerrada. Pensó en los cuchillos de la cocina y deseó tener uno de ellos en la mano; deseó poder clavárselo en el cuerpo con todas sus fuerzas.

O podría emplear las manos. Ya había matado una vez a un hombre de esa forma. Le había aplastado la laringe golpeándole con el lateral de la mano, como le habían enseñado. Pero eso fue hace mucho tiempo. Era joven y temía por su vida. Ahora no estaba aterrorizada, solo furiosa.

—¿Qué quieres, Jana?

Danilo casi susurraba.

Ella alzó los ojos y lo miró. Danilo había abierto los ojos y había colocado una mano debajo de la almohada.

—No creo que quieras que te responda —le dijo.

—No hace falta. Ya sé lo que quieres. Matarme sería un problema nimio para ti. Pero, después, tendrías un gran problema. Y, llegado el caso... —Sacó una pistola de debajo de la almohada y la apuntó con ella— creo que sabes que es más importante recuperar lo que es tuyo que matarme. Te costaría mucho menos dejarme vivir.

Jana no movió un solo músculo. Ni siquiera pestañeó.

—Si me matas —continuó Danilo—, tu carrera y tu vida acabarán en ese mismo instante.

Así que asegúrate de dejarme en paz.

—Te odio —le dijo Jana.

—Eso es lo que dices siempre —respondió él volviendo a meter la pistola bajo la almohada antes de cerrar los ojos.

Jana fue al cuarto de baño y cerró la puerta con el pestillo. Tenía la piel de gallina cuando se metió en la ducha. Se quedó bajo el chorro de agua caliente un buen rato antes de envolverse con una toalla y ponerse otra en el pelo. Había un bote blanco en mitad de la estantería. Un suave olor a cítricos inundó

la habitación mientras se extendía la crema por la cara, los brazos y las letras deformadas del cuello. Volvió a tapar el bote, lo dejó en la estantería y fue a agarrar el cepillo eléctrico que siempre estaba allí, pero ahora no lo veía. Miró a su alrededor y lo encontró en otro punto de la estantería. La idea de que Danilo hubiera usado su cepillo de dientes la puso furiosa. Lo agarró y lo lanzó contra el suelo. Después se mal-dijo a sí misma por no haber acabado con él en el cobertizo tres meses atrás, cuando había tenido la oportunidad. De ese modo, habría evitado todo esto.

La escalera de la comisaría de policía estaba vacía. Henrik disfrutaba del silencio mientras subía lentamente hacia la tercera planta. Una vez arriba, vio a Mia, que bostezó exageradamente. Acababa de ponerse un jersey de punto gris y su pelo rubio se había encrespado con la electricidad estática.

—¡Buenos días!

Gunnar Öhrn pasó corriendo por delante. Tenía el ceño fruncido.

—¿Ya te vas? —le preguntó Henrik.

—Sí —respondió Gunnar—. Los medios están aquí, escribiendo sobre la nueva reorganización. No es suficiente que tengamos crímenes por resolver, ahora además tengo que

bajar y responder preguntas sobre cómo vamos a resolverlos. ¿Y cómo voy a responder quién hace qué, si tenemos compañeros nuevos con cargos de los que no tengo ni idea?

—¿Como la coordinadora Britt Dyberg? —preguntó Henrik.

—Sí, por ejemplo —respondió Gunnar.

—¿Quién diablos es Britt Dyberg? —preguntó Mia, pasándose una mano por el pelo para intentar alisárselo de nuevo.

—Coordinador —explicó Gunnar.

—Eso es un jodido cargo —dijo Mia—. ¿Qué fue de lo de «agente de policía»?

Gunnar se pasó una mano por la cara, haciendo que se le enrojeciera la piel.

—Parece que estás a punto de rendirte —le dijo Henrik.

—Sí, porque veo que hemos diseñado un pésimo organigrama y unos procedimientos peores a corto plazo. El objetivo era poner más dotaciones policiales al servicio del público, pero, si no logramos disminuir el trabajo administrativo, no se producirá ningún cambio. Los policías estarán ahí sentados, haciendo papeleo, en vez de en las calles, impidiendo que se produzcan delitos.

—He oído a mucha gente decir que las cosas en la calle funcionan —comentó Mia—. Sin embargo, en el aspecto de supervisión, es un jodido desastre.

—Pero, de todos modos, tenemos una nueva jefa regional —dijo Henrik—. Carin Radler.

—Gracias por recordármelo. Eso no hace que no me sienta como una mierda —dijo Gunnar.

—Ten cuidado para que no se contagie —dijo Mia.

—Da lo mismo —respondió Gunnar—. Todos se sienten ya como una mierda, y no es de extrañar si tenemos en cuenta que nosotros, que ocupamos puestos de supervisión, que hemos de tomar decisiones rápidas todos los días, no estamos establecidos todavía. Detrás del nombre de mi cargo aparece la palabra «interino». Nadie sabe quién tiene autoridad para tomar decisiones, nadie sabe lo que debería estar haciendo, ni con quién, así que no ocurre nada. Y

eso sucede por todo el país. Hay supervisores que todavía no han recibido las descripciones de sus nuevos puestos, así que están sentados en el banquillo, observando.

—¿Así que se pasean sin hacer nada en realidad? —preguntó Mia.

—Eso es —respondió Gunnar—. Es lo peor para aquellos de más de cincuenta años. Ellos ni siquiera pueden patrullar. Tienen que vigilar celdas o responder llamadas.

—Sí. Fui uno de los que escuchó con gran interés cuando el comité ejecutivo se paseó por el país diciendo que las decisiones de la nueva organización quedarían bien explicadas hasta el último detalle —dijo Henrik.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mia.

—Que era una idea bonita.

—Una idea bonita, sí —dijo Gunnar—. Pero no se ha puesto en práctica. Todas las decisiones provienen de la central de Estocolmo y, desde allí, debe de ser muy difícil hacerse una idea de las condiciones regionales. Funciona tan mal como me imaginaba, quizá incluso peor.

Se quedó callado cuando Anneli pasó por el pasillo.

—Sé que no quieres hablar del tema, pero, por cambiar de asunto —dijo Henrik—, ¿puedo preguntar cómo van las cosas entre vosotros?

—¿Entre Anneli y yo?

—Sí.

—Nuestra relación es como la autoridad policial después de la reorganización. Existe en un vacío.

Mia se rio.

—¿Y qué vas a hacer para restablecer el orden? —le preguntó.

—Todo depende de encontrar un nuevo papel y, para lograrlo, se necesita una importante cantidad de deseo —respondió él.

—Estaba hablando de tu relación.

—Yo también.

Justo entonces empezó a sonarle el móvil a Henrik.

—Disculpad —dijo, y salió al pasillo.

Philip se comió el último trozo de tostada y se sentó de nuevo en el sofá. Lina se sentó junto a él y ambos estuvieron viendo las noticias de la mañana del Canal 4, donde un plantel de comentaristas del entretenimiento estaban hablando sobre los participantes de *Bailando con las estrellas*.

Lina alcanzó la taza de té que había sobre la mesita, pero acabó con un ataque de tos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, sintiendo que resultaba agradable pensar en algo que no fuese el trabajo.

—No lo sé —respondió ella—. Me siento muy cansada. Puede que ya esté embarazada.

—¿Embarazada?

—Es broma.

—Con eso no se bromea.

Se rio y lo besó, le levantó el brazo y pegó su cuerpo al de él.

—Tengo muchas ganas de que suceda —le dijo.

—Yo también —respondió él acariciándole el pelo.

—Piensa que podemos tener un bebé. Deberíamos tener cuatro hijos, ¿no te parece?

—¿Cuatro? ¡Jamás!

—¡Al menos tres, entonces!

—Me contentaría con que tuviéramos uno —le dijo Philip—. ¿Por qué quieres tener tantos?

—Porque te quiero. Me encanta la idea de tener hijos contigo. Me encanta intentar hacer un bebé contigo. Me encantaría quedarme embarazada de ti. Pasar el parto contigo al lado...

—Vamos paso a paso —le dijo Philip apartando el brazo de sus hombros. Se incorporó y sintió su mirada en la espalda.

—Los niños son el objetivo de la vida, ¿no? —dijo ella mientras le acariciaba la espalda con los dedos.

—Sí —respondió él, y se puso en pie.

—¿Dónde vas ahora?

—Tengo que ocuparme de un asunto... en el trabajo —respondió con evidente preocupación.

—Siempre estás trabajando.

Sonaba decepcionada.

—¿No puedes quedarte en casa? —continuó—. Podríamos quedarnos en el sofá todo el día, acurrucados.

—No puedo. Tengo que irme —le dijo él mientras se ponía los pantalones y la camiseta que estaban tirados en el suelo.

Oyó suspirar a Lisa mientras salía del salón.

—¿Así que se acabó el sexo?

—De momento, sí —respondió Philip—. Esta noche, quizá.

—Esta noche viene Sandra.

—¿Por qué? —preguntó dándose la vuelta.

—Íbamos a cenar con ella. ¿No te acuerdas?

—Sí, sí —respondió con incertidumbre—. Pero siempre estáis aquí. ¿No puedes ir a su casa para variar?

—Pero ya hemos decidido que va a venir aquí a las seis y media. Quizá nos dé tiempo a echar uno rapidito antes de eso.

—Claro —dijo él mientras se guardaba las llaves del coche.

El agua goteaba de los edificios y los canalones. Jana Berzelius caminaba con paso ligero hacia la comisaría de policía, concentrada en la respiración. Solo llevaba el maletín; había dejado el ordenador y las carpetas en el coche. Se dio cuenta de que, en realidad, daba igual que intentase esconderse de Danilo. Ya había estado husmeando en su teléfono móvil, había visto sus mensajes y sus correos. Se estremeció. El hecho de que Danilo hubiera aparecido en sus sueños le preocupaba más aún. Ya había estado presente en ellos, pero jamás con tanta intensidad y claridad como la noche anterior.

Pensó que tenía nueve años cuando comenzaron las pesadillas. Las noches se convirtieron en una tortura. En cuanto Margaretha y Karl le daban las buenas noches y apagaban la luz, ella abría los ojos y se preguntaba cómo se las apañaría para mantenerse despierta toda la noche.

Jamás encendía la luz; se quedaba a oscuras. El miedo no aparecía en la oscuridad. Aparecía en los sueños.

Nunca había tenido miedo de la clase de cosas que podían surgirle a alguien en la imaginación. Había tenido miedo de las cosas que había experimentado de niña.

Había intentado tragarse el miedo, fingir que no existía, obligarse a



mantenerse despierta por las noches. Pero al final no podía más, se quedaba dormida. Y soñaba. Cada vez que se despertaba, tenía el cuerpo bañado en sudor. Se incorporaba, se llevaba las rodillas a la barbilla y se secaba las lágrimas con la manga del camión.

Jana cruzó por el paso de peatones y recordó que su padre solía cerrar su habitación con pestillo desde fuera para que ella no pudiera ir allí por las noches. Pero eso nunca la había detenido. Sin hacer ruido, salía por la ventana y se colaba en la otra habitación. Su madre siempre dormía de costado, respirando con tanta calma que apenas se oía. Jana se acercaba a la cama, extendía la mano y la situaba frente a la boca de Margaretha para sentir las cosquillas cuando exhalaba. Con mucho cuidado, bordeaba la cama hasta el lado de su padre y se quedaba muy cerca, con ambas manos colocadas a dos centímetros de su cara, sintiendo su aliento contra la piel. Después se acurrucaba, tumbada en el suelo, y esperaba. Esperaba a que llegase el miedo.

«Nunca supieron que yo estaba allí», pensó mientras abría la puerta de la comisaría. «Nunca supieron con qué soñaba». Y ahora su madre había muerto.

Sin embargo, todo aquello estaba recogido en sus diarios, y ahora mismo eso era lo más importante para ella. Haría cualquier cosa por recuperarlos.

Henrik Levin acababa de cerrar la puerta de su despacho cuando volvió a oír su teléfono móvil.

—Soy Henrik —dijo sentándose en su silla.

—¿Tienes un minuto? —preguntó el patólogo Björn Ahlmann—. Es por el caso de Shirin Norberg.

—¿Ya has terminado el informe de la autopsia?

—Me queda poco.

—Dime qué has averiguado —dijo Henrik, pegándose el teléfono a la oreja con más fuerza mientras contemplaba el enrevesado entramado de carreteras, vías de tranvía y rutas de autobús visible a través de la ventana.

—No se trata de una violación ni de un intento de violación. Pero ha sido sometida a una violencia extremadamente agresiva dirigida a los brazos, las piernas y los riñones. Como sabes, le habían cortado las manos.

—¿Con qué?

—Probablemente con una sierra Gigli.

—¿Y eso qué es?

—Un instrumento quirúrgico empleado para cortar huesos. Es un alambre con dientes de sierra y dos agarraderas.

Henrik deslizó la mirada por las deprimentes fachadas del otro lado de la calle.

—¿La habían drogado? —preguntó.

—No he recibido aún los resultados de las pruebas toxicológicas —respondió Björn.

—¿ADN?

—No puedo darte más detalles de momento, pero quería informarte de la cronología. Los hematomas del cuerpo se produjeron mucho antes que el corte de las manos.

—¿Cuánto antes?

—Yo diría que cuatro días, como mínimo.

Con ambas manos en el volante, Philip se incorporó con su Audi A5 a la autopista E4 y continuó hacia la intersección de Klinga. Justo antes de salir se le encendió la luz del depósito y se metió en la gasolinera. El lector de la tarjeta de crédito pitó con fuerza cuando introdujo el código PIN. Volvió a dejar la manguera del surtidor después de echar diecinueve litros y se montó de nuevo en el coche. Siguió hasta pasar por delante del estadio Go-Cart, giró a la izquierda en Linköpingsvägen y después otra vez a la izquierda, por una estrecha carretera de gravilla hasta llegar a un vecindario llamado Borg Boklund.

La casa de Katarina Vinston se hallaba en una pequeña colina a la izquierda. A la derecha, apenas visibles, había otras dos casas unifamiliares. Philip aparcó a un lado de la carretera, abrió la puerta del coche y salió. Se quedó unos instantes con una pierna todavía dentro del coche. La casa era roja con molduras blancas. Todas las ventanas estaban a oscuras y no pudo evitar

pensar que el lugar parecía casi abandonado. Cuando dejó atrás el coche, notó la gravilla bajo los zapatos. Abrió la verja del jardín, atravesó el césped y llegó hasta la casa. Había una escoba apoyada contra la puerta de la entrada. Llamó al timbre, esperó unos instantes y volvió a llamar. Intentó abrir la puerta dos veces, pero estaba cerrada por dentro. Escuchó pe-gado a la puerta, pero solo oyó el susurro de los árboles. Todo estaba tranquilo, lo cual resultaba inquietante.

Se asomó por la estrecha ventana situada junto a la puerta, intentando encontrar algún indicio de que Katarina estuviese allí. Pero solo vio una chaqueta y una bufanda colgadas en la pared de la entrada y, más allá, la cocina, con su larga y estrecha mesa de madera, sillas de estilo Windsor y una alfombra trenzada. Llamó al timbre una vez más, esperó y se apartó del porche.

Miró a su alrededor, pensando que tal vez hubiera alguien a quien preguntar, alguien que pudiera conocer su paradero, pero lo único que vio fue un ciervo en la linde del bosque, completamente quieto, con la cabeza levantada. Había otras dos casas más allá, pero se le hacía raro ir hasta allí y dar tanta importancia al asunto.

Al principio vaciló, pero después bordeó un parterre de flores y se puso de puntillas sobre la tierra negra bajo la ventana lateral, pero solo vio oscuridad. Retrocedió y caminó hasta la parte trasera de la casa. Allí había una terraza acristalada cuya puerta también estaba cerrada por dentro. Volvió de nuevo a la parte delantera y se quedó en la calle, contemplando las ventanas del segundo piso durante dos minutos. Entonces intentó llamarla al móvil, pero saltó el contestador.

Finalmente, sacó las pastillas del bolsillo, extrajo una del blíster y se la tragó antes de volver a entrar al coche. No podía ignorar la sensación de que la casa parecía abandonada, como si allí ya no viviera nadie. Durante todo el trayecto de vuelta a Norrköping fue haciéndose la misma pregunta: ¿dónde se había metido Katarina?

## **10**

—Así que, lo que dice Björn Ahlmann —dijo Gunnar Öhrn, con los codos apoyados en la mesa de la sala de conferencias— es que muchos de los

hematomas del cuerpo de Shirin Norberg se produjeron días antes de que le cortaran las manos, ¿no es así?

La reunión había empezado hacía cinco minutos, pero en la sala de la comisaría ya hacía calor. Henrik Levin estaba bebiendo café, Mia Bolander se retorció un mechón de pelo con el dedo, Ola Söderström se mecía en su silla y Jana Berzelius y Anneli Lindgren estaban sentadas, muy quietas, mirando a Henrik.

—¿Es así? —reiteró Gunnar.

—Sí, así es —confirmó Henrik dejando su café—. Los hematomas del cuerpo no parecían haberse producido al mismo tiempo que el corte de las manos. Y, según Björn, no cabe duda de que alguien la había maltratado. También hay indicios de que fue sometida a violencia sistemática durante mucho tiempo. La pregunta es si la persona que abusó de ella a lo largo del tiempo es la misma que la mutiló al final.

Se hizo el silencio en la habitación. Gunnar contempló las caras de todos los allí reunidos.

Miró a Anneli a los ojos un momento, pero no se detuvo.

—¿Y las manos? —continuó.

—Sí —dijo Henrik—. Lo más probable es que le amputaran las manos con una sierra Gigli, pero...

—Siento interrumpir —dijo Jana, haciendo girar su bolígrafo con ambas manos—, pero

¿tenemos algún dato sobre ese supuesto novio que ha descrito el vecino? ¿Habéis revisado el ordenador de la víctima, las cosas que descargó, las páginas que visitó, si chateó con alguien?

—Sí, claro que sí —respondió Henrik.

—¿Y su móvil?

—Lo he revisado —dijo Ola—. Alguna otra persona o ella misma parece haber borrado todos los mensajes.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Si miras aquí —dijo Ola colocando un puñado de papeles sobre la mesa

—, entenderás por qué.

La lista de llamadas tenía cuatro páginas de largo.

Jana las ojeó con rapidez.

—Shirin recibía mensajes ominosos todos los días varias veces — comentó.

—¿Ominosos? —Mia resopló y atrajo los papeles hacia sí—. Son amenazas de asesinato, simple y llanamente. —Leyó en voz alta—. «No vales nada. La gente como tú necesita a gente como yo. Nos vemos esta noche, zorra».

Mia pasó algunas páginas y continuó.

—«Me dejarás entrar. De lo contrario, te despertaré por la noche, te obligaré a decir tus últimas palabras y os mataré a tus hijas y a ti, y a nadie le importará». Y también: «¿Ahora ni siquiera te atreves a responder? Ja, ja. Eres asquerosa y paté-tica. Responde, por el amor de Dios. ¡Responde!».

Mia dejó los papeles.

—A mí me parecen enviados por un auténtico caballero con armadura plateada.

—Pero ¿quién los envió? —preguntó Gunnar.

—Por desgracia —dijo Ola—, todos los mensajes se enviaron desde un móvil de prepago.

—¿En la lista no hay otros números de teléfono que podamos localizar? —preguntó Mia.

—No —respondió Ola—. Hay llamadas de la hija mayor, Aida, pero nada más.

—Tal vez Aida sepa quién envió las amenazas —sugirió Gunnar.

—Parecía no saber casi nada cuando hablamos con ella, ¿verdad, Henrik? —dijo Mia—. O

sigue en *shock*, o todavía no ha asimilado que su madre ha muerto.

—Sí, podría decirse que actuaba de forma un poco extraña —admitió Henrik, pensativo.

La habitación quedó de nuevo en silencio. Gunnar entrelazó las manos sobre la mesa.

—¿O tenía miedo y se sentía amenazada y por eso guardaba silencio?

—Eso me cuadraría —comentó Mia—. Pero entonces su abuela, Maria Ashour, también debería haber sido amenazada, porque me sigue pareciendo muy extraño que no supiera que su hija estuviese siendo maltratada de esa forma. Me parece absurdo que no nos permita hablar con la hija pequeña, incluso aunque le garantizamos que el interrogatorio se llevaría a cabo con total sensibilidad. Maria no dijo nada útil durante nuestro interrogatorio.

—Podría deducirse que tanto Aida como Maria están intentando ocultar algo —dijo Henrik—

. Pero no sé qué podrían ganar ellas con eso.

—Sí. Me cuesta mucho entender que Maria hiciera oídos sordos a los repetidos abusos cometidos contra su hija —dijo Mia—. No es muy probable.

Gunnar asintió.

—De acuerdo —dijo—. Pero ¿y las manos? ¿Qué pensamos de ese detalle? ¿Por qué cortárselas?

Todos se quedaron callados.

—Es un sádico, si queréis mi opinión —dijo Mia tras una breve pausa.

—Para castigarla por algo —dijo Anneli.

—Sí, sufrió bastante, eso seguro —agregó Henrik.

Jana dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Pero el vecino ha asegurado que Shirin recibía visitas en el apartamento, al menos de vez en cuando. Incluso vio al hombre, si te he entendido correctamente, Henrik.

—Sí —respondió Henrik—. El vecino había visto a un hombre con Shirin y la hija pequeña, Sara. Un hombre de hombros anchos y pelo negro. Quizá no

sea una buena descripción, pero solo lo vio a través de la mirilla.

—En cuyo caso, no podemos olvidar el hecho de que Sara ha visto cosas que no debería haber visto —dijo Gunnar—. Eso la convierte en nuestra testigo más importante.

—Exacto —dijo Mia.

—Y, si no podemos interrogarla, al menos podemos hablar con Aida —dijo Gunnar—. Creo que deberíamos llamarla para interrogarla al menos una vez más.

Empezaremos por ahí.

Intentó aparentar calma, pero temía no haberlo conseguido. Aida Norberg miró al policía que estaba sentado frente a ella al otro lado de la mesa. Era el mismo detective amable de la última vez, Henrik Levin. Estaban solos en la pequeña sala de interrogatorios de la comisaría. Aida colocó ambas manos entre los muslos y se las frotó lentamente. La silla era dura, y el dictáfono que había sobre la mesa frente a ella era pequeño. Lo miró varias veces, pero enseguida volvió a agachar la mirada.

—Tengo que hacerte algunas preguntas más —le dijo el detective.

—De acuerdo —respondió ella, y tragó saliva.

—Y será mejor que vayamos directos al grano —continuó él—. Sabemos que tu madre estaba siendo amenazada por alguien. Hemos encontrado mensajes que borró de su teléfono móvil. El vecino también ha visto a un hombre que visitaba a tu madre.

Aida parpadeó un par de veces y siguió frotándose las manos.

—Quiero que seas totalmente sincera conmigo, Aida. ¿Quién es ese hombre? ¿Quién la amenazaba?

—No lo sé —respondió.

—Intenta pensarlo. Es importante.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo.

Sintió la tensión en los hombros.

—¿Es alguien que también te ha amenazado a ti?

—No. —¿Estás segura?

—Sí.

—¿Es alguien que te ha hecho algo malo?

—No.

—Tienes que contárnoslo.

—Lo sé —dijo ella con el corazón acelerado—. Pero no hay nada que contar.

—Se cierra —dijo Henrik Levin en voz baja—. Es evidente que nos oculta algo.

Estaba en el pasillo con Jana, que había seguido el interrogatorio con Aida desde la sala de observación.

—Estoy de acuerdo —respondió ella—. Hay miedo en sus ojos.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Y qué te ha parecido?

—Bueno, como dijiste, parece muy calmada.

La luz fluorescente dejaba su rostro expuesto. Tenía la piel pálida, el cuello largo y delgado.

—Es admirable —dijo él.

—Pero no todo el mundo tiene por qué mostrarse sentimental —le repuso ella.

—Puede que no, pero aun así...

Henrik se cruzó de brazos y miró al techo un momento. Después se inclinó hacia Jana y dijo:



—Aida nunca nos dará el nombre del culpable. Incluso aunque lo sepa, no dirá nada.

—¿Eso crees?

—Sí. Si fuera a hacerlo, ya lo habría hecho. —Se quedó mirándola—. ¿Tú lo habrías dicho incluso si alguien amenazara a tu familia?

—No tengo familia —respondió, devolviéndole la mirada.

—Pero ¿si la tuvieras?

—Hay una cosa llamada «obligación de denunciar el mal comportamiento».

—Sí, así es. Pero ¿correrías el riesgo?

—Dependería de las circunstancias.

—Claro —dijo Henrik descruzando los brazos. Agachó la mirada y se miró los zapatos, pensando por un momento—. Quiero interrogar a la hermana pequeña.

—Creo que deberíamos —confirmó Jana—. Llama a la investigadora de víctimas especiales Mikaela Lundin.

—¿Aunque la abuela Maria no quiera?

—Sí, creo que sí. Teniendo en cuenta la gravedad del crimen y el principio de proporcionalidad, tenemos libertad para decidir interrogar a la pequeña. Puede ayudarnos a encontrar al culpable. En mi opinión, las declaraciones de testigos son muy valiosas y, cuando juntas eso a las demás pruebas, el interrogatorio resulta absolutamente necesario. Me gustaría que le dijeras eso a Maria.

Philip atravesó el gimnasio, directo hacia las cintas de correr. Se subió en una y comenzó a introducir su peso y la distancia en la pantalla. La máquina emitió un pitido al ponerse en marcha. En la televisión situada en la pared, vio a una mujer con un libro infantil sobre los nativos americanos. Eso le hizo pensar en todos esos cuentos que le contaba su padre cuando era pequeño. Cuentos sobre tiendas de campaña en bosques aislados, caminos entre la maleza, rebaños de búfalos y cantos de pájaros salvajes. Cuentos realistas y detallados.

Le resultaba irónico que el recuerdo de las historias que le contaba su padre fuese más fuerte que la mayoría de recuerdos que tenía de él. Su padre trabajaba todo el tiempo y era un hombre callado. «Trabajaba todo el tiempo y era un hombre callado». Philip se dio cuenta de que aquella frase bien podría describir su propia existencia.

¿Qué clase de esposo era como para dejarse absorber por sus prioridades profesionales?

¿Cómo era posible que las pastillas se hubieran convertido en sus mejores amigas? Justo cuando notaba que se le aceleraba el pulso, un hombre entró en el gimnasio. Philip no lo conocía, pero sabía que era un habitual.

—Mi abuela corre más deprisa que tú, tío —dijo el hombre, de espalda ancha, brazos musculosos y piernas esqueléticas, mientras agarraba unas pesas.

—¿Qué has dicho? —preguntó Philip, mirándolo mientras corría.

—He dicho que mi abuela corre más rápido que tú. Y tiene una pierna ortopédica.

—¿Qué coño quieres decir con eso?

—Cálmate, por amor de Dios —dijo el hombre—. Solo era una broma.

—Al menos ejercito las piernas —dijo Philip.

—Cuando ejercito las piernas, lo hago abriéndoselas a mi novia —dijo el hombre con una sonrisa.

Molesto, Philip empezó a apretar el botón para aumentar la velocidad. Debería haberse reído del chiste, pero estaba cabreado. Apretó con fuerza el botón, pero la velocidad no cambió.

Apretó múltiples botones, pero al final ya no supo qué botones estaba apretando. No podía pensar con claridad y eso le asustó y le hizo sentirse un fracasado.

A lo largo de los años, había acumulado un amplio registro de fracasos. Como hijo, había fracasado ante su padre al no seguir sus pasos. Como marido, había fracasado ante Lina al no dejarla embarazada. Y ahora había fracasado al no salvar a una paciente. A dos pacientes, si tenía en cuenta a la mujer del infarto.

No era la primera vez que fracasaba en su trabajo. El mayor error que había cometido había sido diez años atrás, pero su cerebro tenía sus límites y, tras luchar durante un minuto contra sus tormentos del pasado, se desconectó. Los pensamientos le estorbaban. Pulsó el botón para parar la cinta y se bajó.

La investigadora de la Unidad de Víctimas Especiales Mikaela Lundin estaba sentada en un sillón azul en la pequeña sala de interrogatorios de dos metros por tres. Llevaba unos pantalones claros y una blusa fina. Su pelo era rubio y sus cejas, claras. Sara Norberg estaba sentada en diagonal delante de ella, también en un sillón azul, con las piernas colgando.

A Sara le habían mostrado la cámara que estaba situada en un rincón de la habitación, cerca del techo, pero ya se había olvidado de que estaba allí. Tenía un animal de peluche, un poni, en el regazo, y vestía pantalones a rayas azules y blancas y una camisa rosa de manga larga. Tenía el pelo revuelto y el flequillo peinado hacia la derecha.

En la sala de observación contigua, Henrik Levin y Jana Berzelius estaban sentados siguiendo la entrevista. Todo se grababa y archivaba en un ordenador.

—Qué poni tan bonito —comentó Mikaela—. ¿Te gusta jugar con ponis?

—Sí —respondió Sara pasando las manos por la crin negra del animal.

—¿Alguna vez has montado en uno?

—No.

Mikaela esperó unos segundos, dejando que la niña acariciara al animal antes de continuar.

—¿Cuántos años tienes, Sara?

Sara levantó la mano y estiró los cinco dedos.

—¿Así que tienes cinco años?

La niña asintió.

—¿Con quién vives? —preguntó Mikaela.

—Con mami.

—¿Y cómo es mami?

—No lo sé.

Mikaela se acercó un poco más a Sara, tratando de establecer contacto visual, pero la niña no paraba de mirar al poni.

—Sara, ¿podrías hablarme un poco del lugar donde vives, de tu hermana...?

La niña frotó el hocico del poni contra su nariz.

—¿Puedes hablarme un poco de tu hermana... o de tu abuela? —le preguntó Mikaela.

—Aida tiene un tatuaje, justo aquí —dijo Sara, señalándose el brazo—. Dice que le dolió.

Mikaela observó a Sara cuando la niña volvió a llevarse el hocico del poni a la nariz, durante más tiempo esta vez.

—¿Cómo es el sitio donde vives? —le preguntó.

—Ahora vivo con la abuela.

Sara dejó el poni en su regazo.

—Porque mami está durmiendo —agregó.

—¿Mami está durmiendo?

Sara asintió de nuevo.

—Sí, está durmiendo.

—¿Qué sueles hacer en casa de la abuela? —le preguntó Mikaela.

—Aida y yo jugamos al escondite.

—¿Dónde te gusta esconderte?

—Bajo la cama.

—¿Ese es tu mejor escondite?

—Sí. A mami también le gusta esconderse.

—¿Por qué se esconde mami?

—No lo sé.

Sara se encogió de hombros y no levantó la mirada.

—¿Puedes decirme dónde se esconde mami?

—Se esconde cuando tiene sangre.

—¿Sangre? ¿Por qué tiene sangre mami?

—El amor de mami.

—¿Tú eres el amor de mami?

—No.

Sara acarició con la mano al poni, primero a favor del pelo y después en contra.

—¿Sara?

—¿Sí?

—¿Ves que la puerta de esta habitación está cerrada?

—Sí.

—¿La puerta de tu habitación suele estar cerrada?

—Sí.

—¿Tú la cierras con llave?

—No, la cierra Aida.

—¿Y la cierra alguien más que Aida?

Sara negó con la cabeza y acarició de nuevo al poni, más deprisa esta vez.

—¿Cómo se llama tu poni? —le preguntó Mikaela.

—Se llama Poni —respondió la niña, mirándola a los ojos por primera vez—. Tengo sed.

—Hay agua, si quieres. Mikaela le llenó un vaso.

—Quiero zumo.

—¿Te gusta el zumo?

—Sí.

—¿Qué tipo de zumo te gusta?

—Zumero rojo.

—¿Ponche de fruta?

—Sí.

Sara sonrió y en sus mejillas se dibujaron unos hoyuelos.

—¿Normalmente tomas zumo en tu casa?

—Sí.

Su sonrisa se esfumó.

—Pero a mami no le gusta el zumo. A ella le gusta el café. A mí no me gusta el café.

—A los niños no suele gustarles el café —observó Mikaela.

—El café duele.

Mikaela tragó saliva.

—¿Por qué duele el café?

—Duele aquí —dijo Sara señalándose el pecho.

—¿Te echaron café ahí? Sara asintió.

—¿Fue a propósito?

Mikaela trató de mirarla a los ojos, pero resultó imposible. La niña no quería seguir hablando de ello.

—¿Quieres hablar de alguna otra cosa de lo que pasó en casa? —le preguntó.

—Sí... —respondió Sara.

—¿Puedes decirme qué ocurrió?

—Mami tiene sangre.

—¿Por qué tiene sangre mami?

—El amor de mami.

—¿Quién es el amor de mami?

—Ted.

—¡Puf, qué caso tan horrible, y la niña es muy pequeña! —dijo Anneli Lindgren cuando Henrik terminó de hacerles el resumen de los interrogatorios a las hijas de Shirin Norberg.

Todo el equipo estaba reunido en torno a la mesa de conferencias.

—Y para nosotros es aún peor, porque solo tenemos el nombre de Ted —dijo Henrik—. No dijo nada más.

—Si acaso decía la verdad —comentó Gunnar—. Quizá se lo inventó.

—Lo más probable es que Ted sea el nombre real —dijo Henrik—, y no creo que se inventara lo del café tampoco, aunque no tiene por qué significar nada. Y es evidente que ha visto sangre. Creo que Ted es una pista importante.

—De acuerdo —dijo Mia—. Ahora tenemos que averiguar quién es Ted, dónde está y si mató a Shirin y por qué. Pero a ti eso se te da bien, ¿verdad, Ola? Husmea un poco por Internet.

—Estoy trabajando en ello —respondió Ola—, y gracias por el consejo, husmearé un poco por Internet.

—Bien —dijo Gunnar dando un golpe con la mano en la mesa—. Encuentra a todos los que se llamen Ted en Norrköping, y de prisa.

Ola asintió y se levantó de la mesa.

—Anneli, habla con el Centro Anatómico Forense y mira si han encontrado alguna coincidencia en las huellas del lugar del crimen. ¿Entendido?

Había oído su voz, sabía que la estaba mirando, pero no podía soportar mirarlo a los ojos. En circunstancias normales, no habría reaccionado en absoluto a sus órdenes, pero ahora se quedó allí sentada, con las mejillas encendidas, como si la hubiera regañado. ¿Qué había sido de su autoestima?

—¿Entendido? —repitió él, un poco más fuerte esta vez, y ella asintió—. Bien, entonces en marcha. Hora de poner el culo en movimiento.

Las sillas rasparon el suelo cuando todos se levantaron. Abandonaron la sala uno detrás de otro, y ella estaba a punto de hacer lo mismo cuando levantó la mirada y vio que solo quedaba Gunnar. Siguió sus movimientos mientras

recolocaba los papeles sobre la mesa y vio que lo hacía con una precisión poco habitual. Quizá quisiera alargar el momento, disfrutar sin más de estar juntos durante un momento. No podía echarlo a perder poniéndose en pie. De modo que se quedó en la silla.

—¿Qué piensas de su historia? ¿Sara dice la verdad? ¿O no es más que una niña en *shock* que fantasea? —preguntó Henrik Levin mientras recorría el pasillo con Jana Berzelius después de la reunión.

—No le hace falta fantasear. Ha experimentado bastantes traumas de primera mano —

respondió ella—. Ahora deberíamos recopilar toda la información que podamos sobre ese tal Ted, lo antes posible.

—¿Crees que fue él quien le cortó las manos a Shirin? Pero aún no sabemos si Shirin y Ted mantenían una relación estrecha.

—¿Por qué si no la niña iba a decir que Ted era «el amor de mami»?

—Sí, eso es cierto —respondió él, pensativo—. Pero no sabemos nada de Ted. Lo nombró al decir que mami tenía sangre... Eso lo convierte en sospechoso, no solo el hecho de que sea su amor.

—Entonces, ¿crees que el asesinato se ha debido a algo que no sea su relación? —preguntó Jana.

—Sí, el *modus operandi* es demasiado extremo. Sugiere que se trata de algo más allá de problemas en la relación. Atar a alguien a una silla y cortarle las manos es de una violencia perversa.

Henrik se detuvo frente a su despacho. Jana lo miró muy seria.

—Creo que es mejor que no nos pongamos muy creativos con la investigación —le dijo—.

Lo mejor es ceñirnos a los hechos y centrarnos en encontrar a Ted.

Miró el reloj.

—¿Tienes otra reunión? —le preguntó él.

—Papeleo —respondió—. Avísame en cuanto tengas algo.

Henrik asintió y la vio marchar por el pasillo.



Per Åström volvió a arreglarse la corbata. Iba impecablemente vestido con un traje gris a medida y una camisa blanca, y acababa de sentarse a una mesa en Fiskmagasinet. Estaba esperando a Jana. No era uno de sus lugares habituales, pero la decoración era decente. Las sillas eran grandes, cómodas y con el respaldo alto y había ventanales amplios que daban a un patio interior.

El restaurante estaba lleno de todo tipo de gente. Había hombres con chaquetas y mujeres con peinado perfecto. El lugar ideal para hacer contactos. Per se sentó a la mesa y escuchó los saludos en la entrada, vio las amplias sonrisas de la gente y advirtió sus conversaciones sobre un partido de fútbol, las nuevas series de televisión o el tiempo. Seguía entrando gente, presentándose los unos a los otros, intercambiando cumplidos y tratando de ser amables.

—¿Está libre esta silla?

Per levantó la mirada y vio a una mujer delante de él. Tenía la mano puesta en la silla de enfrente y se disponía a sacarla. La observó. Parecía rondar los cuarenta años, pero iba vestida como una adolescente. Parecía cómoda con sus labios pintados de rojo y su pronunciado escote; además, llevaba unos pendientes largos y resplandecientes. En la mano izquierda lucía un sencillo anillo de oro.

—Lo siento —respondió él—. Está ocupada.

—De acuerdo.

Le sonrió. Él le devolvió la sonrisa, pero se apresuró a apartar la mirada. La mujer no tenía nada de malo, pero era otra la que ocupaba sus pensamientos. Echó un vistazo a su reloj Breitling. Quedaban ocho minutos para que llegara Jana, que solía ser puntual. En el minuto preciso, incluso en el segundo preciso. Él prefería un margen más amplio. Llegaba al menos diez minutos antes a las citas con el dentista, o a las reuniones con clientes, a los partidos de tenis o a cualquier otra cosa que figurase en su agenda.

Sintió que alguien estaba observándole, giró la cabeza y vio que la mujer del anillo de oro tenía la mirada puesta en él. Al igual que él, estaba sentada sola a una mesa, y vio que aún no había encontrado silla para quien fuera a quien estuviera esperando. Le sonrió y él le devolvió la sonrisa, un poco cohibido, y se preguntó qué estaría pensando de él. Volvió a mirar el reloj.

Cinco minutos hasta que llegara Jana.

Se estiró la corbata una vez más y siguió escuchando el incesante y alegre murmullo que le rodeaba.

Anneli Lindgren jugueteaba con su pendiente y vio que Gunnar Öhrn recogía el último papel de la mesa de conferencias. Miró rápidamente hacia la puerta y supo que estaba a punto de abandonar la sala. Tenía que moverse. Caminó lentamente hacia él. Trató de sugerir con sus pasos que deseaba ser vista. Mientras caminaba, así, despacio, recordó el día en que ambos habían caminado juntos hacia el altar y el cura. Se habían prometido amor eterno, habían cantado sobre la fe y la esperanza y habían susurrado sobre el perdón de los pecados.

Ella había pecado, pero aún no la había perdonado. Lo entendía, por supuesto, entendía que no pudiera asimilar su traición, pero al mismo tiempo no le entendía realmente. Su amor no podía desaparecer sin más, no de esa forma. Tenía que seguir ahí. Eso era lo que pensaba de la situación, y deseaba que él dijera lo mismo. Deseaba olvidarse de caminar despacio; se estaba volviendo loca. Quería correr hacia él, abrazarlo, decirle que ahora, ahora, ahora era el momento de seguir con su vida en común. Otra vez.

—Hola —le dijo, tratando de captar su mirada.

De pronto sintió los nervios en el estómago. Esa sensación la sorprendió. No había esperado encontrarse frente al hombre con el que había vivido durante más de veinte años y sentir la boca seca por la ansiedad y la mirada huidiza. Entonces él levantó la cara y la miró. Una sonrisa comenzó a formarse desde una comisura de los labios hacia la otra.

Gunnar estaba a punto de abrir la boca para decir algo cuando ella oyó a alguien aclararse la garganta a sus espaldas. Se dio la vuelta y vio a Britt Dyberg con una falda que le llegaba por las rodillas y una chaqueta de punto gris.

—¿Interrumpo? —preguntó la recién llegada.

—No, en absoluto —respondió Gunnar—. Adelante.

La hizo pasar con un gesto del brazo y Britt avanzó hacia ellos con pasos decididos.

—Hola, Anneli —dijo.

—Hola —respondió Anneli, apartando la mirada, sintiendo el intenso

deseo de estar en otra parte.

—He intentado llamarte —dijo Britt—, pero no contestabas al móvil.

—Estábamos en una reunión... —respondió Gunnar rascándose la cabeza.

—Me lo imaginaba. Pero, como era urgente, he pensado que sería mejor venir aquí en persona. Se trata del hombre que estamos buscando.

Britt le dio una hoja de papel.

—Toma —le dijo—. Tenemos información sobre el paradero de Danilo Peña.

—¿Información fiable? —preguntó Gunnar.

—Muy fiable.

Le dirigió una mirada a Anneli, después aceptó el papel y lo ojeó.

—Esto tendrá que esperar —comentó, pero después se quedó callado—. O, bueno, espera un momento. ¡Henrik! —gritó.

Jana Berzelius entró en el ascensor. Saludó a dos agentes de uniforme y estaba esperando a que las puertas se cerraran cuando oyó que Gunnar llamaba a Henrik a gritos. Sacó el pie y detuvo las puertas. Vio la tensión en los músculos faciales de Gunnar cuando salía a buscar a Henrik, que a su vez estaba saliendo de su despacho.

—¿Baja o no? —preguntó uno de los agentes.

Jana dio un paso atrás, pero entonces oyó que Gunnar decía:

—Los agentes que están patrullando creen que han visto a Danilo Peña en un apartamento de la ciudad.

Las puertas se cerraron y el ascensor comenzó a bajar. Jana se quedó muy quieta, con la esperanza de que los agentes no se dieran cuenta de lo fuerte que le latía el corazón. ¿Qué habría hecho Danilo? ¿Lo habrían visto a través de las ventanas? ¿O, pese a todo, habría salido a la calle y lo habrían reconocido? ¿Estaría ya allí la policía? ¿Habrían entrado en su apartamento y lo habrían capturado?

En el ascensor, los agentes estaban hablando sobre un curso de escalada de

montaña, sobre cuerdas, mosquetones y calzas. A Jana le sudaban las palmas de las manos y su mente le iba a mil. ¿Qué debería hacer? ¿Acaso había algo que pudiera hacer? ¿Cómo iba a ser capaz de explicar que tenía a un asesino fugado en su apartamento? No podría negar que sabía quién era, o qué estaba haciendo en su apartamento. La delataría de todos modos. Tal vez debería haber deseado que el ascensor bajara más deprisa, pero en aquel momento quiso poder parar el tiempo para pensar con claridad.

Justo entonces sonó su móvil. Lo sacó inmediatamente del bolsillo y vio el número de Per en la pantalla.

—¿Sí? —dijo al contestar.

—¿Vienes de camino?

¡La comida!

Su cuerpo se quedó frío como el hielo. Se había olvidado por completo. ¿Qué debería hacer?

¿Debería, pese a todo, comer y fingir que no ocurría nada? ¿O sería mejor irse a su apartamento y tratar de salvar la situación?

Se abrieron las puertas del ascensor.

—Per, lo siento, pero me han retrasado —dijo.

—Pero... —le oyó decir.

—No puedo hablar ahora. Tendremos que hablar más tarde —le dijo antes de poner fin a la llamada.

Después volvió a meterse el teléfono en el bolsillo y salió a toda prisa del ascensor.

—¿Hola? ¿Jana? —dijo Per Åström, pero Jana había colgado.

Se guardó el teléfono en el bolsillo. Solo en su mesa, sintió que la gente se quedaba mirándolo. Cuando se fijó en las personas a las que conocía, estas le parecieron estresadas y deprimidas, apartaron la mirada y fingieron que no lo habían visto. El murmullo de las voces sonaba amortiguado. Incluso el olor del local resultaba extraño ahora. Ya no olía a comida; olía a resignación.

Miró la silla vacía que tenía delante. No era la primera vez que Jana cancelaba una comida.

No le importaba, sinceramente. Lo que le molestaba eran sus modales. Se mantenía muy distante, y le parecía que recientemente ese comportamiento había empeorado. Daba igual de lo que hablaran, siempre sentía que estaba hablando con una pared. Aunque estuviera sentada delante de él, en realidad no estaba allí. Era como si tuviera la mente siempre en otra parte.

Debido a eso, la silla vacía que tenía ahora delante no se diferenciaba mucho de su compañía.

Sonrió al pensar aquello y miró a la mujer del anillo de oro. Volvió a mirarla a los ojos y se preguntó qué estaría pensando de él ahora. Tal vez veía a un idiota ingenuo que pensaba que, donde había alguien que amaba, tenía que haber amor.

Se levantó de la mesa, agarró la silla y fue hacia ella.

—Puedes usar esta —le dijo.

—¿No la necesitas tú? —le preguntó ella con una sonrisa.

—Ya no —respondió Per.

Se oyó un fuerte ruido cuando Jana Berzelius pasó con el coche por encima de la tapa de una alcantarilla. Los rayos de sol se reflejaban en el asfalto mojado y aquella luz le hizo entornar los ojos. Se obligó a frenar cuando una mujer bajita y musculosa vestida con vaqueros negros y cazadora vaquera negra atravesó la carretera montada en bici sin atender a los coches. Jana la siguió con la mirada antes de volver a pisar el acelerador. Giró bruscamente a la izquierda y llegó a casa. Aparcó su BMW X6 negro frente a la tienda de moda, bajo una señal de aviso que anunciaba que solo se permitía el estacionamiento durante quince minutos.

Sus tacones golpeaban el asfalto mientras avanzaba hacia su apartamento.

Intentó fijarse en sus alrededores y se detuvo en una esquina, fingiendo que estaba quitándose una piedra del zapato y aprovechando la oportunidad para echar un vistazo. Por un momento se preguntó si alguna vez había mirado Knäppingsborg de esa forma. Percibía todos los sonidos del vecindario, y era casi como si pudiera ver cada ladrillo de la fachada del edificio frente al que se encontraba.

El corazón se le aceleró más aún al seguir avanzando. Pero nada le parecía diferente ni extraño. ¿La policía ya habría estado en su apartamento? ¿Estarían vigilándola en ese mismo instante? ¿Esperando para capturarla? Sin duda ya habrían descubierto a quién pertenecía el apartamento.

Recorrió la calle deprisa, mirando al frente, aunque sin dejar de fijarse en las personas que la miraban, que probablemente no le prestaban más atención. Llegó al portal, lo abrió y escuchó.

Se preparó para encontrarse con alguien u oír voces, pero la escalera estaba desierta. Intentó caminar deprisa, pero sus zapatos seguían haciendo ruido bajo sus pasos. Por fin llegó al último piso del edificio. Con ambos pies en el último escalón, se quedó parada y escuchó. Oyó el ruido del agua corriendo por una tubería, pero, por lo demás, su respiración era el único sonido.

Siguió avanzando con cautela hacia la puerta. Se detuvo y se quedó quieta con la mano en el picaporte. Metió la llave y entró. Empezó a caminar hacia la cocina, pero se detuvo en seco al pensar que normalmente lo oía. Pasos en una de las habitaciones. Una puerta que se cerraba.

Jadeos en el salón cuando hacía flexiones. Pero ahora no oía nada. Ni a nadie. ¿Ya se lo habrían llevado? ¿O habría conseguido escapar? La idea hizo que el corazón le latiese con más fuerza.

Entró al salón, miró a su alrededor... y lo vio allí tumbado. Estaba estirado, con el pelo revuelto, y era evidente que había estado haciendo ejercicio. La camiseta del hospital, que todavía llevaba puesta, estaba húmeda por el sudor.

—¿Qué quieres? —preguntó él sin mirarla.

—La policía sabe que sigues en la ciudad. ¿Has salido hoy del apartamento? —le preguntó ella.

—Por supuesto —respondió Danilo—. He ido a los ultramarinos, he conocido a algunos de los vecinos, me he presentado y todo eso.

—Qué gracioso —dijo ella—. Fantástico.

—Y parece que tú tienes una imaginación muy despierta —agregó él poniéndose en pie.

—Resulta que sé que la policía te está buscando y alguien te ha visto. Podrían estar en cualquier parte.

—¿Cómo coño iba a verme alguien?

—No lo sé. Pero hay una trampilla en el ático que podrías usar.

Él la miró.

—¿No crees que estás exagerando un poco?

Negó con la cabeza.

—A través del almacén del ático, puedes salir al tejado. A dos chimeneas de distancia, hay una trampilla que conduce al edificio de al lado, y desde ahí...

—¿Estás preocupada por mí? —le preguntó con una sonrisa.

—Tú me importas una mierda. Estoy intentando salvarme —respondió Jana antes de darse la vuelta.

## 12

Mia Bolander estaba en la ventana de la sala de conferencias, esperando a Henrik y Gunnar.

Contempló el mundo de más abajo. Se acarició la melena rubia y lacia con la mano y se preguntó cuánto tiempo hacía desde la última vez que se cortó el pelo.

Un anciano caminaba por la acera, sujetando una bolsa de plástico amarilla de los ultramarinos. Llevaba una parka negra gastada sobre los hombros caídos, miró furtivamente a su alrededor y siguió dando tumbos en su búsqueda de botellas vacías para reciclar, o cualquier otra cosa que estuviese buscando. Suspiró al verlo, suspiró al pensar en su pelo y suspiró por aquella sensación que no podía ignorar: la maldita sensación de futilidad.

Justo entonces se abrió la puerta. Miró a Henrik y a Gunnar cuando entraron. Cuando Henrik se acercó a la mesa, a Mia le pareció que estaba aburrido. Caminaba despacio, movía las manos despacio y, cuando abrió la boca, incluso habló muy despacio.

—Había cuatro hombres en el apartamento —dijo dejando el informe

sobre la mesa—, pero ninguno era Danilo.

La miró un instante antes de sacar una silla, sentarse y entrelazar las manos por detrás de su cuello.

—Es un contratiempo —dijo Gunnar, sentándose también.

—Probablemente se haya marchado de la ciudad —comentó ella.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Henrik—. Por favor, Mia, ven a sentarte.

—Claro —respondió ella acercándose a la mesa.

—Necesito más dotaciones, más personal para que podamos intensificar la búsqueda —dijo Gunnar.

—¿Y si no están de acuerdo? —preguntó Mia mientras se sentaba.

—Si quiero mantener mi reputación y mi importancia en este lugar, tendré que tener los recursos que necesito.

—Los agentes ya están buscándolo veinticuatro horas al día —le informó Henrik

—Eso no es suficiente —respondió él—. Necesitamos más personas, que no quede una sola piedra por levantar. Danilo Peña parece haber encontrado un lugar donde cree que puede esconderse hasta que haya pasado lo peor, y nosotros vamos a encontrar dónde está ese lugar.

Tres minutos más tarde, Henrik atravesó el pasillo. Menuda derrota. Su único trabajo era encontrar a Danilo Peña, o entender por qué no podían encontrarlo. Pero, salvo por el fracaso de la pista del apartamento, no habían recibido ninguna información. Después de que Danilo se fugara del hospital, no había dejado ni rastro.

Pese a la agradable temperatura interior, sintió el sudor que resbalaba entre sus omóplatos por debajo de su camisa Oxford. Se estiró la camisa mientras abría la puerta de su despacho. Su silla crujió cuando se sentó.

—Tengo una coincidencia.

Se dio la vuelta y vio a Ola Söderström, que había entrado en el despacho



sin que él se diese cuenta.

—Una coincidencia ¿con qué?

—El nombre de Ted.

Henrik volvió a estirarse la camisa.

—¿Así que aparece un Ted en el sistema? —preguntó.

—Sí, varios, y algunos en la zona con antecedentes criminales. Un Ted Henriksson, un Ted Kjellson y un Ted Strandberg... ¿Les pasamos sus fotos a Aida y a Sara? ¿O esperamos a que Anneli tenga los resultados de las huellas encontradas en el lugar del crimen?

—Lo de las huellas puede tardar —contestó Henrik—. Mientras tanto vamos con las fotos.

Pero creo que solo deberíamos enseñárselas a Aida.

—¿A Sara no?

—No. Creo que primero deberíamos enseñárselas a Aida. Quizá así consigamos que se abra un poco más.

—¿Las imprimo?

—Cuanto antes.

Jana Berzelius le dirigió al cajero una mirada larga y casi empática cuando este pulsó el botón equivocado en la caja registradora por segunda vez. Tenía el pelo rojo y peinado hacia atrás, y la insignia que llevaba en el pecho decía *Nuevo empleado*. Su actitud nerviosa no hacía que estuviera más tranquila. Era humillante que Danilo pensara que se preocupaba por él. La razón por la que había vuelto al apartamento era protegerse a sí misma. Nada más. Danilo no debería hacerse ideas equivocadas.

El cajero metió el recibo en la bolsa, como para demostrar lo concienzudo que era en su trabajo. Jana aceptó la bolsa y dio un rodeo para volver a su casa en ppingsborg para evitar que la policía la viera. Cuando entró en su apartamento, fue directa al dormitorio y dejó la bolsa sobre la cama.

—¿En casa otra vez? —preguntó Danilo.

Se dio la vuelta y lo vio salir de su vestidor.

—Sal de aquí —le dijo—. No quiero que estés aquí.

—Lo imaginé al ver que cerrabas la puerta con llave. ¿Qué llevas en la bolsa? ¿Un regalo?

—Es un nuevo cepillo de dientes. No tengo el más mínimo deseo de compartirlo contigo.

Él le dirigió una sonrisa torcida.

—Déjalo ya —le dijo Jana—. Y sal de mi habitación ahora mismo.

Danilo caminó despacio hacia la puerta, se detuvo en el umbral y se volvió hacia ella.

—Tienes una caja fuerte preciosa en el armario. ¿Qué guardas en ella?

Jana lo miró a los ojos, pero no dijo nada.

—Deberías tener un lugar más inteligente para esconder tus cosas, Jana.

—¿Quién dice que no lo tengo? —preguntó avanzando hacia él.

Danilo sonrió más abiertamente ahora.

—Bien —le dijo—. Para que no tengas que perder tiempo recogiendo tus cosas si todo se va a la mierda. Yo también tengo algunas cosas escondidas.

—¿Dónde? —preguntó ella, agarrando el picaporte de la puerta.

—La más cercana está debajo de los tablones del suelo de un edificio abandonado, aquí en la ciudad. Tengo allí cosas que necesito.

—¿Una pistola?

—Sí. Y dinero, algunas ganzúas, un pasaporte... Lo normal.

—Pero nada de ropa, imagino —le dijo ella, mirándolo.

—Nada de ropa —confirmó él—. Ni cepillos de dientes. Así que te agradezco mucho que me hayas comprado uno.

—Lo he comprado para mí —respondió ella antes de cerrar la puerta.

El primer minuto transcurrió en silencio. Nadie dijo una palabra. Mia Bolander estaba sentada en la cocina de Maria y sentía que las probabilidades

de identificar deprisa al hombre correcto iban disminuyendo. Miró a Aida, que estaba sentada rodeándose con los brazos, con la mirada perdida. Mia oía el zumbido del extractor de la cocina, vio unos platos sin lavar y una fuente de horno con los restos resecaos de un pescado sobre la encimera. El pescado estaba frío y a medio comer.

Quería marcharse de allí, sin duda. La atmósfera era tan deprimente como la comida reseca.

Era como si Henrik, Aida y ella estuvieran en un velatorio.

—¿Aida? —dijo Henrik haciendo otro intento, con cuidado, pero ella no levantó la mirada—.

¿Te parece bien que te muestre las fotos?

Negó con la cabeza.

—Es importante para nosotros que las mires.

—No quiero.

—¿Por qué no? —preguntó Mia, un poco irritada, y de inmediato Henrik le dirigió una mirada.

Aida no respondió. Se limitó a abrazarse con más fuerza.

—Y el nombre de Ted —le dijo Henrik—. ¿Estás segura de que ese nombre no significa nada para ti?

Volvió a negar con la cabeza, pero esta vez se le hincharon las fosas nasales.

—No tienes nada que perder si hablas con nosotros.

—No es verdad.

—Sí que lo es —le aseguró Mia.

—No... Sara.

La habitación quedó en silencio. Una lágrima brotó del rabillo del ojo de Aida y resbaló por su mejilla, pero no se molestó en secársela. Era como si fingiera que no estaba allí.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Henrik.

Otra lágrima en su mejilla.

—Se morirá, lo sé.

—¿Por qué piensas eso?

—Él dijo que la mataría si yo lo contaba.

Se tapó la cara con las manos.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Mia, que parecía haberse despertado de pronto—. ¿Quién diablos te dijo eso?

La chica no contestó.

—Aida —dijo Henrik—, ¿quién te dijo eso?

—No puedo decirlo.

—¿Fue Ted quien te lo dijo?

—No quiero decir su nombre.

—¿Voy a buscar a tu abuela? —preguntó Henrik—. ¿Quieres que vaya?

—No quiero que ella esté aquí, no sabe nada. Solo quiero que Sara... Si alguien...

—¿Por qué no quieres que esté aquí? —preguntó Mia.

Aida se secó la lágrima y su rostro adquirió una mirada introspectiva.

—Dínoslo, Aida —le dijo Henrik con calma—. Hemos venido a ayudarte. Estás a salvo.

Nadie excepto nosotros sabe dónde estáis viviendo ahora Sara y tú.

Le dirigió a Mia una mirada para decirle que se contuviera. Ella conocía bien esa mirada. No quería que interviniese en ese momento.

—Solo quiero... pensar un poco... —dijo Aida.

—Puedes pensar todo lo que quieras —le prometió Henrik.

La chica tomó aire y giró la cara hacia la ventana.

—Yo... —comenzó, pero se detuvo, como si no supiera cómo continuar. Abrió la boca de nuevo, miró al techo y empezó de nuevo—. Es extraño, pero recuerdo la primera vez que el Mercedes aparcó frente a nuestro edificio. Sara

era solo un bebé. Él...

Tomó aliento otra vez.

—Él se presentó, le estrechó la mano a mi madre y le pidió salir. A solas. Sara y yo nunca pudimos ir con ellos. Así que yo siempre cuidaba de Sara. Creo que tuve que intentarlo cinco veces hasta conseguir preparar bien la leche en polvo. Pero tuve que aprender, así eran las cosas.

Aida dejó caer los hombros.

—Sara aprendió a caminar cuando tenía unos nueve meses. A mi madre le daba miedo que pudiera ocurrirle algo, y supe que sería mi responsabilidad cuidar de mi hermana cuando ella no estaba en casa.

Mia guardó silencio, escuchando con atención cada palabra de la adolescente.

—No teníamos mucho dinero. Después de que muriera mi padre, nos trasladamos a ese pequeño apartamento, así que Sara y yo compartíamos habitación. Siempre era yo la que la metía en la cama, o me levantaba en mitad de la noche para ir a buscar un pañal limpio, esa clase de cosas. Hasta que empecé con el trabajo de noche.

Aida colocó las piernas sobre la silla y se rodeó las rodillas con los brazos, como si estuviera helada.

—Con frecuencia mi madre se quedaba en la cama cuando no estaba trabajando. «Mami necesita descansar», solía decir, cosas así. «¿Puedes recoger a Sara de la guardería?».

Aida se quedó callada unos segundos.

—Mi madre lloraba mucho. Era evidente. Entonces empezaron las llamadas. Yo no pretendía cotillear, pero no podía evitar oírlo a través de las paredes. No paraba de decir «perdón» y yo la odiaba por ello.

Se detuvo otra vez.

—Continúa —le dijo Henrik—. Lo estás haciendo genial.

Ella asintió y habló en voz baja.

—Él no paraba de decirle que salieran. Venía a nuestra casa para recogerla. Eso sucedía a primera hora de la noche, y ella regresaba a casa

antes de que me fuera a trabajar. Recuerdo las vacaciones de verano del año pasado. No quería salir con él aquella noche. Le dijo que no un montón de veces, pero al final se subió a su coche de todos modos. Él dijo que iba a llevarla a un lugar en el archipiélago.

—¿Cuándo fue eso?

—Sara tenía cuatro años. Yo aún no trabajaba.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pocos días más tarde, cuando mi madre regresó... aún recuerdo su aspecto..., pero no quiero hablar de eso ahora...

—No tienes por qué —le dijo Henrik.

—Estaba herida... y no se le veía un ojo. Lo tenía todo hinchado y parecía como si no estuviera allí...

A Aida le temblaba la voz.

—Mi madre no quiso volver a verlo después de aquello, pero él no le hacía caso. Ignoraba lo que le decía y no paraba de venir a casa y entraba por la fuerza. Mi madre quería que estuviéramos a salvo, así que siempre nos decía que nos quedáramos en nuestra habitación. Pero Sara no quería estar encerrada. Siempre empezaba a llorar y a gritar. Y yo dejaba que gritara y llorase. No quería hacerla callar.

—¿Por qué no? —preguntó Henrik.

—Porque no quería oír los gritos de mi madre.

La habitación quedó en silencio. Aida tenía la mirada fija en la mesa, como si hubiera dicho algo estúpido. Henrik le puso una mano en el hombro.

—Es muy importante para nosotros encontrar al hombre del que estás hablando —le dijo—.

¿Te parece bien que te enseñemos ahora las fotos?

La chica asintió despacio.

Henrik colocó sobre la mesa las fotos de los hombres. Aida solo levantó la vista cuando las tres fotografías estuvieron ahí puestas. Y de pronto sus ojos se agrandaron.

—Es él —dijo señalando la foto del medio.

Y no pudo aguantar las lágrimas por más tiempo.

Jana Berzelius no respondió al primer tono como lo hacía normalmente cuando Henrik la llamaba. Estaba sentada en su cama con el ordenador en el regazo, preparando su presentación para un caso de extorsión agravada previsto para el martes siguiente. En una mano tenía una taza de yogur que había llevado de la cocina para evitar comer en presencia de Danilo. No soportaba estar cerca de él. Era demasiado arriesgado y molesto tenerlo ahí. Pero tenía que recuperar sus diarios y sus cuadernos, fuera como fuera, y después le diría adiós.

Miró el móvil mientras sonaba y finalmente decidió responder.

—Hola.

—Hola, soy Henrik.

—¿Alguna novedad del caso Norberg?

—Pensé que te interesaría la información que hemos recopilado sobre Ted. Se apellida Henriksson.

—Pensabas bien. —Le oyó mover unos papeles y escuchó con atención mientras le contaba que había sido fácil encontrar a Ted Henriksson. Las autoridades llevaban presentes en su vida desde su nacimiento en 1978. Primero los Servicios Sociales, después la policía y después el sistema penitenciario.

—A los cinco años, era carterista —le dijo Henrik—. Delitos insignificantes durante sus años de escuela, estuvo un tiempo en un centro de detención de menores, después pasó a las drogas. Ya lo habían condenado previamente por violencia doméstica. En el veredicto se describen ocho cargos diferentes. Presuntamente amenazaba a su compañera sentimental, la golpeaba en la cara, le tiraba del pelo, le ponía una almohada contra la cara, le echaba por encima agua hirviendo, la agarraba del cuello, le escupía y la llamaba puta, zorra, inútil, estúpida...

—Gracias —dijo Jana—. Me hago una idea.

—Pasó ocho meses en prisión —dijo Henrik.

—Así que es reincidente.

—Lo que también significa que debería figurar en la base de datos de ADN.

—¿Lo habéis llevado para interrogarlo?

—Aún no. Vamos de camino ahora mismo. Vive en Bandygränd 4.

—Bien —dijo Jana—. Llevadlo a la sala de interrogatorios, aseguraos de que no llame a nadie. Iré enseguida. Tenemos que ganar algo de tiempo. Cuando aparezca su abogado, probablemente no podremos retenerlo durante mucho tiempo.

—Las niñas pueden identificarlo.

—Todavía no hay pruebas que lo relacionen con el asesinato, ¿verdad?

—Confíemos en que haya algo en las muestras de la autopsia.

—Y que consigamos una confesión.

Cuando Henrik Levin y Mia Bolander salieron del coche, el aire nocturno era frío. Saludaron con la cabeza a los agentes uniformados que encontraron allí y comenzaron a atravesar el aparcamiento. En el otro extremo había dos hombres con cazadoras del gimnasio X-Force Factory Fitness, observándolos. Ambos tendrían veintitantos años y llevaban la cabeza rapada.

Parecían levantadores de pesas o boxeadores. Igualmente podrían ir drogados y llevar navajas.

Sabía que estaba mal pensar así. Debería dejar de lado esos estereotipos, pero últimamente la violencia en la ciudad había aumentado. A lo largo de seis semanas se habían producido nada menos que once ataques serios con cuchillo, y ninguno de los agresores superaba los veinticinco años. Los ataques siempre tenían alguna relación con las drogas, y los editoriales y artículos habían apodado a Norrköping «Narco-ping».

—Jodido niño blanco —dijo uno, irguiéndose cuando pasaron por delante.

Henrik fingió no haberle oído y continuaron hacia la entrada de Bandygränd 4. Sintió las miradas de los hombres, pero no intentó establecer contacto visual, porque, si lo hacía, la situación se volvería amenazante. Era absurdo que un agente de la ley como él eligiera mirar al suelo y no decir



nada, pero ¿qué iba a decir? Era mejor ignorarlos y centrarse en lo que habían ido a hacer. Además, tenía a Mia junto a él y no quería que se enfadara, porque se alteraba mucho con tipos así. No era algo bueno.

La puerta se abrió y, junto con los agentes, subieron las escaleras hasta la puerta marcada con el apellido *Henriksson*. Llamaron al timbre. Esperaron un momento, llamaron con los nudillos y esperaron todavía un poco más.

—Quizá no esté en casa —sugirió Mia.

Henrik abrió la rendija del correo con la mano y gritó:

—¿Henriksson? Mi nombre es Henrik Levin y vengo con la policía.

Se oyó ruido en el interior de la vivienda, como si alguien estuviese moviéndose por el suelo.

—No he hecho nada —dijo un hombre con voz cansada desde dentro del apartamento.

—Está bien, pero aun así necesitamos hablar con usted.

—Váyanse.

—Quiero que abra la puerta y hable con nosotros.

—Déjeme en paz, cabrón. La voz pareció acercarse.

—Abra la puerta —insistió Henrik.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Solo queremos hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre Shirin Norberg.

Hubo un breve silencio.

—No tengo nada que ver con esa zorra. No quiero involucrarme en eso, ¿me oye?

—¿Así que sabe quién es?

Sonó como si el hombre hubiera golpeado con la mano algo dentro del apartamento.

—¿No entiende que no quiero hablar con usted? —preguntó.

—Lo entiendo, pero quiero que abra la puerta, me mire y me diga por qué no quiere hablar conmigo.

—¡Qué cojones!

Las pisadas se acercaron a la puerta. Mia hizo lo mismo que su compañero: sacó su pistola reglamentaria, separó las piernas y se preparó.

Se oyó un repiqueteo al abrirse la puerta. A Henrik le dio tiempo a ver unos dientes blancos en una cara asustada y unos hombros anchos antes de que la puerta empezara a cerrarse de nuevo. Pero Mia fue rápida con el pie; lo colocó en el umbral e impidió que el hombre cerrara.

Al mismo tiempo, Henrik sujetó la puerta y empujó.

—Suelta la puerta —dijo Mia, apuntando al hombre con la pistola—. ¡Suéltala!

Él la miró, miró la pistola, dijo un taco y la soltó.

El tráfico en Södra Promenaden avanzaba con lentitud debido a las obras de la carretera.

Anneli Lindgren iba sentada en el asiento del conductor con una mano en el volante. Junto a ella iba su hijo, Adam, con los cascos puestos y su chándal blanco y azul. Bostezó sonoramente, porque se había quedado adormilado con los movimientos del coche.

—¿Estás emocionado por el partido?

Adam no respondió y Anneli le pinchó con el dedo en el costado.

—¿Qué quieres? —preguntó él, molesto, mientras se quitaba los auriculares.

—¿Estás emocionado por el partido?

—No.

—Seguro que va bien.

Aminoró la velocidad y miró a la derecha, hacia la avenida y la biblioteca pública.

—Te recogerá la abuela.

—¿Por qué la abuela?

—Tengo trabajo.

—¿Qué pasa con papá?

—No sé.

Adam suspiró y apoyó la cabeza en la ventanilla.

—¿Cuánto tiempo vamos a vivir con la abuela? En serio —preguntó.

—No lo sé. No demasiado.

—Pero ¿por qué ya no vives con papá?

—¿Has estado pensando en ello?

—He estado pensando en muchas cosas —respondió él en voz alta, demasiado alta.

—No hace falta que grites.

—Olvidalo.

Anneli lo miró y deseó que hubieran hablado de fútbol, de la liga alemana o inglesa. Había evitado hablar con él sobre la separación; en su lugar, había logrado encarar el día a día, buscando una rutina normal, pero quizá ella no hubiera sido consciente del impacto que un cambio tan drástico supondría para él. Le había dado la impresión de que su indiferencia era un indicador de que aceptaba la situación. El corazón le dio un vuelco al empezar a darse cuenta de que Adam había estado escondiéndose tras una fachada.

—Papá y yo nos hemos dado un tiempo —le dijo.

—Eso ya lo has dicho.

—Pero de verdad creo que encontraremos la manera de volver a estar juntos.

—¿De verdad?

—¿Por qué lo dices? ¿Papá te ha dicho algo...?

—No, nada.

Anneli extendió la mano para tocarle la mejilla, pero él apartó la cabeza.

—¿Has estado pensando en algo más? —le preguntó.

—No.

—¿Estás seguro?

—En serio, mamá, ¿no puedo seguir escuchando mi música?

—Por supuesto...

El coche de detrás tocó el claxon y ella empezó a avanzar. No podía permitir que su vida siguiera así. Era evidente que a Adam le había afectado la separación, que estaba triste por ello.

Pero ¿en qué más estaría pensando? ¿Qué sentía? ¿Cómo lo experimentaba? Trató de llamar de nuevo su atención, pero el chico estaba mirando por la ventanilla. Sentía tanta tensión en la garganta que le dolía, y los ojos fueron llenándose de lágrimas. No quería que fuera así. Tenía que hablar con Gunnar y hacerle entender que deseaba que volvieran a ser una familia, que haría cualquier cosa para que eso sucediera. Lo que fuera, con total sinceridad.

—Todo saldrá bien —dijo en voz baja.

Una bombilla fluorescente parpadeó sobre su cabeza. Jana Berzelius se aproximaba a las salas de interrogatorios de la comisaría cuando vio a Mia Bolander apoyada contra la pared, mascando chicle.

—¿Ya lo tenéis? —le preguntó Jana, más que nada por tener algo que decir.

—Como si no lo supieras —respondió Mia.

Jana sonrió con tensión.

—Qué rapidez —comentó.

—Normalmente trabajamos con rapidez.

—Pero no cuando se trata de Danilo Peña.

Se sorprendió a sí misma al permitir que su enfado con Mia Bolander pudiera más que ella.

—¿Eso qué más te da? —preguntó Mia—. No es tu caso, ¿verdad?

—No.

—Entonces.

—Entonces ¿qué?

—Entonces no hace falta que te preocupes por eso.

—Tienes razón —respondió Jana—. Ha sido una tontería mostrar interés por lo que ocurre aquí. Uno corre el riesgo de parecer competente.

Mia dejó de mascar y, en su lugar, su boca dibujó una sonrisa de fastidio. Jana le hizo un gesto cortante con la cabeza y entró en la sala.

Era una fotografía estándar de diez por quince, en color y con brillo. Henrik Levin la sujetaba con el pulgar y el índice mientras le mostraba a Ted Henriksson los enormes hematomas visibles en el cuerpo de la mujer fallecida.

Jana Berzelius estaba sentada junto a él, preparada como siempre con una libreta y un bolígrafo.

—¿Puede explicar cómo se hizo Shirin esos hematomas? —preguntó Henrik.

Henriksson miró hacia la cámara que le enfocaba desde un rincón del techo. Era un hombre de aspecto normal, con el pelo negro y rizado, pero tenía algo desagradable; su voz sonaba baja y rasgada.

—Y yo qué sé —dijo con la respiración entrecortada.

—Ha admitido que la conocía —dijo Henrik.

—Solo he dicho que sabía quién era.

—¿Así que la conocía?

—La vi una vez. Dos, quizá. Tal vez tres veces. ¿Quién sabe?

—¿Entonces?

—De acuerdo, llevábamos viéndonos un tiempo..., de hecho algunos años.

—¿De modo que tenían una relación?

Henriksson lo miró con desdén.

—Sí, teníamos una relación, inspector.

—¿Durante cuántos años?

—Tres, cuatro, cinco.

—¿Y cuándo la vio por última vez?

Henriksson sonrió, ladeó la cabeza hacia la derecha y después hacia la izquierda.

—El pasado fin de semana.

—¿Dónde se vieron?

—En T3.

—¿Dónde?

Volvió a sonreír.

—El bar de Trädgårdsgatan 3.

—¿Cuánto tiempo estuvieron allí?

—Una hora, quizá dos.

—¿Y qué hicieron después?

Henriksson miró a Henrik y después a Jana.

—¿Cuántos detalles necesita?

Mantuvo la mirada fija en Henrik, colocó ambas manos sobre la mesa y las dejó ahí. Henrik buscó unos papeles y dijo:

—¿Puede leer lo que hay escrito ahí?

Henriksson miró los papeles que Henrik le acercó y después negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Cree que no sé leer?

—Sí, creo que sabe leer —respondió Henrik—, pero quiero oírle leerlo en voz alta.

—Olvídelo —respondió Henriksson.

Henrik atrajo los papeles hacia su lado y leyó:

—«La gente como tú no tiene nada que ofrecer. La gente como tú necesita a gente como yo.

Nos vemos esta noche, zorra». ¿Escribió usted esto?

—No lo sabe, ¿verdad?

—No, por eso se lo pregunto. ¿Lo escribió usted?

Henriksson levantó la mirada.

—Me han quitado el móvil. ¿No lo han comprobado?

—¿Tiene más de un teléfono móvil?

—No.

Henrik apartó los papeles y se rascó la nariz antes de continuar.

—¿Qué estaba haciendo ayer por la mañana? —le preguntó.

—Estaba en Vitamex.

—¿Trabaja ahí?

—Sí. Mis compañeros y yo producimos suplementos alimentarios y cosas así.

—¿A qué hora entra a trabajar por la mañana?

—No empiezo por la mañana. Trabajo de noche.

Henriksson levantó la barbilla.

—¿Ha estado alguna vez en casa de Shirin Norberg? —le preguntó Henrik.

—No.

—¿Nunca?

—No.

—Qué curioso —dijo Henrik—. Tenemos testigos que dicen que ha estado en su casa.

Se hizo el silencio en torno a la mesa. Henrik miró a Ted, que parecía estar a punto de reaccionar, pero algo le hizo detenerse.

—Se lo preguntaré de nuevo. ¿Ha pasado algún tiempo en...?

—No he pasado tiempo en...

—Pero tenemos testigos que...

—¡Mienten!

La voz de Henriksson retumbó por la habitación. Aquella explosión se produjo sin previo aviso.

Henrik miró a Jana, que le devolvió una mirada serena.

—¿Quién miente? —preguntó ella.

Henriksson se quedó mirando la mesa, más tranquilo, con el labio inferior relajado. Había apretado los puños y murmuró algo casi inaudible.

—Mienten, mienten, están mintiendo...

—¿Quién está mintiendo? —repitió Jana.

Henriksson levantó la cabeza y miró a Jana de arriba abajo.

—Dígalo otra vez —le dijo.

—¿Disculpe? —preguntó ella.

—Dígalo otra vez.

—¿Por qué?

—Me gusta oír su voz.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—¿Porque le recuerda a la de Shirin? —le preguntó.

—No —respondió él—. Ella tenía una voz mucho más suave.

—Ha dicho «tenía».

—¿Sí? Tenía una voz más suave.

Henriksson frunció el ceño.

—¿Así que por eso estoy aquí? Creen que le he hecho algo, pero yo nunca haría algo tan estúpido. Admito que puede que me aburriera de Shirin, sin embargo no soy un asesino. Soy una buena persona. A la gente le caigo bien. Estoy seguro de que a usted también le caería bien.



Deje que vaya a su casa y le demuestre lo bueno que soy. Puedo ir a su casa y...

—No lo haga —le interrumpió Jana.

—Sé cómo hacer que se sienta muy especial.

—Ya es suficiente —declaró Henrik.

—No soy peligroso. No le haré daño, se lo prometo.

—Responda a las preguntas, nada más —dijo Jana.

Se le había formado una burbuja de saliva en la comisura del labio.

—No soy peligroso en absoluto —repitió Henriksson.

—Le garantizo que no irá a ninguna parte —le dijo Henrik alzando la voz.

—Quizá no hoy, pero —dijo él mirando a Jana— ya me ocuparé de usted más tarde. La acariciaré. ¿Eso le gustaría?

A Henrik le costaba trabajo permanecer sentado, avergonzado como estaba por las palabras que acababan de salir de la boca del sospechoso.

—O quizá no quiera que sea bueno con usted. Quizá prefiere que la traten con dureza.

—¿Eso le gustaba a Shirin? —preguntó Jana.

—Sí... —respondió él—. Le gustaba. Me lo suplicaba.

—¿Alguna vez se mostró violento con ella? —preguntó Henrik.

—Una vez. Quizá dos. Tal vez tres veces. Quién sabe.

Había una pequeña lámpara encendida tras las cortinas de la ventana. Philip Engström estaba de pie en la habitación en penumbra, mirando su reflejo junto al haz de luz. Tenía el teléfono en la mano. Había llamado a Katarina cuatro veces, pero seguía sin responder. Oía a Sandra y a Lina riéndose en la cocina. Sabía que debería regresar a la mesa del comedor para seguir cenando la pasta con champi-ñones y las chuletas de cerdo. Debería formar parte de la conversación que estaban teniendo, debería hablar de series de televisión, cotillear sobre famosos y reír-se de los chistes como solía hacer. Pero no le apetecía hablar con ninguna de las dos en aquel momento. Esa noche estaba cansado de su esposa y estaba cansado de su compañera

Sandra. No había nadie con quien le apeteciera hablar, con quien deseara hablar...

salvo Katarina.

En mitad de sus pensamientos, oyó unos pasos que se acercaban.

—Ah, estabas aquí —dijo Sandra mientras abría la puerta—. ¿Qué haces aquí? Estás a oscuras —continuó mientras encendía la luz del techo.

La claridad hizo que Philip entornara los párpados.

—Solo quería despedirme —le dijo Sandra.

—¿Ya te vas? —preguntó él, y se dio cuenta de que sonaba demasiado alegre, casi feliz, pero estaba demasiado cansado como para que le importara, no quería molestarse en fingir y ser amable. No tenía energía para nadie que no fuera él mismo.

—Gracias por la cena —le dijo Sandra—. Nos vemos en el trabajo.

Philip no respondió. Volvió a mirar hacia la ventana. Sandra no dijo nada tampoco; simplemente apagó la luz y lo dejó solo en la habitación. Se quedó unos segundos en la oscuridad y oyó cerrarse la puerta de entrada. Desde la distancia distinguió las sirenas de un vehículo de emergencias. No era un coche de policía ni sus compañeros de la ambulancia; era un camión de bomberos. Las sirenas se acercaban; ahora estaban detrás de él, en la carretera que conducía hacia el centro, y se preguntó dónde estaría el incendio. Entonces volvió a encenderse la luz de la habitación. Se dio la vuelta y vio a Lina jugando con su collar.

—Te hemos echado de menos en la mesa —le dijo.

—Ah —respondió él.

—¿Qué sucede?

—En realidad nada. Me apetecía estar a solas.

Lina soltó el collar y se acercó.

—Pensé que te caía bien Sandra.

—Trabajamos juntos —respondió, viendo que tenía los ojos inyectados en sangre—, pero eso no significa que me caiga bien.

—Estás hablando de mi amiga —le dijo.

—Exacto. Entonces es mejor que pase el rato charlando contigo y no conmigo.

—De acuerdo —respondió Lina—. Sé que Sandra puede ser un poco molesta a veces.

—¿Un poco?

—Pero al menos es sincera.

—¿Qué quieres decir con eso?

Lina evitó mirarlo a los ojos.

—Me dijiste que hoy habías estado en el trabajo —le dijo.

—¿Y?

—¿Qué tal estuvo?

—Bien —respondió él encogiéndose de hombros—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque Sandra me ha dicho que hoy no has ido al trabajo.

Philip tardó más de diez segundos en responder. Era mucho tiempo para estar delante de su mujer tratando de pensar en una buena explicación cuando lo único que podía oír era el sonido de su aliento.

—Yo... —empezó, pero volvió a quedarse callado.

—Te estás viendo con otra.

Cuando lo miró, Philip de pronto entendió por qué tenía los ojos rojos. Había estado llorando.

—¡No! —exclamó—. ¿Por qué piensas eso?

—Ya ni siquiera llevas tu anillo de bodas. ¿Dónde está?

—Lo perdí en el trabajo.

—Sí, claro.

—¿No me crees?

—¿Qué debería creer cuando me mientes?

—Pero... Ella le interrumpió.

—¿Dónde estabas, entonces? Si no estabas en el trabajo, ¿dónde estabas?

—Estaba en el gimnasio.

—¿Todo el día? ¿En serio?

Philip notó que empezaba a enfadarse.

—También fui a casa de Katarina.

—¿Katarina Vinston? Lo sabía.

—Que sabías ¿qué? ¡Solo quería hablar con ella!

—Y cuando dices «hablar» te refieres a...

Philip no respondió.

—Que te jodan —le dijo Lina antes de salir de la habitación.

Se quedó allí plantado, con el teléfono móvil en la mano. Había querido llamar de nuevo a Katarina, pero esta vez lo dejó correr.

—¡Espera! —gritó Henrik.

Jana Berzelius iba de camino al ascensor cuando la alcanzó.

—He hablado con Anneli —le dijo—. Tiene los resultados de casi todas las pruebas del apartamento de Shirin Norberg.

—¿Y?

—Ahora sabemos que hay huellas dactilares que coinciden con las de Henriksson, así que es evidente que sí ha estado en su apartamento.

Jana negó lentamente con la cabeza y siguió andando. Henrik la siguió.

—Pero tú sabes igual que yo que eso no basta para condenarlo —le dijo ella—. Es evidente que conocía a Shirin. No sé por qué está intentando ocultar el hecho de que ha estado en su apartamento, pero sería mejor para él admitir que ha estado allí, y entonces las huellas no servirán de nada.

—Sí —admitió Henrik—, pero ¿las huellas junto con la confesión?

—La confesión de que le pegaba, sí —dijo Jana—, pero no de que la

matara de forma intencionada. Ni siquiera que la mutilara. Necesitamos más en su contra.

—Sí, tienes razón —reconoció Henrik frotándose los ojos—. Además, ¿sabrás utilizar una sierra Gigli?

—Tendremos que presionarlo más en el próximo interrogatorio si queremos sacarle algo útil

—dijo Jana.

Llegaron al ascensor, pero prefirieron bajar por las escaleras hasta el primer piso. Al otro lado de la ventana que daba a las escaleras, resplandecían las luces de la ciudad. Jana contempló las hileras de luces rojas de los coches y oyó a Henrik bostezar de nuevo.

—Lo siento —dijo él—. Ha sido un día largo. Primero Peña, después Henriksson.

—Peña... ¿Te refieres al criminal que se escapó del hospital? —preguntó Jana con cautela, sintiendo de nuevo que caminaba por la cuerda floja.

—Sí. El del hospital..., sí. Es imposible encontrarlo. Hoy recibimos una pista sobre un apartamento, pero era un callejón sin salida. Tenemos que seguir buscando.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que alguien nos diga que paremos.

—Y eso es justo lo que nos acaban de pedir —declaró Gunnar Öhrn a sus espaldas. También había bajado por las escaleras y estaba a punto de ponerse la chaqueta.

—¿A qué te refieres? —preguntó Henrik dándose la vuelta—. ¿Vamos a cancelar la búsqueda?

—Sí, eso parece —dijo Gunnar.

A Jana se le aceleró el pulso y notó crecer su esperanza.

—Les he dicho a los jefes que esto era importante, un caso de máxima prioridad —dijo Gunnar acercándose a ellos—. También he dicho que quería asignar más dotaciones, pero su respuesta ha sido: «No es posible. No es

posible». ¿Os lo podéis creer?

Jana sabía que no debía preguntar, no debía mostrar demasiado interés, pero fue como si las palabras le salieran solas.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Puede significar muchas cosas —respondió Gunnar—. Pero, para mí, significa que tenemos que conseguir ayuda desde otra dirección.

—¿Así que vais a seguir buscando? —preguntó, menos esperanzada que antes.

—Sí —respondió Gunnar—. Y he decidido que debemos recurrir a los ciudadanos para que nos ayuden. Danilo Peña está loco y es peligroso. No debemos olvidar que es sospechoso del asesinato de varias jóvenes tailandesas. No podemos tenerlo por ahí suelto.

—¿Lo has pensado bien? —preguntó Henrik—. Emitir una descripción puede llevar a...

—... a que tengamos más probabilidades de encontrarlo. Sí, he meditado la decisión con calma y quiero enviar su nombre y su foto a primera hora de la mañana de mañana.

*3 de octubre*

*Querido diario:*

*Hoy en Geografía nos han dividido en grupos. Odio trabajar en grupos. Normalmente los chicos con los que debo trabajar desaparecen, se van juntos y se esconden para que no pueda encontrarlos.*

*Cuando por fin he visto a Linus, que estaba en nuestro grupo, le he preguntado qué debería hacer. Me ha dicho que por qué no me mato, que soy un estorbo.*

*¿Cómo voy a trabajar con chicos que me odian?*

*Después de clase, nuestra profesora y yo hemos hablado. Me ha preguntado si tenía algún amigo. He mentido y le he dicho que Martin. Creo que eso le ha hecho sentir mejor. Sabía que mentía, pero creo que le resulta más fácil aceptar las mentiras que tener que enfrentarse con problemas de*

*verdad.*

*Así que ahora estoy en el grupo de los raros: Markus, Theodor y William. No tenemos nada en común. Nunca lo tendremos. Estoy casi siempre en mi propio mundo y detesto esta jodida soledad.*

*Cuando me he marchado a clase, estaban en el patio del colegio y me han esperado. He pensado en darme la vuelta, pero sabía que me seguirían de todos modos si lo hacía. Así que he seguido caminando hacia ellos. He intentado fingir que me daba igual, pero me han rodeado y me han dicho: «¿Ya tienes miedo? ¿Ya tienes miedo, jodido monstruo?».*

*Y sí que tenía miedo, de verdad, pero no lo he dicho. Esos chicos son mucho más grandes y altos que yo. Entonces uno de ellos me ha agarrado por detrás, me ha agarrado de la camisa, y he sabido que no tenía ninguna posibilidad. No había rincón donde esconderse, ningún baño al que correr, ningún profesor que pudiera ver lo que es-taba pasando. Me han empujado contra la pared, me han gritado y se han reído. Me han dado un puñetazo en el estómago. Otro en la cara. Pensé que era Linus quien me pegaba, pero no. Era el más alto de todos. No paraba de sonreír, como si fuera divertido.*

*He intentado escapar, pero con cada puñetazo mi cuerpo se pegaba más a la pared. En realidad, no importaba que estuvieran pegándome. No me dolía tanto, pero aun así he llorado.*

*Porque era Martin quien estaba pegándome.*

*Mi madre no me ha visto la sangre en la nariz cuando he llegado a casa. He intentado darle las manos. He intentado llamar su atención, pero solo he visto su mirada perdida y lejana.*

*Quiero que me mire como lo hacía antes de su operación, pero ahora es como si no nos conociéramos.*

## **13**

### *Sábado*

Cuando salía del apartamento, Mia Bolander intentó atarse la cremallera del abrigo, pero se le atascó. Trató de sacar con cuidado la tela que se había quedado pillada en la cremallera, pero, pasados unos segundos, perdió la

paciencia. Tiró con fuerza de la cremallera hasta que oyó rasgarse la tela, pero le dio igual. Maldijo en voz alta cuando el tirador de la cremallera se rompió y desapareció por las escaleras. Más que nada, deseaba volver a subir las escaleras y meterse en la cama. Preferiblemente acompañada. Por desgracia, no tenía a nadie más en su vida ahora mismo, así que, en su lugar, siguió bajando hasta llegar al vestíbulo. Su Fiat Punto rojo bermellón estaba aparcado enfrente. Metió la llave en el contacto, pero el coche no arrancó. Volvió a intentarlo una y otra vez, pero el coche estaba muerto. Justo entonces le sonó el móvil.

—¿Sí? —respondió—. ¿Qué pasa ahora, Henrik?

—Ha habido otro asesinato —le dijo él—. ¿Dónde estás?

—En casa. Mi puto coche no arranca.

—Te recogeré en cinco minutos, ¿de acuerdo?

—¿Dónde vamos?

—A Borg, cerca del campo de golf. No va a ser una imagen agradable.

Jana Berzelius estaba en la cocina con los ojos puestos en la televisión. Las noticias de la noche estaban a punto de empezar.

—La policía ha anunciado hoy que están buscando a uno de los principales sospechosos perteneciente a la red de narcotráfico que quedó al descubierto en Östergötland en diciembre, el llamado «escándalo del Policegate», en el que se vio implicado el comisario nacional de Policía Anders Wester. El miércoles, Danilo Peña se escapó del hospital de Vrinnevi, donde estaba recibiendo tratamiento para recuperarse de las lesiones que había sufrido durante su captura. El sospechoso, de treinta y un años, es un hombre peligroso y se cree que sigue en la zona de Norrköping. La policía está interesada en cualquier información que pueda llevar a su captura.

Jana sintió que la soga alrededor de su cuello estaba cada vez más apretada. Ya no era cuestión de si iban a encontrarlo, sino de cuándo sucedería. Cedió a su impulso y lanzó el mando a distancia, sintiendo la sangre que le palpitaba en las sienes.

—¿Lo sabías? —preguntó Danilo, de pie en la puerta. Si estaba sorprendido, lo disimulaba bien.



—Sí —respondió ella mirando hacia el suelo.

—¿Así que hoy es el día en el que vendrán aquí a por mí? —preguntó él, molesto.

—Ayer tuviste suerte —dijo Jana.

—Tú también la tuviste —respondió él—. Lo más preocupante era que tú no sabías lo que estaba pasando. Qué descuidada.

—Estaba yendo sobre seguro. No puedo permitirme correr riesgos, y tú tampoco.

Danilo se acercó a la mesa y se sentó.

—Imagina, la policía está tan desesperada por encontrarme que ha recurrido a los ciudadanos...

—Para ellos eres una persona de interés —dijo ella—. Te necesitan como testigo contra Wester.

—Interés —respondió él, resoplando—. ¿Tú crees que los medios de comunicación también creerán que soy interesante?

—Acabamos de ver la prueba, ¿no es así? Cualquier detalle de tu fuga parece ser objetivo de los medios. Probablemente deberías prepararte para seguir fugado unos días más.

A Danilo le brillaron los ojos cuando dijo eso. Se inclinó tanto hacia delante que su pecho rozó el borde de la mesa. Pero, de pronto, cuando se le pasó el primer entusiasmo, recuperó el control de sí mismo y se echó hacia atrás.

—Pero esta orden de búsqueda podría ser muy significativa —dijo.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—¿A qué te refieres?

—La policía quiere encontrarme de verdad.

—Sí.

—Así que tal vez deberíamos permitirlo.

—¿A qué te refieres?

—La única manera de marcharme de Norrköping a salvo es dejar que la policía crea que estoy en otra parte.

—¿Cómo? ¿Dando una pista falsa? —preguntó.

—Eso no es suficiente —respondió él—. Tenemos que darles pruebas físicas.

—¿Tenemos?

—Perdón —repuso con vehemencia—. Me refiero a ti. Tienes que ser tú la que les despiste.

—¿Y eso por qué?

—Piensa en un plan.

Se quedaron en silencio uno frente al otro mientras Jana se preguntaba qué podría esperar de ella.

—¿En qué clase de plan estabas pensando? —le preguntó.

—En esto —dijo él, tirando de la camiseta sucia que llevaba puesta desde que escapara del hospital—. Esto está lleno de muestras mías. Podrías dejarla en alguna parte.

—Sí, junto con mi propio ADN —respondió ella—. Eso no funcionaría.

—No te pongas tan nerviosa. Pero, si vamos a usar esta camiseta, tendrás que comprarme una nueva. Y pantalones. Básicamente, un cambio completo de ropa.

—¿Ropa nueva? —preguntó Jana.

—Sí. No puedo salir desnudo del apartamento.

Hablaba en serio. Jana lo notó en la tensión de su mandíbula y en su respiración. Era extraño estar sentada frente a él, tan cerca y durante tanto tiempo.

—Esto es lo que vamos a hacer —le dijo Danilo—. Me comprarás ropa nueva y pondrás esta camiseta como pista falsa en otra ciudad, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, y bajo ningún concepto en Södertälje.

—¿Por qué no?

—Porque tengo una reunión allí.

—No sé si quiero saber más.

—Ahora escucha con atención —le dijo él—. Cuando la hayas colocado, tendrás que informar de la pista falsa. No tenemos tiempo que perder. Tengo que estar en Södertälje el martes a las ocho de la tarde. Desde ahí desapareceré.

—¿Con quién vas a reunirte?

—Cuanto menos sepas, mejor.

Jana entornó los párpados.

—No quiero que me vean contigo. Nada puede relacionarme contigo.

—Escucha. Prefiero prevenir que curar.

—¿Y cómo has estado comunicándote para la reunión de Södertälje?

—Por móvil.

—Los móviles son peligrosos —dijo ella—. La policía puede localizarte. Tienen una sala entera llena de investigadores cuyo único propósito es encontrarte.

—Por eso he utilizado el tuyo.

—No puedes haber vuelto a utilizarlo. Lo he tenido conmigo todo el tiempo desde que...

—La ducha, lo sé, pero fue entonces cuando me encargué del asunto.

—Así que...

—Cállate ya, Jana. Lo único que debería preocuparte es que no me pierda la reunión del martes.

Lo miró, contempló su camiseta sucia, y en ese momento se dio cuenta: supo que, aunque hubiera hecho un gran esfuerzo para tolerarlo durante esos últimos días, aquella relación nunca terminaría. Solo iría de mal en peor. Seguiría pudiendo exigirle cualquier cosa que quisiera, siempre que tuviera el control de las cajas que contenían sus diarios.

—De hecho, no es tan difícil, ¿verdad? —dijo él.

—¿Qué?

—Lo que estás pensando.

—Podría ser difícil.

—Posiblemente —admitió Danilo—. Pero resulta fácil darse cuenta de que vas a hacerlo.

Philip Engström se comió una loncha de queso y colocó el zumo de naranja, la mantequilla y un bote de caviar sobre la mesa. Lina no lo miró cuando entró en la cocina. Llevaba el edredón consigo y se sentó con las piernas cruzadas en la silla, dejando que el grueso edredón le calentase los hombros. Su melena, castaño claro, estaba recogida en una coleta alta y apretada.

Philip le ofreció la mano, pero ella no la aceptó.

—No quiero...

—Se quedó callada.

—Que no quieres ¿qué? —preguntó él.

Lina levantó la cabeza y lo miró a los ojos con una gravedad que le dio miedo.

—Ya no quiero tener hijos.

—¿Por qué dices eso?

—No quiero tener hijos.

—De acuerdo —respondió él, apartando la mano.

—¿De acuerdo? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—¿Qué debería decir? Si no quieres tener hijos, no hay mucho que yo pueda hacer al respecto, ¿no?

—No, ya lo he decidido —dijo ella, y parpadeó varias veces, como si estuviera tratando de contener las lágrimas.

—Bien —dijo él—. Ahora que está decidido, imagino que hemos terminado.

Se recostó en la silla y se quedó mirando su taza de café. Sabía que debía

acercarse a ella, consolarla, decir algunas palabras bien escogidas, pero no podía moverse.

—Pero no quiero eso —le dijo Lina secándose las lágrimas de las mejillas—. No quiero que terminemos.

Philip suspiró.

—¿Qué quieres, entonces?

Lina se quedó mirándolo con cara de decepción.

—Quiero oírtelo decir.

—¿Decir qué? —preguntó él mirando a la mesa.

—Que me quieres. Pero solo si es cierto.

—Te quiero —respondió Philip, cansado—. Y es cierto. ¿Quieres que te diga también que lo siento?

—No, no me refiero a eso —dijo, extendiendo la mano hacia él—. Pero a veces siento que no te conozco.

—Me conoces mejor que cualquier otra persona.

—¿Por qué mentiste con lo del trabajo?

Philip la miró a los ojos, se inclinó hacia delante y le apretó la mano.

—No lo sé —respondió—. La verdad es que no lo sé. Todo resulta agotador.

—¿Sobre qué más cosas has mentido?

Henrik Levin puso la mano en el frío picaporte y la dejó ahí unos segundos. La casa de Borg era roja con molduras blancas en las esquinas. Todas las ventanas estaban cerradas y la entrada estaba cubierta de gravilla. Había un buzón en un agujero de la verja, lleno de correspondencia y publicidad.

—Alguien ha estado aquí recientemente —dijo señalando las pisadas que se apreciaban en el parterre situado bajo una de las ventanas.

—¿Quién lo ha denunciado? —preguntó Mia mientras miraba las pisadas.

—Una vecina. Vino aquí con un gato al que vio frotándose contra su casa,

que sabía que pertenecía a la mujer que vivía aquí. Fue entonces cuando..., bueno, descubrió a la víctima.

—¿Así que estas podrían ser las pisadas de la vecina?

—Parecen un poco grandes para ser de mujer —dijo él mientras bajaba el picaporte—. Pero veremos qué dice Anneli.

La puerta se abrió y entraron. Oyeron voces en la casa. Anneli Lindgren estaba situada contra una puerta, con la cámara colgada del cuello, hablando con un compañero. Había varios abrigo de invierno colgados en la entrada. Entraron en la cocina y se fijaron en las flores estampadas del papel pintado, en la mesa de madera, larga y estrecha, en las sillas de estilo Windsor y en la alfombra trenzada.

El dormitorio era sorprendentemente grande. Una cama de matrimonio con una colcha morada a la izquierda, y varios armarios con puertas de espejo cubriendo la pared de la derecha.

La diferencia en las tablas del suelo indicaba que se trataba de dos habitaciones reconvertidas

en una. En una pared había tres ventanas dispuestas en hilera, todas con las persianas bajadas, aunque la habitación brillaba tanto como un escenario. Anneli había colocado varios focos en el suelo y los había orientado hacia la mujer sentada en la silla.

—Tenías razón —le dijo Mia a Henrik—. Es una imagen horrible.

—Sí...

Parecía como si la sangre hubiera salido de la cara y de la cabeza de la mujer, después hubiera resbalado por su camiseta y sus pantalones hasta encharcarse en el suelo. Pero era difícil distinguir exactamente qué había sucedido. La mujer tenía la cabeza inclinada hacia delante y su larga melena oscura le cubría la cara y algunas partes de la camiseta gris ensangrentada. Tenía las piernas y los brazos atados a la silla con bridas.

—Es el mismo *modus operandi*, el mismo asesino —dijo Henrik.

—¿Henriksson? —preguntó Mia—. Pero ¿no está en prisión?

Henrik negó con la cabeza.

—Puede que no haya sido Henriksson. Depende del tiempo que lleve ahí sentada.

Se puso los guantes de plástico y notó que se le aceleraba el pulso al acercarse a la víctima.

Extendió la mano, le puso un dedo en la frente y, con cuidado, le echó la cabeza hacia atrás hasta poder verle la cara. La víctima aún no había sido identificada, pero imaginaba que era la mujer que aparecía como propietaria de la casa: Katarina Vinston.

Su boca abierta era un agujero negro. Apartó la mirada un instante.

—¿Qué sucede? —preguntó Mia.

—Le han cortado la lengua.

—¿Qué coño has dicho? ¿En serio?

—Sí.

Henrik contempló la escena como si esperase encontrarse un caos, pero comprobó que todo parecía estar en su sitio. El asesino debía de haber actuado con mucho control y metodología.

Pero ¿por qué le habría cortado la lengua a la mujer?

—Dicen que a los mentirosos se les corta la lengua —dijo en voz alta—. Y a los ladrones se les cortan las manos.

—¿Estás pensando en Shirin? —preguntó Mia.

—Sí.

—Pero ¿qué tienen en común Shirin y esta mujer?

—No lo sé —admitió—. Pero es el mismo asesino, sin duda. El *modus operandi*, la colocación de la víctima, la silla, las bridas...

—¿Sí?

—Alguien está enviando un mensaje, intenta decirnos algo.

Hacía calor en su despacho después de una mañana soleada. Jana pulsó el botón de «enviar»

en su nuevo teléfono móvil para informar a todos sus contactos de que tenía un nuevo número.

Después sacó la tarjeta SIM de su viejo teléfono y rompió el aparato por la mitad. Tiraría la batería y el resto del teléfono en distintos cubos de basura. La idea de que Danilo lo hubiera utilizado para concertar una cita la ponía furiosa. ¿Cómo podía ser tan tonto? O quizá le diese igual. Que ahora además estuviese obligándola a poner pistas falsas le producía dolor de cabeza.

Se sentó frente a su mesa, delante del ordenador, y se frotó las sienes con los dedos para intentar calmar el dolor. A veces ocurría que un delincuente colocaba objetos personales, como un guante, un recibo o un reloj de pulsera, en diferentes localizaciones para desviar la atención y ganar tiempo. Debía encontrar un lugar donde a nadie le llamase la atención un hombre desconocido y sucio sin identificar. Un albergue para indigentes, por supuesto. Buscó en Google albergues en Östergötland. Buscó por el sur en zonas como Borensberg, Mjölby y Skänninge, pero al final se decidió por Motala. Era posible que un prófugo pudiera esconderse en un albergue, y Motala tenía múltiples albergues y alojamientos temporales para indigentes y migrantes de la Unión Europea.

El primer albergue que encontró tenía como normas estrictas que los huéspedes cerraran sus puertas con llave y permaneciera en sus habitaciones entre las once de la noche y las seis de la mañana. No parecía un sitio apto para un prófugo. El segundo albergue estaba ubicado en un colegio. Pero hacía solo unas semanas, el edificio había sufrido un terrible incendio y lo estaban reconstruyendo. La tercera alternativa le pareció bien. Era un albergue localizado en una vieja zona industrial a un kilómetro y medio del centro. Cerca de allí había un centro de formación superior, un museo y un centro cultural. Jana examinó las fotos del edificio, fijándose en los pasillos, los rellanos y las puertas mientras pensaba en el desafío que estaba a punto de aceptar. Y en la libertad que esperaba ganar después, cuando se hubiera librado de Danilo y hubiera recuperado sus posesiones.

«Esto podría funcionar», pensó. «Esto tiene que funcionar».

*14*

Mia Bolander entró en la sala de conferencias y cerró la puerta tras ella.



Todos salvo Anneli Lindgren estaban allí: Gunnar Öhrn, Henrik Levin, Ola Söderström... Jana Berzelius estaba al cargo. Mia se sentó en una silla y evitó la mirada de Jana examinando un mapa de Norrköping que colgaba de una de las paredes de la sala rectangular. Junto al mapa estaban las fotos de la escena del crimen de Eneby. En una de las imágenes se veía el cuerpo de Shirin. En la otra pared, las fotos de sus hijas, Aida y Sara y una foto de Ted Henriksson.

—Acabamos de confirmar que la mujer de Borg es Katarina Vinston —dijo Henrik, volviéndose primero hacia Jana. Después miró a Ola—. ¿Puedes...?

Ola acercó su ordenador y amplió la foto de la mujer atada a la silla.

—Katarina Vinston, cuarenta y cuatro años, nacida y criada en Eskilstuna —dijo Henrik—. Se formó como paramédica en Estocolmo y trabajó durante muchos años en un helicóptero médico de emergencias, antes de pasar al trabajo de ambulancia en Norrköping. No tenía relaciones íntimas que nosotros sepamos. Sus padres aún viven en Eskilstuna. Tiene un hermano pequeño que vive en Lund.

Todos examinaron la foto.

—Y, como veis —prosiguió Henrik—, Katarina tiene el cuerpo colocado del mismo modo que Shirin. Ambas habían sido atadas a una silla con el mismo tipo de brida.

—Sí —dijo Gunnar rascándose el cuero cabelludo varias veces—. En este caso le habían cortado la lengua y con Shirin fueron las manos...

—Pero, aparte de ese truculento detalle —dijo Jana—, ¿qué otra cosa tienen en común?

La habitación quedó en silencio mientras se mostraban las fotos de las dos mujeres.

—Ambas tienen cuarenta y tantos años —dijo Mia.

—Ambas trabajan en sanidad —añadió Ola.

—¿Y Ted Henriksson? —preguntó Jana—. ¿Podría ser el denominador común?

Todo el mundo miró la pared donde se hallaba colgada la foto de Henriksson. El pelo negro y brillante, los dientes blancos. Y esa mirada que le

hacía parecer agradable.

—Jana y tú lo interrogasteis, Henrik —dijo Gunnar—. ¿Qué opináis?

—Ahora todo ha cobrado una nueva magnitud —contestó Henrik—. Pero yo me mostraba escéptico con la idea de que hubiera sido él quien le cortara las manos a Shirin. No me parece apto...

—Un momento —dijo Mia llevándose la mano al pelo—. Sí que tiene historial de violencia y aparece en el sistema. Ha dicho que mantenía una relación con Shirin. Y prácticamente ha admitido haber abusado de ella.

—Desde luego —dijo Henrik—. Pero aun así, cortar manos y cortar lenguas..., esa clase de mutilación es de otro nivel.

—De todas formas, Mia tiene razón —comentó Gunnar—. Henriksson es nuestro principal sospechoso en estos momentos...

—Podríamos buscar en páginas de citas —sugirió Ola—. Quizá es así como conoce a esas mujeres...

—Joder —dijo Mia—. ¿Creéis que hay más mujeres solteras por ahí a las que les ha hecho esto? ¿Y que ni siquiera lo sabemos aún?

—Henriksson sigue de momento bajo custodia —dijo Jana—. Así que, si es él, al menos por ahora estando ahí no habrá más víctimas.

—Pero ¿tenemos alguna cronología? —preguntó Gunnar.

—La última víctima murió aproximadamente veinticuatro horas antes de que la encontráramos

—dijo Jana.

—Ayer por la mañana. Dado que a Henriksson no lo detuvimos hasta última hora de la tarde, bien podría haber estado en su casa —conjeturó Gunnar.

—¿Qué número de zapato calza, por cierto? —preguntó Mia—. Encontramos pisadas en el parterre que había junto a la casa.

—Lo comprobaremos —contestó Jana.

—También encontramos la alianza de boda de un hombre junto a la cama

de Katarina —

anunció Mia—. Así que debía de tener algún tipo de relación.

—¿Cómo era el anillo?

—La típica alianza de boda, completamente lisa. Lleva grabada la inscripción: *Un extraordinario martes en el archipiélago, 2012*.

—Bien —dijo Jana—. Mientras esperamos respuestas, repasemos el pasado de Henriksson.

¿Qué conexión, si es que la hay, tiene con esta última víctima? ¿Se conocían, habían salido, habían chateado? Ya sabéis...

—Sí, ya sabemos —respondió Mia.

—Al parecer ambas trabajaban en el campo de la atención sanitaria... —dijo Henrik mirando los papeles que tenía delante—. Veo que ambas trabajaban en Vrinnevi. Katarina Vinston como paramédica y Shirin Norberg como enfermera quirúrgica. Eso podría ser un factor que...

—Posiblemente —dijo Gunnar—. Tal vez sienta debilidad por las mujeres de la sanidad.

Comprueba eso también.

Le pesaban los párpados, pero se obligó a mantenerse despierto. Los dibujos del papel pintado de la pared parecieron moverse, esas pequeñas rayas blancas se juntaban y se separaban. Philip Engström se sentó en el sofá de su salón mientras Sandra Gustafsson seguía hablando sin parar a través del teléfono. Philip había dejado de escuchar hacía rato, no podía entender nada más desde que le había oído decir que habían encontrado muerta a Katarina, atada a una silla, en su casa. No se creía lo que Sandra le estaba diciendo. ¿Por qué iba a creerlo? Sandra, que le dejaba dormir en la ambulancia, que amenazaba con denunciarlo a sus superiores, que incordiaba, incordiaba, incordiaba. ¿Por qué debería creerla? ¿Qué clase de broma de mal gusto era aquella? Katarina no había muerto. Estaba viva, claro que estaba viva; tenía que estar viva.

La necesitaba en su vida. No podía estar muerta. No podía ser. Era imposible.

Con manos temblorosas, colocó dos pastillas sobre la mesa.

—¿Sigues ahí, Philip? —preguntó Sandra.

—Sí —respondió él al fin.

—Dime lo que piensas.

—Que he estado mejor.

—Sí, es terrible —respondió ella—. ¿Hay algo que pueda hacer?

—No.

Philip apretó las pastillas redondas sobre la mesa con el dedo.

—He hablado con la jefa. Katarina y tú trabajasteis juntos durante muchos años. Entendemos que quieras quedarte en casa esta noche. Alguien podrá hacer tu turno.

—No —respondió Philip—. Voy a ir a trabajar.

—No estás escuchando lo que te digo.

—Claro que sí. —No estás en condiciones de trabajar.

—Creo que soy yo quien debe decidir eso, no tú. Tú no eres mi jefa.

—Pero Eva me ha pedido que te llamara.

—¿Así que le has hablado de mí?

Philip notó que el enfado de Sandra iba en aumento.

—Tanto ella como yo solo queremos lo mejor para ti —le dijo—. Entendemos que te sientas mal por esto, todo el mundo entiende que te sientas mal.

—He dicho que he estado mejor, no que me sienta mal.

La oyó tragar. Levantó la mirada y vio una luz pálida que entraba por la ventana que daba a la calle.

—Me estoy enfadando de verdad —dijo ella.

—Pues no te enfades.

—Pero ¿qué le digo a Eva?

Philip intentó hablar con calma, pero le costaba trabajo controlarse.

—Dile las cosas como son —respondió—. Que voy a ir a trabajar.

—Estoy preocupada por ti —le dijo Sandra.

—¿Sabes que me tratas como a un niño?

—Pero eres tan... tan...

Tragó saliva antes de continuar.

—... tan cabezón.

—Gracias —respondió.

—Se lo diré entonces a Eva —dijo ella.

—Bien —contestó él antes de colgar. La pantalla quedó en negro y en ella vio reflejada su cara. Estaba totalmente blanco.

¿Katarina había muerto de verdad?

La idea le parecía imposible de asimilar. Era incapaz de entender el mundo, incapaz de entender nada en esos momentos. Dejó el teléfono y, furioso, tiró las pastillas de la mesa, se tapó los oídos con las manos, apretó con fuerza y gritó.

Encontró un hueco vacío en lo alto de la rampa del aparcamiento. Jana Berzelius aparcó y salió del coche. La peste a tubo de escape y a orina seca la golpeó de inmediato. Bajó las escaleras hasta la calle y contempló a toda esa gente silenciosa que se movía por los bulliciosos comercios de Drottningatan. Las tiendas en cadena atraían a los clientes con rebajas y las cafeterías tentaban a los compradores con cafés, sándwiches y bollos. Al cruzar la calle, oyó a un hombre que tocaba la guitarra y a un niño llorando. Un cubo de basura retumbó cuando le lanzó dentro las últimas partes de su teléfono móvil.

Accedió al centro comercial de Linden, subió en el ascensor hasta el segundo piso y entró en una tienda de ropa. A lo largo del breve paseo, había sentido cierta calma, pero ahora, en la sección de caballeros, notó que regresaba la tensión. Sabía perfectamente cómo cortarle a una persona la yugular, pero jamás había comprado ropa para un hombre.

—¿Puedo ayudarle?

Giró la cabeza y vio a un hombre con el pelo peinado hacia atrás y la

frente alta.

—Sí —respondió—. Busco ropa para un hombre que mide más o menos un metro ochenta.

Camisa y pantalones.

—De acuerdo —dijo el hombre, sorprendido—. ¿Pensaba en algún color en particular?

—No.

—¿Ropa formal o informal?

—Informal.

—¿Podría decirme la talla?

—¿Qué talla tiene usted? —preguntó ella.

—Una S.

—Entonces M.

El vendedor comenzó a revisar la ropa de las estanterías; Jana deseó que fuese ágil. Quizá debería haberle dicho que tenía prisa, que debía llegar a una reunión o que solo le quedaban unos minutos de parquin.

—Aquí está —dijo el hombre al fin—. ¿Qué le parece? ¿Le quedarán bien estas prendas a su marido?

Jana echó una mirada rápida al jersey azul oscuro de manga larga y a los pantalones chinos de color beis.

—Sí, esto está bien —dijo, metiéndose la mano en el bolsillo en busca de dinero.

—¿Jana? —preguntó una voz conocida a su espalda.

Cuando se dio la vuelta, se encontró con la sonrisa de Per Åström.

«No», pensó. «Per no, ahora no, aquí no».

—¿Haciendo compras de sábado?

Se mordió el labio.

—Para mi padre —respondió con rapidez, mirando al molesto vendedor a

los ojos—.

Necesita ropa nueva. Derrama las cosas con facilidad, como puedes imaginar, y es difícil quitar las manchas, así que...

Per asintió despacio.

—No hace falta que te expliques —le dijo—. Te creo...

—Serían doscientos sesenta y dos —dijo el vendedor.

Jana contó los billetes y se los ofreció.

—¿Y qué estás haciendo tú aquí? —preguntó ella.

—He comido con Johan Klingsberg después del tenis y pensaba comprarme un traje nuevo.

Jana aceptó el cambio y se miró rápidamente el reloj.

—Pareces estresada —comentó Per.

—Tengo una reunión y he de marcharme ya —respondió ella.

—¿Quiere la ropa envuelta para regalo? —le preguntó el vendedor.

—No —respondió—. Póngalo todo en una bolsa.

—¿Un jersey? —preguntó Per—. Pensaba que solo usaba prendas de botones.

—¿Quién?

—Karl.

—Sí —dijo agarrando la bolsa—, pero... no desde que enfermó. Lo siento, Per. De verdad, tengo que irme.

Avanzó con rapidez hacia la salida, sintiendo la mirada de Per en la espalda.

—Saluda a tu padre de mi parte —le oyó decir.

Henrik Levin trató de ignorar el dulce aroma que desprendía la mujer que estaba sentada frente a él a la mesa de interrogatorios.

—Rita —dijo, y Rita Olin, que parecía perdida en sus pensamientos, levantó la mirada de pronto, como si él acabara de entrar en la sala y la hubiera sorprendido.

Su vestimenta era sencilla, y parecía madura en su actitud. No era de las que dramatizaban, exageraban o llamaban la atención solo porque sí.

—Importación de velas perfumadas —dijo ella, subiéndose un poco más las gafas por el puente de la nariz.

—Velas perfumadas —repitió Henrik.

—Sí. Siempre he soñado con tener mi propio negocio —explicó ella—. Así que dejé mi trabajo en ventas farmacéuticas y mi marido y yo empezamos a importar ropa de niño. Luego nos decantamos por productos para la decoración del hogar de diferentes tipos, y nos fue bastante bien. Pero observamos que lo que siempre se vendía bien eran nuestras velas, de modo que decidimos centrarnos solo en eso. Nuestro negocio se llama ALA, que significa Amor, Luz y Alegría.

—¿Así que ambos trabajan ahora en eso?

—Sí, así es.

—Tiene usted acento —comentó Henrik.

La mujer se rio.

—Sí, he viajado mucho en los últimos años. Podría ser esa la razón.

—¿Dónde viaja?

—Generalmente a China, donde está la fábrica. Mi marido y yo nos vamos allí dentro de una semana.

—¿Así que está casada?

—Desde hace veintiséis años.

—¿Tiene hijos?

—Mayores; cuatro chicos, y todos ellos se han ido ya de casa, por suerte.

Henrik notó que empezaba a dolerle la cabeza. No había comido desde el des-ayuno y sabía que todavía quedaba tiempo hasta que pudiera echarse algo al estómago. Tenía que interrogar a otras dos personas después de aquella. Y



después una conversación con Eva Holmgren, la jefa de Katarina Vinston. No tenía tiempo para seguir charlando de cosas sin importancia.

—Empecemos por el principio —le dijo, y le pidió que le contara qué había sucedido desde que llegó a casa de Katarina Vinston hasta que llegó la policía.

—Eso puedo hacerlo —respondió la mujer.

Henrik escuchó con atención mientras Rita le describía que había encontrado al gato frente a su casa, lo reconoció y, a eso de las ocho de la mañana, fue a casa de Katarina Vinston. Había llamado al timbre y esperó algunos minutos a que Katarina abriera la puerta. Al no hacerlo, abrió y entró.

—Tengo una llave de su casa y ella tiene una de la mía.

—Aquí dice que no vio a nadie más en la casa mientras estuvo allí.

—Eso es —respondió ella—. Pero no llegué más allá del pasillo, desde donde se puede ver el dormitorio, y es ahí donde Katarina... estaba sentada. Me di la vuelta de inmediato, no podía quedarme, ni por un segundo. Era horrible.

—Lo comprendo. Y, cuando se marchó, ¿advirtió algo más?

—No.

—De acuerdo —dijo Henrik, sintiendo el peso en los hombros.

—Pero eso depende de lo que quiera decir con «algo más». El cartero pasaba por allí.

—Sí, ya hemos hablado del cartero.

—Y luego está el Audi.

—¿El Audi?

—Sí, pasó por allí ayer por la mañana. Pero tal vez un típico Audi no resulte muy sospechoso.

Jana agarraba con fuerza el asa de la bolsa de ropa. Quería deshacerse de ella lo antes posible y caminaba con pasos decididos hacia su apartamento. Al doblar la esquina en Skolgatan, vio un coche con dos hombres dentro. Estaban bebiendo café. Sintió que se le erizaba el vello de la nuca cuando se fijaron en ella. Parecían seguirla con la mirada. Podría haber muchas razones por las que

estuvieran mirándola, por supuesto, pero a ella solo se le ocurrió que estaban en una misión de vigilancia. Sin dejar de mirar al frente, siguió caminando, atenta en todo momento al ruido de una puerta de coche que pudiera abrirse o cerrarse.

Entró en el bullicio de Knäppingsborg, pero, en vez de irse directa a casa, rodeó el edificio, se detuvo y se asomó por una esquina. Estaba en lo cierto. Los hombres ya no estaban en el coche, pero tampoco los veía por ninguna parte. Una mujer alta y rubia de rasgos rudos pasó por delante. Encorvaba los hombros para parecer más baja y no destacar. Un mensajero en bicicleta pasó pedaleando con una camisa roja, casco y gafas de sol. Más adelante había dos hombres jóvenes con gorras de béisbol. Tras ellos, advirtió de pronto a los dos hombres del coche.

Llevaban las manos en los bolsillos y miraban al suelo. Se alejaban de ella.

Suspiró aliviada, dobló la esquina y siguió caminando hacia casa. No paraba de preguntarse qué le sucedería. ¿Por qué pensaba que la policía iba a tenerla vigilada? Si sospechaban que estaba escondiendo a Danilo, ya habrían echado abajo la puerta de su apartamento, en vez de estar sentados en un coche bebiendo café. Subió las escaleras pensando que Danilo llevaba ya varios días escondido en su apartamento. Los vecinos no sabían nada. Podía pasar un invierno entero sin siquiera ver a sus vecinos. Miró hacia atrás antes de abrir su puerta.

Danilo estaba sentado en el suelo con los brazos alrededor de las rodillas. Tenía gotas de sudor en la frente.

—Disfruta —le dijo ella lanzando la bolsa al suelo.

Danilo acercó la bolsa y sacó los pantalones.

—¿Qué coño es esto? ¿Unos chinos?

—Es lo que tenían —respondió Jana.

—¿No podías haberme comprado unos vaqueros normales?

—¿Los chinos no son normales?

—Y un jersey —agregó sacándolo de la bolsa antes de arrancar la etiqueta.

Jana apartó la mirada cuando él se quitó la camiseta sucia. No fue lo suficientemente rápida y observó que tenía los músculos del torso muy desarrollados por el ejercicio; una red de venas resaltaba en sus brazos. Sus rasgos eran simétricos y afilados, pero no llamaban la atención.

También vio la cicatriz blanca sobre su piel, justo debajo de las costillas, en el costado izquierdo.

Ella era la causante de aquella herida. Tres meses atrás, lo había dejado abandonado a su suerte junto a un embarcadero en Arkösund. Fue culpa suya que acabara en el hospital.

—¿Qué te parece? —le preguntó él—. ¿Me queda bien?

Jana lo miró y se fijó en el jersey ajustado.

—Te queda bien —respondió antes de salir de la habitación.

Mia Bolander miró rápidamente hacia el cielo azul sin nubes. Llevaba más de media hora intentando localizar a algún amigo o conocido que pudiera ayudarla con el coche otra vez. Tras varios intentos infructuosos, se guardó el móvil con impaciencia, preguntándose si le quedaba alguien más a quien poder molestar. ¿Ola o Henrik? Eligió al segundo y fue a su despacho, pero la estancia estaba vacía. Tuvo más suerte con Ola, que estaba sentado con la nariz pegada al ordenador, como siempre. Le oyó tararear una melodía mientras escribía en el teclado.

—Mi coche ha muerto otra vez —le dijo—. ¿Tú sabes algo de coches?

—¿De qué tipo?

—Fiat.

—Un minuto —dijo él sin apartar la mirada de la pantalla—. Deja que termine esto primero.

Mia se quedó allí, contemplando su despacho, mirando todos los aparatos de los que se rodeaba: un teclado hecho a medida, los cascos negros, el nuevo teléfono móvil sobre su escritorio. ¿Qué deseaba ella que no tuviera ya? Todo. También quería poder permitirse un móvil nuevo, y viajar al sur en pleno invierno. Un apartamento más grande, en el centro. Y otro aún mayor en España. No, eso no. Nunca disfrutaría con eso, rodeada de gente extraña que hablaba un idioma que jamás se preocuparía de aprender. Ni siquiera le

gustaba la paella.

—Ya está —dijo Ola—. He tardado un rato, pero he conseguido encontrar el modelo de Audi que la vecina vio cerca de la casa de Katarina Vinston. Un Audi A5. Azul metalizado.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó Mia—. ¿Estás seguro de que es el modelo correcto?

—Completamente seguro.

—¿Y eso?

—La llamé y le pedí que describiera el vehículo con más detalle. Fue fácil.

—¿Así que sí sabes de coches?

—Solo de su aspecto. ¿Qué le pasa al tuyo?

—No arranca.

—¿Lo compraste en un concesionario o a un particular?

—Concesionario, un sitio llamado Biva.

—Lo más fácil es que les llames y les pidas que le echen un vistazo. Están abiertos hasta las seis. La dirección es Fjärilsgatan 2. Los sábados están abiertos hasta las cuatro, según veo.

—Gracias —le dijo Mia—. No entiendo cómo sabes tanto.

—He usado Google.

En la página web del periódico local aparecía una fotografía de Katarina Vinston. En la imagen, su rostro estaba vivo y hermoso. Henrik Levin acercó el teléfono a su cara y ojeó el artículo titulado *Mujer de cuarenta y cuatro años encontrada muerta*. Miró la foto y pensó que alguien, tal vez su madre o su padre, estaría mirando también la foto en ese momento y sintió un nudo en el estómago. Habían avisado a sus padres y a su hermano, y los llamarían para interrogarlos lo antes posible. Notificar la muerte a los parientes más allegados era la peor parte del trabajo. Enfrentarse a la pena, oír los gritos y ver el dolor de los seres queridos de la víctima. Ver cómo se daban cuenta de que no había nada que pudieran hacer, solo el horrible vacío que destrozaba su existencia. Y después las preguntas, que, sobre todo al principio del proceso,

rara vez tenían respuesta. Al otro extremo de la región, la gente también estaría viendo la misma foto. Y todos estarían preguntándose lo mismo: ¿quién había hecho esto y por qué?

Henrik estaba pensando que dependía de él ofrecer respuestas, y en ese momento oyó pasos que se aproximaban a su despacho. Levantó la mirada y vio a Mia.

—¿Preparado? —le preguntó ella.

—Sí —respondió levantándose de la silla.

En el fondo, estaba un poco nervioso ante la idea de tener a Mia en el interrogatorio con Ted.

No se le daba bien ignorar las provocaciones. Otra cosa en su contra.

Caminaron despacio hacia la sala de interrogatorios.

—He hablado con la jefa de Katarina Vinston en el hospital —le dijo él.

—¿Puede darnos algo con lo que seguir?

—Por desgracia, no —respondió Henrik—. Lo único que he descubierto es que Katarina había estado enferma esta semana. Pero he solicitado la lista de llamadas de su teléfono móvil y los técnicos forenses están revisando su ordenador.

—¿Así que todavía no tenemos una relación clara entre Ted Henriksson y ella?

—No —confirmó—. Aún no.

Jana Berzelius aminoró la marcha de sus pasos al oír que sonaba su nuevo teléfono. Había corrido diez kilómetros a toda velocidad y tenía el corazón desbocado. Tomó aliento dos veces antes de responder. Había esperado oír la voz baja y áspera de su padre, pero fue a Elin, su cuidadora, a la que oyó al otro lado de la línea.

—¿Te interrumpo? —preguntó.

—No —dijo Jana—. ¿Qué sucede?

—No sé. Karl me ha pedido que marque este número. Quiere hablar contigo.

—De acuerdo.

Oyó que la enfermera llamaba a su padre con su voz suave. Le oyó a él murmurar algo y después sus pies arrastrándose por el suelo mientras se acercaba con la silla de ruedas.

—Nn... Jana —dijo.

Levantó la mirada y vio el auditorio Louis de Geer iluminado con luces artificiales; pensó que su madre y su padre habían acudido a ese auditorio de manera regular a lo largo de los años; unas veces para disfrutar de la orquesta sinfónica, otras veces para escuchar a uno de los mejores cantantes de ópera del mundo. A su madre le encantaba la música clásica. O al menos eso pensaba. Quizá no era más que otra forma de amoldarse a los intereses de su padre.

—Sobrr funrl... funerl —dijo él.

—Es el viernes, dentro de una semana —le informó ella.

—¿Dón...?

—¿Dónde va a ser?

No sabía qué decirle. Todavía no tenía idea de dónde se celebraría la ceremonia, ni había decidido dónde deberían enterrar a su madre. Había evitado pensar en ello.

—¿Qué opinas tú? —le preguntó a su padre, todavía mirando el auditorio.

Él respiró entrecortadamente a través del teléfono.

—Iglesia.

Jana intentó imaginarse la ceremonia en una iglesia, intentó ver las flores, el ataúd, el coro cantando salmos, pero no le parecía correcto. Cerró los ojos y vio a su madre delante de ella, de pie al borde de un acantilado, mirando al mar. Una imagen del verano en Suecia: una anciana con un chaleco azul oscuro, un jersey de punto blanco, pantalones bien planchados y deportivas limpias. La mujer caminaba despacio sobre las piedras, con su melena corta agitada por el viento. Tenía una expresión relajada, feliz. Se dio la vuelta y saludó con la mano. Los rayos de sol se filtraban a través de las ramas de los árboles.

Cuando Jana vio esa imagen en su cabeza, lo entendió. Supo dónde habría querido su madre descansar para la eternidad.

—No —respondió—. El funeral no se celebrará en ninguna iglesia. He decidido que sus cenizas se esparcirán en el cenador de Arkösund.

—Necesitas prmiss.

—Ya sé que necesito el permiso de la junta municipal, pero tú puedes encargarte de eso mediante tus contactos.

—No pued habar.

—Entonces envía un *email* —le dijo, molesta—. Tienes una semana.

A su padre cada vez le costaba más trabajo respirar. No sabía si era porque no había hecho caso a su sugerencia de celebrar una ceremonia religiosa o por el esfuerzo de tener que formar las palabras.

—Quero verl —dijo.

—¿Perdón? No te he oído.

—Si va a convrtirs en cenza, ¡quero verl!

—Está en el depósito. Pídele a Elin que te concierte una cita.

—Hazl tú.

—¿Yo?

—La merte de Margrta es cosa nustra. No de Eln.

—Pero...

—¡No!

Jana se quedó callada, sabiendo que sería inútil discutir con él ahora.

—Lo que tú digas. Concertaré una cita —le dijo antes de colgar.

Mia Bolander miró sus papeles mientras Henrik Levin se mordía el labio superior. La tensión silenciosa en aquella pequeña sala de interrogatorios era palpable. Ted Henriksson había rechazado el ofrecimiento de tener presente a un abogado. Al principio, supuso una ventaja porque les daba más libertad para hacer preguntas. Al mismo tiempo, era señal de que Henriksson no creía que tuviera mucho que ocultar. Pensaba que el interrogatorio iba a versar

sobre su relación con Shirin Norberg.

Mia lo miró y trató de interpretar su expresión facial. ¿Qué era eso que veía? ¿Desconfianza o arrogancia? Sí, Henriksson era un arrogante y no se dejaba incomodar por los silencios largos.

Después de comentar que Henrik tenía una «nueva señorita» a su lado, no había vuelto a abrir la boca. Mia y Henrik esperaron largo rato antes de comenzar con el interrogatorio.

Normalmente, el silencio y la espera ponían más nervioso al sospechoso, que solía abrirse más, pero Henriksson parecía tranquilo.

—Háblanos de tu relación con Shirin Norberg —comenzó Henrik, una pregunta simple para iniciar la conversación.

—¿Qué quieren saber? —preguntó Henriksson, mirándolo.

—¿Estabas prometido con ella? ¿O con otra?

Henriksson se rio con desdén.

—No —respondió.

—¿De modo que este anillo no es tuyo? —preguntó Henrik, mostrándole la foto del anillo de oro que habían encontrado en casa de Katarina Vinston. Henriksson negó con la cabeza.

—No es mi estilo llevar un anillo en el dedo —respondió—. ¿Por qué limitarse a una, cuando lo puedes pasar bien con muchas?

—¿De modo que tienes otras amigas a las que veías además de Shirin Norberg?

—No he estado viendo a nadie además de Shirin, pero estoy acostumbrado a ver a alguien con Shirin. ¿Qué opina? ¿Le gusta compartir, comisario?

Henriksson miró de pronto a Mia, que no movió un solo músculo. Aquello pareció provocarle.

—¿Sabes quién es esta mujer? —le preguntó Henrik colocando sobre la mesa la foto de Katarina Vinston. Henriksson le echó una ojeada rápida, tomando aire por la nariz, retrasando la respuesta.

—No —dijo al fin—, pero no me importaría conocerla.



Henrik juntó las yemas de los dedos.

—Tu novia acaba de ser asesinada y no pareces especialmente disgustado por ello...

—Sí que lo estoy, pero lo demuestro a mi manera.

—¿A tu manera?

Henriksson se recostó en la silla.

—Sí, a mi manera.

—Creo que ya es hora de que empieces a hablar, Henriksson. De lo contrario, podrías acabar en la cárcel por asesinato —le amenazó Henrik.

—Exacto —agregó Mia—. Sabemos que mantenías una relación con Shirin Norberg. También sabemos que abusabas de ella de forma sistemática. Pero ¿por qué la mataste?

—Yo no la maté.

Mia se quedó mirándolo. ¿Lo habría subestimado a pesar de todo? Resultaba difícil interpretarlo. El truco de sugerir que ya lo sabían todo no funcionaba con él.

—Solo queremos entenderte, Ted —le dijo Henrik—. ¿Qué es lo que te motiva?

—Las chicas guapas —respondió él mirándose las palmas de las manos—. Las chicas guapas me motivan.

—¿Te gustan las chicas? ¿No las mujeres? —preguntó Mia con un suspiro. Sentía que no estaban llegando a ninguna parte.

Habría preferido que Henrik y ella saliesen de la habitación. Le parecía que no merecía la pena seguir hablando con aquel payaso.

—No sabía que estuviera al tanto de esas cosas —dijo Henriksson—. La combinación no está mal, ¿verdad?

Se escupió en la palma de la mano y contempló el escupitajo mientras hablaba.

—Una experimentada y la otra... menos experimentada. Hace que el juego sea mucho más interesante.

—¿Qué juego? —preguntó Mia.

—¡Qué juego! —exclamó él, y empezó a reírse—. Digámoslo así, amigos. Prefiero dos a una.

—Sería mejor que hablaras en términos más concretos —le sugirió Henrik.

—¿Se puede ser más concreto? Pensé que usted al menos estaría familiarizado con estas cosas, pero ¿le dice algo la palabra «trío»?

—No. ¿Nos lo puede explicar? —preguntó Henrik.

—¿En serio?

—¿Te gusta atar a la gente, cortarla en trozos y azotarla? —preguntó Mia—. ¿Es eso lo que te gusta, Ted?

Se quedó callada unos instantes y lo miró pensativa.

—Por eso ataste a Shirin Norberg, pero ¿qué fue lo que ocurrió después? ¿Te asustaste y saliste corriendo cuando terminaste? ¿Fue eso lo que ocurrió?

—¿Qué?

—No pasa nada —le dijo Mia—. Te escuchamos, puedes contárnoslo.

—¡No hay nada que contar! Yo no he hecho nada.

La sala quedó en silencio.

—Tú dices eso —respondió Mia—, pero no te creo.

—Me da igual que me crea o no. Esa no es razón suficiente para mantenerme aquí encerrado,

¿verdad?

## 15

—Dadme solo los puntos más importantes —dijo Gunnar Öhrn, estresado.

Había pedido un informe rápido en su despacho y, además de Henrik, había llamado también a Mia. El aire estaba cargado. Las ventanas y las persianas estaban cerradas, de modo que la habitación estaba casi a oscuras.

—Ted Henriksson parece que estaba en el trabajo cuando Shirin y Katarina fueron asesinadas.

Seguimos investigando, por supuesto, para asegurarnos de que concuerda —dijo Henrik.

—Bien —respondió Gunnar.

—También tengo gente investigando el Audi que vieron en Borg.

—Por desgracia, Ted no tiene un Audi —dijo Mia—. No, maldita sea, no podía ser tan fácil.

—Podría haberlo alquilado, tomado prestado o robado, claro, así que iremos también por ese camino —dijo Henrik—. En lo referente a las pisadas en el jardín, Anneli no ha terminado aún el análisis, pero sabe que las pisadas son de unas deportivas de gimnasio, número cuarenta y tres. Probablemente demasiado pequeñas para Ted.

—¿Y qué dicen nuestros amigos del laboratorio forense? —preguntó Gunnar.

—Prometieron darle prioridad al cuerpo, pero no sé si eso significa que hoy tendrán tiempo para echarle un vistazo.

—Menudo informe de mierda —comentó Gunnar.

—Por desgracia es ahí donde nos hallamos ahora mismo —respondió Henrik—. No hay gran cosa que relacione a Ted con ninguno de los dos escenarios del crimen.

—Y luego tenemos el anillo —dijo Mia—. El que encontramos en casa de Katarina, pero Ted no lo ha reconocido... Tendremos que ver qué dice el forense.

—Dos asesinatos espectaculares y no hay sospechosos además de Ted Henriksson. En otras palabras, estamos en una posición muy débil —dijo Gunnar con aspecto cansado.

Se pasó la mano por la cara y les contó lo que habían descubierto hasta el momento sobre Danilo Peña.

—Catorce avisos, de los cuales cuatro son de informadores habituales que siempre llaman, hayan visto algo o no.

—Pero ¿hay gente que lo ha visto? —preguntó Henrik.

—Sí —respondió Gunnar—, o que cree haberlo visto. El dueño de una pizzería dijo que Peña había entrado a su local en Kungsgatan, había pedido un especial de la casa, se había bebido una Coca-Cola, había ido al baño y después había salido por la ventana. El único problema es que no había ventana en el cuarto de baño.

—¿Por qué mentir sobre algo así? —preguntó Mia.

—No lo sé —dijo Gunnar—. Para llamar la atención, quizá. Si los periódicos creen que es una buena historia y escriben sobre ello, la pizzería consigue mucha notoriedad.

—¿Quieres decir que es por tener publicidad gratis?

—Algo así.

—Pero ¿hay alguien que lo haya visto de verdad? —preguntó Henrik.

—No, creo que no. Unos chicos lo vieron corriendo por las vías del tren hacia el puente, ya sabéis, donde Ingelstagatan cruza por encima de las vías, y entonces desapareció. Ese tipo de avisos sí podrían ser ciertos.

—En otras palabras, ¿la orden de búsqueda no nos ha proporcionado nada? —preguntó Mia.

—Aún es pronto —respondió Henrik.

Gunnar asintió, pero su expresión facial transmitía cualquier cosa menos señales positivas.

Sabían que las primeras respuestas eran las más importantes. La noticia pronto se perdería. La gente olvidaba con rapidez.

La escalera olía a orégano, albahaca y ajo. Cuando Jana Berzelius abrió la puerta, oyó el tintineo del cristal y la música procedente de la televisión. Se quitó las deportivas y fue a la cocina. Se quedó helada contemplando la escena. Danilo estaba junto a la encimera. En una mano sujetaba un cuchillo y, en la otra, un trozo de pan.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —le preguntó.

—Tijeras —respondió él—. Eso ha pasado.

Llevaba los nuevos pantalones y el jersey. Llevaba el pelo corto pero bien arreglado y un mechón oscuro le caía sobre la frente. Además se había afeitado.

—Es evidente que también has encontrado una cuchilla de afeitar —le dijo ella.

Danilo sonrió.

—He preparado sopa —contestó.

—No quiero interrumpirte. Voy a ducharme.

—Toma, ayúdame.

Le lanzó el pan sin previo aviso. Ella reaccionó al instante y levantó la mano para atraparlo sin quitarle los ojos de encima.

—No...

—No cocinas —le dijo Danilo—. Me lo imaginaba. Toma.

La hoja del cuchillo atravesó el aire. Ella lo atrapó con la otra mano, sujetándolo con decisión, cosa que Danilo advirtió.

—Deberíamos actuar con normalidad, ¿no te parece?

No dijo nada mientras se acercaba lentamente a la tabla de cortar. Cortó el pan en rebanadas finas, sin perder de vista a Danilo mientras este hablaba de tonterías. Su actitud le resultaba molesta. La situación no era normal. ¿Acaso no entendía que sus actos en los días venideros serían decisivos para ambos? Si no era capaz de dejar la camiseta en el albergue, Danilo no podría escapar y ella jamás se libraría de él.

Pero a él no parecía importarle nada de eso; más bien parecía preocupado por el hervor de la sopa. Retiró la cacerola del fuego y sacó dos cuencos. Quitó la tapa de la cazuela y removió la sopa con un cazo. Llenó los cuencos hasta la mitad y los dejó sobre la mesa, que ya había preparado con dos copas de vino y una botella abierta.

—Siéntate —le dijo mientras quitaba el volumen a la televisión.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó ella, sintiendo como el sudor de su espalda se le quedaba frío.

—Quiero comer. ¡Siéntate!

Jana vaciló al principio, pero después se sentó frente a él.

—¿Qué diablos pasa ahora? —preguntó Danilo—. ¿No vas a comer?

—¿Debería atreverme?

—Teniendo en cuenta que tenías cuatro paquetes de esta sopa en el frigorífico, imagino que te gusta.

Levantó la cuchara y la hundió lentamente en la sopa.

—No he envenenado la comida, si es eso lo que estás pensando.

—Contigo nunca se sabe.

—Podemos cambiarnos los cuencos, si quieres.

—No, gracias —respondió ella antes de probar la sopa.

Justo en ese momento llamaron al timbre. Danilo se quedó muy quieto y la miró.

—¿Esperas visita? —le preguntó.

—No —respondió Jana con el corazón acelerado.

Anneli Lindgren abrió una carpeta y examinó las fotografías de las escenas del crimen, fijándose con atención en las de las víctimas; las manos cortadas de Shirin Norberg y la cara pálida de Katarina Vinston. Se estremeció asqueada, pero siguió mirando las fotos. No le gustaba no estar segura. Quería tener el control, quería entender. Por eso le gustaba su trabajo, y por eso podía pasarse horas examinando fibras textiles, análisis de ADN y cualquier otro rastro técnico. En una de las fotografías, se veía la pisada en el parterre de Borg. Ya la había examinado previamente, pero ahora se fijó en la pisada. Giró la cabeza de un lado a otro y entornó la mirada. Vio el dibujo de la suela. Encajaba con lo que pensaba; una deportiva del cuarenta y tres.

De pronto sonó su móvil. Era Gunnar. Sonrió y respondió.

—Al habla Anneli.

—¿Por qué no me llamaste por lo de la pisada?

Su sonrisa se evaporó.

—Se lo dije a Henrik y me dijo que te lo comunicaría.

—Ya lo sé. Pero, la próxima vez, llámame a mí primero. ¿Entendido?

—Pero, Gunnar..., ¿qué más da? ¿Qué te ha dicho Henrik sobre la pisada?

Gunnar era una persona completamente diferente a tres meses atrás; a un año atrás, a diez años atrás. Lejos quedaba su actitud desenfadada, el hombre cariñoso y considerado, que había sido sustituido por la persona estricta y seria que le hablaba desde el otro lado de la línea. A lo largo de los años, habían tenido desavenencias, incluso separaciones, pero aquel cambio de actitud hacia ella parecía permanente. Se retorció en su asiento, disgustada al oír el tono autoritario de su voz. En lo que decía se percibía un mensaje implícito: eres descuidada y no estás haciendo tu trabajo. Era evidente que no podía perdonarle el engaño, pero solo había ocurrido una vez. ¡Una vez en veinte años! A veces había resultado incómodo tener a su pareja como jefe, pero era mucho más desagradable tener a su jefe como ex. ¡Su ex! Suspiró al darse cuenta de que lo había llamado así.

—Henrik me ha dicho que era una deportista de atletismo, del cuarenta y tres. ¿Le dijiste algo más?

—Sí —respondió ella—. Le dije que había adivinado la marca.

—¿Qué marca es?

—Veo el *Swoosh*.

—¿Qué?

—El logo de Nike.

—Sí, ya sé lo que es. ¿Estás segura?

—Sí —respondió.

—Bien —dijo él antes de colgar el teléfono.

Anneli dejó el teléfono y se sintió triste. Los estudios demostraban que las emociones podían medirse, analizarse y compararse, pero era más difícil entenderlas. Y, en lo referente al amor entre Gunnar y ella, resultaba imposible de entender.

Jana Berzelius miró hacia atrás para asegurarse de que Danilo no estuviese a la vista antes de abrir la puerta de la entrada. Al otro lado estaba Per,

sonriente. Llevaba el abrigo verde abrochado hasta la barbilla, y el color acentuaba la diferencia de color entre sus ojos.

Cuando dio un paso hacia delante, ella le hizo un gesto para que se quedara donde estaba.

—¿Qué sucede? —le preguntó Per rascándose la barbilla.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Per se rio.

—No pudimos comer en Fiskmagasinet, así que pensé que...

—Pero no puedes estar aquí. Ahora no.

—¿A qué te refieres?

—¡Tienes que irte!

Él volvió a reírse, pero más nervioso esta vez.

La risa resonó por la escalera antes de morir y ser reemplazada por el silencio. Jana salió del apartamento y cerró la puerta a sus espaldas. Sobre todo deseaba volver a entrar en su casa y evitar tener que enfrentarse con lo inevitable.

—Quiero que te vayas, de verdad —le dijo.

—Tú no eres de las que refuerza las amistades, ¿verdad? —respondió él.

—No, y quiero que la nuestra termine.

—¿He hecho algo mal?

—No. Solo quiero estar sola y que me dejen en paz.

Per la miró, ahora con una expresión mezcla de decepción y confusión. Hinchó el pecho por debajo del abrigo.

—He entendido que quieres que te dejen en paz —le dijo—, que no quieres que nadie se involucre en tu vida personal, y he intentado no hacerlo.

—¿Por qué has venido, entonces?

—Bueno, ahora me arrepiento.

Ella se quedó mirándolo a los ojos.



—No te enfades —le dijo.

—No me enfado —respondió, irritado—. Estoy decepcionado conmigo mismo porque he invertido mucho tiempo para nada.

Al mismo tiempo, Danilo se movió dentro del apartamento. Ella lo oyó. Per también debió de haberlo oído. Y luego otra vez. El suelo de madera crujió y ella se pegó a la puerta.

—Creí que estabas sola —le dijo Per.

—Siempre estoy sola —respondió ella, cortante.

—Pero...

—Vete —le dijo—. Ahora.

—Es que no entiendo...

—¿Qué es lo que no entiendes? ¡Vete!

—Jana...

—Tú y yo no tenemos nada que decirnos, Per. Nuestra supuesta amistad se ha terminado. Fin de la historia.

Sus ojos se encontraron.

—Nuestra supuesta amistad... —repitió él.

Y no dijo nada más. No eran necesarias más palabras; solo había un camino para cada uno de los dos.

Jana le vio asentir con la cabeza, retroceder dos pasos y darse la vuelta. De pronto sintió el deseo de extender la mano y tirar de él, pero no lo hizo. Entró en el apartamento y cerró la puerta.

La autopista pasaba a toda velocidad por la ventanilla. Philip Engström iba sentado dentro de la ambulancia con la mirada fija en un punto indefinido más allá de un campo. Era sábado por la noche y estaban ocupados. Algunos fines de semana, casi todos los avisos eran por algún joven que se había visto envuelto en un absurdo accidente de tráfico. Como hacía dos semanas; un chaval se salió de la autopista 210 al sur de la ciudad y atravesó una verja para ciervos cerca del club de golf de Söderköping. Su coche acabó en lo

profundo del bosque y él atrapado en su interior. Tardó veinte horas en liberarse y llegar hasta la autopista, donde por fin pudo parar un coche. Dieciocho años. Estudiante de instituto.

—Te falta un botón —le dijo Sandra.

Philip se miró la camisa gastada del trabajo y se quedó callado. Estaba pensando otra vez en Katarina. ¿Cuánto tiempo habría pasado ahí, en la casa, atada? El dormitorio era sorprendentemente grande. Una cama de matrimonio con una colcha morada a la izquierda y varios armarios con puertas de espejo cubriendo la pared de la derecha. La diferencia en las tablas del suelo indicaba que se trataba de dos habitaciones reconvertidas en una. Una pared tenía tres ventanas en hilera, todas con las persianas bajadas... ¿Habría pedido ayuda? ¿Habría estado consciente cuando fue a buscarla, le habría oído llamar a la puerta?

La idea le provocó náuseas; daba igual lo mucho que pensara en ella, lo mucho que deseara verla, porque nunca regresaría.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Sandra.

—En gatitos y arcoíris.

—Estás pensando en Katarina, ¿verdad?

No respondió.

—Hay que sacarte las palabras con sacacorchos.

—Me preguntaba cómo murió —dijo entonces.

—Ya te lo he dicho.

—Decirme ¿qué? —preguntó, mirándola.

—Por teléfono —respondió ella, mirándolo a los ojos un segundo.

—¿Qué?

—Que le habían cortado la lengua. Se ahogó con su propia sangre.

—¿Qué?

—No te miento.

Oyó que el motor quedaba en silencio, casi amortiguado. Al principio pensó que se le habían taponado los oídos, pero eran sus pensamientos. Se

estremeció al repetir mentalmente esas palabras: Lengua. Cortada. Daba igual que le hubiera oído llamar a la puerta o no. No habría podido gritar.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó a Sandra.

—Richard Nilsson. Es una suerte que fuera él quien atendió el aviso, alguien con experiencia.

Philip volvió la cabeza y se quedó mirando el campo más allá de la carretera.

—¿Puedo preguntar...? —dijo Sandra—. ¿Había algo entre Katarina y tú? Él la miró confuso.

—Era una amiga —le dijo, ofendido.

—¿No la clase de amiga con la que te acuestas?

—¿Qué demonios? ¿Por qué todo el mundo piensa lo mismo?

Sandra pasó por delante de un Winnebago.

—¿Así que no era eso? —preguntó.

—No —dijo él—. No era eso. Katarina era una amiga. De las que escuchan.

—Yo estoy encantada de escucharte...

—Gracias, pero no hay nada de lo que quiera hablar contigo ahora mismo.

—No es bueno quedártelo todo dentro —le dijo Sandra incorporándose al carril derecho.

—Entonces habla tú —le dijo Philip—, si crees que es tan importante.

—Sí que creo que es importante. Hay personas que se sienten solas y necesitan...

—Pero no soy una de esas personas. Y tú tampoco. Así que no entiendo por qué sigues con el tema una y otra vez —le dijo mirando de nuevo hacia el campo—. Aquí nadie está solo —

murmuró.

Jana Berzelius se quedó quieta por un momento, con la mano en el picaporte de la puerta de entrada, como si no quisiera soltarlo. Escuchó los

sonidos del apartamento, recorrió el pasillo,

pasó frente a la cocina y llegó al salón. Contempló por la ventana el mundo exterior, que estaba oscuro y en silencio, frío y dormido, y se preguntó en qué estaría pensando Per. Bajó la mirada y observó que tenía los puños apretados. Se dijo a sí misma que no había otra salida más que la que acababa de tomar.

—¿Quién era?

De pronto Danilo estaba de pie detrás de ella. No se dio la vuelta. No quería verlo, no quería tener nada que ver con él. Quería volver a estar sola consigo misma, con el silencio y la quietud.

—Ya sabes quién era —le respondió, cortante.

—¿Qué le has dicho?

—Lo que tenía que decirle para hacer que se fuera.

Siguió caminando hasta llegar a su dormitorio, cerró la puerta sin hacer ruido y se dejó caer al suelo. Apoyó la cabeza en la pared y sintió el dolor de las manos apretadas. Le dio igual. Las apretó aún más. Se quedó ahí largo rato.

*16 de abril*

*Querido diario:*

*Cuando he ido al vestuario hoy después de clase de Gimnasia, al principio no encontraba los pantalones. Alguien me los había tirado al retrete porque «olían a alcohol». Es culpa de Martin, lo sé. No debería haberle hablado de ti, papá. Se lo dije en confianza y, de todas formas, fue hace mucho tiempo, cuando aún éramos amigos.*

*Ahora les ha hablado a todos de ti. Ahora todos saben que yo solía esconderte las botellas de alcohol en mi armario. ¿Entiendes la vergüenza que he sentido, papá? ¿Lo sabes? Espero que sí, porque es culpa tuya, es tu puñetera culpa que las cosas sean como son. Fuiste tú quien se aseguró de que yo no tuviera a nadie desde el principio.*

*¿Sabes cuál es mi primer recuerdo, papá? Es en la cocina. Recuerdo que estabas ahí tirado, bajo la mesa de la cocina, con los ojos cerrados y algo*

*pegajoso en la piel. Yo solo quería que te acurrucaras conmigo. Si hubiera podido, me habría bajado de mi trona y me habría tumbado a tu lado.*

*Recuerdo que estaba llorando. «Papi, ven», gritaba. «Ven aquí. Por favor, levanta, abrázame. No te quedes ahí tirado. Abrázame». Pero no te levantaste.*

*Pienso mucho en ti, papá. Creo que, aunque nunca hiciste nada por mi soledad, al menos trajiste a mi vida a mi nueva madre.*

*Papá, ojalá siguieras aquí a nuestro lado. Pero nos decepcionaste. Así que me alegré cuando por fin desapareciste de mi vida. Pero no sabía que la vida sería así. El médico dijo que todo saldría bien. ¿Por qué? No está bien. Nunca saldrá bien, ni siquiera al final. Lo sé.*

*Lo peor es que todo esto me abruma. No puedo soportarlo más, saber que dentro de poco no quedará nadie. Absolutamente nadie.*

*Pero ¿qué es en realidad la soledad? ¿Por qué existe? ¿Y en qué nos afecta?*

*¿Puede alguien responder a eso?*

*¿Puedes tú responder a eso?*

*¿Papá?*

## **16**

### *Domingo*

Fue el primero en levantarse, pese a que su hijo pequeño le había tenido despierto casi toda la noche. La cocina estaba bañada por la luz cautivadora del cielo azul. Henrik Levin se situó junto a la ventana y observó los primeros tonos verdosos y la multitud de brotes del jardín.

—Te has levantado temprano.

Se dio la vuelta y vio a Emma vestida con su pijama gris y el pelo recogido en una coleta.

—Sí —respondió él.

—Qué día tan bonito —comentó ella, mirando más allá de él, a través de

la ventana.

Después se acercó a Henrik, le rodeó la cintura con ambos brazos y se inclinó sobre él.

Se quedaron así largo rato.

—Voy a echar de menos este jardín —le dijo.

—Es pequeño —respondió él.

—Por eso —le dijo ella, abrazándolo con más fuerza.

—No habrás empezado a arrepentirte de mudarnos, ¿verdad?

—No —respondió Emma—. Pero me resulta extraño mudarme a la casa en la que crecí. Todo está como cuando me fui, hasta el papel pintado a rayas de mi antigua habitación.

—Pero, si te conozco lo suficiente, la casa entera será pintada de blanco antes incluso de que llegemos con las cajas de la mudanza. Puedes elegir el tono de blanco que quieras, te lo prometo.

Ella se rio y lo besó.

Eran poco más de las ocho de la mañana cuando Henrik salió por la puerta. Es-taba a punto de montarse en el coche cuando sonó su móvil. Al otro lado de la línea, Björn Ahlmann se aclaró la garganta.

—El informe está terminado —dijo.

—¿Qué?

—Eso es lo que querías. Que fuera rápido. La autopsia de Katarina Vinston está terminada.

Me he pasado la mitad de la noche terminándola.

—Gracias, Björn.

—No hay problema.

Henrik apoyó el codo en la puerta del coche.

—¿Qué sabemos, entonces?

—Probablemente nada más de lo que ya sabíamos.

—Pero si apenas sabíamos nada.

—Sabemos que a la víctima le habían cortado la lengua.

—Pero ¿con qué clase de herramienta?

—Un escalpelo desechable de un solo uso.

—¿Cómo sabes que era desechable?

—Porque la cuchilla seguía ahí, en su interior.

Henrik se quedó callado; le costaba trabajo ver con claridad. ¿El escalpelo seguía dentro de ella? Sintió náuseas. Tragó saliva y después tragó de nuevo para intentar librarse de ese terrible sabor de boca.

—¿Växjö? —dijo Björn.

—¿Qué?

—Växjö, ¿recuerdas lo que sucedió en Växjö?

—No lo recuerdo.

Björn le contó, a su manera fáctica habitual, la historia de una mujer con tendencia a autolesionarse que se había tragado dos escalpelos. El pabellón de psiquiatría estaba familiarizado con la mujer; la habían tratado antes en Urgencias. Previamente ya había llamado la atención tragándose objetos afilados como cuchillas de afeitar y cuchillos.

—Cuando estaban extrayéndole el segundo escalpelo, el esófago y los vasos sanguíneos del cuello resultaron tan dañados que la mujer murió en la mesa de operaciones del Hospital central de Gotemburgo —le explicó—. Creo recordar que acabaron enviando un informe Lex Maria a los Servicios Sociales, porque las acciones del hospital podrían haber contribuido a la muerte de la paciente. Katarina solo tenía la hoja del escalpelo en el estómago. Creo que debió de soltarse cuando le estaban cortando la lengua.

—¿Y se la tragó? —preguntó Henrik.

—¿Sabes lo que eso significa?

—No, pero imagino que vas a contármelo.

—Significa que Katarina estaba consciente cuando le cortaron la lengua.

Henrik se estremeció.

—¿Se necesita mucha fuerza para...? —preguntó.

—En realidad no.

—¿De qué tipo de escalpelo se trata?

—No puedo decir nada sobre la marca, pero dice que fue fabricado en Tuttlingen, Alemania.

—De acuerdo, le pediré a alguien que lo investigue.

—Podría ser difícil. Se venden innumerables escalpelos desechables por todo el mundo.

—Envíame una fotografía de todos modos, por favor.

—Así lo haré.

—¿Presentaba alguna otra marca visible en el cuerpo? ¿Heridas, hematomas?

—No.

—¿Puedes decirme algo más?

—Sí —respondió Björn—. Gracias a los análisis hemos descubierto que, tanto a Shirin como a Katarina, les inyectaron un anestésico de acción rápida, un narcótico.

—¿Cómo se llama?

—Ketalar.

Jana Berzelius se ajustó el reloj en la muñeca. Seguía pensando en Per y en su mirada triste y decepcionada. Su único delito era ser su... ¿compañero? ¿Conocido? ¿Amigo? No lo sabía realmente; daba igual la palabra que empleara, su relación ya se había acabado con toda probabilidad. Lo más seguro era que no volviera a querer saber nada más de ella. Eso la enfadaba. Y era culpa de Danilo.

Atravesó despacio el dormitorio, apagó la lámpara que había junto a la cama y abrió la puerta.

Él estaba en el suelo del salón, haciendo flexiones lenta y metódicamente. Cada día, los mismos ejercicios.

—Dame la camiseta vieja.



Danilo levantó la mirada, se puso en pie y se acercó a su barra de dominadas, la agarró con las manos y alzó su cuerpo múltiples veces.

—Pareces enfadada otra vez —le dijo—. Y no lo estás, ¿verdad, Jana?

Tomó aliento y trató de calmarse.

—¿Te crees muy listo?

Danilo soltó la barra y agitó los brazos.

—No estoy enfadada —le dijo ella—, pero lo estaré si no me das la camiseta.

—Está en el sofá.

—¿Así que tengo que ir a por ella?

—Sí, ¿quién lo va a hacer si no? ¿Per?

Jana alzó la mirada y le vio sonreír, le vio abrir la boca para decir algo más, pero no pensaba permitirle. Fue como si todo el odio que sentía hacia él explotara en su interior. Avanzó sin dudar, se giró con un movimiento elegante, estiró el brazo horizontalmente y le golpeó en el brazo, justo por debajo del hombro. A Danilo le sorprendió aquel ataque inesperado y puso cara de dolor. Pero ella siguió, dio dos pasos hacia la izquierda y le golpeó el otro brazo con un revés. Después una patada y otra más. Giró las caderas, se equilibró con el pie trasero y le golpeó en la cintura. Terminó dándole una patada para apartarlo de ella. No quería parar, pero se contuvo, bajó los brazos, se quedó quieta y respiró. Lo vio tirado en el suelo, sangraba. Vio que iba a decir algo más y, en esa ocasión, se lo permitió.

—De acuerdo, lo pillo, lo pillo —dijo—. Es un tema delicado.

—Si quieres que te ayude a escapar, será mejor que me des tu camiseta. Ahora.

Eran las nueve y media de la mañana y Mia estaba meciéndose en su silla de la sala de conferencias mientras Henrik informaba al grupo de su conversación con el laboratorio forense.

—Björn no ha encontrado nada de valor, por desgracia. Ni espermatozoides, ni sangre, ni nada más en el cuerpo de Katarina Vinston —les explicó.

—Nada de Ted, entonces —concluyó Mia—. ¡Vaya mierda!

—Ya he dicho esto antes —dijo Henrik—. No creo que Ted Henriksson sea nuestro hombre.

La habitación quedó en silencio. Mia miró a su alrededor y vio las miradas apagadas y cansadas de Gunnar y Ola.

—Además, la mañana en que Shirin fue torturada, Henriksson estaba trabajando —recordó Henrik—. Eso ha quedado confirmado.

—Pero ¿no es posible que se escapase una hora o dos sin que nadie se diese cuenta? —

preguntó Ola.

Henrik negó con la cabeza.

—Trabaja en la fábrica de suplementos de Vitamex, aquí en Norrköping.

—Parece demasiado complejo para un idiota como él, si queréis mi opinión —dijo Mia.

—Hasta los hombres como él tienen que aprender un oficio —dijo Henrik—. El tema es que trabaja en una cadena de producción y, si no hubiera estado en su puesto, sus compañeros lo habrían notado y habrían reaccionado, te lo garantizo.

—¿Y con Katarina? —preguntó Gunnar—. ¿Dónde estaba entonces?

—También en el trabajo. Henriksson tiene mucho sobre su conciencia, pero hay que mirar un poco más allá.

Gunnar se pasó las manos por la cabeza varias veces.

—Tienes razón, Henrik —le dijo—. Ya no tenemos sospechoso para los asesinatos de Shirin y Katarina.

Mia se hundió en su silla.

—Maldita sea —murmuró—. De verdad pensé que era él.

—¿Dices que Björn no ha encontrado esperma en las víctimas? Interesante —comentó Gunnar.

—¿Qué tiene de interesante? —preguntó Mia.

—Parece extraño que el asesino no las atacara sexualmente. Y, además, eso significa que podemos eliminar a muchos criminales de nuestra base de

datos. Estos crímenes tienen otra motivación.

Se hizo de nuevo el silencio en la habitación. Gunnar juntó las manos y se inclinó sobre la mesa.

—Tenemos a una persona loca que tortura a sus víctimas en sus propias casas. Nada indica que haya forcejeo, ni allanamiento, así que es probable que tanto Shirin como Katarina conocieran a su torturador.

—Sí —convino Henrik—, pero ¿de qué?

—Bueno, pienso una cosa —dijo Mia—. El asesino es probablemente listo y lleva una vida normal, con un trabajo y una familia. Pero hay algo retorcido y perverso dentro de él que le obliga a atar a sus víctimas y desmembrarlas. Y, hasta ahora, ha conseguido hacerlo sin llamar la atención.

—Parece un auténtico psicópata —intervino Ola—. Probablemente un empleado del Estado.

Me imagino que, desde su escritorio en su trabajo en alguna agencia gubernamental, sigue sus asesinatos en los medios de comunicación y está orgulloso de ellos, como si estuviera implicado en una especie de proyecto artístico a gran escala.

—El muy cabrón debe de estar disfrutando de lo lindo —dijo Mia—, porque los periódicos están haciendo su agosto con estos asesinatos.

—No nos precipitemos —dijo Gunnar—. No tenemos idea de si nos enfrentamos con un psicópata o no.

—Pero, cuando se trata de asesinos en serie, las víctimas suelen tener algo en común —dijo Ola—, como un trabajo, una etnia, el color del pelo o el sexo. Tanto Shirin como Katarina trabajaban en atención sanitaria.

—Yo también creo que nos enfrentamos a un jodido asesino en serie —comentó Mia.

—He dicho que no nos precipitemos. Tienen que producirse tres asesinatos para que sea un asesino en serie —dijo Gunnar.

—¿Quién dice que ha terminado? —preguntó Mia.

Gunnar se rascó el lóbulo de la oreja.

—De acuerdo —dijo—. Tanto Shirin como Katarina trabajaban en

atención sanitaria, pero tiene que haber algo más.

—El ritual de atar a las víctimas y cortarles los miembros es idéntico, lo que podría indicar cierta tendencia en serie —dijo Henrik—. ¿Qué nos dice que podría parar algún día?

Henrik miró al equipo.

—Nada —respondió Mia—. No si disfruta leyendo y oyendo hablar de sus crímenes en las noticias. Por eso nuestro trabajo es detenerlo.

—No podemos impedir que los medios de comunicación hablen de los asesinatos —razonó Gunnar.

—Eso es verdad, y, por cierto —dijo Henrik señalando un papel que tenía delante—, Björn me ha dicho una cosa más. Tanto a Shirin como a Katarina les habían inyectado un anestésico llamado Ketalar.

—De manera que el asesino tiene acceso a drogas —conjeturó Gunnar.

—Sí, y además parece saber usar una sierra de huesos y un escalpelo —agregó Mia.

—El denominador común entre las víctimas y el asesino podría ser su trabajo —murmuró Henrik—. Tal vez el asesino sea un médico.

## 17

Jana Berzelius aminoró la velocidad, se detuvo y contempló el distrito industrial de Motala.

Así que ese era el aspecto real del distrito, pensó. A unos cien metros había un conejo dando saltos por el asfalto y la gravilla. Doscientos metros más allá, divisó el edificio del albergue y, junto a él, un edificio blanco llamado Konsum Ringen. Aparentemente allí había habido antes un supermercado. Ahora era un centro cultural, y un póster anunciaba la exposición de un joven talento de Linköping.

Jana condujo hasta detrás del edificio del Konsum Ringen y aparcó el coche para que estuviese bien escondido entre la hilera de garajes con puertas oxidadas. ¿De verdad sería buena idea entrar en un albergue para indigentes y dejar allí el rastro de un hombre sospechoso de asesinato? Oyó algo fuera del

coche, algo que parecían pisadas. Escuchó con atención, pero el sonido desapareció. Tal vez fuera su imaginación. Se frotó con la mano las iniciales que llevaba grabadas en el cuello y se hundió más en el asiento del conductor, tratando de respirar con calma. Se convenció a sí misma de que era un plan sencillo. Sin que nadie la viera, colocaría la camiseta en algún lugar visible del albergue. Nada demasiado complicado. Colocar la camiseta donde alguien pudiera verla y después largarse de allí. ¿Qué podía perder? No mucho, pensó mientras salía del coche.

Lucas Bratic se miró en el espejo y pensó que todo se había ido al infierno: las ganancias de ayer, el mal tiempo y el hecho de que alguien acabara de llamar a la puerta.

—Abre —oyó que decía una voz rasgada.

Era una voz inconfundible. Dragan Sandin, un hombre de cuarenta y cinco años con un acento exagerado, estaba haciendo su habitual ronda de colectas por el albergue.

—O echaremos la puerta abajo, gilipollas.

El hecho de que Dragan hubiera dicho «*echaremos* la puerta abajo» y no «*echaré* la puerta abajo» puso nervioso a Lucas. En otras palabras, había varias personas al otro lado de la puerta.

Solo una fina lámina de madera le separaba de los puños. Vio que el picaporte se movía.

Llevaba media hora sentado en el cuarto de baño compartido, fingiendo que le dolía la tripa. En realidad, necesitaba tiempo para elaborar un plan. Ayer solo había conseguido sacarle a la gente diez con cincuenta y tres dólares. Llevaba el dinero guardado en el bolsillo de la derecha, y eso era lo que buscaba Dragan. Lo quería todo, también el dinero de su otro bolsillo. Un fajo de billetes de diez. Era dinero que Lucas había logrado esconder y que necesitaba.

Retiró con cuidado la tapa de la cisterna. Enrolló los billetes y trató de engancharlos al flotador mientras oía de nuevo la voz de Dragan.

—Si no abres, lo haremos por ti.

Bang. La primera patada, y la puerta vibró. Bang. La segunda patada. Lucas empezó a sudar.

Intentó sujetar el dinero a la cisterna de alguna manera, pero no tenía nada con lo que atarlo.

Bang. Ahora la puerta del baño estaba empezando a astillarse. Lucas consiguió volver a poner la tapa. Se tiró al suelo, cerró los ojos y rezó a un poder superior mientras los otros rompían la puerta.

Dio un paso a un lado, contuvo la respiración y escuchó. Jana oyó la puerta de entrada cerrarse a su espalda y después unas voces detrás de una esquina, por el pasillo. Vio una luz blanca que salía por la ventana de una puerta con el cartel de *Personal*. Trató de abrirla, pero estaba cerrada con llave. Comenzó a caminar por el pasillo, manteniéndose pegada a la pared.

Encontró otra puerta e intentó abrirla. Era un pequeño almacén con suelo de vinilo, levantado

en algunas zonas, probablemente debido a la humedad. El albergue desprendía olor a polvo, sudor y basura.

Levantó la bolsa que contenía la camiseta y siguió por el pasillo. Parecía haber diez habitaciones frente a ella, cinco a cada lado del pasillo. Dejaría la camiseta en la que fuera más probable encontrarla después. Entrar y salir deprisa, ese era su plan. Empujó otra de las puertas y vio que la habitación estaba vacía. Sin cómoda, sin armario. Solo dos literas. Dos literas.

Contempló la litera inferior, con su fino colchón, y se apresuró a entrar.

En un coche patrulla en Motala, el agente Joel Marklund acababa de recibir un aviso sobre un altercado en el albergue situado en el distrito industrial. La llamada la había realizado el personal del centro, que se había encerrado en el despacho.

—¿No hay agentes más cerca? —preguntó—. Estamos fuera de la ciudad.

—No hay nadie más —dijo la voz desde la central.

—Entonces nos ocuparemos nosotros —dijo Joel, y confirmó, antes del «corto y cierro», que iban de camino.

Arrancó el coche, puso el intermitente izquierdo y le dijo a su compañera, Kim Heist, que últimamente el ambiente estaba muy revuelto en el albergue.

—Toby y Danny estuvieron ayer dos veces, y el viernes creo que Vlad y Anna tuvieron que pasar todo el día allí. Hay un tipo nuevo que parece estar

utilizando el albergue como base para extorsionar a la gente. Creemos que ha montado una organización de mendigos, y no siempre utiliza los medios más agradables.

—Entonces vamos a resolver la situación —dijo Kim.

El puñetazo se produjo de inmediato y el dolor fue como una explosión. Lucas se tambaleó hacia atrás, pero recuperó el equilibrio apoyándose en el lavabo. Dragan se rio con desdén. Tras él iban dos de sus hombres, uno con la cabeza rapada y el otro con las pupilas oscuras y dilatadas. Lo agarraron, cada uno de un brazo, y Dragan le dio un cabezazo tan fuerte que lo tiró al suelo. Cuando volvió a levantar la mirada, se encontró cara a cara con la punta brillante de un cuchillo.

—Dame el dinero. Ahora.

—En mi bolsillo —dijo Lucas.

La sangre que le salía de la nariz estaba metiéndosele en la boca.

Dragan contó el dinero y empezó a reírse.

—Me estás tomando el pelo —dijo—. Enséñame el dinero de verdad.

—Eso es todo lo que tengo. No...

—Shhh...

Dragan le puso una mano en la boca a Lucas.

—Sé que tienes más. ¿Y sabes cómo lo sé? Ese tipo de ahí me lo ha dicho —dijo Dragan, señalando al hombre de la cabeza rapada—. Dice que te ha visto contando. ¿Qué hacer? Tú no dinero, otros no dinero, yo problema. ¿Tú entiendes? ¡Problema!

Lucas contempló la punta del cuchillo según se acercaba a su cara. Trató de respirar a través de la nariz ensangrentada.

—Y ahora te enseño una lección. Te enseño a no joderme.

Lucas empezó a gritar con la mano de Dragan tapándole la boca, pero notó que la presión aumentaba.

—Cálmate —dijo Dragan—. Solo quiero un ojo.

Lucas debería haberse resistido, debería haber pensado en algo, pero no

podía pensar.

Paralizado por el miedo y con los ojos muy abiertos, no podía evitar el movimiento del cuchillo.

—¿Dragan? —dijo el hombre de la cabeza rapada.

—Cállate.

—Pero es importante. Mira. Esa puerta de allí está abierta.

Señaló hacia el otro extremo del pasillo.

Dragan puso los ojos en blanco, apartó la mano de la boca de Lucas, contempló la sangre que había resbalado por su mano y se la limpió en la camiseta de Lucas.

—Mira a ver qué es.

—Voy —dijo Dragan—. Primero voy a resolver este problema.

Lucas respiraba entrecortadamente, tratando de recuperar el aire. Una parte de su cerebro le decía que debía intentar huir. Otra parte le decía que debía atacar a aquellos hombres o, al menos, intentar defenderse.

Pero el miedo tiene un efecto peculiar en la gente. Incluso enfrentadas a una muerte segura, hay personas que, pese a la falta de alternativas, no pueden contra-atacar. Era como si Lucas estuviera paralizado. No podía moverse. Así que se quedó allí sentado, con las manos en el suelo. Vio que Dragan levantaba el puño y sintió cómo le partía la piel de la frente. Se quedó sordo del golpe y supo que, si hubiera sido un impacto más fuerte, se habría desmayado.

Entonces no habría tenido que ver el siguiente golpe, pero lo vio.

Jana levantó el fino colchón, sacudió la bolsa para sacar la camiseta y la empujó casi por completo bajo el colchón, retrocedió unos pasos y comprobó que no se viera a primera vista.

Cuando se dio la vuelta, había tres hombres allí.

—Qué coño —dijo uno de ellos, revelando sus dientes de oro—. ¿Qué tenemos aquí? Huele a dinero. ¿O me vas a dar otra cosa? ¿Eh?

Se acercó a ella, la rodeó. Jana lo olió: grasa y sudor, alcohol y cigarrillos.



Él abrió la boca y meneó la lengua. Se colocó frente a ella e intentó tocarle el pelo, pero ella le apartó la mano de un manotazo.

Él se rio.

—¡Vaya, vaya! ¿Alguien se ha levantado con el pie izquierdo?

Volvió a intentarlo, y de nuevo recibió un manotazo. Esta vez no se rio. Jana vio la transformación en su rostro. Supo lo que estaba a punto de ocurrir y empezó a contar hacia atrás. Estimó que tardaría veinte segundos en atacarla. Veinte segundos antes del primer ataque.

Era arriesgado quedarse allí. Debía marcharse, pero sabía que no podía dar la espalda a esa clase de oponente. Era mejor mirarlo a los ojos.

—No quiero pelear —le dijo.

—No tenemos que pelear —respondió él con desdén—. Si haces lo que te digo.

—¿Y qué dices exactamente?

El hombre sonrió con desdén y se remangó una manga hasta el codo. La mane-cilla de su reloj desprendía un extraño brillo azul. Intentaba parecer tranquilo y relajado, pero ella vio que estaba nervioso. Los tres lo estaban.

Quince segundos.

Pero Jana sintió esa tranquilidad habitual que la invadía al levantar la cabeza y evaluar la situación. Recordaba los carteles verdes de salida al final del pasillo, que conducían a dos vías de escape. Tres, si tenía en cuenta la ventana que había a su espalda.

Diez segundos.

Examinó con atención a los otros dos hombres, uno con la cabeza rapada y el otro con las pupilas dilatadas. En comparación, el hombre de los dientes de oro parecía viejo. Era pequeño, encorvado y arrugado. Probablemente no superase los cincuenta, y era evidente que disfrutaba exigiendo cosas a los demás. Parecía decidido y agarraba con fuerza un cuchillo.

—¿Qué vas a darme? ¿Eh?

Dio un paso hacia ella, y Jana casi pudo oír el tictac de su reloj. Los otros dos se situaron a ambos lados, respirando con fuerza. Ella también tomó

aliento, no por-que estuviera nerviosa, sino para llenar su sangre de oxígeno y estar así preparada para actuar cuando llegase el momento.

Cinco segundos.

El hombre de las pupilas dilatadas apretó los puños. Solo entonces Jana se dio cuenta de lo musculoso que era. Un puñetazo suyo la dejaría inconsciente sin problema. Entonces el hombre de los dientes de oro dio la señal. Adelante.

Jana aguantó la respiración.

Los agentes Joel Marklund y Kim Heist dejaron su coche aparcado en doble fila frente al albergue. No se dijeron ni una palabra. Joel examinó los edificios circundantes, atento a cualquier movimiento. El albergue era relativamente nuevo, y no un simple lugar temporal donde dormir. Cuando amanecía, a los huéspedes se les permitía quedarse. No tenían que deambular por Motala con una maleta o una bolsa de plástico con sus pertenencias, no tenían que esperar a que anocheciera para volver a la seguridad del albergue. Pero había un número limitado de camas; solo tenía capacidad para cuarenta y tantas personas. Nadie sabía cuánto tiempo duraría el proyecto piloto del ayuntamiento, si el albergue seguiría allí dentro de un año o dos.

—Parece tranquilo —comentó, mordiéndose la uña del pulgar.

—Creo que la orden era entrar —dijo Kim.

—¿De verdad? —preguntó Joel.

—Vamos, por el amor de Dios.

El hombre de los dientes de oro avanzó, pero Jana Berzelius estaba preparada. Cambió el peso de un pie al otro y le clavó el codo en la sien. En su siguiente movimiento, le arrancó el cuchillo de la mano. Él vaciló, mirando, sin entender, su mano vacía.

—Dame el cuchillo —le dijo.

—No quiero hacerte daño —le dijo ella—, aunque lo haré si es necesario.

Él se rio, más inseguro de sí mismo esta vez.

—Tiene el cuchillo. ¡Quitadle el cuchillo! —exclamó.

Cuando el hombre de las pupilas dilatadas se le acercó, ella lo esquivó, se

dio la vuelta y atacó con el cuchillo al hombre de la cabeza rapada. Le arañó con él la garganta y después le dio un puñetazo con la mano izquierda. Fue como golpear una pared de ladrillos. El hombre no se movió ni un centímetro. En su lugar, la golpeó con tanta fuerza que tuvo que doblarse hacia delante. Si la hubiera alcanzado un par de centímetros más arriba, le habría roto una costilla, tal vez dos. Ella ni siquiera intentó bloquear los golpes. Lo atacó con todas sus fuerzas, le asestó un gancho y notó que se le rompía la mandíbula. El hombre blasfemó y empezó a escupir sangre y dientes. Jana continuó con un puñetazo directo a la nariz, que hizo salpicar la sangre y le dejó pálido. Se llevó la mano a la nariz, se tambaleó y cayó al suelo. Parecía estar a punto de desmayarse.

El de los dientes de oro le hizo un gesto con la cabeza y le dirigió una sonrisa gélida. Parecía impresionado y le hizo una señal al hombre de las pupilas dilatadas, que sacó una pistola. Jana se quedó mirando el cañón; sabía que no debía huir. No se podía huir de una pistola Glock sin recibir un balazo en la cabeza. Y la expresión vacía y confusa del hombre significaba que no dudaría en apretar el gatillo.

Jana miró al de los dientes de oro, que sonreía ahora con aire de superioridad.

—Lo siento —dijo.

—Yo también —respondió Jana con un movimiento rápido del cuchillo.

Se lo clavó en el hombro, atravesando cartílago y tejidos. Antes de que él se diera cuenta de lo que había ocurrido, Jana le quitó al otro la pistola de una patada, dio un paso al frente, le agarró el brazo derecho y le retorció la muñeca hasta tensarle los nervios del antebrazo. El hombre gimió de dolor. Acto seguido, Jana recogió la pistola del suelo. El hombre de los dientes de oro la miró. Le salía sangre del hombro, tiñéndole de rojo la camisa. Le colgaban los brazos en los costados. Intentó decir algo, pero Jana no tenía tiempo para escucharle. Le apuntó con la pistola a la cabeza y apretó el gatillo.

Joel Marklund se dio la vuelta. Tres pájaros salieron volando y desaparecieron tras las azoteas, graznando. Miró a Kim Heist a los ojos. Kim se había situado con las piernas separadas y la mano en la cartuchera. Estaban justo en la entrada del albergue.

—Eso ha sido un disparo —dijo Joel.

—Sí —confirmó Kim.

Oyeron un disparo más, y después otro.

Joel regresó corriendo al coche con la cabeza agachada y, con la voz temblorosa, solicitó refuerzos.

Lucas Bratic había vuelto en sí, pero pronto se dio cuenta de que seguía en el baño compartido del pasillo del albergue. Le salía sangre de su nariz rota, le resbalaba por la barbilla y le manchaba la sudadera. Había oído los disparos y ahora oía pasos que se acercaban. Pensó que había llegado su hora. Lo más seguro era que Dragan le volase la tapa de los sesos y los esparciera por todo el baño. Pero Lucas no quería morir en un cuarto de baño, no por unos pocos dólares, y tampoco quería que le disparasen. Cuando oyó que los pasos desaparecían, dio gracias de nuevo al poder superior. Esta vez, con las manos juntas.

Joel Marklund y Kim Heist estaban inmóviles a cada lado de la puerta del albergue.

Escuchaban con atención los sonidos procedentes del interior. Joel agarró su arma, sin decirle nada a Kim, porque quería poder registrar cualquier posible gimoteo o quejido procedente de alguna de las habitaciones, pero no oyó nada. Por experiencia sabía que el silencio no era buen presagio. Era importante actuar con rapidez. Para no arriesgarse a que el criminal o los criminales pudiesen abandonar el edificio, decidieron entrar sin esperar a los refuerzos.

Abrieron la puerta y Joel supo que tenía que hacer algo más que eso.

—¡Policía! —gritó hacia el interior del edificio.

Jana Berzelius pegó su cuerpo a la fachada del albergue. Vio el coche patrulla aparcado frente a la entrada y dudó sobre qué camino tomar. Su coche estaba aparcado a cien metros. Si elegía la ruta más rápida, sería visible desde la entrada del albergue. Oyó sirenas a lo lejos; iban acercándose. Giró la cabeza en dirección contraria y vio la ventana abierta en el centro cultural de al lado.

Si elegía esa ruta, atravesando ese edificio, podría mantenerse escondida. Entonces oyó los gritos de los agentes e imaginó que habían entrado en el

albergue y habían visto los cadáveres.

Ni siquiera se había planteado dejar vivir a esos hombres. Mostrar clemencia habría sido un error que le habría atormentado. Mientras permanecieran con vida, habrían supuesto una amenaza para ella.

Entró en el edificio a través de la ventana y vio muebles con cajones y marcos vacíos. Más allá distinguió varios cuadros. Supuso que estaría en un almacén. Caminó con agilidad hacia una puerta de madera. Pegó la oreja a la hoja y oyó una voz tranquila y una carcajada amortiguada. La carcajada se detuvo. Cuando volvió a escuchar, solo había silencio al otro lado de la puerta. La abrió, se asomó con cautela y se encontró en un espacio brillante y bien iluminado. Las paredes estaban adornadas con cuadros enormes y, sobre unas mesas blancas, había esculturas de diversos tamaños. Era una galería.

Se estiró el abrigo, se alisó el pelo y entró, caminando con pasos rápidos hacia la salida. Justo entonces volvió a oír la risa, seguida de pasos que se acercaban. Sin dudar, se situó de frente a uno de los cuadros y fingió observarlo con los ojos medio cerrados.

—¡Ay! ¡Qué susto! —dijo una mujer, que había entrado desde una sala anexa. Llevaba el móvil en la mano. Tenía una sonrisa amplia y unos ojos brillantes, y llevaba una falda hasta las rodillas y una blusa de manga larga, pulseras en varios tonos de rojo y pendientes a juego que se agitaban cuando hablaba—. No la he oído entrar.

—¿No? —preguntó Jana.

—Normalmente la puerta hace ruido.

—Quizá esté rota.

Jana devolvió la mirada al cuadro.

—¿Le gusta Julius Nord? —preguntó la mujer.

—¿Quién?

—El artista. La exposición está dedicada a sus cuadros, que...

—Solo estoy echando un vistazo.

—De acuerdo, pero dígame si necesita ayuda con algo. En el segundo piso tenemos una exposición que acabamos de inaugurar. Instalaciones acústicas.

—Gracias, pero, por la hora que es, veo que tengo que marcharme —dijo Jana, y empezó a caminar hacia la salida.

—Vuelva pronto. Ambas exposiciones están hasta mayo —dijo la mujer—. Espere, deje que le abra la puerta.

La puerta de cristal emitió un fuerte tintineo al abrirse.

—Parece que ya funciona —comentó Jana mientras abandonaba la galería.

Vio su coche aparcado a una docena de metros. Caminó despacio hacia él, pensando que ya no tenía tanta prisa. Si alguien, cosa poco probable, le preguntaba, tenía una explicación razonable para estar por la zona y una coartada creíble. Abrió la puerta del coche y se sentó tras el volante. Al final de la calle vio el destello de las luces azules. Suspiró aliviada y arrancó.

Los agentes Joel Marklund y Kim Heist seguían a ambos lados de la entrada del albergue.

Habían llegado los refuerzos. El agente al mando dio órdenes a las unidades para rodear el edificio. Dos hombres desaparecieron de inmediato para colocarse en la salida trasera, por si el responsable del tiroteo intentaba escapar. Las demás puertas del albergue estaban cerradas.

Joel oyó el sonido de las armas al cargarse en el frío de la tarde, después el ruido de una patada contra una puerta. Sus compañeros entraron corriendo y poco después oyó los gritos desde dentro, anunciando que había tres cadáveres.

—¡Las manos donde pueda verlas! —Oyó después, y entonces entró—. ¡Manos arriba, le digo!

Joel siguió el rastro de la voz y encontró a un compañero apuntando con el arma hacia un cuarto de baño. Y allí, sentado en el suelo, vio a un hombre con la cabeza agachada y las manos levantadas. El hombre respiraba entre jadeos, como si estuviera a punto de sufrir un ataque de pánico. Joel escuchó por un momento mientras el hombre hiperventilaba y se preguntó si estaría muriéndose. Tenía las mangas manchadas de rojo; probablemente se habría secado con ellas la sangre que le salía de la nariz.

—¿Estás armado? —le preguntó Joel.

—No —respondió el hombre con un susurro.

—¿Estás herido? ¿Te han disparado?

—Solo en la nariz.

—¿Cómo te llamas?

—Lucas.

—De acuerdo, Lucas, ¿puedes decirnos qué ha ocurrido aquí?

## 18

Era última hora de la tarde cuando Henrik Levin entró en su casa de Smedby. Emma había apilado las cajas en el recibidor en torres de cuatro. Se quitó los zapatos, colgó la chaqueta y escuchó las alegres voces de los niños en el piso de arriba. Se detuvo en mitad del salón. Más cajas, llenas de cosas que ni siquiera sabía que existían. Cosas que tal vez no volvieran a desembalsarse, que se almacenarían en un ático o en un armario y se olvidarían. Otra vez.

Empezó a pensar en Danilo Peña. Pensó que el fugitivo podría estar escondido en un ático o en un armario. Aunque lo más probable era que estuviese en una ubicación más segura. Lo más probable era que tuviese un plan para saber dónde ir cuando abandonase el hospital. Peña no parecía de los que dejaban esa clase de cosas al azar. Tendrían que interrogar también al antiguo comisario nacional de policía Anders Wester, dado que Peña y él estaban involucrados en el escándalo del Policegate, pero le parecía improbable que pudiera darles información útil.

Por la ventana, Henrik vio la niebla que se levantaba entre las copas de los árboles. Se acercó más al cristal y se quedó allí pensando en las pocas veces que se había tomado el tiempo de apreciar el paisaje desde esa casa. ¿Cuántos años había pasado allí? Mientras contaba en su cabeza, recordó el día que entraron por primera vez en aquella casa. El sol acababa de empezar a calentar y Emma se había quitado la chaqueta de punto, había colocado las manos sobre su barriga y se había quedado a su lado. Mientras miraban a través de esa misma ventana, habían decidido que aquel sería el lugar en el que vivirían muchos, muchos años.

Eso había sido ocho años atrás. Ocho años desde que nació Felix. No había sabido entonces que esta sería la vida que iba a llevar cuando tuviera

cuarenta años. Ahora, de pie contemplando el jardín cubierto de niebla, pensaba que estaba a punto de mudarse a una nueva casa, con una esposa que acababa de dar a luz a su tercer hijo.

Henrik se fue arriba y, cuando llegó al último escalón, se encontró a Emma con Vilgot en brazos.

—Hola —le dijo, apresurada—. Qué bien que ya estés en casa. ¿Puedes asegurarte de que Felix y Vilma recojan sus Lego? Tengo que dar de comer a Vilgot.

—Claro —respondió él, dirigiéndose al cuarto de Felix. El suelo estaba frío bajo sus pies y las piezas de Lego estaban desperdigadas por todas partes. Felix y Vilma estaban sentados en la cama con el iPad delante de sus narices, viendo una película con dos personajes amarillos que bailaban y cantaban.

—Hora de recoger todo esto —les dijo Henrik.

—¡Nooo!

—Sí.

—Pero, papi, ¿no podemos terminar de ver esto primero? Por favor.

—No. Apagad la película ahora mismo.

—Solo le quedan tres minutos. ¡Por favor, papi, por favor!

—De acuerdo.

—¡Sí!

—Pero luego la apagáis.

Ambos niños asintieron y siguieron mirando a los personajes amarillos. Henrik se sentó y empezó a rebuscar entre las piezas de Lego mientras pensaba de nuevo en el trabajo, en los posibles sospechosos en la investigación de los asesinatos de Shirin y Katarina. No había muchos, por desgracia. No había ninguno, a decir verdad. Ted Henriksson ya había quedado descartado de la lista. Aun así estaba el coche, el Audi. ¿Qué hacía en esa zona residencial aislada a la hora del asesinato de Katarina? ¿Quién lo conducía? ¿Sería un médico? ¿Quién calzaba unas deportivas del cuarenta y tres? Henrik alineó varias piezas de Lego y pensó en la sierra Gigli, el escalpelo y el narcótico. «Tres pistas más», pensó. «Pero ¿hacia dónde nos llevan?».



Jana respiró profundamente. Sí, se le había calmado el pulso, pero aquella extraña sensación permanecía. Experimentó una mezcla de rabia y nerviosismo durante todo el trayecto desde Motala.

Se había visto obligada a matar a tres hombres en el albergue, había arriesgado demasiado solo para poner la camiseta de Danilo en un lugar lejos de su apartamento, pero al menos había logrado hacerlo y esperaba que eso despistase a los investigadores que andaban buscándolo.

Cuando entró en su apartamento, todas las luces estaban apagadas. Solo la es-casa luz que entraba por las ventanas llegaba hasta el pasillo. Se quitó los zapatos junto a la puerta y levantó la mirada. La sombra de Danilo apareció en el suelo. Es-taba allí de pie, mirándola.

—Doy por hecho que ha ido bien —le dijo.

No respondió. No le apetecía hablar.

—Pero entenderás que hay más condiciones, ¿verdad? —agregó Danilo.

La rabia regresó. Ella lo miró y no pudo evitar admirarlo; como se admira a una cucaracha a la que has pisado y que sigue caminando.

—He colocado la camiseta —le dijo.

—Eso no es suficiente. Tienes que llamar.

—No es necesario —respondió ella—. La policía ya está allí y probablemente haya encontrado los cuerpos de los hombres en la misma habitación en la que dejé la camiseta.

Tendrás tres asesinatos más sobre tu conciencia...

—¿Qué diablos has hecho? —le preguntó él con el ceño fruncido.

—Tuve visita no deseada en el albergue.

Él sonrió sin convicción.

—De acuerdo, pero no confío en la pasma. A veces no sacan las conclusiones correctas.

—No voy a llamar —dijo Jana—. Creo que eso sería pasarse.

—Y yo creo que pasarse no es algo nuevo para ti. ¿Tres asesinatos solo para dejar pruebas de que he estado allí?

—No tuve elección.

—Eso tampoco lo sabes. Vas a llamar y a decir que has visto a ese hombre peligroso, Danilo Peña, cerca del albergue, y que lo has visto allí hoy.

—¿Y no crees que van a rastrear la llamada?

—No si te das prisa.

—¿Y mi motivación sigue siendo librarme de ti?

—Y recuperar las cajas con tus diarios.

Jana sabía que era inútil seguir con la conversación, de modo que se dio la vuel-ta y comenzó a caminar hacia su dormitorio.

—Sé que has pensado en las opciones —le dijo Danilo a su espalda—, y sabes que no tienes ninguna. Me marcho de aquí dentro de dos días. Es una pena. Empezaba a estar a gusto.

Jana entró en su dormitorio y cerró la puerta con pestillo. No quería llamar, ¡y no lo haría!, pero se daba cuenta de que tenía que hacerlo. No era seguro que la policía fuese a llegar a la conclusión adecuada. Si llamaba, la posibilidad de librarse de él aumentaría de manera considerable. Los dos lo sabían. Siempre y cuando no la descubrieran.

Golpeó la pared con la mano. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Después caminó despacio hasta el vestidor.

Abrió la caja fuerte y contempló la página arrugada del diario que Danilo le había dado. A continuación revisó el montón de dinero en efectivo, cuchillos, pasaporte, teléfonos móviles y tarjetas SIM. Sacó uno de los móviles e insertó una tarjeta SIM. Lo encendió y vio que le quedaba suficiente batería, de modo que se sentó en la cama y, en silencio, ensayó lo que iba a decir. Pensaba sonar tranquila y contenida, pero entonces cambió de opinión. Sería mejor liberar lo que sentía, dejar salir la rabia y el enfado que sentía hacia él. Sonaría más real, más creíble. Marcó el número de colaboración ciudadana de la policía. Lo hizo despacio y se preparó cuando oyó los tonos.

Respondió una mujer con voz calmada.

—Hola —dijo Jana—. Primero, quiero mantener mi anonimato. Segundo, tengo algo importante que denunciar...

*Mi diario, 1 de noviembre*

*Querido diario:*

*Hoy hemos vuelto a trabajar en grupos. Esta vez teníamos que pintar el horizonte. Nuestra profesora de Arte ha arrancado una enorme hoja de papel y la ha colocado sobre la mesa delante de mí. Había cinco personas en mi grupo. He dicho que podía dibujar un barco navegando en el horizonte, pero me han dado un pincel y han dicho que pintara el agua. En un rincón. Casi había acabado de pintar cuando Linus ha mojado su pincel en el negro y ha pintado una raya oscura en mitad del azul. «Son olas», ha dicho. «Muy altas». Yo no he dicho nada. Me he quedado mirando la mesa.*

*A la hora del recreo, he esperado a que todos se fueran, como siempre. Cuando estaba a punto de salir de clase, he oído sus voces: Linus, Martin y los demás. Y los he oído con claridad porque la puerta estaba abierta. Al salir, he visto que Martin estaba de pie con los dedos en el marco de la puerta. No lo he dudado. Pan comido. He agarrado el picaporte de la puerta y he cerrado de un portazo. No ha rebotado ni nada, solo se ha oído un crujido y después Martin ha gritado.*

*Es horrible decirlo, pero aún sonrío cuando pienso en sus dedos aplastados. ¡Qué maravilloso! Es maravilloso vengarse. ¡Jodidos imbéciles! Y además nadie ha visto que he sido yo, porque he salido por la parte de atrás de la sala común. Viveka ha dicho que la puerta ha debido de cerrarse por alguna corriente, porque se habían dejado una ventana abierta.*

*Voy a ignorar cualquier cosa que diga Martin mañana, si acaso viene a clase. No podrá hacerme nada malo. Le he arrebatado su poder, el poder de hacerme cosas malas. ¿Lo entiendes, diario? Martin es el monstruo ahora... ¡Le he quitado la capacidad para golpear!*

*Quizá sea lo mejor de todo. Y mi madre, que siempre dice que la venganza no nos lleva a ningún lado. Quizá a ningún lado bueno, pero sí que sirve. Puedes lograr un efecto si de verdad lo deseas. Sí que puedes.*

*Ojalá pudiera decírselo, pero ahora es de noche. Debería dormir, pero mi mente está muy despierta. Pienso en un futuro que no existe. Suena horrible, lo sé, pero no hay futuro. Al menos no el futuro que prometió el médico. El tiempo se está acabando, y no hay nada que yo pueda hacer al*

*respecto. Nada en absoluto.*

**19**

*Lunes*

Philip Engström salió de la sala de descanso del personal y caminó hacia la ambulancia. Su turno había empezado hacía quince minutos y habían recibido un aviso para trasladar a un hombre de cincuenta y ocho años que tenía problemas con el catéter urinario. Philip se sentía errático, sudaba, tenía frío y sed, y esa in-comodidad física se volvía más dolorosa aún si la combinaba con sus horribles pensamientos sobre Katarina.

Vio a Sandra, que caminaba hacia él. Se cruzaron la mirada un instante antes de sentarse en silencio dentro del vehículo. Ella giró el volante para salir de la rotonda y continuó a la velocidad permitida hacia la autopista E4. Las nubes se habían dispersado y los rayos del sol hacían resplandecer las aguas del lago Bråviken.

De pronto, una voz procedente de la centralita rompió el silencio.

—Aviso a la ambulancia 9110, ¿me recibe?

—Aquí ambulancia 9110, cambio.

—Tenemos un aviso de un hombre con una fractura de gravedad en una pierna. No sabemos nada más, porque hemos perdido el contacto, pero cambien de rumbo y activen Código tres hacia Stavsjö, Tintomaras väg 37.

—Recibido, cambio.

—Central, cambio y corto.

—¿Stavsjö? —preguntó Philip.

—Está cerca de Nyköping —dijo Sandra—. A unos diez minutos.

«Diez minutos», pensó Philip.

Esos minutos eran largos, cruciales, cuando se trataba de un caso serio, y el corazón se le aceleró un poco cuando Sandra aumentó la velocidad.

—Código tres, luces y sirena, ¿por una fractura en una pierna? —preguntó Phi-lip—. ¿Qué coño ha ocurrido?

Sandra no respondió. Mantuvo los ojos puestos en la carretera.

Justo antes de llegar al *pub* de Stavsjö, en la frontera entre los condados de Östergötland y Södermanland, abandonaron la autopista y siguieron avanzando hacia esa pequeña comunidad.

La colina que había a continuación del lago era pronunciada y Sandra se vio obligada a aminorar la velocidad al girar a la izquierda.

La casa estaba localizada en una calle sin salida. Aparcaron junto a un arbusto alto y vieron a una vecina que había salido corriendo de su casa y los seguía con expresión de curiosidad.

Philip agarró la bolsa con el instrumental y se fijó en las herramientas de jardinería que había en el jardín. Un cortacésped, un rastrillo y una carretilla. Unas escaleras de madera conducían hasta la puerta de entrada. Llamaron al timbre y esperaron, pero no sucedió nada. Sandra probó con el picaporte y la puerta se abrió. Se hallaban frente a un pequeño recibidor con papel pintado con un diseño en blanco y negro.

—¿Hola? —dijo ella—. Somos los paramédicos.

Entraron y vieron a una mujer con el pelo por la barbilla, sentada en el suelo de la cocina con el móvil en la mano. Se mecía hacia delante y hacia atrás. Estaba visiblemente conmocionada.

Sandra se arrodilló y le habló con voz tranquila.

—Toma —dijo Sandra entregándole a Philip la bolsa de oxígeno.

Philip continuó bajando medio tramo de escaleras hasta llegar a un salón comedor. Otro medio tramo de escaleras más allá estaban los dormitorios, un despacho y un lavadero. Era una enorme casa distribuida en varios niveles, y hasta que no llegó al sótano no encontró al hombre sentado en un charco de sangre, sobre una silla, con las manos atadas y la cabeza colgando contra el pecho. Philip jamás olvidaría aquella imagen. Al hombre le faltaban las piernas. Se las habían cortado por encima de las rodillas y, a su alrededor, se había formado un mar de sangre brillante. Jadeaba. Estaba hiperventilando.

Sin decir una palabra, Philip se acercó a él. Dejó en el suelo la bolsa de oxígeno y el kit médico, le colocó ambas manos en la cabeza al hombre y se la echó hacia atrás. El hombre estaba helado; su piel era cadavérica, casi de un verde azulado. Dejó escapar un gemido apagado.

—¿Ph...Philip?

El hombre lo miró con sus ojos color avellana, y fue entonces cuando Philip lo reconoció. La boca estrecha, manchas cutáneas en las mejillas. Un antiguo compañero. Johan Rehn.

—¿Qué coño ha ocurrido? —preguntó Philip mientras le buscaba el pulso.

—Mis piernas... mis piernas... —Johan cerró los ojos y trató de controlar la respiración—.

No puedo respirar...

Philip abrió la bolsa del oxígeno y le acercó la mascarilla a la boca, pero Johan negó con la cabeza.

—No —murmuró.

—Johan, estate quieto.

—No. —¡Respira!

—No servirá...

—No digas tonterías —dijo Philip con severidad, sabiendo que era el estrés el que hablaba.

Se apresuró a sacar los torniquetes y se los colocó al hombre en la zona de la ingle para frenar el flujo arterial hacia las piernas. Pero sabía que era una tarea imposible.

Johan había cerrado los ojos.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó—. ¡Sandra, ven aquí y ayúdame, ahora!

Había sangre por todas partes. Tardarían veinte minutos en llegar al hospital, y lo único que podían hacer en ese momento era cargar a Johan y ponerse en marcha. Sandra apareció en el umbral y, con su ayuda, liberó a Johan de la silla. Después lo colocaron en la camilla. Los vecinos se habían reunido fuera cuando lo sacaron de la casa. Philip comenzó a trabajar de inmediato en la ambulancia, conectando el oxímetro de pulso antes de empezar a insertarle catéteres en el brazo para poder administrarle fluidos.

Johan abrió los ojos y lo miró. Buscaba con una mano algo a lo que aferrarse. Entonces volvió a cerrar los ojos. Su mano se quedó quieta. Se

había quedado inconsciente. Philip sintió que el vehículo oscilaba mientras trataba de medirle el pulso, pero el corazón de Johan ya no latía. Había entrado en parada cardiorrespiratoria. Philip comenzó con la reanimación cardiopulmonar. Presionó vehementemente con ambas manos contra el pecho de Johan. Contó hasta treinta e insufló aire en sus pulmones hasta que se le hinchó la caja torácica. Después de hacerlo dos veces, siguió presionando con las manos.

—No te rindas ahora, Johan. Por el amor de Dios, no te rindas —dijo, aunque en el fondo sabía que Johan ya se había rendido.

Mia Bolander estaba en su despacho con el teléfono móvil pegado a la oreja. Intentaba entender qué acababa de suceder en su conversación con el vendedor del concesionario de coches. El hombre había hablado con los mecánicos que habían revisado el coche y habían descubierto que la junta de culata había reventado. No sería difícil de reemplazar, pero llevaría tiempo. Además podría haber otros problemas, como que el borde de la culata fuese irregular o que los cilindros estuvieran dañados, y fue entonces cuando Mia se había mordido el labio. Se lo había mordido aún con más fuerza cuando el vendedor le dijo que los mecánicos habían encontrado otros pequeños y fastidiosos problemas como el tirador suelto de una puerta o un ventilador roto.

—Así que puede calcular que la reparación completa rondará los dos mil, si no más.

—¡Mierda! —exclamó ella.

—¿Qué sucede?

—Me he mordido el labio. Y está sangrando..., mierda.

Se secó la sangre con la manga del jersey.

—¿Sigue ahí?

—Sí.

—Siento decirle que tardaremos al menos dos semanas en arreglar su coche, porque no estamos seguros de que el taller tenga todas las piezas en *stock*. Es muy posible que no. El coche no es precisamente nuevo, perdone que le diga.

—¿Un par de semanas?

Su teléfono emitió un pitido y vio que se trataba de Henrik Levin.

—Tengo otra llamada y debo responder. Lo siento —le dijo al hombre.

—Pero tengo una solución para usted, Mia. Acabamos de recibir un Fiat Lounge nuevo, con techo corredizo y asientos de cuero que sería perfecto para usted.

El teléfono volvió a pitar. Henrik no se rendía; sería algo urgente.

—Tengo que contestar —insistió ella.

—¿Y sabe cuál es la mejor parte? —preguntó el vendedor—. Este coche está disponible de inmediato. Así que mi sugerencia, Mia, es que cambie su antiguo coche y venga aquí a por esta belleza. ¿Y sabe qué es aún mejor, Mia? Que solo tendrá que pagar doscientos cincuenta dólares al mes, y eso incluye el servicio básico. Y, con un coche nuevo, nunca tendrá que preocuparse de que no arranque. ¿Qué le parece?

—De verdad, tengo que contestar a la llamada —repitió Mia.

—No puede dejar pasar esta oportunidad, Mia. ¿Qué me dice? ¿Trato hecho?

—Espere un minuto —le dijo, y cambió a la otra línea.

—¿Mia? —dijo Henrik—. ¿Por qué no respondías?

—Estaba hablando por la otra línea. ¿Qué pasa?

—Tenías razón.

—¿En qué?

—Nos enfrentamos a un asesino en serie.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ha habido otro asesinato.

Tenía sangre en el cuello de la camisa, en el pecho y en los brazos. Philip Engström se había quitado la camisa del trabajo antes de subir al vestuario. El médico de guardia estaba ocupándose de Johan Rehn. Había que confirmar su muerte con la fecha y la hora, limpiar la ambulancia, llenar el kit con nuevos medicamentos y cambiar la bombona de oxígeno.



Philip entró en el vestuario. Apoyó la cabeza en su taquilla e intentó entender qué estaba sucediendo a su alrededor. Johan Rehn había muerto. Katarina Vinston había muerto. Y Shirin Norberg había muerto. Conocía a Johan y a Katarina, y estaba seguro de que también había visto a Shirin en alguna parte; le resultaba muy familiar. Notaba un desagradable nudo en la garganta. No podía ser casualidad que conociera a los tres.

Cuando miró el reloj, le temblaban tanto las manos que le resultó difícil ver la hora. Con el índice y el pulgar, encontró la pastilla que guardaba en el bolsillo de los pantalones. Siempre llevaba ahí Sobril para cuando necesitaba calmarse, por-que era más fácil esconder uno que un paquete entero de pastillas. Sacudió la pelusa que se había pegado a la pastilla, abrió la boca, se metió la pastilla al fondo de la lengua y tragó. Pero su cuerpo no obedecía, la pastilla no quería bajar y le dio una arcada. Fue al lavabo, abrió el grifo y sorbió el agua helada a medida que se acumulaba entre sus palmas. Tuvo otra arcada y por fin se tragó la pastilla. Se miró al espejo, vio las gotas de sangre en la mejilla y trató de limpiárselas con la mano. Después advirtió la sangre en el cuello y en la oreja y frotó con más fuerza, como si fuera una sustancia venenosa.

Le dolía, pero siguió frotando y frotando hasta que desapareció por completo.

—¿Quién es? —preguntó Mia.

—Johan Rehn, cincuenta y ocho años —dijo Henrik—. Le he pedido a Ola que recopile cualquier información sobre él para la reunión.

Mia miró a Anneli, que estaba arrodillada para sacar huellas dactilares de una cómoda.

Henrik estaba junto a ella, con los hombros caídos y la cara cansada. La silla en la que había estado sentado el hombre estaba cubierta de sangre. Había sangre en el suelo, sangre por todas partes. Un adulto tenía unos seis litros de sangre, y Mia se preguntó cuánta de toda esa sangre habría perdido aquel hombre. Demasiada, dado que no había sobrevivido.

—¿Estaba solo en casa? —preguntó.

—Sí, al menos cuando sucedió —respondió Henrik.

—¿Y quién llamó?

—Su esposa. Volvió de viaje esta mañana y se quedó en *shock* al encontrárselo sin piernas.

—No me extraña, joder —comentó Mia.

—El mismo asesino —dijo Anneli, todavía arrodillada junto a la cómoda. Henrik asintió, preocupado.

—Pero esta vez ha matado a un hombre en vez de a una mujer —señaló Mia—. ¿Por qué?

—Buena pregunta.

La habitación quedó en silencio.

Mia observó la escena del crimen. Las similitudes con el apartamento de Shirin Norberg y la casa de Katarina Vinston eran notables. Pero ¿qué tenían en común una viuda madre de dos hijas, una mujer soltera y trabajadora y un hombre de mediana edad? ¿Por qué habían sido víctimas de la violencia de ese asesino?

—¿De quién son estas pisadas? —preguntó cuando vio las huellas de unos zapatos junto a la silla.

Anneli se dio la vuelta y miró hacia el inmenso mar de sangre.

—Son de los paramédicos —explicó—. Por desgracia, no llevaban equipo de protección y han dejado muchas muestras, y posiblemente hayan destruido otras cuantas. Pero tendremos que vivir con eso.

—¿Sabemos quién atendió el aviso? —preguntó Mia.

—Sí —respondió Anneli—. Philip Engström y Sandra Gustafsson.

Mia asintió, pensativa.

—¿Habéis encontrado muestras de alguien más además de su esposa?

—Aún no —dijo Anneli—, pero todavía me queda mucho para terminar.

Mia miró de nuevo a su alrededor, fijándose en la habitación y en todos los detalles. Oyó pasos en el piso de arriba y pensó que sería el equipo de forenses inspeccionando la casa.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Henrik—. ¿Cómo entró el asesino? Cualquiera puede usar una palanca o romper una ventana, pero entrar en una

residencia sin dejar rastro es un arte.

—La víctima debía de conocer al asesino —dijo Mia—. No cabe otra explicación.

—Pero ¿cómo iba a saber el asesino que la víctima estaría en casa sola en el momento del ataque? Quiero decir que necesitaría algo de tiempo para cortarle las piernas, ¿no?

—Shirin no estaba sola —dijo Mia.

—De acuerdo, pero encerró a su hija en la habitación. Katarina y este hombre estaban completamente solos. Creo que el asesino debía de tener muy controlados sus horarios.

—Como ya he dicho..., los conocía —repitió Mia.

—O había investigado sus vidas al detalle. Tenemos que hablar de inmediato con todos los vecinos. Preguntar si vieron a alguien por la zona, o tal vez un Audi A5.

Jana corría por la acera. El abrigo le golpeaba contra las piernas y el sonido de sus pisadas quedaba ahogado por el ruido del tráfico, de la multitud, del bullicio de Norrköping. Debido al último asesinato, había sido convocada a una reunión en la comisaría de policía y le había prometido a Henrik Levin que estaría allí a las diez como muy tarde. Estaba a punto de subir los escalones de la entrada cuando vio una bicicleta encadenada al aparcabici. Sabía que era la de Per Åström. Por un momento se quedó helada, como si dudara sobre si continuar o no.

Aquella indecisión le fastidiaba. ¿Qué se lo impedía?

No había tenido tiempo de responder a su propia pregunta cuando oyó el tintineo de unas llaves. Levantó la mirada. Aunque había visto su bicicleta, le sorprendió verlo en persona. Per iba vestido con su habitual chaqueta deportiva y un traje oscuro. Su bolsa le colgaba del hombro. Se quedaron mirándose en silencio, Jana con el maletín en la mano; él, con el llavero.

Solo existía en el mundo el bullicio de la ciudad y ellos dos. Per parecía cansado.

—Soy yo —le dijo, y caminó hacia su bicicleta.

—Sí —respondió ella—. Eres tú.

Después pasó frente a él y subió corriendo las escaleras. No miró atrás, pero oyó cómo desencadenaba su bici y se alejaba pedaleando. En su imaginación, lo vio avanzando por Kungsgatan, pedaleando deprisa, frenando de vez en cuando para mirar a su alrededor, quizá para continuar por una calle perpendicular o mezclarse con toda la gente que inundaba la calle de más allá.

Jana corrió más deprisa, escuchando sus propios pasos, consciente de que ya no oía el rumor incesante de la ciudad.

Tres personas brutalmente asesinadas, pensaba Philip. Johan, Katarina y Shirin. Shirin trabajaba como enfermera quirúrgica, eso lo sabía. Lo había leído en los periódicos y ahora empezaba a darse cuenta de dónde la había conocido. Era extraño que no la hubiera reconocido de inmediato. Johan era cirujano. ¿Y sería él...?

«Esto es una locura», pensó de nuevo. «No puede ser por eso». Caminaba de un lado a otro de la habitación de las literas que había en el trabajo. No, no podía ser por eso. Katarina no había formado parte de aquello originalmente. No entonces, cuando sucedió lo impensable. ¿O

sí? Se dio una palmada en la frente varias veces. «¡Despierta, cerebro! ¡Piensa!».

Se sentó en la cama intentando entender cómo encajaba Katarina en todo aquello, aunque no lograba encajar las piezas. Volvió la mirada hacia la ventana, intentó concentrarse, intentó recuperar el control y regresar a la realidad, pero no podía.

Cuando Jana Berzelius llegó al tercer piso, Henrik y Mia estaban de pie hablando con Gunnar frente a la sala de conferencias. Mia llevaba unos vaqueros y un jersey. Henrik vestía también vaqueros, con una camisa de franela de cuadros azules y un reloj plateado en la muñeca.

Gunnar estaba despeinado y parecía cansado y alicaído.

Jana los saludó a todos con un gesto de cabeza y pensó en varias ocasiones mientras avanzaba que no iba a pararse, que en su lugar continuaría hasta entrar en la sala de conferencias. Pero, justo cuando pasaba delante de ellos, oyó a Henrik decir: —Según nuestros compañeros de Motala, hubo tres muertos y un herido.

—¿Algún motivo? —preguntó Gunnar.

—El testigo al que encontraron herido en el cuarto de baño dijo que hubo una especie de disputa.

—Debió de ser una buena disputa —añadió Mia.

Jana se detuvo. Al quedarse allí parada, volvieron a su cabeza los mismos pensamientos.

¿Podría funcionar aquello? ¿La camiseta y su teléfono móvil obtendrían el resultado que esperaba?

—¿Qué dice el personal del albergue? —preguntó Gunnar.

—Llevaban tiempo con problemas. Había una banda criminal activa en el albergue que sometía a los huéspedes y al personal a amenazas y abusos. Se han presentado varias denuncias.

—¿Y qué medidas se han tomado? ¿Qué ha hecho la policía? —preguntó Mia.

—Bueno, ¿a quién van a culpar? —respondió Gunnar.

—Probablemente culpen a la organización —dijo ella.

—Pueden culpar a quien quieran —dijo Gunnar, mirando a Jana mientras se frotaba la barba incipiente con la mano—. Los medios de comunicación husmearán. La seguridad del albergue se pondrá bajo el microscopio y, lo que es más, volverá a florecer el tema de la inmigración.

Será peor para los empleados del albergue. Estarán hasta el cuello. Pobres diablos.

—Quizá sea mejor cerrar ese agujero de mierda aunque sea nuevo —dijo Mia.

—Esa sería una buena cita para los periódicos —respondió Henrik.

—Pero, en serio —agregó Mia—. El ayuntamiento utiliza el dinero de los contribuyentes para ofrecer lugares donde dormir a los indigentes, y ¿qué obtenemos como agradecimiento? Ah, sí, tenemos que pagar impuestos aún mayores para gestionar las amenazas, la violencia y los asesinatos. ¿Qué le pasa a la gente?

—¿Qué te pasa a ti? —preguntó Henrik.

—Solo digo lo que pienso —respondió Mia—. Quizá deberías probarlo

alguna vez.

Se quedaron callados.

Jana miró a Mia, que se había llevado la mano a la cintura, y pensó que siempre gesticulaba como si tuviera que reforzar lo que decía. Jana optó por quedarse quieta y, cuando el silencio se volvió incómodo entre ellos, pensó que debería decir algo. Realmente quería saber si su llamada había tenido algún impacto, si Danilo Peña había sido relacionado con los acontecimientos, pero no podía preguntar por eso, claro. En su lugar, dijo:

—¿Y sabemos algo sobre el arma homicida?

—Solo sé que había una pistola —dijo Gunnar—. Quién disparó a quién se revelará en la investigación. Ha comenzado la investigación preliminar, pero Mo-tala tiene que hacerse cargo de todo eso. Nosotros tenemos otros asuntos de los que ocuparnos.

Henrik miró el reloj.

—Se supone que debemos empezar la reunión.

—Bueno, entonces será mejor que entremos —contestó Gunnar.

Tenía las comisuras de los labios ligeramente apretadas por el cansancio. Normalmente a Philip los turnos no se le hacían tan largos, pero ahora estaba de pie en el vestuario, completamente agotado, sin poder escapar de sus pensamientos. Shirin. Katarina. Y ahora Johan. Se hallaba bajo la luz cruda de los tubos fluorescentes. El metal ardiente crujía. Fijó la mirada en una mota de polvo que flotaba sin rumbo por el aire y pensó: «Ese soy yo». Un puto trozo de nada, solo, deambulando por un enorme vacío.

Incluso en su relación con Lina, su propia esposa, se sentía solo. No se había abierto a ella, no podía abrirse a ella, y se preguntaba cuántas veces a lo largo de su matrimonio le había dado excusas para evitar revelar cosas de sí mismo, para evitar hablar en general.

Aquella necesidad de ocultar su pasado, su error, había estado condenada al fracaso. Lo sabía.

Al final le pasaría factura. Todo le pasaría factura. Siempre todo pasa factura. Y ahora, la única persona con la que deseaba hablar había muerto. La única con la que podía hablar porque Katarina había estado allí. No quería

cargar con eso a Lina, y además ella tampoco querría escucharle. Eso solo le dejaba a Sandra.

Comenzó a caminar lentamente hacia las salas de las literas que había al otro extremo del pasillo. Contempló la puerta cerrada unos instantes y llamó con suavidad.

—¿Sandra?

—¿Qué pasa, Philip?

Su voz sonaba somnolienta.

—¿Podemos hablar?

—¿Es urgente, o puedo despertarme un poco?

—Es bastante urgente —le dijo, aclarándose la garganta.

—Pasa, entonces.

Philip entró, se aseguró de cerrar bien la puerta a su espalda y se quedó junto a la cama donde estaba Sandra, incorporada y apoyada sobre un codo.

—No sé con quién más hablar... —le dijo—. No estoy paranoico..., pero, ya sabes, los asesinatos, los miembros amputados...

—¿Sí?

—Yo conocía a las tres víctimas.

La última frase casi fue un susurro.

—¿A qué te refieres?

—Sé que parece una locura, pero es cierto.

Miraba de un lado a otro y las gotas de sudor de su frente empezaban a formar pequeños ríos.

—¿Cómo que las *conocías*? —preguntó ella, más despierta ahora.

—Todos trabajamos juntos en un momento dado —le explicó—. Shirin, Katarina, Johan y yo.

—No lo entiendo —dijo Sandra frotándose un ojo.

—Katarina y yo... —empezó a decir, pero se interrumpió.

—... habíais trabajado juntos en la ambulancia, y sé que la conocías. Pero Shirin y... —dijo Sandra.

—Mira..., es una locura, es una locura —dijo Philip en voz alta y empezó a caminar de un lado a otro.

—Cálmate —le dijo Sandra—, y cuéntame qué...

Philip se detuvo y se quedó quieto con una mano en la frente.

—Creo que yo podría ser la siguiente víctima.

—¿Qué? Espera un momento, ¿cómo...?

—Es cierto —la interrumpió—. Puede que yo sea el siguiente. ¿Qué debería hacer?

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Te has puesto en contacto con la policía?

—¿Y qué les voy a decir? Probablemente no me creerán.

—¿Por qué no van a creerte?

—Porque es una locura —respondió él volviéndose hacia la puerta.

—Philip, tienes que...

—No, no funcionará. Olvida lo que te he dicho.

Terminó la conversación y abrió la puerta, arrepentido ya de haber dicho nada. Se arrepentía de haberse abierto a Sandra. Era una sensación desagradable y deseaba librarse de ella de inmediato.

En la pizarra había tres nombres escritos: Shirin Norberg, Katarina Vinston y Johan Rehn.

Henrik fue mirando a sus compañeros mientras resumía todo lo que sabían hasta el momento.

Miró a Mia, que parecía pensativa; a Anneli, que estaba limpiándose las gafas; y a Gunnar, que tenía los brazos cruzados. Giró la cabeza en la otra dirección. Jana Berzelius. Atenta, como siempre. Ola Söderström; aquel día llevaba una gorra nueva, morada esta vez.

Siguió describiendo los asesinatos y supo que debía ignorar las imágenes de los cuerpos mutilados, no mostrar demasiadas emociones. Mantener la mirada al frente, ser analítico y hacer de tripas corazón.



—Estos asesinatos no me dan ninguna tranquilidad —dijo Anneli cuando Henrik hubo terminado.

—A ninguno nos dan tranquilidad —añadió él.

—¿Has investigado a Johan? —preguntó Gunnar.

—Sí. Estaba casado y era padre de dos hijos adultos que viven en Estocolmo. Pero lo más interesante de él es que era médico. Trabajaba como cirujano.

—¿En Vrinnevi?

—En Vrinnevi.

—Así que las tres víctimas trabajaban allí —comentó Gunnar.

—Sí —dijo Henrik, y vio que Jana escribía algo en su libreta—. Y ahí es donde nos encontramos ahora. Tenemos tres víctimas: una enfermera quirúrgica, una paramédica y un cirujano. Tenemos el hospital Vrinnevi, el narcótico Ketalar, una sierra Gigli y un escalpelo.

Todo apunta al hospital. Pero sigue siendo un misterio cómo se conecta todo y por qué —

concluyó levantando los brazos.

—¿De modo que el hospital es el denominador común? —preguntó Gunnar—. ¿Podría el asesino trabajar allí también?

—En cuyo caso, la próxima víctima casi seguro será de allí —intervino Mia.

—No habrá una próxima víctima, Mia —respondió Gunnar con severidad.

La habitación quedó en silencio.

—He estado investigando la historia de Katarina —comentó Ola—. Estaba soltera y vivía sola en la casa de Borg. Además de un antiguo novio, una relación de hace tres años, había tenido bastante cuidado con las relaciones...

—¿Cuidado? —preguntó Mia—. ¿Qué quieres decir con eso?

Ola suspiró.

—Bueno, ¿cómo lo diría? No había tenido muchas relaciones, según parece. Y he revisado sus conversaciones de móvil, y lo mismo pasa con eso.

No parecía tener muchos amigos. Lo único que destaca es que hablaba con cierta frecuencia con un tal Philip Engström, y él fue la última persona con la que habló antes de ser asesinada. También trabaja como paramédico.

—¡Dios mío! —exclamó Mia.

—¿Qué? —preguntó Henrik.

—Estaba pensando... —comentó, pero se quedó callada, como preguntándose si sería demasiado pronto para contemplar esa idea.

Los otros guardaron silencio, mirándola como si supieran que había entendido algo que ellos deberían haber captado de inmediato.

—¿Qué sucede, Mia? —le dijo Gunnar.

—Creo que resulta llamativo que Philip acudiera a dos de las escenas del crimen. No creo que haya sido del todo sincero con nosotros. —Hizo una pausa antes de continuar—.

Concretamente, creo que conocía a Shirin. Me dio esa sensación cuando lo interrogamos. Le vi arquear las cejas cuando mencioné su nombre. Sería interesante saber qué número de pie calza.

Y si sabe usar un escalpelo.

Gunnar se levantó y miró primero a Mia y después a Henrik.

—No vamos a hacer ninguna suposición —dijo—, pero probablemente tengamos que hablar con ese tal Philip Engström. Veamos qué dice sobre su relación con Katarina.

—Y su relación con Shirin Norberg —insistió Mia.

## 20

Henrik Levin se recostó en la silla de su despacho, sacó su móvil y volvió a mar-car el número. Ya lo había intentado tres veces, pero no había logrado localizar a Philip Engström.

Cuando saltó el buzón de voz, dejó el teléfono, se llevó los pulgares a los ojos y los cerró con fuerza.

Tenía mil cosas en la cabeza y no sabía bien qué estaba buscando, pero

sabía que necesitaba ponerse en contacto con Engström.

Agarró el teléfono, volvió a marcar y escuchó los tonos.

Al levantar la mirada, vio a Mia en la puerta, colocándose el pelo detrás de las orejas.

—¿Estás hablando con Engström?

Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿ya has hablado con él?

—Dios, Mia. Estoy al teléfono.

—Ya lo veo, no estoy ciega, pero no parece estar hablando con nadie. ¿Qué te ha dicho Engström? ¿Qué has planeado?

—¿Qué? —dijo Henrik dejando de nuevo el teléfono.

—¿Engström y tú? ¿En qué habéis quedado?

—No ha respondido.

—¿Por eso estás tan raro?

—No —respondió él mirándola a los ojos.

—Lo retiro —dijo ella—, porque ahora estás jodidamente serio.

Se quedaron callados. Él apoyó la cabeza en el respaldo y suspiró. Después la miró y trató de decidir si debería seguir llamando o no, pero Mia ya había decidido por él.

—Eso no va a ninguna parte —le dijo—. Vamos a su casa. ¿Dónde vive?

—En la zona de Skarphagen.

—Bien —dijo ella golpeando ligeramente el marco de la puerta—. Vamos, no pintamos nada aquí sentados.

—Ya voy —respondió—. Solo que todos los coches están ocupados, tendremos que llevar el mío.

—O el mío.

—¿Lo has arreglado?

—Algo así.

Jana Berzelius dejó su taza de café sobre la mesa. Estaba sentada en la sala de descanso de la comisaría y se sentía incómoda en todas partes. No quería regresar a la Fiscalía Pública porque se arriesgaba a encontrarse de nuevo con Per. Tampoco quería irse a casa, porque Danilo estaba allí. Y desde luego no tenía ninguna gana de ir al depósito y tener que ver de nuevo el cuerpo pálido de su madre. No quería enfrentarse al dolor..., ya lo había expulsado de su mente... y había decidido que no había razón para mostrarse extremadamente sentimental. Sobre todo, deseaba que la dejaran en paz.

Se recostó en su silla lentamente y pensó en lo largo que iba a ser el día. Además de la inevitable visita al depósito con su padre y su enfermera, iba a tener que participar en reuniones y repasos, escuchando informes preliminares, declaraciones de testigos, análisis de sangre, pistas, armas homicidas, etcétera, etcétera. Por lo general, el trabajo le resultaba satisfactorio e interesante, pero ahora solo podía pensar en Danilo y en confirmar que la camiseta que había dejado en el albergue hubiese sido encontrada, para poder llevarlo a Södertälje sin correr tanto riesgo.

Aún no sabía si la policía había dejado de buscarlo en Norrköping. La policía de Motala había empezado a investigar lo que llamaban «una disputa». Sin embargo, el falso testimonio que había ofrecido ella la noche anterior no parecía haber trascendido, al menos en Norrköping.

Todo parecía demasiado tranquilo.

¿Cuál sería el *modus operandi* en Motala? ¿No habrían encontrado la camiseta del hospital?

¿No habría proporcionado eso suficientes pistas sobre el asesino Danilo Peña, en la misma habitación en la que habían sido asesinados tres hombres? Con todo, parecía que nadie hacía la asociación. Apartó la taza de café y se levantó de la mesa. Trató de pensar en otra cosa, pero siempre acababa con lo mismo. ¿Y si aquello no funcionaba? ¿Y si jamás se libraba de él?

Anneli Lindgren saludó a la ayudante administrativa Britt Dyberg, que estaba en el pasillo con un fajo de papeles en los brazos. Observó que la chaqueta rosa de Britt no le quedaba bien, ya que le colgaba sobre los hombros y parecía demasiado grande. Anneli, en cambio, llevaba un jersey azul claro y unos vaqueros ajustados. Se había recogido el pelo en una coleta y caminaba hacia su despacho. Cuando vio luz en el despacho de Gunnar, se

asomó. Lo saludó y él le devolvió el saludo sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador. Siguió caminando, pero entonces se detuvo, retrocedió y entró.

—No tengo tiempo —dijo Gunnar cuando abrió la puerta por completo.

—Sí lo tienes —respondió ella con calma.

—Estoy en mitad de algo importante.

—¿Como leer el periódico? —preguntó.

—Los medios de comunicación ya se han hecho eco del tercer asesinato —le dijo él, mirándola.

Anneli había albergado la esperanza de sacarle una sonrisa, pero eso no sucedió. En su lugar, se encontró con una expresión cansada.

—¿Qué quieres?

—Necesito... hablar contigo.

—Ahora no.

—Solo quiero... hablar.

—Habla, entonces.

—Dios, sí que estás de mal humor —murmuró ella.

—Un minuto —le dijo él—. Nuestros asuntos privados ya nos han robado un minuto de nuestra jornada de trabajo, y ese tiempo podría emplearse en comprobar huellas dactilares, pisadas o cualquier otra cosa. Tenemos a un lunático suelto por ahí al que le gusta cortar en trocitos a la gente, y quiero que encontremos a ese lunático deprisa. No quiero más titulares en los periódicos.

—Por supuesto —dijo ella, percibiendo la decepción en su voz.

—Y cierra la puerta al salir.

—Por supuesto —repitió, y cerró de un portazo.

—Aquí está —anunció Mia Bolander—. Mi nuevo coche.

Henrik tardó exactamente cinco segundos en cerrar la boca, asombrado como estaba. Mia había llevado la cuenta.

—¿Te has comprado un coche nuevo? ¿Cuándo?

—Hace una hora, en la pausa para comer. Iba a costarme tanto arreglar el viejo que he decidido comprar uno nuevo.

—Suenas razonable —respondió él con cautela.

Desde luego que era razonable, pensó Mia mientras abría el coche. Cada día sentía el fastidio habitual al ver a alguien conduciendo un Lexus, un BMW o un Tesla. Cada día los veía en las rotondas y en los cruces, como sueños imposibles, como oportunidades perdidas, malas decisiones y limitaciones. Casi como si se burlaran de ella y de su vida. Pero eso se había acabado, porque ahora tenía un Fiat Lounge rojo. Y de pronto aquella sensación de insignificancia había desaparecido. De acuerdo, los hombres del *pub* no le habían prestado suficiente atención, así que debía prestársela ella misma. Hablando claro, se merecía aquel coche demasiado caro, se lo merecía con creces.

Se sentaron en los suaves asientos del vehículo, rodeados por el maravilloso olor a coche nuevo. Mia puso en marcha el motor, salió del aparcamiento y dejó atrás la comisaría. Diez minutos más tarde, se detuvieron en casa de Engström, en Skarphagen. Henrik iba tres pasos por delante de ella y ya había llamado a la puerta cuando lo alcanzó. Abrió la puerta Lina, la esposa de Engström. No llevaba nada de maquillaje. Tenía pecas y la piel suave, y llevaba el pelo recogido en una trenza. Vestía un jersey rojo y pantalones demasiado grandes.

Dejó que Henrik se presentara primero.

—Y yo soy Mia Bolander —dijo ella después, ofreciéndole la mano—. Estamos buscando a su marido, Philip.

—No está en casa.

—¿No?

—No, aún no. ¿Ha ocurrido algo? —preguntó Lina, mirándolos con preocupación.

—Hemos estado intentando localizarlo por móvil —le explicó Henrik mientras le mostraba la placa—. Tenemos que hablar con él. ¿Sabe dónde está?

—Probablemente siga en el trabajo —respondió Lina, que empezaba a respirar con más rapidez—. Con frecuencia no responde al teléfono. Es

paramédico.

Mia observó el recibidor, la balda de los sombreros con una gorra y una bufanda, las perchas con una cazadora vaquera y un abrigo de cuero. Y el zapatero. Lo señaló con la cabeza y Henrik también se dio cuenta de lo que había allí. Un par de deportivas Nike.

—¿De quién son esas deportivas? —preguntó, señalando con la mano.

Lina se dio la vuelta.

—De Philip —respondió.

—¿Qué número son?

—Cuarenta y tres, algo así —respondió la mujer mientras agarraba una de las deportivas.

Henrik miró a Mia.

—Es necesario que nos las llevemos —le dijo entonces.

—¿Por qué?

—Se encontró una huella de ese tipo en una escena del crimen.

—¿Una escena del crimen? Pero ¿qué tiene que ver Philip con eso?

A Mia le pareció una pregunta razonable, pero no tenía intención de responder.

—¿Podemos pedirle una bolsa? —preguntó en su lugar.

—Sí... —respondió Lina, confusa, y desapareció en la cocina. Regresó con una bolsa de plástico blanca—. Pero ¿qué ha hecho? —preguntó mientras Henrik guardaba las deportivas en la bolsa.

Mia lo miró.

—Estamos deseando ponernos en contacto con él —dijo él—. ¿Le importaría que echáramos un vistazo por la casa, solo un momento?

—Por supuesto —respondió ella.

Entraron en el salón, se fijaron en el sofá y en la manta, en la televisión encendida, en los libros apilados, en el portátil que había sobre la mesa.

También vieron envases de comida para llevar y envoltorios de caramelos.

—Lo siento —dijo Lina—. Está un poco desordenado. Estoy estudiando para un examen y por eso está así.

—¿Qué clase de examen? —preguntó Mia.

—Voy a ser profesora.

Mia miró a Lina, de pie bajo el aplique de luz atenuada. En cierto sentido, la luz y las sombras realzaban sus arrugas, pensó Mia. Destacaban incluso aquellas que eran casi invisibles.

—Pobrecilla —murmuró Mia, pensando en su elección laboral y en sus arrugas. Después se asomó al dormitorio y vio la cama sin hacer y la foto rectangular donde se veía una playa de arena blanca y un mar azul. En la ventana, frente a las persianas venecianas bajadas, había un helecho de plástico.

—¿Qué tipo de coche tienen? —le preguntó.

—Un Audi. ¿Por qué?

Mia se volvió de inmediato, como si las palabras de Lina hubieran sido un latigazo.

—¿Qué modelo?

—Mmm, ¿cuál era?

Lina susurró para sus adentros mientras Mia y Henrik aguantaban la respiración.

—Creo que tenemos un Audi A5.

Mia observó a Lina, la examinó con atención y vio que se mostraba un poco torpe en sus movimientos, vacilaba frente a ellos.

—¿Dónde está el coche? —preguntó Mia.

—Se lo ha llevado Philip al trabajo —respondió Lina, haciendo un gesto con la mano que permitió que el anillo de boda reflejase la luz de la lámpara del techo—. Siempre se lo lleva.

—¿Y cuánto tiempo llevan casados? —preguntó Mia.

—En julio hará tres años.

—¿Tres años?



—Sí.

—¿Dónde se casaron?

—En el archipiélago de Saint Anna.

Mia miró a Henrik con complicidad.

—¿Philip ha estado actuando de forma extraña últimamente? —preguntó Henrik mientras abría la puerta del cuarto de baño. Se asomó y vio rollos de papel higiénico acabados tirados por el suelo. Después siguió hasta la cocina.

—No.

—¿No ha mostrado síntomas de estrés o problemas para dormir?

—No.

Lina se quedó mirándolo con nerviosismo.

—Entonces, ¿no cree que le haya afectado la muerte de su compañera Katarina Vinston? —

preguntó Mia.

—¿Katarina Vinston? —repitió Lina.

—Sí.

—Dios mío... ¿Ha muerto?

—¿No se lo ha dicho Philip?

—No, pero ¿no estuvo con ella el otro día?

Mia arqueó las cejas, miró a Henrik y después a Lina.

—¿Qué ha dicho?

—Estuvo en su casa, estuvo allí. Dios..., ¿ha muerto?

—¿Usted la conocía?

—No, no la conocía. Sabía quién era. La vi alguna vez, por la ciudad, pero nos decíamos hola y nada más. Pero Philip y ella eran buenos amigos, creo.

—¿Cree?

—No lo sé..., trabajaban juntos.

—¿Se encuentra bien? Está pálida.

Lina se apoyó con la mano en la puerta del frigorífico.

—La idea de que Philip y ella...

—¿Cree que había algo entre ellos? —preguntó Mia.

—No, desde luego que no —respondió Lina con indignación—. No podrían.

Sería imposible.

—¿Por qué?

—Porque estoy embarazada.

## 21

Se quedó mirando la fría sala del depósito del hospital de Vrinnevi, con sus hileras de cajones de acero inoxidable, y se preguntó cuántos cuerpos habría allí detrás, esperando ser enterrados.

Después siguió caminando lentamente por el pasillo hacia la sala de visitas.

Oyó que alguien se acercaba por detrás. Al darse la vuelta, vio a un joven de pelo largo y rubio que caminaba hacia ella. Llevaba una bata blanca y pantalones del mismo color. Le estrechó la mano y la miró casi con timidez.

—Soy Sören Erixon —dijo—. Bienvenida.

—Gracias —respondió Jana.

—¿Serán dos?

—Mi padre viene de camino con su cuidadora.

—Puede entrar en la sala de visitas —le dijo—, si se siente preparada.

—No sé si...

Se quedó callada, miró hacia la puerta de la habitación y vaciló. Pasaron unos segundos mientras intentaba recomponerse, entonces se aclaró la garganta y abrió la puerta. Se quedó quieta, con la mano aún en el picaporte, mientras recorría con la mirada las pesadas cortinas, el sofá y las velas encendidas en

el candelabro negro de tres brazos. Miró las sillas y el cuadro que colgaba de la pared. Por fin reparó en la camilla forrada de Holanda que se hallaba en el centro de la habitación. Entró, dejando la puerta abierta, y se detuvo a pocos metros de su madre, que yacía allí con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. Llevaba el pelo peinado y sus labios parecían húmedos, probablemente debido al brillo labial o a la vaselina. Se acercó a ella, extendió la mano y la colocó sobre la boca de su madre, como si esperase sentir su aliento, como solía hacer cuando era pequeña.

Oyó pasos en el pasillo a través de la puerta abierta, de modo que apartó la mano con rapidez.

Fue entonces cuando volvió a fijarse en los hematomas que su madre tenía en las fosas nasales.

Dio un paso al frente y se inclinó para examinar más de cerca el rostro de su madre. Pasó de su nariz a su boca, le levantó con suavidad el labio superior y observó con atención. ¿Sería normal que se produjeran hematomas con la reanimación cardiopulmonar? No estaba segura. Sacó su móvil e hizo algunas fotografías antes de volver a guardárselo en el bolsillo y levantarle el jersey a su madre para mirarle el abdomen. Buscó más marcas, pero no halló ninguna. Antes de que los demás llegaran a la puerta, agarró el brazo derecho de su madre y lo recorrió con la mirada, desde arriba hasta las uñas de la mano. Parecía tener una de las uñas rota. Colocó la mano de su madre sobre la suya y sintió el frío y la ausencia de vida. Advirtió una fina capa de suciedad debajo de sus uñas. ¿O sería sangre seca? Arrancó un trozo de una uña que estaba partida, sacó un pañuelo del bolsillo, metió dentro el trozo de uña y volvió a guardarlo. Después se apartó de la camilla y se quedó quieta cuando Sören Erixson entró en la sala con Elin Ronander empujando la silla de ruedas de su padre.

Miró a Elin a los ojos y vio el dolor en su rostro. Escuchó las condolencias de Sören, que decía que era totalmente normal quedarse en la habitación mucho tiempo para despedirse, mientras observaba el rostro calmado y atento de su padre.

—Ahora les dejaré a solas —dijo Sören antes de salir de la habitación. Elin acercó la silla de ruedas al otro lado de la camilla, hasta que su padre levantó una mano para indicar que no quería acercarse más.

Elin apoyó suavemente una mano en su hombro y susurró:

—Esperaré fuera.

Cerró la puerta al salir. Las llamas de las velas titilaron, pero, después, la sala quedó totalmente en calma, inundada por un silencio casi desagradable.

Jana no se movió. Se quedó callada, mirando a su padre. De pronto le pareció muy pálido.

Levantó la mirada hacia ella y Jana advirtió algo diferente en sus ojos. Parecían vacíos.

—Nos... nos concims... —dijo él—. Marvilloss... No recuerd qué tocabn, Beethovn, creo...

Jana apenas entendía lo que decía. Lo miró, vio la seriedad en su mirada, lo con-centrado que estaba para poder controlar cada temblor, cada nervio, mientras hablaba.

—No sé si pue ds entenderlo —añadió su padre—. Pro he stado orgulloso dque nunca le faltra nda.

Tocó con suavidad el brazo delgado de su madre y gimoteó. Le salió de dentro, como si solo en aquel momento hubiera entendido que de verdad había muerto.

—Margaretha...

Luchó por llevarse las manos a la cara y lloró en silencio.

Jana se apartó y sintió la necesidad de abandonar la habitación de inmediato.

—Ya hemos terminado, ¿verdad? —dijo.

—No —respondió su padre, molesto, y se frotó la cara con manos temblorosas en un intento por secarse las lágrimas.

—No era una pregunta —dijo ella—. Tengo una reunión.

—Entonces vete —respondió él.

—Te veré en el funeral —le dijo Jana mientras atravesaba la sala. Se dio la vuelta al llegar a la puerta—. Casi se me olvida. Quiero que encargues las flores para el funeral.

—¿Flres? —preguntó su padre.

—Sabes cuáles le gustaban, ¿verdad?

Se quedó callado.

Sintió náuseas al darse cuenta de lo poco que conocía realmente a su madre. Tragó saliva varias veces y trató de controlar la rabia que sentía hacia él.

—Peonías —le dijo con sequedad antes de salir de allí.

Philip quería quedarse a solas con sus pensamientos, se sentía perseguido por ellos. Estaba sudando, tembloroso y cansado. «No estoy loco», pensó mientras entraba en la sala del personal. «Es solo una parte de mí que se ha dejado llevar, que ha explotado». Se dejó caer en el sofá y pensó en Sandra Gustafsson. Se arrepintió de haberla arrastrado hacia sus problemas. Lo interpretaría como una invitación y seguiría haciéndole preguntas irritantes; preguntas que él no podía soportar. ¿Por qué se lo habría contado?

Al apoyar los pies en la mesa, empezó a sonarle de nuevo el móvil. Llevaba sonando todo el puñetero día y acababa de decidir que lo dejaría sonar cuando se dio cuenta de que, al menos esta vez, era un número conocido. Respondió.

—Has vuelto a mentir —le acusó su mujer—. No entiendo cómo puedes soportar...

—Un momento, Lina —le dijo mirando por encima de su hombro—. Voy a...

—¿Vas a qué?

—Salir de aquí. No estoy en un buen lugar para hablar.

Salió de la sala y fue al vestuario, comprobó que no hubiera nadie allí y se sentó en el banco situado frente a las taquillas.

—¿Sobre qué he mentido? —le preguntó.

—Como si no lo supieras —dijo ella—. Katarina ha muerto y tú lo sabías, ¿verdad?

Philip cerró los ojos y tardó unos segundos en responder.

—Sí.

—Lo sabías, ¿y no me dijiste nada?

—Se me olvidó.

—¿Cómo se te va a olvidar algo así?

—No lo sé.

—¿Dónde estás ahora?

—En el trabajo.

—¿Estás seguro?

Philip abrió los ojos, se echó hacia atrás y sintió el frío de la puerta de la taquilla a través del tejido de la camisa.

—¿Por qué iba a mentir sobre eso? —preguntó.

—Mientes por todo —le dijo ella.

—No es verdad.

—Mentiste al decirme que habías estado en el trabajo —le acusó Lina—, aunque en realidad estabas en casa de Katarina.

—Eso es verdad.

—Eres un idiota.

—Eso también es verdad.

Lina se quedó callada. Pasados unos segundos, la oyó tomar aliento.

—¿Estabais teniendo una aventura? —le preguntó.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Ya te dije que no. ¿No me crees?

—Yo sí, pero la policía no. Probablemente ya estén de camino.

—¿Aquí?

—Sí. No respondías al teléfono. Me han hecho unas preguntas sobre Katarina, pero les he dicho que sería mejor que hablaran contigo. Se han llevado tus deportivas y me han preguntado qué coche tenemos. ¿Qué has hecho, Philip? ¿Has matado tú a Katarina?

—¡Joder!

Se levantó y se pasó la mano por el pelo. Notaba el sudor en las axilas.

—¡Philip! —Oyó decir a Lina, pero no respondió. Bajó el teléfono, perdido en sus pensamientos.

Era una idea absurda, pero no podía dejar de pensarlo: no solo era la próxima víctima del asesino, sino que además era sospechoso de asesinato. ¿Qué diablos estaba pasando? La habitación daba vueltas, se sentía cada vez más atrapado, y entonces oyó una voz. Una voz que le atormentaba. «Creen que eres tú. Shirin, Katarina y Johan». Le costaba trabajo respirar. Trató de fijar la mirada, buscando la salida. «Vienen a por ti», pensó antes de guardarse el teléfono en el bolsillo y salir corriendo del vestuario.

—¿Puedo ayudarles?

Un hombre con bigote de unos treinta y tantos años miró inquisitivamente al inspector jefe Henrik Levin y a la inspectora Mia Bolander, que acababan de entrar en el puesto de las ambulancias de Norrköping.

—Estamos buscando a Philip Engström —le informó Mia.

—Acabo de verlo en el vestuario. Pueden mirar ahí.

—¿Y eso está...?

—En el piso de arriba, a la derecha.

—Gracias.

Henrik y Mia pasaron entre dos ambulancias, atravesaron una habitación destinada a ropa de abrigo y zapatos, y siguieron subiendo hasta el segundo piso. Había tres hombres y dos mujeres sentados a la mesa hablando de las vacaciones, pero se quedaron callados cuando entraron Henrik y Mia.

—Hemos venido para hablar con Philip Engström —anunció Henrik tras hacer las presentaciones.

—Sandra, ¿sabes dónde está Philip? —preguntó una de las chicas, señalando con la cabeza a la mujer vestida con ropa de trabajo que estaba de pie en la cocina. Tenía los ojos verdes y Mia se acordaba de ella, del interrogatorio.

—Sandra Gustafsson, ¿verdad?

—Sí —confirmó.

—¿Sabes dónde está tu compañero?

—Se encontró mal de repente y se acaba de ir a casa. Ha dicho que era algo del estómago.

Estaba muy pálido.

—Qué pena —murmuró Mia—, pero, antes de irnos, ¿sabes si tu jefa, Eva Holmgren, está aquí?

—Estaba en su despacho —contestó Sandra—. Al final del pasillo a la derecha. Puedo acompañarles.

—Gracias.

Henrik y Mia la siguieron.

—¿Sería posible hablar un momento contigo después de haber hablado con tu jefa? —le preguntó Henrik cuando se detuvieron frente al despacho de Eva.

—Si sigo aquí —respondió Sandra—. Puede que recibamos algún aviso. Aun así, pueden llamarme sin problemas si necesitan algo.

Philip salió apresuradamente del puesto de las ambulancias. Su móvil sonaba sin parar, pero no le apetecía contestar. Siguió caminando y solo se detuvo después de recorrer una buena distancia. ¿Qué iba a hacer? ¿Dónde podía ir? Le costaba trabajo pensar con claridad y el corazón le latía descontrolado en el pecho.

En la entrada de un sendero, giró y empezó a correr a través de un complejo de apartamentos.

Saltó una verja baja, atravesó un arenero y siguió corriendo en diagonal por un campo de fútbol.

«No debería estar corriendo», pensó. «La gente se fijará en mí y le parecerá raro». Sin embargo, no podía parar. Sus piernas se movían por voluntad propia.

Cuando llegó al Centro Vilbergen, a pocos kilómetros de distancia, le costaba trabajo respirar y tuvo que aminorar la velocidad. Iba todo lo despacio que podía, manteniéndose pegado a un lado de la plaza y tratando de aparentar normalidad. Aun así, sentía todas las miradas puestas en él. Y solo entonces se dio cuenta de que aún llevaba puesta la ropa de trabajo. «Todo el mundo me está mirando», pensó.



El pánico se desbordó en su interior y Philip empezó a correr de nuevo.

—Supongo que querrán hablar en privado —dijo Eva Holmgren cerrando la puerta de su despacho—. Siéntense, por favor.

El despacho era pequeño y austero. No había ninguna planta en la ventana, pero sí fotos enmarcadas de niños, nietos probablemente, pensó Mia Bolander.

—¿Tienen preguntas sobre uno de nuestros miembros del personal? —preguntó Eva juntando las manos y dejándolas sobre su regazo.

—Philip Engström —dijo Henrik.

—Philip... —repitió ella mientras se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja—. Lleva muchos años trabajando con nosotros.

—¿Puede hablarnos de él?

Eva tomó aliento, como si necesitara tiempo para pensar antes de responder.

—Philip es una persona ambiciosa a la que le gusta trabajar duro —respondió—. Es puntual, profesional y está comprometido con su trabajo.

—Parece el empleado perfecto —murmuró Mia.

—Nadie es perfecto. Hasta Philip tiene sus defectos.

—¿Por ejemplo?

Eva tomó aliento de nuevo, aunque esta vez fue más un suspiro.

—Philip ha estado pasándolo mal últimamente. Nuestro personal debe estar preparado para cualquier cosa cuando recibe un aviso. Puede ser un accidente de coche, un incendio, un asesinato, un suicidio, un intento de suicidio, una violación, enfermedad, ahogamiento o cualquier otra cosa. La lista es larga. Y, en esas situaciones, se da por hecho que la persona que acude al rescate debe ser capaz de trabajar bajo circunstancias que el paciente no puede asimilar, no solo en el aspecto médico, sino también la propia situación y todo lo relacionado con ella.

—Entiendo —dijo Henrik.

—Esas condiciones de trabajo son duras. Nuestro personal experimenta cosas a diario que muchas otras personas no experimentan en toda su vida, como miembros amputados, cadáveres, descomposición... Y no siempre tiene

que ser algo horrible con mucha sangre y lesiones graves. Puede tratarse de un ser querido que les grita: «¡Hagan algo! ¡Hagan algo!».

Eva se inclinó hacia delante y agarró un bolígrafo, que empezó a hacer girar entre los dedos.

—Les digo esto para que entiendan que se trabaja bajo una presión extrema. Al mismo tiempo que tenemos que proporcionar asistencia sanitaria, también debemos consolar a los seres queridos. Ni se imaginan lo difícil que es saber cómo va a reaccionar una persona a todo eso.

Algunos se atreven a mostrar lo que sienten, otros no parecen preocuparse en absoluto. Puede variar de un aviso a otro. Y, cuando hemos terminado un aviso, se supone que hemos de lidiar con nuestros propios sentimientos. Es imposible acostumbrarse a los enfermos, a los moribundos y a los muertos.

—Lo sabemos —le aseguró Mia.

—Sé que lo saben, pero solo quiero que..., no sé..., que quede claro, quizá. Y ahora nos hemos visto afectados por una muerte terrible..., algo que ha calado hondo entre el personal...

—Pero ¿qué hacen para gestionar esos sentimientos? —le preguntó Henrik.

—Hablamos unos con otros —dijo Eva dejando el bolígrafo—. Tenemos algo llamado

«apoyo de compañeros». Eso exige que las personas sientan que pueden confiar las unas en las otras, lo cual creo que hace la mayoría de nuestros empleados. Pasan muchas horas en el puesto entre avisos. Comen, hacen ejercicio, duermen juntos, y por eso se forma cierta cercanía en el grupo. Un buen compañero es el noventa y nueve por ciento del trabajo. Sé que Philip y Katarina trabajaban muy bien juntos. Eran un equipo muy compenetrado.

—Así que Philip y Katarina trabajaban juntos —dijo Henrik—. No recuerdo oírle decir eso cuando hablamos por teléfono.

—Apenas recuerdo lo que dije. Lo de Katarina ha sido... horrible. Es incomprensible. Pero sí, trabajaban mucho juntos.

—¿Cómo reaccionó Philip a la muerte de Katarina? —preguntó Henrik.

—Creo que todavía no lo ha asimilado del todo...

—¿A qué se refiere?

—Como saben, incluso antes de lo de Katarina, había participado en un aviso muy desagradable. Fue el primero en llegar a la escena del asesinato de la enfermera quirúrgica que ha aparecido en los periódicos. Además, fue el primero en llegar a la escena del asesinato del cirujano... Teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido, apenas ha mostrado emoción alguna, si he de ser sincera.

—Y a usted ¿qué le parece eso? —preguntó Henrik.

—Le he ofrecido unos días de permiso, pero se niega. Así que, de hecho, no pienso mucho en ello ahora mismo. Muchas veces he visto a empleados que se distancian de lo que piensan y sienten. Es una estrategia que surge de la experiencia y del número de años en el trabajo.

—¿Quiere decir que se insensibilizan? —preguntó Mia.

—¿No les pasa a ustedes lo mismo?

Se quedaron callados. Mia abrió la boca, pero fue Henrik quien respondió.

—Como en cualquier trabajo, acumulamos experiencias que siempre llevamos con nosotros

—dijo—. Pero hay imágenes que nunca se olvidan...

—Sí, cierto —convino Eva—. Aunque los empleados hablen de ello y gestionen las situaciones que han experimentado, esas imágenes siempre se quedan. Las llevamos con nosotros, por desgracia, como una pequeña mochila. Cuanto mayor te haces y más trabajas, mayor es la mochila que has de llevar.

—Pero a veces debe de ser demasiado —comentó Mia.

—Desde luego —respondió Eva—. Claro que sí. Obviamente hemos tenido empleados que no han trabajado más de un par de años, porque no podían soportar el estrés físico y psicológico de este trabajo. Hemos visto cambios de personalidad y hemos presenciado todo tipo de consumo de drogas. Vigilamos constantemente a nuestros empleados y les ayudamos en todo lo que podemos.

Henrik se pasó la mano por el pelo.

—Esperamos poder hablar con Philip —dijo—, pero parece que está

enfermo.

—Sí —respondió Eva con expresión preocupada—. Casi nunca se pone enfermo, pero imagino que será una reacción a los recientes acontecimientos.

—¿De modo que no le parece extraño que esté enfermo precisamente hoy?

—No, ¿por qué me lo iba a parecer? Debe de ser casi saludable reaccionar de algún modo a la pérdida de un compañero. Por no mencionar que tiene derecho a estar enfermo.

—Ha dicho que Philip no suele mostrar sus emociones —comentó Henrik—. ¿Se ha excedido alguna vez?

—¿A qué se refiere? —preguntó Eva.

—Bueno, hasta el punto de no poder soportarlo, de que se volviera demasiado.

—No, no que yo sepa. Philip es un buen empleado, pero es humano.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No sé lo que intento decir con eso, la verdad. Tal vez sea mi manera de excusar a Philip.

—¿Por qué? —preguntó Mia.

—Es evidente que aquellos que nos dedicamos a la atención sanitaria también podemos cometer algún error ocasional —se justificó Eva.

—¿Qué ha hecho Philip?

—No sé si puedo decirlo. Estoy obligada al secreto profesional.

—Bueno, entonces he de informarle —dijo Henrik— de que nuestra consulta está relacionada con una investigación abierta.

—Eso me imaginaba..., pero no quiero entorpecer la investigación de ninguna manera con información desactualizada.

—No creemos eso.

Eva se quedó callada unos segundos.

—Como ya he dicho, todos tenemos nuestras propias herramientas para afrontar los acontecimientos traumáticos de nuestras vidas. Muchos recurren al alcohol.

—¿Y Philip? ¿Recurre a algo?

—Una vez supe que consumía pastillas.

—¿En el trabajo?

—Sí, pero fue hace cinco años, cuando acababa de empezar. Se había dejado un paquete de pastillas en uno de los cuartos de baño. Tuvimos una conversación al respecto y, desde entonces, no he tenido razones para sospechar de él. Pero ahora, con ustedes dos aquí sentados, claro, empiezo a preguntármelo. ¿Debería estar más nerviosa por él?

Estaba sentada a la mesa de un restaurante llamado Fresh Market y esperaba la ensalada de tallarines de arroz que había pedido. Jana estaba deseando estar sola, tranquila y en paz. Sacó su móvil y miró con atención las fotografías que le había sacado a su madre en el depósito. Se detuvo largo rato en lo que podrían ser hematomas en la nariz de su madre, después pasó a las fotos del labio superior antes de marcar el número del laboratorio de criminología.

—Björn Ahlmann al habla.

—Hola, Björn, soy Jana —dijo—. Me gustaría hablar contigo.

—Espero que no sea sobre Johan Rehn. No he tenido ocasión aún de practicarle la autopsia al cuerpo.

—No, es otra cosa.

—Cuéntame.

Se quedó callada, escuchando el murmullo de los demás a su alrededor, el sonido de la cubertería sobre la porcelana, y de pronto se oyó a sí misma preguntar: —¿A qué conclusión llegarías tú si vieras hematomas en la nariz de un cadáver?

—¿Niño o adulto?

—Adulto —respondió Jana—. Una mujer mayor.

Tragó saliva y miró a su alrededor para confirmar que nadie estuviera escuchándola. Un hombre entró y caminó con torpeza hacia una niña que era delgada y bajita; ni siquiera le llegaba a la altura del pecho. La niña le dio un abrazo rápido y él sonrió y le dio un beso en la cabeza.

—Como sabes, los hematomas u otros signos de violencia pueden presentarse varias horas después del momento de la muerte —le explicó Ahlmann.

—Lo sé —confirmó ella, sintiendo un escalofrío que se extendió por su cuerpo.

—Pero es difícil sacarse una conclusión de la manga, así, sin más, sin saber de qué estamos hablando. Tienes que darme alguna información más. ¿Los hematomas son simétricos? ¿Son paralelos? ¿Cubren toda la nariz, o solo una parte?

—La mujer presenta hematomas en las aletas de la nariz y derrames en la parte interior del labio superior.

Oyó la respiración de Ahlmann, seguida de un largo silencio. Ese silencio hizo que se le acelerase el corazón.

—Tal como lo describes... —empezó a decirle él.

—¿Sí?

—Podría ser debido a un intento de reanimación. Aun así, parecen el tipo de lesiones provocadas por alguien que hubiese intentado obstruir las vías respiratorias. En otras palabras, como si la persona hubiese sido asfixiada.

Quedaban dos personas en la sala de personal después de que Henrik Levin y Mia Bolander concluyeran su reunión con Eva Holmgren. Por desgracia, ninguna de ellas era Sandra Gustafsson. Llegaron al coche de Mia y se subieron. Henrik sacó el teléfono.

—Voy a intentar localizar nuevamente a Philip —anunció mientras marcaba el número y escuchaba la señal.

—Es muy sospechoso que no responda —dijo ella cuando Henrik negó con la cabeza.

Marcó entonces el número de la esposa de Philip. —Hola, soy Lina. Su voz sonaba suave, casi como un susurro.

—Hola, soy el inspector jefe Henrik Levin. Me preguntaba si Philip había vuelto a casa.

—No, sigue en el trabajo, como ya les dije.

—Aquí dicen que va de camino a casa.

—¿Por qué razón?

—Se encontraba mal, según nos han dicho.

—¿Qué?

—¿Así que no lo sabe?

—No, no he hablado con él.

—¿Puede decirle que nos llame cuando llegue a casa? Estamos muy ansiosos por localizarlo.

—Por supuesto...

—Gracias.

Henrik colgó el teléfono y se quedó mirando al frente. Habían buscado a Philip Engström en casa, en el trabajo y le habían llamado en múltiples ocasiones. Habían hablado con su esposa y con su jefa y ahora sabían un poco más de él, pero Henrik no podía decir que tuviera las cosas un poco más

claras. Más bien al contrario.

Estaba a punto de pedirle a Mia que pusiera el coche en marcha cuando lo vio.

—El Audi A5 —dijo abriendo la puerta del copiloto.

—¿Dónde vas? —le preguntó Mia.

Pero él ya caminaba hacia el aparcamiento.

Había terminado la conversación con Björn sin despedirse. Jana Berzelius seguía en *shock* y ahora estaba intentando ordenar los pensamientos que revoloteaban por su cabeza. ¿Asfixiada?

¿Cómo era posible?

—Aquí tiene, ensalada de tallarines de arroz —dijo la camarera. Ella apenas se fijó en que le ponía el plato delante.

Pensó en pedirle un envase para llevar. En vez de eso, se quedó allí sentada, tratando de calmarse, incapaz de mirar la comida.

¡Asfixiada!

El médico jefe Eliasson, un conocido de su padre, le había dicho que su madre había sufrido una muerte natural a causa de un ataque al corazón. Si fuese necesaria una autopsia clínica en casos de muerte natural, probablemente hubieran descubierto antes los hematomas, y la causa de la muerte habría sido diferente. Ahora, ella era la única que lo sabía. Como la hija de Margaretha, podía solicitar una autopsia. Pero ¿a qué conduciría eso? «Problemas», pensó. La policía iniciaría una investigación, empezaría a analizarlos en detalle a su padre y a ella, haría preguntas e indagaría en el pasado. No quería meter en eso a la policía, pero quería saber qué había sucedido exactamente y por qué.

Agarró el tenedor y, lentamente, enrolló los tallarines mientras ordenaba sus ideas. Su madre estaba sola en casa cuando tuvo el ataque. Su padre estaba en el centro de rehabilitación de Örebro con Elin y, aunque hubiera estado en casa, le habría resultado físicamente imposible asfixiarla. Al menos en su estado actual. Pero ¿sería posible que alguien la hubiese asfixiado para poder llegar hasta su padre? ¿Tendría que ver con su papel en el escándalo del Policegate?

Su madre había sido la que había llamado a la ambulancia en mitad de la



noche, y había acudido con rapidez. No quería molestar a Karl. Pese a todo, no pudieron salvarla. ¿Estaría ya muerta cuando llegó la ambulancia?

No creía. Si su madre hubiera estado muerta, el personal de la ambulancia no se habría llevado el cuerpo; se habrían puesto en contacto con la policía.

¿Qué había ocurrido, entonces, desde que la recogieron en Lindö hasta que llegaron al hospital de Vrinnevi? Solo los paramédicos de la ambulancia podrían responder a eso. Pero ¿quiénes eran?

Henrik Levin estaba confuso. Se encontraba frente a cuatro coches aparcados en fila y pensaba que, ahora, tenían todavía más preguntas en relación a Philip Engström. Había sacado su teléfono y había marcado el número de Gunnar antes incluso de que Mia lo alcanzara.

—¿Sí, Henrik? —Gunnar Öhrn parecía estresado al otro lado del teléfono.

Henrik habló en voz baja, pese a que a su alrededor no había nadie más que Mia, que no dejaba de mirarlo con los brazos cruzados.

—Las cosas empiezan a tomar forma —dijo Henrik—. Hemos encontrado unas deportivas en casa de Philip. Son unas Nike del cuarenta y tres.

—¿Así que podría haber sido Philip el que andaba merodeando por el jardín de Katarina?

—Sí, es muy probable, porque además hemos descubierto que el anillo de bodas que encontramos en su dormitorio era de Philip.

—¿Ha explicado por qué?

—Esa es la cuestión; no logramos localizarlo. No responde al móvil y no está en casa ni en el trabajo.

—Pero ¿dónde podría estar entonces? —preguntó Gunnar.

—Según sus compañeros de trabajo, se puso malo y se fue a casa.

—De acuerdo.

—Pero hay un problema —añadió Henrik, mirando la señal que decía que el aparcamiento estaba reservado al personal. En el asfalto, debajo de la señal, había un envoltorio de helado y un tique.

—Cuéntame —dijo Gunnar con impaciencia.

—Su coche sigue en el aparcamiento frente al puesto de las ambulancias.

—¿Estás seguro?

—Lo tengo delante ahora mismo. Un Audi A5. Azul metalizado.

—Un Audi A5 —repitió Gunnar—. ¿De modo que podría seguir allí?

—Sí, o haberse ido del trabajo de otra forma. ¿Qué deberíamos hacer?

—¿Y nadie sabe dónde está?

—No —respondió Henrik, viendo cómo una ráfaga de viento hacía girar en el aire el envoltorio de helado—. Tal vez Philip decidiera dejar el coche porque no se encontraba bien.

Tal vez haya tomado el autobús. ¿O quizá sospechase algo?

—¿Tenemos razones para pensar que nos está evitando a propósito? —preguntó Gunnar.

—En cuyo caso, se volvería más interesante para la investigación —dijo Henrik.

—¿Quieres decir más sospechoso?

—En resumen, sí —confirmó Henrik—. Tenemos que conseguir localizarlo.

—En ese caso —dijo Gunnar—, sugiero que lo encontremos lo antes posible. ¿Han sido informadas las patrullas? ¿Y los agentes en servicio?

—Aún no. Primero queríamos saber qué pensabas tú.

—¿Qué pensaba? Acabo de decírtelo. Vamos a encontrarlo cuanto antes.

Estaba sentado completamente quieto, con la mirada fija en un abedul. Era un pequeño abedul silvestre y descuidado que se había abierto camino entre los demás árboles de la pequeña arboleda. El árbol estaba retorcido debido a su lucha por la luz y el aire, primero en una dirección, después en la otra. A un metro del suelo, alguien había tallado algo en su corteza.

¿Dos letras, quizá?

Con manos temblorosas, Philip Engström sacó su móvil y vio que tenía varias llamadas perdidas del mismo número desconocido. Lina también le había llamado.

Le devolvió la llamada y oyó que su mujer respondía al tercer tono.

—Antes me has colgado —le dijo—. ¿Qué estás haciendo?

—He cometido una estupidez —respondió él.

—¿Qué has hecho?

Casi podía imaginársela, de pie con la mano en la boca.

—Me he escondido. La policía me está buscando y creo que sospechan de mí por asesinato...

Ella soltó un grito ahogado.

—¿De qué estás hablando? —le dijo.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Estoy en un estado de pánico absoluto. ¿Dónde estás?

—¿Que dónde estoy? —repitió. ¿Y qué diablos iba a decir? ¿Que estaba escondido detrás de un árbol, en una arboleda, cerca de un campo de fútbol? Le parecía absurdo—. He huido porque no sabía qué debía decir —le explicó—. Es demasiado, Lina... Ya no sé qué debo hacer.

He cometido un error, lo sé. He sido un estúpido y he mentido, y tienes razón, no sabes nada sobre mí, y debería haberte contado la verdad desde el principio, pero no podía, no podía, y ahora es demasiado tarde y... ¡maldita sea!

—¿Qué has hecho? ¡Dímelo, por favor, Philip!

—No hay nada que decir —respondió él.

—Hay mucho que decir si empiezas a hablar, pero nunca quieres hablar.

—No es tan fácil...

—¿Sabes que no paro de preguntarme con quién estoy casada? Ya no sé quién eres, Philip.

Nunca me cuentas nada. Y ahora esto...

—Entiendo que estés enfadada, pero...

—No digas que lo sientes.

—Lo siento —le dijo—. Cometo muchos errores todo el tiempo.

—Pero soy yo la que ha cometido el mayor error de todos al quedarse embarazada de ti.

Philip parpadeó, como si le costara trabajo entender lo que acababa de decirle.

—¿Estás embarazada?

—Sí.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y no me habías dicho nada?

—Me hice la prueba esta mañana después de que te fueras a trabajar.

Se hizo el silencio.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó, molesta.

—¿Qué debería decir?

—No sé, por ejemplo que es una noticia fantástica, magnífica, maravillosa.

—Pues claro que es fantástico —dijo él antes de tomar aliento.

—No parece que lo digas de verdad.

—Claro que sí, pero no es un buen momento. No lo entiendes... y necesito contártelo...

Volvió a quedarse callado. La oyó respirar y echó la cabeza hacia atrás, miró el abedul que tenía delante. Miró las dos letras grabadas y solo entonces se dio cuenta de lo que eran.

Las dos mitades de un corazón. Un corazón roto en dos.

—¿Lina?

—¿Sí?

—No cuelgues. Quédate conmigo.

Henrik Levin estaba otra vez en su despacho en la comisaría. Colgó la chaqueta y se preguntó cómo se le había escapado el día. Ya estaban a última hora de la tarde. Gunnar había convocado una reunión que comenzaría en cinco minutos y, antes de eso, Henrik deseaba hablar con la paramédica Sandra Gustafsson.

Respondió al segundo tono.

—Soy el inspector jefe Henrik Levin. ¿Puedes hablar?

—Sí —respondió ella—. Puede que tenga que colgar si se produce un aviso. Pero ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito hablar otra vez contigo —le dijo Henrik—, sobre tu compañero, Philip Engström.

—¿Han logrado localizarlo?

—No, no estaba en casa. ¿Sabes dónde podría estar?

—Dijo que se iba a casa, pero, si no está allí, no sé dónde podría estar.

—Esta es la situación —dijo Henrik mirando el reloj, que le recordó que quedaban tres minutos para la reunión—. Estamos investigando el asesinato de otra de tus compañeras, Katarina Vinston. Hemos revisado su móvil y hemos visto que Philip y ella tenían bastante contacto entre turnos. ¿Sabes qué tipo de relación tenía con Katarina?

—Casi siempre trabajaban juntos —respondió Sandra—. Y sé que son amigos.

—¿Podrían haber mantenido... una relación romántica?

—Es posible, claro, pero lo dudo.

—¿Por qué?

—Bueno, para empezar, está casado. Y además, yo diría que Katarina era una persona bastante sensible y Philip no es...

Sandra se quedó callada.

—No te sigo —le dijo Henrik.

—Bueno, es bastante difícil acercarse a él. Creo que podría parecer...,

bueno, un poco distante, un poco arrogante.

—¿Y lo es?

—Le gusta estar al mando, llevar razón siempre y cosas así. Aun cuando se equivoca.

Se rio un poco.

—Recuerdo una vez, cuando estábamos jugando a las cartas con otro compañero, creo que era al póquer, y habíamos apostado algo absurdo, como tres dólares cada uno. Philip perdió, se enfadó y acusó a nuestro compañero de hacer trampas. Después tiró las cartas sobre la mesa, salió de la habitación y fue a tumbarse en una de las literas. Creo que nunca he vuelto a verle jugar al póquer.

—¿Siempre ha sido así?

—Eso creo...

—¿Hace cuánto que trabajas con él?

—Casi un año —respondió la chica—. Pero también nos vemos fuera del trabajo. O, más bien, me veo con su mujer.

—¿La conoces también?

—Sí. Nos conocimos en una fiesta del personal.

Henrik volvió a mirar el reloj.

—Tanto tú como Philip acudisteis a dos escenas del crimen esta semana.

—Sí, por desgracia. Nunca sabes lo que te vas a encontrar cuando recibes un aviso, pero creo que nunca he visto, ni veré, nada como lo de esta semana. Lo de las manos y... bueno, qué horror. Tienes que distanciarte, hacer tu trabajo, no pensar en la persona que sufre. Pero creo que era más fácil para mí que para Philip.

—¿Por qué?

—Porque él los conocía a todos, claro.

—Un momento —dijo Henrik—. ¿A todos? ¿A quién te refieres?

—Bueno...

Sandra tomó aliento como para recuperar las fuerzas antes de continuar.

—... conocía a todas las víctimas. Supongo que había trabajado con todas ellas.

Se hizo el silencio.

Henrik frunció el ceño.

—Y cuando dices «todas», ¿te refieres a Shirin, Katarina y Johan?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho él mismo. De hecho, me lo ha dicho hoy antes de irse a casa.

Henrik fijó la mirada en una libreta que tenía sobre la mesa. El corazón le latía con fuerza.

Era asombroso que todo comenzase a tomar forma.

—¿Sabes cómo las había conocido?

—En el trabajo, como ya digo, pero esta mañana estaba alterado cuando me lo ha contado y...

Se detuvo.

—Normalmente no es así, pero últimamente...

—¿Sí?

—No sé si esto está bien. Pero ha estado algo... diferente.

—¿A qué te refieres?

—Está muy estresado. Enfadado, cosas así. Le cuesta concentrarse y siempre está cansado.

—¿Sabes por qué?

—De hecho no creo que deba estar respondiendo a todas estas preguntas —dijo Sandra—.

Aunque quisiera. Será mejor que hable directamente con Philip.

—Creo que es mejor que me digas lo que estás pensando —dijo Henrik—.

Es importante.

—De acuerdo —dijo Sandra—. He visto que... o más bien, creo que está tomando pastillas.

Henrik no dijo nada, en su lugar la dejó continuar.

—Ha llegado hasta tal punto que le cuesta concentrarse en el trabajo. Incluso se quedó dormido durante un aviso la semana pasada. Creo que fue el miércoles. Íbamos a recoger a una paciente en Lindö que había sufrido un ataque al corazón, y era imposible despertar a Philip en la ambulancia. Lo intenté varias veces hasta que por fin...

—¿Y la paciente?

—No sobrevivió.

—¿Quién era?

—No lo recuerdo. Era una mujer mayor...

Los pensamientos de Henrik se habían disparado.

—Me alegra que me hayas contado todo esto —le dijo a Sandra.

—Claro —respondió ella.

—Muchas gracias. Puede que volvamos a ponernos en contacto contigo —le dijo poniéndose en pie.

La reunión estaba a punto de empezar.

Escuchó el ruido de las sillas arrastrándose por el suelo. Mientras Henrik, Mia, Ola y Anneli ocupaban sus asientos en torno a la mesa, Jana miraba por la ventana hacia el horizonte y el cielo azul con nubes.

—¿Estamos todos? —preguntó Gunnar, y los demás respondieron con movimientos de cabeza. Cerró la puerta y se sentó.

—Está bien —dijo—. Henrik, adelante.

—Recientemente —comentó Henrik—, hemos descubierto que Katarina Vinston y Philip Engström estaban en contacto vía telefónica antes de que fuera asesinada. Eran compañeros de trabajo, pero parece que también eran amigos fuera del trabajo. Hemos estado intentando ponernos en contacto con Philip durante todo el día, pero está desaparecido. Nadie sabe dónde está, ni su



esposa ni sus compañeros. Hemos contactado con las patrullas y lo están buscando ahora mismo.

—Pero ¿por qué iba a esconderse? —preguntó Ola—. ¿Alguna teoría?

—Es un misterio, estoy de acuerdo —dijo Mia—. Su jefa parece encantada con él. Ha dicho que es un profesional comprometido, pero también ha dicho que tomaba drogas...

—Toma pastillas —intervino Henrik.

—¿Así que es adicto a alguna clase de medicación? —preguntó Gunnar.

—Eso parece —confirmó Mia—. Al menos su jefa lo pilló una vez hace mucho tiempo.

—Sí —dijo Henrik—. Y Sandra Gustafsson, compañera de Philip, dice que sigue consumiendo algún tipo de medicación.

Mia lo miró extrañada.

—¿Cuándo has hablado con ella?

—Luego hablaré de eso —contestó Henrik.

—Pero ¿por qué nos centramos en este paramédico en particular? —preguntó Jana.

—Principalmente porque está evitándonos —respondió Henrik—. Además, es la última persona que habló con Katarina, que sepamos. Encontramos pisadas frente a la casa de Katarina, pisadas de unas Nike del cuarenta y tres. Después encontramos esas mismas deportivas en casa de Philip. Las están analizando ahora y espero que sea rápido. Además, la vecina de Katarina vio un Audi A5 azul metalizado frente a la casa de Katarina el mismo día que fue asesinada. Philip tiene ese mismo modelo y color de coche.

Jana se recostó en su silla, pensativa.

—Pero, si Katarina y Philip mantenían una relación romántica, ¿tan raro es que sus pisadas o su coche estuvieran cerca de su casa? —preguntó.

—Eso es cierto —dijo Henrik—. Pero ¿por qué iban a estar las pisadas en el parterre de debajo de la ventana? ¿Y qué hacía en su casa el mismo día en que fue asesinada?

—¿Y qué hay del anillo de boda? —preguntó Mia—. ¿Se lo quitó cuando

iba a asesinarla o cuando iban a darse un revolcón entre las sábanas?

—Si creemos lo que dicen sus compañeros, no eran más que amigos —aclaró Henrik.

—Pero los amigos también pueden follar —dijo Mia—. Y los amigos pueden discutir. Tal vez Katarina quería que se divorciara y, para que Lina no descubriera que le había sido infiel, asesinó a Katarina.

—¿Cortándole la lengua? —preguntó Henrik con escepticismo.

—Solo intento encontrar un puto motivo —dijo Mia.

—Eso es —intervino Gunnar—. Estamos haciendo las preguntas en el orden equivocado.

Hemos estado hablando de quién y de cómo, pero no de por qué.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Henrik—, pero he hablado con Sandra justo antes de la reunión, y lo que confirma mis sospechas sobre Philip es que conocía a las tres víctimas, incluyendo a Shirin y a Johan Rehn.

—¡Lo sabía! —exclamó Mia.

—Según Sandra, los cuatro habían trabajado juntos, pero sigo sin saber dónde fue eso.

De pronto Mia pareció confusa.

—Pero ¿cómo lo sabe? ¿No es un poco sospechoso que él le diga que conocía a las tres víctimas? Si es culpable, ¿no sería más inteligente guardar silencio sobre algo así?

—Y, para continuar con lo que ha dicho Gunnar, ¿cuál sería su motivo? —preguntó Jana.

—Yo también me pregunto eso —dijo Henrik—. ¿Y es probable en general que Philip fuera a casa de las víctimas, las asesinara y después llegara en ambulancia para intentar salvarles la vida?

—Quizá eso forme parte del plan —dijo Mia.

—Si pudiéramos localizarlo, estaría todo mucho más claro —dijo Henrik—. Pero Sandra también me ha dicho que Philip ha estado comportándose de un modo extraño últimamente, que ha estado estresado, enfadado, que le cuesta concentrarse. Dice que incluso se quedó dormido durante un aviso y,

posiblemente, hubiera contribuido a la muerte de una mujer que sufrió un ataque al corazón hace poco menos de una semana.

—¿Qué?

Jana levantó la mirada.

—Philip Engström se quedó dormido durante un aviso en Lindö, lo cual provocó un retraso en la ambulancia, que llegó tarde a atender a una mujer mayor que murió por un ataque al corazón.

—¿En Lindö? —preguntó Jana—. ¿Cuándo ocurrió eso exactamente? ¿El miércoles?

Henrik revisó sus papeles.

—Mmm —dijo—. Sí, el miércoles.

Jana comenzó a temblar.

—¿Cómo sabes que se quedó dormido? —preguntó.

—Su compañera, Sandra, me lo ha dicho.

—¿Y estaban ellos dos solos en la ambulancia?

—Sí.

Jana volvió a mirar a través de la ventana. Las nubes habían desaparecido; solo quedaba el cielo azul.

—¿Tienes el número de Sandra? —preguntó con voz tranquila—. Me gustaría hablar con ella.

—Puedo volver a llamarla si tienes alguna pregunta.

—Preferiría llamarla yo.

Henrik buscó el número en su móvil y lo apuntó en un trozo de papel.

—Aquí tienes.

—Gracias —respondió Jana.

—Está bien. —Oyó decir a Gunnar—. Así que Philip Engström parece inestable. Pero, aun así, eso no aclara por qué iba a matar y mutilar a esas tres personas.

—Y causar la muerte de una cuarta —comentó Mia—. Esto se está haciendo cada vez más grande.

—Eso es innegable —dijo Gunnar—. Estoy deseando hablar con ese hombre y ver qué tiene que decir. ¿Quién es realmente? ¿Tenemos alguna información sobre él?

Se hizo el silencio en torno a la mesa.

—Trabaja como paramédico... —comenzó Mia.

—Eso ya lo sé —respondió Gunnar—. Pero ¿desde hace cuánto? ¿A qué se dedicaba antes?

¿Qué sabemos de él además de su trabajo?

—Vamos a ver —dijo Henrik revisando sus papeles—. Lleva cinco años trabajando en servicios de ambulancias.

—¿Y a qué se dedicaba antes?

Silencio de nuevo. Jana apartó la mirada de la ventana y se fijó en la gente sentada alrededor de la mesa.

—Así que no sabemos nada sobre él —concluyó Gunnar—. ¿Cómo podemos entonces suponer que tiene algo que ver con los asesinatos?

—¿Es que te has quedado dormido? ¿Cómo no vamos a sospechar de él? —preguntó Mia.

—No digo que estéis equivocados —dijo Gunnar—, pero no debemos tener esa estrechez de miras. ¿Podrías imaginar que Philip fuera inocente?

—Es posible que sea inocente —convino Henrik—. Pero, si pensamos en las armas utilizadas para cometer los crímenes —escalpelo y sierra Gigli—, son herramientas del sector sanitario, herramientas a las que Philip tendría acceso, según tengo entendido.

Ola levantó un dedo.

—Siento decir esto —intervino—, pero esa clase de herramientas también pueden pedirse *online*. Un clic y tienes un paquete de escalpelos en el buzón.

—Me refiero a que, para Philip, no son herramientas desconocidas —aclaró Henrik.

—Pero ¿y el motivo? —preguntó Gunnar.

Henrik se encogió de hombros.

—Tenemos que encontrarlo —dijo Gunnar poniéndose en pie—. Entonces podremos acabar con las especulaciones. Quiero saber quién es Philip y, llegado el caso, qué le habría llevado a asesinar a esas tres personas. Debe de haber una explicación. Así que será mejor que reanudemos el trabajo.

Se volvió hacia el mapa.

—¿Cómo lo encontramos?

—Quizá podamos rastrear su teléfono móvil —sugirió Henrik.

Todos miraron a Ola.

—No supondría ningún problema —dijo él—. Si tiene un contrato y no un teléfono de prepago, claro.

—Bien —dijo Gunnar—. Tienes una hora.

—Hola, mi nombre es Jana Berzelius y soy fiscal. Me gustaría hacerte unas preguntas.

Jana había salido de la comisaría, había sacado su móvil y había llamado a Sandra Gustafsson.

Miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie escuchando su conversación.

—Pero ya he hablado con la policía —dijo Sandra.

—Fantástico —respondió Jana—. Entonces solo serán unas pocas preguntas.

—De acuerdo, pero tendrá que ser de prisa porque estoy trabajando.

—El miércoles de la semana pasada, tu compañero Philip Engström y tú fuisteis a una casa en Lindö. Habíais recibido un aviso de una mujer que estaba sufriendo un infarto.

—Podría ser, sí. No recuerdo todos nuestros avisos.

—¿No lo sabes?

—Bueno, ahora que lo pienso, creo que sé de lo que está hablando.

—Bien. Entonces, ¿podrías decirme qué hacéis habitualmente en un caso de infarto?

—No entiendo qué quiere decir.

—¿Cuál es el protocolo para un ataque al corazón? ¿Cuáles son las instrucciones?

Sandra se aclaró la garganta.

—Bueno, después de confirmar que se trata de un ataque al corazón, es importante abrir la arteria obstruida para que vuelvan a fluir la sangre y el oxígeno. La parte del corazón que no recibe oxígeno empeora cuanto más tarde en disolverse el coágulo. Cuanto antes podamos restablecer el flujo sanguíneo al músculo cardíaco, menos lesiones provocará el ataque.

—¿Así que es muy importante llegar al hospital lo antes posible?

—Sí —respondió Sandra—. Es importante. Pero no solo el tiempo es crucial; también hay otros factores que desempeñan un papel...

—¿Como qué? ¿El estado de los paramédicos?

Sandra se quedó callada unos instantes.

—Ahora sí que no entiendo nada. Nosotros hacemos todo lo que podemos por salvar vidas.

—Pero ¿esa mujer murió?

—Sí, pero no sé a dónde quiere ir a parar. Cada año, alrededor de treinta y un mil personas en Suecia sufren un ataque al corazón, y nueve mil de ellas mueren.

—¿Por qué esa mujer fue una de las nueve mil?

—No puedo responder a eso —dijo Sandra.

—Tú estabas en la ambulancia.

—Yo conducía la ambulancia. Philip Engström era el paramédico encargado de la paciente.

—Pero ¿no sois ambos los responsables?

—Sí, pero le aseguro que siempre, siempre anteponemos las necesidades del paciente. No entiendo qué tiene esto que ver con los asesinatos. ¿Se

sospecha de Philip por algo?

—¿Debería sospecharse?

—Se lo pregunto a usted.

Jana tomó aliento.

—Durante una reunión en la comisaría se ha sabido que Philip Engström se quedó dormido durante ese aviso...

—Sí, y ya he hablado de eso con Henrik Levin.

—Y también has dicho que la mujer murió porque Philip se quedó dormido.

Sandra se aclaró la garganta.

—Es cierto que se produjo un desafortunado retraso en ese aviso, y tardamos en llegar a Urgencias. Sin embargo, esas cosas ocurren. No significa necesariamente que eso afectara al estado del paciente.

—¿Esas cosas ocurren? ¿Que os quedéis dormidos durante un aviso?

—Si tiene alguna pregunta más, puede llamar a mi jefa, Eva Holmgren. Le ayudará a averiguar si algo salió mal y, en ese caso, qué fue.

—Gracias —respondió Jana antes de colgar.

Necesitaba tiempo para pensar. Para volver a pensar. Parecía que Sandra no que-ría o no podía contarle lo que había sucedido realmente en la ambulancia. ¿Tendría Engström las respuestas que buscaba?

Se guardó el teléfono en el bolsillo y empezó a caminar. El sol de la tarde calen-taba con fuerza. Pero, en vez de volver la cara hacia sus rayos, apartó la mirada y se preguntó cómo iba a lograr localizarlo.

## 23

El departamento estaba en silencio. Henrik Levin estaba sentado en su silla, tamborileando con los dedos sobre el teclado mientras esperaba a que su ordenador arrancara. A la luz parpadeante de la pantalla, trataba de encontrarle sentido a los hechos y a sus pensamientos sobre el paramédico Philip Engström. Había sido relativamente fácil determinar sus méritos.

Apenas tenía ninguno.

Nacido el 1 de abril de 1978, único hijo del médico Charles Engström y de la profesora Rita Engström. Creció en Vadstena y completó un programa de instituto de tres años especializado en Biología. Tras graduarse, vivió en Polonia algunos años y, tiempo después, en la ciudad de Uppsala, aprobó los exámenes del programa de enfermería especializado en servicio de ambulancias. Entonces se trasladó a Norrköping y empezó a trabajar como paramédico. Casado con Lina Engström desde hacía tres años, ambos eran propietarios de una vivienda de una sola planta en Skarphagen.

Aparecían dos números de teléfono para los padres de Philip. Henrik escogió el primero, pero, al saltarle el buzón de voz, de inmediato marcó el segundo. Oyó la voz de un hombre al segundo tono.

—Engström.

—Mi nombre es Henrik Levin y soy inspector de policía.

Se hizo un silencio.

—Me gustaría hablar con usted de su hijo, Philip.

El silencio se prolongó al otro lado de la línea. Oyó que alguien tomaba aliento y después una tos flemática, resultado de innumerables cigarrillos.

—¿Cómo dice que se llama?

—Henrik Levin. Soy inspector de la policía...

Hizo una pausa, esperando a que se le pasara otro ataque de tos.

—... y necesito hacerle unas preguntas sobre Philip.

—¿Por teléfono?

—Puedo ir a su casa si lo prefiere.

—¿Aquí? No, ya han venido suficientes agentes de policía que lo estaban buscando. Si vamos a vernos en persona, será mejor que merezca la pena. ¿Qué quiere?

—¿Hablar de su hijo no merece la pena, según entiendo?

—Ya he hablado de mi hijo con esos agentes y creo que debería decirme sobre qué trata realmente esta conversación antes de que pierda la voz por



completo.

—¿Ha visto a Philip últimamente?

—No, no nos vemos.

Oyó que el hombre se aclaraba la garganta.

—¿Hay alguna razón para ello?

—Claro que la hay —respondió el hombre.

—¿Y cuál es?

—La razón es que... Philip tomó una decisión hace años.

—De acuerdo.

—Sí, cambió entonces.

Henrik miró hacia abajo y se rascó la barbilla.

—¿Ocurrió algo en particular? —preguntó.

—Cambió sin más.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos. Desarrolló problemas mentales, experimentó un cambio de personalidad. Y lo perdimos; perdimos a nuestro hijo.

—¿Ha recibido tratamiento?

—Ha tomado mucha medicación, eso seguro, pero no sé si eso le ha ayudado.

—Ayudado ¿a qué? ¿Quiere decir que está enfermo?

Henrik se cambió el teléfono a la otra mano.

—¿Enfermo? —preguntó el hombre, y volvió a toser. Apenas se le oía la voz—. Una persona debe de estar loca para abandonar una carrera prometedora.

—¿Abandonó una carrera prometedora? ¿En qué sentido?

—Una carrera como cirujano. Solo un idiota tira por la borda esa clase de educación, eso es lo que opino. Aunque no debería haberle dicho eso. Me he arrepentido de ello muchas veces.

Incluso le pedí que me perdonara, pero no ha vuelto a dirigirme la palabra desde entonces.

—¿De modo que Philip era médico?

—Sí, era médico. Se formó en Polonia. No le dio la nota para estudiar en Suecia.

—Pero ¿por qué no siguió trabajando como médico?

—Eso, mi querido amigo, es lo mismo que me he preguntado muchas veces, y creo que nunca obtendré una respuesta. Al menos de boca de Philip. Ahora tengo que poner fin a esta larga conversación. Se me va la voz.

Henrik le dio las gracias por su ayuda, dejó el teléfono sobre la mesa y miró la pantalla del ordenador, que se había apagado.

Aquella nueva información parecía complicarlo todo. ¿Qué habría llevado a Philip Engström a abandonar su carrera como médico? Algo importante, algo decisivo debía de haber sucedido para hacerle cambiar el rumbo de su vida.

Pero ¿qué?

—¿Sigues ahí? —preguntó, pegándose el teléfono con más fuerza a la oreja.

Cambió de postura y se sentó con la espalda apoyada contra el abedul. Philip Engström tenía las piernas tan frías que casi no las sentía. ¿Cómo podía ser? Tampoco hacía tanto frío. Quería seguir corriendo y encontrar un nuevo escondite; ya veía las luces azules parpadeantes entre los árboles.

—Sí —oyó decir a Lina—. Sigo aquí.

Intentó levantarse, pero las piernas no le obedecían. Una parte de su cerebro le decía que debía quedarse allí sentado y seguir hablando, pero otra parte de él le decía que escapara. Pero era una batalla perdida contra el tiempo, porque cada aliento que daba le acercaba más al final.

Al seguir huyendo no hacía más que retrasar lo inevitable; al final, se vería obligado a entregarse.

—¿Quieres que vaya a buscarte? —le preguntó ella—. Dime dónde estás e iré a recogerte.

—No —respondió—. Es mala idea.

—¿Por qué lo dices? Me estás asustando, Philip.

—Tengo que encargarme de esto yo mismo. Llama a Sandra y pídele que te haga compañía.

—Pero ¿por qué, Philip?

—Porque entonces no estarás sola si no vuelvo a casa esta noche.

—¿Y por qué no ibas a volver a casa, Philip? ¿Qué vas a hacer?

Philip colgó y dejó caer el teléfono sobre su regazo. Se sentía casi ajeno al sentimiento de miedo. El corazón le latía con fuerza en el pecho cuando extendió la mano hacia el suelo y comenzó a cavar con los dedos. Sintió la humedad en la piel y dejó que sus dedos se deslizaran por la tierra. Encontró una piedra y la agarró. No se resistió a la idea de que se sentía un poco menos solo de esa forma, con la mano aferrada a una piedra.

—¿De modo que Philip era médico? —preguntó Mia Bolander. Estaba sentada en una silla en el despacho de Henrik Levin, con las piernas estiradas.

—Sí —respondió Henrik—, y quería especializarse en cirugía.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Comenzó su formación después del instituto, pero, en vez de estudiar en Suecia, eligió Polonia porque era más fácil entrar en las escuelas de Medicina.

—Pero ¿llegó a trabajar como médico alguna vez?

—No estoy seguro.

—Pero, si damos por hecho que sí, y si también damos por hecho que trabajó en Vrinnevi, entonces es posible que conociera allí a Shirin y a Johan —dijo Mia—. Y, si trabajaban en el mismo departamento, también deberíamos comprobar quién más trabajaba allí en su momento.

La próxima víctima podría estar en esa lista. Philip podría estar tratando de eliminar a otros compañeros.

—Para el carro, Mia —le dijo Henrik.

—Pero debió de ocurrir algo, ¿no?

Henrik hizo una pausa antes de volverse hacia la puerta, donde había

aparecido Anneli Lindgren. No dijo hola. En su lugar, entró y se acercó a su mesa. Henrik vio que parecía cansada y disgustada.

—Tengo los resultados de las deportivas que encontrasteis en casa de Philip Engström—

anunció—. No hay duda de que sus deportivas dejaron la huella en el parterre.

—Eso pensábamos—respondió Henrik.

—También he investigado el Ketalar, el narcótico que Ahlmann encontró en los cuerpos de Shirin y de Katarina. Figura en la bolsa de instrumental que utilizan los paramédicos.

Anneli se quedó mirando a Henrik y a Mia.

—Bueno, no soy investigadora táctica, pero ¿no creéis que todas las pistas apuntan en una misma dirección?

—No puede ser casualidad—dijo Mia.

—Y creo que Philip ha tenido muchas oportunidades de moverse libremente por los escenarios de los crímenes—agregó Anneli—. A nadie le resultaría extraño que dejara muestras allí. Nadie sospecha de aquel que acude a ayudar.

«Soy un auténtico idiota», pensó. «¿Qué voy a solucionar quedándome aquí sentado? Nada.

Solo estoy empeorando las cosas».

Philip Engström llevaba tanto tiempo sujetando la piedra que había empezado a dolerle la mano. No tenía sentido huir. Iba a ser padre, y ese era su mayor deber en ese momento. Se dio cuenta de que solo le quedaba una alternativa con la que poder despertar algo de compasión y encontrar tal vez una solución. Vio los coches de policía y oyó las puertas abrirse. Cuando oyó los gritos, sintió un profundo alivio. Se rendiría; dejaría que lo arrestaran. Soltó su teléfono móvil y empezó a notar la calma que invadía su cuerpo. Se puso en pie, se colocó de espaldas a la policía y se llevó las manos a la cabeza.

Casi había llegado a Knäppingsborg. Jana observó a la gente que caminaba a su alrededor, casi todos con auriculares conectados a sus teléfonos móviles.

Algunos llevaban además bolsas de la compra. Pasó frente a un quiosco de prensa y vio que el periódico gratuito había dedicado varias páginas a la búsqueda policial de Danilo Peña. Jana agarró un ejemplar y buscó el artículo que describía con detalle cómo Danilo había escapado del hospital y había desaparecido sin dejar huella. En la portada aparecía una foto borrosa de él, tumbado en una camilla. La foto había sido tomada cuando fue capturado en el embarcadero en diciembre. Esa misma foto circularía probablemente por las redes sociales. Quizá incluso se hubiera hecho viral en Facebook.

«Eso no es bueno, no es nada bueno», pensó mientras tiraba el periódico en la papelera más cercana.

Justo entonces empezó a vibrarle el móvil en el bolsillo. Siguió andando mientras respondía.

—Jana al habla.

—Tenemos a Philip Engström —le dijo Henrik al otro lado de la línea.

Jana se detuvo.

—¿Estáis seguros?

—Sí.

—¿Dónde lo habéis encontrado?

—En una arboleda cerca de un campo. Se ha entregado sin resistencia.

Jana alzó la mirada.

—¿Y cuándo comenzaréis el interrogatorio?

—Lo antes posible.

—Bien —respondió, se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia la comisaría—. Enseguida voy.

—No hace falta que vengas —le dijo Henrik.

—Pero quiero hacerlo.

**24**

Henrik Levin estaba sentado lo más cómodamente posible en la silla de la

sala de interrogatorios. Observaba con atención a Philip Engström, sentado frente a él; se fijaba en su cara y advertía cierto nerviosismo. El hombre tenía los labios apretados, los hombros levantados y la mirada fija en la mesa que tenía delante.

Junto a Henrik estaba Jana y, tras el ventanal de cristal de espejo, se hallaban Mia y Gunnar.

Se prolongó el silencio absoluto dentro de la habitación, y Henrik empleó ese silencio en planificar la línea del interrogatorio. Estaba tranquilo, relajado y preparado. Pensó en las preguntas que iba a hacer y en qué orden debía hacerlas, sin perder energía en especulaciones o suposiciones sin sentido. Observó al hombre, que seguía vestido con el uniforme de la ambulancia que llevaba desde que desapareciera de su puesto de trabajo aquella tarde. Se preguntó en qué estaría pensando en ese momento.

Jana cruzó una pierna sobre la otra. Se quedó allí sentada, con la espalda recta y el bolígrafo preparado con su libreta. Henrik le dirigió una mirada y ella se la devolvió. Se fijó en su ropa; la chaqueta azul oscuro y la blusa blanca. Ella le hizo un gesto con la cabeza, como diciendo que ya era hora de empezar, y él le respondió con otro gesto que confirmaba su sugerencia.

Henrik empezó el interrogatorio anunciando la fecha, la hora y los nombres de los presentes en la sala. Después se recostó en su silla, se colocó el dedo índice bajo la nariz y preguntó: —¿Sabes por qué estás sentado aquí?

Philip Engström asintió.

—Agradeceríamos que respondieras «sí» o «no» a las preguntas.

Philip asintió de nuevo, sin decir nada.

—¿Te importaría empezar diciendo dónde has estado estas últimas horas?

Philip tomó aire y, al dejarlo escapar, sus hombros se hundieron y ya no pareció tan nervioso como antes.

—No tengo una buena respuesta —admitió—. Creo que me entró el pánico.

—¿Por qué?

—Por todo lo que ha ocurrido.

—¿Así que te escondiste en una arboleda?

—Es absurdo, pero sí. No sabía qué otra cosa debía hacer. No tenía idea de que acabaría allí.

Hasta que acabé, quiero decir.

—Pero entiendes que pueda resultar sospechoso que huyeras así, sobre todo cuando sabes que los investigadores te están buscando.

—Sí, lo entiendo.

Henrik levantó la mirada.

—Lo que ocurre aquí —le dijo— es que se han cometido tres asesinatos.

—Sí, lo sé —respondió Philip.

—Y, por alguna razón, tu nombre ha surgido durante nuestra investigación.

Philip suspiró.

—Sí, lo sé.

—Y nos parece muy extraño.

—Lo entiendo.

Henrik lo pensó por un momento antes de preguntar:

—Estás casado, ¿verdad?

—Sí.

—Pero no llevas anillo de boda.

—No, lo perdí.

Henrik revisó sus papeles y sacó una foto.

—¿Es este tu anillo?

Philip examinó la foto.

—Sí, es ese —respondió—. ¿Dónde lo han encontrado?

Henrik no respondió.

—Pero ¿dónde lo han encontrado? —repitió Philip.

—Ya llegaremos a eso —dijo Henrik.

Jana sacó un trozo de papel de su maletín y se lo pasó a Henrik, quien a su vez lo colocó sobre la mesa delante de Philip.

—¿Puedes explicar qué es esto? —le preguntó.

Philip se inclinó hacia delante con cautela y leyó lo que decía.

—Es un documento de la Junta Nacional de Salud y Bienestar.

—Exacto —confirmó Henrik—. Son extractos del Registro de Personal Autorizado de Sanidad y Bienestar, que engloba a las personas que buscaron y recibieron autorización para realizar carreras dentro del campo de la sanidad y el bien-estar. ¿Puedes decirme qué nombre aparece en ese papel?

—El mío.

—De modo que trabajaste como médico —dijo Henrik devolviéndole el papel a Jana.

Philip suspiró de nuevo.

—Sí —dijo al fin.

—Pero ¿ya no?

La habitación quedó en silencio.

—No —respondió.

—¿Por qué no?

—Es una larga historia.

—Una historia que nos gustaría saber.

—No sé si puedo contarla —le dijo.

Henrik hizo una larga pausa.

—De acuerdo —dijo entonces—, entonces tal vez quieras hablarnos de Shirin Norberg.

¿Cómo la conociste?

—No... no lo sé.

—Pero ¿sabes quién era?

—No, verá... —Philip negó testarudamente con la cabeza.



—Escucha —dijo Henrik—, ahora mismo solo puedes perder si mientes. Lo único que deberías estar haciendo es contarnos todo lo que sepas. Así que no te quedes ahí mirándome como si fuera un idiota.

Philip miró la mesa.

—Pero... pero el anillo... —murmuró—. ¿Dónde lo han encontrado?

—Olvídate del anillo por ahora. Ya llegaremos a eso. Primero quiero saberlo todo de tu relación con Shirin Norberg.

Philip se quedó callado.

—¿Te cuesta trabajo hablar? —le preguntó Henrik.

—¿Puedo preguntar una cosa? —intervino Jana—. Hay algo que me he preguntado mucho en los últimos días. ¿Qué se siente cuando se muere un paciente? Quiero decir, cuando es tu deber salvar a alguien cuya vida pende de un hilo, ¿qué se siente al fracasar? ¿Podrías... transmitirnos esa sensación ahora?

Lo miró como si esperase alguna reacción, la que fuera, pero no se produjo. Philip se quedó ahí sentado como si fuese de piedra.

—Siempre hago todo lo posible —murmuró.

—¿Incluso mientras duermes? —preguntó ella.

Philip miró a Henrik con una expresión confusa.

—Recientemente te quedaste dormido durante un aviso, ¿verdad? —continuó Jana.

—Sí —respondió Philip, con tristeza.

—No sé si... —dijo Henrik, pero Jana levantó una mano para hacer ver que no había terminado.

—¿Qué ocurrió con la paciente? —preguntó.

—¿Con la paciente?

—Sí.

—No lo sé. No lo recuerdo exactamente.

—¿Sueles quedarte dormido durante los avisos?

—No.

—Pero ¿cómo es que esta vez te pasó?

—Había estado trabajando mucho, durmiendo poco... Fue así.

—¿Y qué ocurrió con la paciente... mientras tú dormías?

—Bueno..., murió.

—¿Y qué te hace sentir eso? ¿Nada? ¿Has reflexionado sobre ello?  
¿Sientes pena?

¿Arrepentimiento? ¿O tal vez alivio?

Philip alzó la mirada, cambió de postura y Henrik vio un leve rubor en sus mejillas.

—Me quedé dormido accidentalmente mientras monitorizaba a la paciente en la ambulancia

—admitió—. Diez minutos como mucho. Y, cuando me desperté, la paciente estaba muerta.

Pero Sandra podría haberme despertado.

—¿Te refieres a Sandra Gustafsson? —preguntó Jana.

—Sí, Sandra Gustafsson. Íbamos juntos en la ambulancia. Podría haberme despertado.

—Pero ¿no lo hizo?

—No, bueno, sí, puede que lo intentara, pero no lo suficiente, porque no duermo tan profundamente como para tardar diez minutos en despertarme.

Henrik miró a Jana, vio que tenía los labios apretados y pensó que probablemente no debiese hacer más preguntas, sobre todo preguntas cuya finalidad él no entendía. No estaba interesado en saber si Philip se había quedado dormido o no durante un aviso.

—Volviendo al tema del que estábamos hablando, y quiero que seas sincero —le dijo a Philip—, ¿quién era Shirin?

Philip recorrió la mesa con la mirada.

—Era una enfermera quirúrgica —respondió.

—Eso ya lo sabemos —le informó Henrik—. Pero lo que queremos saber es cómo se cruzaron vuestros caminos.

—De hecho, solo nos vimos una vez.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace muchos años. Trabajaba en cirugía en Vrinnevi.

—¿Y tú?

—Yo también. Y Johan. Fue ahí donde nos conocimos. Los tres.

—¿Y Katarina Vinston?

—Ya era paramédica en ese momento.

Henrik se inclinó hacia delante, apoyó los codos en la mesa y dijo:

—No te sigo. No entiendo cómo encaja todo esto.

—Lo entiendo —dijo Philip.

—¿Así que Katarina y tú trabajabais juntos?

—Más tarde, sí. Cuando dejé de ejercer como médico y me hice enfermero de ambulancia.

Antes de eso, Katarina pilotaba un helicóptero de rescate. Pero dijo que se había dado cuenta de que prefería estar en tierra. Así que empezó a trabajar con las ambulancias.

—Sigo sin entenderlo —insistió Henrik—. Tú trabajabas como médico, pero decidiste dejarlo y empezar a trabajar en ambulancias.

—Sí.

—Pero ¿por qué dejaste de ejercer como médico?

—Por una serie de desafortunadas circunstancias.

—¿Tiene que ver con Shirin Norberg, Johan Rehn y Katarina Vinston?

—Sí, pero sobre todo conmigo.

Jana ladeó la cabeza.

—Shirin, Johan, Katarina y tú trabajabais en el mismo hospital —dijo, mirando a Philip a los ojos—. ¿Es así?

—Sí.

—¿Y de qué va todo esto? —preguntó Henrik—. Tres personas aparecen brutalmente mutiladas...

Philip se miró las manos.

—Una antigua paciente —dijo—. Y ahora alguien quiere hacernos daño. Creo que seré la próxima víctima.

—¿Lo crees o lo sabes?

—Estoy seguro de ello.

—¿Completamente seguro?

—Sí.

—De acuerdo —dijo Henrik colocando ambas manos sobre la mesa—. Esta información es nueva para nosotros. ¿Qué te hace pensar que podrías ser la próxima víctima? ¿Y quién es esa antigua paciente de la que hablas? ¿Es alguien que conoces?

Philip apartó la mirada.

—Erika —dijo—. Se llama Erika Silver.

El bolígrafo de Jana dejó de funcionar. Lo dejó junto a su libreta y buscó uno nuevo en su maletín. Había oído la confirmación del propio Philip Engström de que se había quedado dormido en la ambulancia en la que transportaban a su madre. La cuestión era si se había debido a un exceso de trabajo, o si se había quedado dormido por otra razón, como las drogas.

¿O simplemente estaría mintiendo? Quería hablar con Sandra Gustafsson. Era la única que podría decirle con seguridad lo que había sucedido en la ambulancia y por qué alguien había asfixiado a su madre hasta la muerte.

Jana metió la mano en el otro bolsillo y, cuando notó el pañuelo, se dio cuenta de lo que tenía que hacer. En vez de presionar a Philip y a Sandra, decidió que averiguaría la verdad por sí misma. Y sabía exactamente quién iba a ayudarla.

Hacía frío en la sala de interrogatorios. Philip Engström se metió las manos entre los muslos.

Miró la mesa y oyó la respiración del investigador y de la fiscal, sentados

frente a él.

—Casi me había olvidado de todo eso —dijo con los ojos cerrados—. Fue hace mucho tiempo.

Sin embargo, eso no era cierto. Lo que ocurrió con Erika Silver no era la clase de cosas de las que uno se olvidaba. Más bien al contrario; le había afectado más que cualquier otro acontecimiento concreto en toda su vida. Su cuerpo estaba relajado, al menos externamente. En su interior sentía una gran ansiedad por hurgar en el pasado, por algo que llevaba enterrado y olvidado tanto tiempo. Ahora todo eso iba a salir volando como en una tormenta otoñal.

En su mente veía con claridad a una mujer tendida en la cama. Tenía los labios tirantes y le salían gotas de espuma de la boca. Le estaba gritando: fue él quien le arrebató la vida. Sabía que había cometido un error al aceptarla como paciente. Lo había sabido desde el principio.

Durante los pocos años que había ejercido como médico, había visto muchos destinos terriblemente trágicos. Personas con lesiones de cuello, con lesiones de espalda, personas que se mostraban agresivas, que lloraban o gritaban, que habían sido golpeadas, maltratadas, que habían perdido a sus hijos, que habían sido sometidas a incesto o violación, que habían intentado suicidarse. Y sin embargo era el recuerdo de Erika Silver el que más le afectaba.

Hacía muchos años de aquello, y había sido un error, un terrible error que le había cambiado la vida. No solo a ella, sino también a él.

Tumbada en aquella cama de hospital, lo había mirado con desprecio. Había repetido que le odiaba, lo había repetido una y otra vez. Esas poderosas palabras se habían convertido en sollozos y, finalmente, solo silencio. Él había intentado decir que lo sentía, pero las palabras no significaban nada. También se había quedado callado. Justo antes de salir de la habitación, ella le había dicho algo, unas palabras apenas audibles.

Ahora un frío gélido le recorría la espalda y los brazos. Se le erizó el vello de la nuca y de pronto oyó el crujir de una silla. Abrió los ojos y miró al hombre y a la mujer que estaban interrogándolo. Seguían sentados frente a él. Tragó saliva y miró la cámara situada en un rincón del techo. Se preguntó cuántas personas más estarían mirándolo en ese momento, observándolo, estudiando su lenguaje corporal y sus expresiones faciales. La situación era

totalmente irreal, pero esa era su elección y tenía que seguir adelante con lo que había decidido hacer. Iba a contárselo todo.

—Muchas cosas salieron mal —dijo, notando el corazón acelerado.

Tomó aliento y reunió el valor.

—Era un jueves de marzo. Yo estaba haciendo la residencia e iba a ayudar a realizar una cirugía de baipás gástrico. En la mesa de operaciones estaba Erika Silver. Me dijeron que llevaba años queriendo hacerse esa operación.

Tragó saliva, tratando de mantener la calma pese al ritmo acelerado de su cabeza.

—Éramos seis en el quirófano. Una enfermera quirúrgica, Shirin Norberg, y un enfermero de quirófano, Anders Svensson; una enfermera anestésista, Annikke Straum; y dos cirujanos, Joe Nordin y Johan Rehn, y yo mismo. Johan iba a ser el cirujano jefe y yo sería el observador.

Pero en el último momento delegó la operación en mí. Yo no debí haber aceptado, pero lo hice, y me he arrepentido muchas veces.

Philip se quedó callado y oyó el murmullo del sistema del aire acondicionado.

—Cuando inserté el primer trocar, le explotó la aorta...

Se quedó callado de nuevo, no podía continuar. Solo quería marcharse de allí, regresar a casa, tomarse una pastilla y dormir.

—Por favor, continúa —dijo el investigador.

Supo que tenía que contar toda la historia. No podía irse a casa, todavía no. Cerró los ojos unos segundos y habló de nuevo.

—Perforar la aorta es una complicación muy temida, pero también muy inusual —explicó.

Recordó el pánico que sintió al darse cuenta de su error—. Todos los cirujanos saben dónde

está ese vaso sanguíneo, pero, cuando el paciente está tumbado, la distancia entre la piel y la aorta es muy pequeña, y puede ser difícil determinar dónde se encuentra la pared abdominal. No es una excusa, simplemente... quería explicarlo bien. —Retorció las manos, nervioso—. No sabía qué debía

hacer. Johan pidió ayuda, pero no había ningún cirujano vascular disponible en aquel momento, así que tuvimos que actuar. Erika ya había perdido mucha sangre. Yo sabía que era urgente coser la aorta, pero no podía hacer nada. Solo era residente, un estudiante, solo tenía que quedarme allí sentado y mirar. Erika pasó a observación en la UCI. Pero, cuando se despertó por la tarde, se quejaba de un intenso dolor de piernas. No podía mover una pierna.

Resultó que Johan había apretado demasiado las suturas, de modo que se le había cortado el flujo sanguíneo a las piernas. Quedó claro que debía ser atendida por un especialista en Linköping, pero el helicóptero médico estaba averiado...

Estaba hablándole a un punto en la pared blanca, un metro por encima de la cabeza del policía.

—Puede parecer que me lo estoy inventando, pero es verdad. Todo es verdad. —Se rio de manera extraña—. Hubo un problema con el motor, y nunca llegó, pero en la UCI no supieron eso hasta mucho tiempo después.

—¿Y es ahí donde Katarina entra en escena? —preguntó el policía.

—Sí. Era ella la que debería haber informado de la situación con el helicóptero, pero no lo hizo. Por eso eran las once en punto cuando Erika por fin fue trasladada al hospital universitario de Linköping en una ambulancia convencional. Las piernas pueden soportar seis horas sin oxígeno en la sangre, pero habían pasado once horas cuando Erika llegó a Linköping, y tuvieron que amputarle las piernas.

Philip se miró las manos.

—Le destrocé la vida. Eso sucedió hace ahora diez años. Y, en cierto sentido...

Se encogió de hombros.

—... puede que también destrozara la mía. No volví a querer tener ese nivel de responsabilidad sobre ningún paciente. En su lugar, quise asegurarme de que el paciente acababa en las manos adecuadas, en el tiempo esperado.

—¿Has sabido algo de ella a lo largo de los años?

—No —respondió él negando con la cabeza.

—Pero ¿estás seguro de que ella está detrás de los asesinatos?

—Sí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque me lo dijo, lo dijo con claridad en sus revisiones. Yo sabía que estaba alterada, creo que entonces no me lo tomé en serio.

Sintió que empezaban a temblarle los labios.

—¿Qué dijo exactamente, Philip?

Se hundió en la silla y se llevó las manos a la cara. Y, tras los párpados cerrados, vio a la mujer tendida en la cama, la oyó decir que era él quien se lo había arrebatado todo. Y, cuando estaba a punto de abandonar la habitación, ella le había dicho unas palabras apenas audibles: «Me vengaré».

## 25

Jana Berzelius sentía el suelo vibrar. Iba montada en el ascensor de la comisaría junto con Henrik y Mia después de terminar el interrogatorio.

Ninguno dijo una sola palabra durante el breve trayecto en ascensor. Ni Henrik ni Mia se miraban. Probablemente estarían pensando en lo que Philip Engström había revelado. Había empezado a oscurecer cuando Gunnar y Ola se reunieron con ellos en la sala de conferencias.

Jana dejó su maletín en el suelo antes de sentarse.

—Decidme ahora mismo qué pensáis después de hablar con Philip —dijo Gunnar, antes incluso de que todos se hubieran sentado.

—Sí, ¿qué pensamos? —dijo Mia.

—Si puedo empezar —dijo Ola, y se colocó la gorra azul hacia atrás para dejar al descubierto su frente—. He estado buscando, pero no aparece ninguna Erika Silver que coincida con esa edad en ninguna base de datos. Ni en Hacienda ni en el Departamento de Tráfico ni en ningún otro sitio.

—¿En ninguna parte? —preguntó Henrik mirándolo de forma inquisitiva.

—No —confirmó Ola—. No existe ninguna Erika Silver, y puede que nunca haya existido.

—¿Hemos buscado a Joe y a Annikke?



—Sí —respondió Ola—. Joe se jubiló antes de morir de una hemorragia cerebral hace unos años. Annikke se trasladó a Noruega, pero murió el pasado verano. Cáncer de mama. También he buscado al enfermero de quirófano, Anders Svensson, y he descubierto que también se fue de Suecia. Vive en el estado de Washington, en Estados Unidos.

—¿Se ha inventado a alguien a quien culpar? —preguntó Mia.

—¿Crees que Philip está mintiendo? —dijo Henrik.

—¡Sí! —exclamó Mia riéndose—. ¿Cómo si no interpretas lo que está diciendo Ola? No solo es un asesino en serie, además es un mentiroso patológico. Menuda combinación.

—O quizá simplemente se haya equivocado de nombre —sugirió Henrik—. Fue hace diez años.

—Está mintiendo —insistió Mia—. Lo sé. Es como un puto titiritero que está jugando con nosotros. Ha entrado por un punto ciego, se ha abierto paso en la investigación y ahora quiere llevarnos por el camino equivocado. Y además lleva un disfraz fantástico: un paramédico. Lo siento, pero creo que estamos aquí sentados como un grupo de idiotas perdidos, buscando motivos y *modus operandi*, ¿y ahora también tenemos que tomarnos en serio la declaración de un supuesto asesino? Engström lo está haciendo para confundirnos.

—Pero aun así —dijo Henrik—. No podemos descartar ninguna posibilidad. Es nuestra responsabilidad investigar cada detalle.

—Sin embargo, Mia tiene razón, no podemos centrarnos en una persona que probablemente no exista —razonó Gunnar—. No puedo emplear más dotaciones en eso solo porque lo dice Philip.

—¿No puedes? Acabamos de dejar libre al personal del caso Peña —le recordó Henrik, lo que hizo que Jana lo mirase.

—¿A qué te refieres? —le preguntó ella.

—Danilo Peña ha sido visto en Motala y parece ser que estuvo involucrado en la disputa del albergue de indigentes —le explicó Henrik—. Como resultado, hemos reasignado nuestra dotación y podríamos emplearla allí.

—Pero eso no significa que podamos utilizarla para exonerar a Philip —dijo Gunnar—. Erika Silver no existe. Fin de la historia.

—Entonces quiero volver a hablar con Engström —respondió Henrik—, porque ahí hay un motivo. Tal como lo veo, parece que Erika Silver, real o imaginada, podría tener un motivo muy claro para matar. Vengarse por el trato al que fue sometida. Una reacción personal, emocional y agresiva a un error muy serio.

—¿Quieres decir que Erika mataría brutalmente a tres personas para vengarse por una operación que salió mal? —preguntó Gunnar.

—Sí, eso es justo lo que quiero decir.

—Pero ¿acaso sabemos si esa operación existió?

—Aún no tenemos confirmación.

—¿Así que solo estamos conjeturando? —intervino Mia—. Déjalo, Henrik. Engström es el asesino. Y además te olvidas de algo: se supone que Erika Silver, real o imaginada, va en silla de ruedas.

Henrik tomó aliento y se recompuso.

—Puede que tengas razón, Mia, pero, si existe, en silla de ruedas o no, tiene un motivo claro.

Y quizá contratara a alguien para que llevara a cabo los asesinatos en su nombre. Es más de lo que tienes tú con tu teoría de que Philip es el asesino.

Se hizo el silencio en torno a la mesa.

Gunnar juntó las manos en la nuca y se meció en su silla.

—Se han producido tres asesinatos brutales —dijo— y quiero que nos esforcemos al máximo para resolverlos.

—Entonces, ¿por qué no nos asignas una dotación para investigar a esa tal Erika? —preguntó Henrik con calma.

—Porque me preocupa que vayamos por el camino equivocado y perdamos tiempo innecesariamente. ¡No tenemos ese tiempo ahora mismo!

Por el pasillo se oyeron pisadas y un carrito con ruedas.

—Lo sé —contestó Henrik cuando todo quedó en silencio de nuevo—,

pero creo que seguiremos por el camino equivocado si no hacemos caso a Engström. Todo el mundo quiere una solución y sé que tú también.

—Y entonces, ¿vamos a tomarnos en serio lo que dice? —preguntó Gunnar.

—Tiene coartada para al menos uno de los asesinatos —le recordó Henrik.

—Pero ¿es una coartada sólida?

—Sus compañeros han confirmado que estaba trabajando en el turno de noche cuando Shirin fue asesinada. La asistió en la escena del crimen antes de que muriera.

—¿Y qué pasa con Katarina Vinston?

—Supuestamente Philip estaba en casa con su esposa. Y lo mismo con el asesinato de Johan Rehn.

—¿Y su esposa lo ha confirmado? Al parecer, Engström también estaba en esa escena del crimen.

—No hemos tenido ocasión de comprobarlo.

—No habéis tenido ocasión de comprobarlo... —repitió Gunnar.

Henrik se cruzó de brazos.

—Lo comprobaremos —aseguró—, pero, mientras tanto, ¿no es absurdo quedarnos aquí sentados, esperando?

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Gunnar con un suspiro—. Ola, intenta encontrar a esa mujer.

Se quitó las manos del cuello, las colocó sobre su cabeza y se revolvió el pelo.

—¿Cómo coño vamos a encontrar a una persona que no existe? —preguntó Mia.

—Lo mismo digo —respondió Ola—. ¿Dónde voy a buscar? Erika Silver no existe.

Jana miró a Henrik y vio la chispa en sus ojos. Se le ocurrió una idea y se inclinó hacia delante.

—Todas las operaciones están grabadas —dijo, y vio que todo el equipo la miraba.

—Sí —respondió Henrik.

Ella se irguió de nuevo antes de continuar.

—Y esa operación salió mal, ¿verdad?

—Correcto —confirmó Henrik.

—Entonces, debió de rellenarse algún informe en algún lugar de Suecia. Todos los trabajadores sanitarios deben informar de situaciones que han contribuido o podrían haber contribuido a una lesión grave ante la Oficina de Inspección de Sanidad y Asuntos Sociales. Si Philip está diciendo la verdad, esa operación fallida debería estar documentada. En cualquier informe, lo normal es que aparezca el nombre del paciente, y también el número de la Seguridad Social del paciente. Si encontramos el informe, encontraremos a Erika Silver.

Philip Engström estaba sentado en el suelo de la sala de interrogatorios, con las piernas estiradas. Estaba exhausto, sentía el cuerpo flácido después del interrogatorio. Tenía la boca seca y le dolía la cabeza. Erika Silver, pensaba. Por fin había podido contarle a alguien lo de la operación. Esperaba que todos los agentes de policía estuvieran buscándola. Y, cuando la encontraran, enterraría para siempre su recuerdo de ella y su implicación en la operación.

Susurraba para sus adentros mirando hacia la puerta. Se preguntaba cuándo podría irse a casa.

Pensó en Lina, en lo que estaría haciendo en ese momento. La vio ante él. Vio su cara, las comisuras de sus labios hacia abajo, triste y nerviosa. Sin embargo, pronto estaría tranquila. Él regresaría a casa con ella, lo arreglaría todo, se lo contaría todo, todo lo que acababa de contarle a la policía.

—Aquí podréis hablar sin interrupciones —le dijo a Jana la cuidadora de su padre, Elin, al abrirle la puerta de la biblioteca de la casa de Lindö. Las librerías iban del suelo al techo y contenían innumerables libros, casi todos de naturaleza legal. De la ventana colgaban pesados cortinajes y el suelo estaba adornado con una alfombra con dibujos. En el centro de la estancia había un sillón de cuero marrón y una mesa redonda. Elin hizo pasar la silla de ruedas

de su padre y la de-tuvo junto al sillón.

—Con frecuencia a Karl le gusta sentarse aquí cuando quiere estar tranquilo —le dijo a Jana con una sonrisa—. ¿Os apetece algo de beber?

Pero, antes de que Jana pudiera responder, su padre levantó la mano.

—Déjanos —dijo con la voz pastosa.

Elin asintió, encendió la lámpara con el pie de bronce y cerró la puerta tras ella. Jana oyó cómo se alejaban sus pasos.

El sillón era el único asiento además de la silla de ruedas. Jana se sentó y se sintió demasiado cerca de él. Aquella intimidación le inquietaba. Se miró las manos, tratando de encontrar las palabras.

—Esto es muy poco delicado, y tal vez ni siquiera sea una hipótesis correcta. Pero quiero pedirte... un favor —le dijo.

—¿Qué es? —preguntó su padre con dificultad.

Ella le dirigió una mirada y vio que estaba esperando a que continuara.

—Necesito un análisis de ADN, pero no uno oficial. Así que me preguntaba si... Lo que quiero decir es que... tienes que ayudarme.

Interpretó por su silencio que no entendía lo que le había dicho, de modo que se lo aclaró.

—No quiero rellenar un informe. O, mejor dicho, no puedo, porque entonces la policía abriría una investigación preliminar, y ni tú ni yo queremos vernos en eso.

Se quedó callada y lo miró con urgencia, como si estuviera esperando la confirmación de que, esta vez, lo había entendido.

—Teng que saber de qué se ttata.

—Se trata de mamá.

Su padre la miró a los ojos.

—¿Margaretha?

—Sí —respondió Jana—, pero no puedo decirte nada más.

—¡Tinez que hacedl!

—No puedo.

Se hizo el silencio durante varios segundos. Su padre levantó un poco la cabeza. Tenía bolsas oscuras bajo los ojos. Quizá fuera por la escasa luz de la habitación, o tal vez por la gravedad de la conversación.

—¿Qué buzc? —preguntó él.

—Quiero respuestas.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó el pañuelo, lo situó sobre la mesa redonda y lo desdobló para que su padre pudiera ver el trozo de uña. Abrió la boca, luchando por hablar.

—¿Creez que ocurrió alg?

Se le cerró la garganta y se le quebró la voz cuando dijo aquello. Probablemente intentaba hacer una pregunta racional, pero la confusión emocional y el dolor pudieron más que él.

—Sospecho que le ocurrió algo, desde luego —confirmó Jana.

—¿Qué? ¡Quero sabed!

—No puedo decírtelo aún. Lo único que quiero saber es si mis sospechas son ciertas. Solo quiero respuestas. Y quiero que comparen lo que hay en esta uña con Philip Engström y Sandra Gustafsson. Sus perfiles de ADN ya figuran en el sistema.

Lo miró y esperó a que dijera algo.

—Las respesztaz taddan timpo —respondió su padre.

—Lo sé —le aseguró—, pero estoy segura de que tú podrás acelerar el proceso.

Sus ojos cansados habían adquirido una mirada penetrante. Le acercó más el pañuelo y siguió esperando.

—Si no lo haces por mí, al menos hazlo por mamá —le dijo.

Él permaneció callado.

Pero entonces, de manera totalmente inesperada, su padre extendió la mano. Le temblaba mientras levantaba el pañuelo y lo doblaba. Hizo dos intentos de guardárselo en el bolsillo antes de lograrlo.

—Hadé loque peda —contestó.

Su promesa apenas resultó audible, y Jana se dio cuenta de que la conversación había terminado.

Anneli Lindgren miraba la pantalla del ordenador y pensaba en Gunnar. Había intentado mirarle a los ojos después de la reunión, pero él se había metido en su despacho sin decir nada y había cerrado la puerta. Pensó que ya estaba cansada de él, cansada de él y de su distanciamiento. Últimamente se había encerrado en su propio mundo, estaba aislado. Le daba órdenes, pero no la veía. Anneli sabía que no tenía por qué ser así; sabía que había otro Gunnar, un Gunnar más cariñoso.

Lo único que deseaba era empezar de nuevo; que ambos trataran de entender lo que había sucedido; que la abrazara y le dijera que perdonaba su estúpido desliz, que nunca, jamás, permitirían que nada ni nadie se interpusiera entre ellos; que, de ahora en adelante, estarían solos Adam, él y ella para siempre.

Levantó la mirada y comprobó en el reloj de la pared que ya era de noche. No, no podía seguir así. Al menos debían intentar hablarse, ambos eran adultos. Se levantó de la silla, dejó el ordenador y caminó con paso decidido hacia el despacho de Gunnar. Contó hasta cinco, tomó aliento tres veces, agarró el picaporte y entró.

Sin embargo, no llegó más lejos, porque la sonrisa se esfumó de sus labios. Vio a Gunnar de pie con ambas manos en los hombros de Britt Dyberg, se inclinó hacia ella y la besó. Anneli tardó un segundo, quizá dos o incluso cinco, en entender lo que acababa de presenciar.

Retrocedió y cerró la puerta tras ella antes de regresar a su despacho, a su mesa y a su ordenador.

Como una niebla que levanta, todo empezó a quedar claro. Ella tampoco había querido verlo; no había entendido por qué Gunnar se mostraba tan negativo. Pero él ya había seguido con su vida. Nunca había pensado en volver con ella. Ahí estaba, tocando a otra mujer, acariciando sus hombros, su pelo, su brazo; besándola. Deseaba a Britt Dyberg, y aquella certeza resultaba dolorosa. Muy dolorosa.

Jana pasó por delante del restaurante italiano Matbaren y contempló a las personas sentadas a las mesas. Había una pareja en un rincón; la luz

procedente de la lámpara del techo se reflejaba en sus copas de vino y en sus manos entrelazadas. El cielo estaba lleno de estrellas y la luna brillaba intensa sobre las azoteas. Jana iba de camino a casa. Dobló una esquina, atravesó una arcada y comenzó a pensar en el encuentro con su padre. Mientras atravesaba aquel arco, se llevó la mano al bolsillo y notó el vacío. La uña la tenía él ahora, y la pregunta era cuánto tiempo sería así. Confiaba en que esa misma noche empezara a mover sus hilos. No sabía cómo lograría mantenerlo en secreto, pero sabía que, si alguien era capaz de ello, ese era su padre.

Entró en el vestíbulo y oyó pasos en la escalera, una puerta que se abría y se cerraba y, después, silencio. Subió las escaleras con la mano en la barandilla. El apartamento estaba a oscuras y en silencio. Se quitó el abrigo y los zapatos. Miró al frente y dejó de respirar durante un segundo. No porque quisiera conservar el oxígeno en sus pulmones, sino porque él estaba allí delante. De no haber sido por la luz de la luna, no lo habría visto. Estaba pegado a la pared, como si se hubiera fusionado con ella. No le gustaba su mirada fría, la tensión de su cuerpo ni sus dientes apretados.

—¿Un día largo? —le preguntó.

—Ha sido un buen día —le respondió ella—, porque he descubierto que la policía ha reasignado sus dotaciones.

—¿Así que ya no me buscan?

—Te buscan, y siempre estarán buscándote.

Danilo se quedó mirándola, pero no dijo nada. Ambos permanecieron quietos en mitad del pasillo oscuro.

—Así que pronto habremos acabado —dijo él.

—Eso espero.

—Cuando me hayas dejado en Södertälje, no tendrás que volver a verme.

—Eso ya lo he entendido.

—Entonces no pongas esa cara de preocupación.

—Tengo otras cosas en la cabeza.

—No pienses demasiado. Concéntrate, Jana. ¿Qué ruta tomaremos para ir a Södertälje?



—Ya deberías haberlo pensado —le dijo, cortante.

—Pero eres tú la que tiene la información confidencial de la policía.

Jana miró al techo, observando la oscuridad y la luz de la luna, que seguía creando formas caprichosas.

—Hay varias maneras de llegar hasta Södertälje —dijo en un largo resoplido—. La primera es tomar la autopista principal.

—No creo que sea buena idea.

—La segunda es conducir por la carretera secundaria que circula paralela a la autopista.

—Pero ahí también correríamos el riesgo de que nos detuviera la policía para cualquier control de tráfico. Tampoco es buena idea.

—La tercera es intentar ir hacia el norte por la red de caminos vecinales.

—Eso suena mejor.

—La cuarta es ir en tren.

—Joder —dijo él—, no me arriesgaría a que me reconocieran incluso si cambiara completamente mi aspecto. Bueno, iremos por los caminos vecinales.

Ambos se miraron.

—Tengo que estar en Södertälje a las ocho en punto —le dijo él—. Ni un segundo más tarde,

¿entendido?

—Créeme, yo tampoco quiero llegar tarde —le aseguró ella.

*Mi diario, 13 de junio*

*Querido diario:*

*Hoy ha empezado como el mejor día del mundo. Por fin era libre. Mientras a los demás les recibían sus familias en el patio, he corrido a casa con el birrete de la graduación en la mano.*

*Me alegraba que por fin hubiera acabado. Pero la casa estaba en completo silencio. La he registrado entera. Finalmente he encontrado a mi*

*madre en el suelo del cuarto de baño. Sus ojos me miraban; en blanco, pero aún con vida. Me he asustado, claro. Quería gritar, pero he empezado a acariciarle el pelo. Era suave entre mis dedos. Me he inclinado hacia delante y le he estrechado la mano. Quería decirme algo..., lo ha intentado, pero no le salían las palabras.*

*En su lugar, ha sido la voz de mi cabeza la que he oído. Y lo que ha dicho me ha parecido inteligente y descabellado al mismo tiempo.*

*Y allí, en el suelo, me ha soltado; simplemente me ha soltado la mano. Y no quiero que nadie lo sepa, así que la he escondido. En realidad, no sé si a alguien le importa. Nadie se ha preocupado por ella durante estos años, desde esa chapuza de operación. Nadie nos ha ayudado. Siempre he sido yo. Y ya no tengo miedo, porque aún te tengo, mamá. Lo noto. Estás conmigo. Y siempre estarás conmigo. Somos tú y yo, mamá. Tú y yo.*

## 26

### *Martes*

Lina estaba tumbada en su cama con el móvil en la mano y una manta sobre su cuerpo. Philip no había vuelto a casa la noche anterior. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué no la había llamado?

¿No podía, no quería? ¿Qué se lo impedía? A Lina Engström le temblaban los labios y trató de contener las lágrimas. Había habido momentos en los que había dudado realmente de su relación. Muchos momentos. Su falta de comunicación. La sensación de haberse quedado al margen. Y aun así se había mantenido a su lado, le había dado más amor, más ternura, más preocupación. Pero ¿qué había obtenido a cambio? Mentiras, mentiras y más mentiras. ¿Por qué iban a formar una familia si él iba a mentirle todo el tiempo? ¿Si nunca le contaba nada voluntariamente?

Tenía demasiado calor y retiró la manta con los pies. Se quedó con la mano en la tripa, mirando al techo. ¿Iba a terminar todo ahora que por fin estaba embarazada? Pensó en las palabras de Philip. Era algo que él arreglaría. Después pensó en su compañera, Katarina Vinston, que había muerto. ¿Qué habría tenido que ver con su muerte? Se estremeció al pensarlo. ¿Habrían tenido un romance? Pero ¿por qué iba a matarla? No, no la había matado. Y

no tenía ninguna relación secreta con ella.

«Philip y yo estamos casados», pensó. «Y me quiere. Me lo ha dicho muchas veces».

Además, él lo había dicho primero. Le había pedido una cita: ir primero al cine y después a cenar. Ella ya se había olvidado del título de la película, pero era algo de acción protagonizado por Arnold Schwarzenegger. Él ya la había visto una vez y le había dicho que deseaba volver a verla. Con ella. Había reservado asientos en la última fila del cine.

Con la perspectiva del tiempo, sus intenciones eran evidentes. A ella ni siquiera le gustaban las películas de acción, pero le gustaba Philip. Habían estado besándose toda la película y, cuando se despertaron a la mañana siguiente en la cama de Philip, él le había resumido la trama. Fue entonces cuando había sentido aquella felicidad. Hundió la nariz en su pelo cuando él le dijo «Te quiero».

—Yo también te quiero —respondió ella.

Ya no pudo aguantar más las lágrimas. ¿Cómo habían podido acabar así?

Henrik Levin estaba sentado en la silla de su despacho. Con el ceño fruncido, abrió la carpeta y comenzó a revisar los informes de las investigaciones preliminares de los tres asesinatos.

Observó las fotos y releyó las autopsias.

De pronto Ola apareció en el umbral de la puerta.

—Nos encontramos en el mismo lugar de anoche —le dijo.

—¿Quieres decir que no has encontrado nada en los Servicios Sociales?  
—preguntó Henrik mientras cerraba la carpeta.

—Así es. No han encontrado nada aún, pero al menos la maquinaria burocrática está en marcha.

—Bien —respondió Henrik—. Es evidente que Philip formaba parte de algo, pero me pregunto si lo que nos contó era cierto.

—Podríamos usar el detector de mentiras con él —sugirió Ola.

Henrik sonrió.

—No creo —dijo.

—¿Tortura, entonces? —bromeó Ola—. Podemos arrancarle las uñas.

—Tentador —dijo Henrik levantándose de la silla.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Creo que lo mejor es proceder como habitualmente. Hablar otra vez con él.

Jana estaba en la cocina con una taza de café en la mano, mirando el agua que corría por el río. Contempló las copas oscuras e irregulares de los árboles contra el cielo azul y sintió un peso en su interior. Tenía el móvil en el bolsillo. Lo sacó y trató de llamar a su padre. Colgó cuando saltó el buzón de voz. Oyó pasos a su espalda y sintió su presencia, pero no se dio la vuelta. Se quedó allí quieta, mirando por la ventana y pensando en su padre. Vio un movimiento por el rabillo del ojo y levantó la mirada. Danilo se había acercado. Estaba en mitad de la cocina, a poca distancia de la ventana, con la mirada fija en algún punto lejano.

—¿Tienes algún inconveniente en dejarme en paz? —le preguntó ella.

—Sí —respondió él—. ¿A quién llamabas?

—A alguien con quien me gustaría poder hablar.

—¿A quién?

—Cuanto menos sepas, mejor —respondió mientras volvía a guardarse el móvil en el bolsillo.

Estaba a punto de salir de la cocina cuando la agarró del brazo.

—No me jodas, Jana. Si descubro que te has chivado, cavarás tu propia tumba.

Le apretó el brazo con más fuerza. Ella lo miró a los ojos.

—Ya me vengué una vez de un soplón —le dijo Danilo—. Empecé clavándole un destornillador a su hermano en el cuello. Después se lo clavé a su mujer en los ojos. Gritó, Dios, cómo gritó. Y finalmente maté al soplón. Se arrastró por el suelo detrás de mí con la sangre saliéndole de la boca hasta que al fin se rindió.

—Lo que haces me mata de aburrimiento —le dijo ella.

—¿Te aburre? —preguntó Danilo—. ¿Te amenazo con matarte y tú te

aburres?

—Sí.

Él apretó la mandíbula.

—Nunca confío en nadie si no estoy obligado a confiar —le dijo—. Y ni siquiera ahora confío plenamente en ti.

—El sentimiento es mutuo. ¿Cómo puedo saber que no vas a pegarme un tiro en la cabeza en cuanto te deje en tu destino?

Él le sonrió como si acabaran de hacerse amigos.

—Tenemos unas pocas horas —le dijo Jana—. Aunque todavía no sé cómo vas a bajar al garaje sin que te vean, y no tendré ocasión de pensar en ello mientras me tengas aquí agarrada del brazo. Así que, si no te importa, tengo trabajo que hacer.

Danilo levantó la cabeza y le soltó el brazo.

—Has hablado de una mujer llamada Erika Silver —dijo Henrik Levin, observando a Philip Engström—, pero el problema es que no parece haber nadie llamado Erika Silver.

—Sí, pero...

—No hay ninguna Erika Silver que encaje con lo que has descrito. No te lo habrás inventado todo, ¿verdad?

—No.

—Bueno, te sugiero que digas la verdad —le dijo Henrik—. Hay personas en este departamento que querrían meterte en la cárcel de por vida.

—Pero se llamaba Erika —dijo Philip, y de pronto pareció algo confuso.

—¿Erika Silver? —repitió Henrik, apoyando los codos sobre la mesa—. De verdad, quiero creerte, aunque me cuesta mucho cuando lo que dices no cuadra con ningún informe.

Philip miró a su alrededor.

—Pero recuerdo que su nombre era Erika Silver...

—Déjalo ya —le dijo Henrik, molesto—. No hay nadie con ese nombre.

—Pero, entonces, ¿cómo se apellidaba? ¿Simonsson, Sandell, Sander...? No lo sé.

—¿No te viene a la cabeza?

Philip negó.

—No me acuerdo, joder.

—¿Sabes que tienes derecho a pedir un abogado? —le preguntó Henrik.

—Sí, lo sé, pero yo no he hecho nada. Estoy seguro de que es Erika la que quiere hacernos daño. —¿Sigues asegurando eso? —Sí, es evidente.

—¿Y se supone que ha matado a tres personas porque, junto contigo, le provocaron una lesión accidentalmente durante una operación hace diez años?

—¡Sí!

—¿Sabes lo que creo? —le preguntó Henrik—. Si quieres salir libre de esta, tendrás que inventarte una mentira mucho mejor. ¿De verdad quieres que me crea que una mujer sin piernas llamada Erika Silver ató a tres personas individualmente y les cortó diferentes partes del cuerpo?

—Tiene que ser eso —insistió Philip, algo más inseguro ahora—. No se me ocurre ninguna otra explicación.

—Pero ¿cómo es que no encontramos ningún dato que demuestre que esa mujer existe?

Philip miró a Henrik y frunció el ceño como si aquella fuese una idea nueva para él.

—La única «prueba» que tenemos nos la has proporcionado tú —le recordó Henrik—. Por lo tanto, ahora mismo no se me ocurre otra explicación más allá de que fuiste tú el que fue a casa de Shirin Norberg, Katarina Vinston y Johan Rehn. Pero ¿cómo entraste? ¿A través de una ventana?

—¿Qué? No...

—¿O te dejaron pasar? ¿Katarina te abrió la puerta y te dejó entrar?

—¡No estuve en casa de Katarina!

—Pero estás mintiendo, Philip...

—No miento. ¿Por qué siempre creen que miento?

—Dices que no estuviste en casa de Katarina aquel día, pero tenemos pruebas de que sí estuviste.

—¿Qué clase de pruebas? Yo nunca he entrado en su casa.

—¿Y cómo es que encontramos tu anillo de boda allí?

—¿Qué? ¿Lo encontraron allí?

—Sí.

—Pero eso es imposible, no... —Philip volvió a quedarse callado.

—Si yo fuera tú —le aconsejó Henrik—, pediría un abogado.

Lina recogió un zapato que estaba tirado frente a la entrada y lo colocó en el zapatero antes de abrir la puerta.

—He visto a través de la mirilla que eras tú —dijo Lina Engström, ofreciéndole los brazos a Sandra, que llevaba unos vaqueros y un polo negro.

—Siento no haber podido venir ayer —le dijo Sandra, abrazándola—, estamos escasos de personal ahora que Philip no está. Pero no sabes lo mucho que me alegro de que me llamas.

Sandra llevaba la mochila colgada de un hombro y calzaba deportivas blancas. Ladeó la cabeza y sonrió.

Lina no pudo contener las lágrimas.

—¿Tan grave es? —le preguntó Sandra.

Lina asintió.

—La policía está buscando a Philip y no sé por qué. ¿Lo sabes tú?

—No —respondió Sandra—. Pensé que lo sabrías tú.

Lina se secó las lágrimas de las mejillas.

—Pasa.

Sandra entró en la casa.

—¿Has cerrado la puerta del todo? —le preguntó Lina.

—Sí.

—Echa el pestillo también.

—Ya está.

—¿Estás segura?

Lina se acercó y trató de abrir la puerta.

—Creo que deberías intentar calmarte un poco —le aconsejó Sandra.

—Sí —contestó Lina, respirando con dificultad—. Lo haré. Pero Philip ha estado comportándose de forma extraña. Cree que hay un asesino siguiéndolo. Y ha estado fuera toda la noche.

Sandra la miró con expresión preocupada.

—No quiero ser insensible, pero pareces un poco cansada.

—Estoy cansada —le dijo Lina con una sonrisa—. Pero ¿de verdad no sabes dónde podría estar? Estoy muy nerviosa.

—Sí —dijo Sandra—. Quizá pueda imaginármelo.

—¡Dímelo!

—Solo si primero me preparas una taza de té —respondió dejando caer su mochila al suelo.

Mia colocó una taza en la máquina del café y vio un mensaje que le informaba de que el aparato estaba realizando un ciclo automático de limpieza. Intentó mantener la calma y se quedó esperando junto a la encimera de la cocina. Tenía la sensación de estar esperando por todo. La esposa de Philip Engström no respondía al teléfono; Henrik no había regresado del interrogatorio; Ola todavía no había obtenido ningún resultado en su búsqueda de Erika Silver.

Y ahora la jodida cafetera le hacía esperar también. Miró el reloj. La máquina había prometido servirle el café en un minuto, pero ya habían pasado dos.

Allí de pie, empezaba a sentirse terriblemente incómoda cuando Henrik entró en la habitación.

—Philip Engström se muestra evasivo —dijo con amargura.

—Qué sorpresa —contestó ella, sentándose en una silla.

—Pero sigue manteniendo su versión de que existe una Erika Silver, y



ahora pa-rece pensar que su apellido era diferente —le dijo Henrik—. Aunque ya no sé qué creer.

—¿Dudas de su historia?

—No, no dudo de ella. Sí que tiene coartada para el asesinato de Shirin Norberg. Me cuesta creer que su compañera haya podido equivocarse en eso.

—Sin embargo, no tiene coartada para los asesinatos de Katarina Vinston y Johan Rehn.

—¿No la tiene?

—Aún no.

—¿No has logrado localizar a su esposa?

Mia negó con la cabeza.

—Pero lo intentaré de nuevo.

Justo entonces pitó la máquina. Estaba lista para usarse. Mia se puso en pie y llenó su taza hasta el borde. Sopló el café justo cuando Ola se reunía con ellos. Su emoción era palpable.

—¡Buenas noticias! —dijo triunfal—. Tenemos un nombre. Es Erika Sandell. Se operó en marzo de 2005 en Vrinnevi. No tiene marido ni hijos. Lleva veinte años viviendo en Fiskeby, al oeste de la ciudad.

—¿Dónde está Fiskeby? —preguntó Mia, haciéndole un gesto a Henrik para que se pusiera en marcha.

—Cruza el puente, sal en Sörbyvägen, gira a la izquierda en Leonardsbergsvägen. La casa debería estar al final de la carretera.

## 27

Jana Berzelius miró su teléfono móvil antes de entrar en el juzgado. Su padre no le había devuelto la llamada... aún. Sabía que el análisis en sí llevaría su tiempo y que no debería haber llamado, pero solo quería asegurarse de que hubiera hecho lo que le había pedido. Nunca antes había recurrido a él para pedirle ayuda, y le preocupaba la idea de no haber hecho lo correcto.

Probablemente fuese el único que sabía cómo funcionaban los contactos en su compleja red.

Oyó voces apagadas cuando entró en el juzgado 2 para la vista sobre un caso de extorsión. Le estrechó la mano al demandante, un joven de veintidós años, antes de sentarse junto a él. Estaba nervioso y no paraba de morderse el carrillo. Ella miró al juez que presidía la sala y a los jueces legos; también, al acusado y a su injurioso abogado defensor, Peter Ramstedt. La amplia sonrisa de Peter era imposible de malinterpretar, al igual que el clic constante de su bolígrafo.

Estaba seguro de que ganaría.

Jana sacó varios papeles de su maletín, entre los que figuraba la citación, que pronto haría que leyeran en voz alta. Solo tuvo tiempo de echarle un vistazo rápido antes de que el juez saludara a todos los presentes y comenzara el proceso.

Jana miró su móvil una última vez antes de apagarlo y se preparó para empezar.

La casa estaba al final de la calle, como había dicho Ola, y casi no se veía, pero la fachada blanca y el tejado color arcilla se atisbaban a lo lejos. No había nada de sospechoso en la casa en sí. Era como cualquier otra construcción unifamiliar, en cualquier carretera, en cualquier ciudad de mediano tamaño. Había una antena de plato en el tejado, un manzano en el jardín y una vasija de cerámica volcada en el camino de piedra de la entrada.

La verja crujió cuando Henrik Levin la abrió. Oyó los pasos de Mia Bolander detrás de él, miró hacia las ventanas y advirtió que algunas de las persianas estaban bajadas. Pensó que parecía todo demasiado tranquilo para que hubiera alguien en casa. Tocó el timbre, pero no oyó ningún sonido al otro lado de la puerta, maltratada por el clima. Llamó tres veces con el puño, dio un paso atrás y esperó. Esperaron tres minutos, después uno más, después dos más para ir sobre seguro. La experiencia le había enseñado que, si nadie respondía en los seis primeros minutos, nadie lo haría después. Nunca. Rodearon la casa, pero nada indicaba que la vivienda no estuviera vacía.

—Mira —dijo Mia cuando terminaron de bordearla, señalando una pequeña ventana junto a la puerta de entrada—. Puedo colarme por ahí si me apoyo en tus hombros. Así evitaremos un poco de papeleo y ganaremos unas

pocas horas.

A los pocos minutos, ambos se hallaban en el interior de la casa. Olía a cerrado y a algo un poco dulce. Había telarañas por esquinas del techo y en los apliques de luz.

—¿Hola? —dijo Henrik, pese a que la casa parecía completamente abandonada.

La cocina era pequeña y cuadrada, ubicada junto a un salón que tenía el doble de su tamaño.

Sobre la encimera había cacerolas, sartenes y cajas. Una gruesa capa de mugre cubría el fregadero y había migas en el suelo.

Henrik miró a su alrededor, pensando que el silencio le parecía amenazante. Se dieron la vuelta y salieron de la cocina. Dejaron atrás las cajas y las latas y siguieron por lo que parecía un camino entre la basura. La puerta del cuarto de baño estaba abierta y Henrik entró. Había suciedad por todas partes. Volvió a salir y contempló una estrella de madera que colgaba de una de las ventanas del salón. Su color azul había perdido el lustre y pensó que alguien debió de hacerla hace muchos años. Deslizó la mirada hacia algo que había en el pasillo, justo detrás de Mia.

—¿Qué miras? —le preguntó dándose la vuelta.

—Una puerta —respondió Henrik.

Pasó por encima de la basura, retiró con cuidado las latas de comida que estaban frente a la puerta antes de colocar la mano en el picaporte. Tiró de él, pero la puerta solo se abrió un par de centímetros.

—Ayúdame —le dijo a Mia.

—Joder, está atascada —dijo ella, apoyando el pie contra la pared.

La puerta se abrió y Henrik se tambaleó hacia atrás y se detuvo apoyando una mano en la pared. Cruzó el umbral y descubrió unas escaleras que bajaban hacia la nada, completamente a oscuras. Un olor a humedad ascendía de la oscuridad. Mia frunció el ceño y se tapó la boca con la mano para que no le entraran arcadas.

—Después de ti —le dijo.

—Me duele el cuerpo cuando pienso en Philip —dijo Lina Engström. Tiraba de las mangas de su jersey, evitando mirar a Sandra. Aunque habían hablado muchas veces antes, todavía no se sentía del todo a gusto hablando con ella de su marido. Tal vez fuera porque Sandra y Philip trabajaban juntos.

Lina y Sandra estaban sentadas a ambos extremos del sofá del salón. Las tazas de té reposaban sobre la mesa y las habían vaciado hacía rato.

—Es horrible —continuó Lina—, y desearía no pensar en él en absoluto. Ya sabes cómo son estas cosas... crees que conoces a alguien, que lo que ves en sus ojos es cierto. Que lo que te dice es de verdad. Y entonces descubres que no es así.

Sandra asintió, pero no dijo nada.

—Y ahora me dices que cometió un error en el trabajo —agregó Lina—. Pero ¿por qué iba a buscarlo por eso la policía? ¿Qué clase de error?

—Fueron varios errores —le dijo Sandra—. No puedo decir más al respecto por...

—... por el secreto profesional, sí, lo sé. Pero, entonces, ¿dónde está? ¿Y por qué iba a perseguirlo un asesino? —Lina volvió a tirarse del jersey.

—Sí, es una locura, estoy de acuerdo..., pero no sé si sabes que Philip...

—¿Qué? —preguntó Lina, mirándola de pronto.

—No sé hasta qué punto habláis... —dijo Sandra.

—No hablamos nada —admitió Lina—. ¿De qué se trata?

—¿Sabías que Philip toma pastillas?

—No. Lo sospechaba, pero nunca...

—De acuerdo —dijo Sandra tomando aliento—. Creo que su extraño comportamiento últimamente se debe a que es adicto a esas pastillas...

Justo entonces sonó el móvil de Lina. El corazón le dio un vuelco cuando lo cogió de la mesa.

—¿Quién es? —preguntó Sandra.

—No lo sé —respondió Lina, estresada—. No reconozco el número...

—Pero quizá sea Philip. ¿Por qué no respondes?

—No me atrevo.

—¿De qué tienes miedo?

—De todo, creo. Pero sobre todo me da miedo que alguien me llame para decirme que le ha ocurrido algo.

—Estás exagerando otra vez.

—Sí, puede ser —reconoció Lina.

—Deberías devolver la llamada y ver quién era —le sugirió Sandra cuando el teléfono dejó de sonar—. Es mejor saber que no saber, ¿no?

—Sí... —respondió Lina, vacilante.

Volvió a mirar a Sandra.

—Pero ¿cómo sabes que está tomando pastillas?

—Lina, Philip y yo somos amigos del trabajo; a veces estamos juntos todo el día y hablamos.

Además, han ocurrido algunas cosas en el trabajo que...

—Pero... ¿qué clase de pastillas son?

—Sedantes..., pastillas para dormir —respondió Sandra.

—¿Pastillas para dormir? Pero eso no puede ser cierto. Le cuesta mucho dormir.

—Exactamente.

Mia seguía con la nariz tapada y miraba hacia la oscuridad. Estaba detrás de Henrik, que se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó una pequeña linterna y la encendió. Henrik bajó un escalón y Mia oyó la madera crujir bajo sus pies. Siguió sus pasos, pensando en todas las películas de terror que había visto. De niña, apenas se atrevía a entrar sola al cuarto de baño, aunque fuera para lavarse la cara. El lavabo estaba justo enfrente de la puerta, y siempre pensaba que, si miraba al espejo, vería a alguien en la puerta detrás de ella. Un tópico de película de terror.

Seguían sin gustarle los espejos, lo cual explicaba por qué se sobresaltó tanto al ver el espejo polvoriento de pie junto a las escaleras, en el rugoso suelo de cemento. El techo era bajo, de modo que Henrik tuvo que caminar

agachado, deslizando la luz de la linterna por las paredes y unas cortinas, en busca de un interruptor. Pero no había ninguno. Olía a moho y a sótano viejo... y algo más. Henrik dejó escapar de pronto un grito ahogado.

Mia lo miró y entonces siguió el curso de su linterna. A la luz vio primero una rueda, después una silla de ruedas y finalmente vio que en la silla de ruedas había una mujer. O al menos lo que quedaba de una mujer.

—¿Esa es Erika Sandell? —preguntó Mia.

—Eso imagino —respondió Henrik.

## 28

—Lleva muerta mucho tiempo —dijo Anneli Lindgren mientras se ponía un guante azul que se le pegó a la muñeca.

Acababa de llegar con dos técnicos forenses que ahora revisarían la casa habitación por habitación. Henrik Levin y Mia Bolander estaban a su izquierda, ambos mirando a la mujer de la silla de ruedas, que tenía la cabeza colgando y las piernas amputadas.

—¿Cuánto? —preguntó Henrik.

—Es difícil saberlo a primera vista. Pero, teniendo en cuenta el grado de descomposición, probablemente lleve aquí algunos años.

—¿Algunos años? —repitió Henrik.

—Sí. Es difícil saberlo con exactitud.

Henrik suspiró y contempló el sótano a su alrededor, ahora bien iluminado. Se fijó en las paredes y en las cortinas que colgaban detrás de la mujer muerta de la silla de ruedas.

—Puf, se esfumó la historia de Philip —dijo Mia.

—Sí —respondió Henrik—, pero al menos Erika existió. Aunque su estado fuese peor de lo que esperábamos.

—Sí —dijo Anneli—. Si me disculpáis, me gustaría quedarme con ella.

—Nosotros iremos a echar un vistazo por arriba —respondió Henrik.

—Preferiría que no lo hicierais —le dijo Anneli.

—Sabes que tendremos cuidado —le aseguró Henrik, mirándola con complicidad.

—Nunca se tiene demasiado cuidado —respondió ella dándole la espalda.

Henrik y Mia salieron del sótano y subieron por las escaleras hasta el primer piso.

—¿Qué podemos pensar de Philip después de esto? —preguntó Henrik—. ¿Inocente o no?

—Es evidente que no es inocente. O ha perdido la cabeza con tantas pastillas o está intentando confundirnos.

—Tenemos que intentar localizar a su esposa —dijo Henrik—. Ver si puede confirmar aunque sea su coartada.

Llegó al primer piso y se estremeció cuando el aire frío y húmedo que entraba por la puerta abierta se le coló por la chaqueta.

Miró a su alrededor y pensó en la sucesión de acontecimientos. Shirin Norberg, a quien le habían cortado las manos; Katarina Vinston, a quien le habían cortado la lengua; y Johan Rehn, quien había perdido ambas piernas.

También pensó entonces en Erika Sandell, sentada en su silla de ruedas en el sótano, muerta.

—Y, durante todos estos años, nadie la ha echado en falta —comentó para sus adentros.

Regresó a la cocina. Las palabras rebotaban en su cabeza mientras echaba un vistazo.

Observó las sartenes, las cajas y los restos de comida.

—Pero alguien debió de ayudarla a bajar al sótano —dijo—. Y alguien debe de haber estado pagando las facturas todos estos años.

Se acercó al fregadero y observó más de cerca las sobras, después abrió los armarios de la cocina.

—No toda la porcelana está cubierta de polvo.

—¿Y? —preguntó Mia.

—Mira aquí —le dijo él, señalando dos tazas situadas una junto a otra—.

Una está cubierta de polvo, pero la otra parece recién lavada.

Mia se volvió hacia él.

—Pero, según el registro, Erika vivía sola en esta casa —le dijo Mia.

—Sí —confirmó Henrik.

—¿Marido e hijos?

—No. No tenía familia.

—¿Quién, entonces, ha estado viviendo aquí estos últimos años?

—Parece que soy la única que quiere algo de nuestra relación. Philip siempre se cierra —dijo Lina, mirando a Sandra a los ojos—. Y, ahora que ha ocurrido todo esto —la policía, la adicción a las pastillas, los asesinatos— creo que ya no sé nada.

—Lo comprendo —respondió Sandra.

—Ay, parece que solo hablo yo.

—Necesitas desahogarte, y a mí se me da bien escuchar.

—Quizá por eso resulta tan fácil hablar contigo —le dijo Lina con una sonrisa. Entonces miró la manta que había a su lado y empezó a jugar con ella.

—Ahora pareces preocupada —le dijo Sandra—. Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Pero, en la cabeza, tengo la imagen de una familia, y no sé por qué me he aferrado tanto a eso. No es real.

—¿Y cómo es esa imagen?

—Te vas a reír.

—No me reiré. Dime.

—Es la imagen tradicional de una madre, un padre y sus hijos, una casa con la típica verja blanca, un Volvo ranchera, un perro...

—Me parece una imagen preciosa.

—Sí. —Lina asintió y desvió la mirada hacia la ventana—. Pero, cuando descubres que el hombre con el que estás casada y al que quieres es un



mentiroso patológico adicto a las pastillas.... ¿sabes lo que se siente? Lo engañada que me siento.

—No lo sé, pero me lo imagino.

—Estoy tan enfadada que casi podría matarlo. Sandra soltó una breve carcajada.

—¡Eso sí que lo entiendo! —exclamó.

Lina sonrió, pero su sonrisa se esfumó cuando su móvil comenzó a sonar de nuevo.

—Creo que deberías responder esta vez —le dijo Sandra.

—Sí, puede que deba —admitió Lina, y notó que le temblaba la mano al levantar el teléfono—. ¿Diga?

Jana Berzelius salió del juzgado sin hablar con nadie, lo cual pareció molestar al abogado Peter Ramstedt. Parecía que la interminable vista había ido en favor de Jana, pero la sentencia no se conocería hasta el día siguiente. Atravesó el vestíbulo, bajó las escaleras y caminó a paso ligero por el centro en dirección a su apartamento. Mientras caminaba, pensó en todo una vez más. No había muchas vías de escape. La que había escogido era la más sencilla, pero deseaba asegurarse de no haber pasado por alto alguna dificultad evidente que impidiese a Danilo salir del apartamento y llegar hasta su coche aparcado en el garaje. Todo estaba controlado. Le preocupaba más cómo gestionar cualquier problema inesperado que pudiera surgir.

Al entrar en el apartamento y quitarse el abrigo, lo vio por el rabillo del ojo. Danilo tenía la cabeza levantada, como si ya estuviese seguro de que todo iría según el plan. En realidad, su desaparición sin dejar rastro tenía que ver con la seguridad en uno mismo. Daba igual que tuvieras un pasaporte o un carné de conducir falso, pelucas o disfraces convincentes, si no podías hablar, moverte y actuar con seguridad en ti mismo. La gente veía lo que uno deseaba que vieran. Danilo probablemente fuese un buen actor, pero el único papel que estaba interpretando ahora era él mismo. Llevaba ropa limpia, se había cortado el pelo y se había afeitado. A primera vista, no se parecía en nada al hombre que se había colado en su casa con ropa de hospital hacía casi una semana. Sin embargo, un ojo entrenado lo reconocería, estaba segura de ello.

—¿Te has decidido? —le preguntó.

—Iremos por el sótano —respondió Jana—. Yo iré primero, después tú.

Entonces Danilo se volvió hacia ella, con los músculos tensos bajo la sudadera. Sus miradas se encontraron un instante y Jana experimentó un intenso alivio emocional. Por fin se marcharía de su apartamento, por fin desaparecería de su vida.

—Bien —le dijo—. Estoy preparado. ¿Y tú?

Henrik Levin tomó aliento al salir al aire libre. Era un alivio abandonar la casa de Erika Sandell. Oyó a los niños reír mientras cruzaban la calle y, un poco más allá, vio un coche que salía marcha atrás de la entrada de una casa. Giró la cabeza y miró hacia el final de la calle, donde comenzaba el campo.

Mia se acercó a él con el teléfono en la mano.

—Por fin he localizado a Lina Engström.

—¿Qué te ha dicho?

—No estaba del todo segura, pero cree que Philip estaba en casa la noche en que Katarina fue asesinada. Con Johan no lo sabe, y además era difícil hablar con ella. Parecía triste, casi aturdida.

—¿Crees que deberíamos enviar a alguien a su casa?

Mia negó con la cabeza.

—Estaba allí con una amiga.

—Bien. ¿Deberíamos...? —empezó a decir, pero se quedó callado al ver a una mujer de sesenta y tantos años cruzando la calle. Llevaba un chaleco rojo, vaqueros oscuros y botas de goma con lunares. Su pelo, rubio ceniza, lucía un corte a lo paje y el flequillo le tapaba las cejas. Se detuvo al ver la cinta policial y después continuó por el camino de grava que conducía hasta la enorme casa de al lado—. Voy un momento a... —le dijo Henrik a Mia, señalando a la mujer.

—¿Voy yo también?

—No, lo haré solo.

Henrik abandonó la casa de Erika, atravesó la verja y caminó con grandes zancadas hacia la mujer, que ya estaba de pie frente a su puerta.

—¡Hola! —le dijo—. Por favor, espere.

La mujer se dio la vuelta y lo miró intrigada.

—Me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Se trata de Erika Sandell, su vecina.

Henrik sacó su placa, se presentó y le preguntó si podía pasar un momento.

—Serán solo unos minutos —le aseguró.

—Entonces podemos quedarnos aquí fuera —respondió ella.

—Tiene una casa preciosa —comentó Henrik.

—Sí, me lo dicen mucho.

—¿Está casada?

—¿A qué se refiere?

—Es solo una pregunta.

—Hay un hombre en mi vida, si es a eso a lo que se refiere.

Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Hace cuánto tiempo que vive al lado de Erika Sandell?

—Vamos a ver. Yo me mudé aquí hace trece o catorce años.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Oh, hace mucho tiempo.

—¿Y no le parece extraño?

—No, ¿por qué me lo iba a parecer? Probablemente esté en el extranjero la mayor parte del tiempo. Tiene una... lesión.

—¿Por qué iba a estar en el extranjero?

La mujer lo miró como si le avergonzase la pregunta.

—Si no está en casa, ¿dónde si no iba a estar?

Se llevó la mano a la cadera.

—Erika ha sido encontrada muerta en su domicilio hoy mismo.

—¿Está muerta? —La mujer lo miró de nuevo, esta vez con una mirada vacía, como si le costara trabajo entender lo que Henrik acababa de decirle—. ¿Qué ha ocurrido?

—No puedo darle los detalles —explicó Henrik—, pero me gustaría saber si usted, su vecina más cercana, ha visto u oído algo que pueda sernos de utilidad. Por ejemplo, ¿ha visto a alguien entrar o salir de su casa últimamente?

—Veo a su hija de vez en cuando.

—¿A su hija?

—Sí.

—Pero, según tengo entendido, Erika Sandell no tiene ninguna hija.

—Oh, sí que la tiene.

—¿Sabe usted cómo se llama?

—No, normalmente nos decimos hola, y solo he hablado con ella unas pocas veces, pero es muy agradable, una mujer muy guapa, con unos ojos como esmeraldas. Es muy bonito que se haya encargado de su madre todos estos años, pero siempre he pensado que debería tener su propia vida, con un hombre guapo e hijos.

—¿La ha visto recientemente?

—Sí, por supuesto. Vive ahí.

Lina intentó ponerse en pie, pero el esfuerzo estuvo a punto de hacerle vomitar. Se llevó las manos a la boca y tragó saliva varias veces antes de volver a mirar a Sandra.

—¿Qué pasa? —le preguntó Sandra.

Lina tomó aliento antes de responder.

—Era la policía —respondió, casi como si no quisiera pronunciar las palabras.

—¿Qué te han dicho? Se llevó las manos a la cara y negó con la cabeza.

—No puedo. Solo quiero tumbarme en la cama y llorar cuando pienso en...

—Ahora mismo no tenemos tiempo para llorar —respondió Sandra—. ¡Dime qué te han dicho!

—Me han preguntado si podía darle una coartada.

—Una coartada ¿para qué?

—Para la noche en que Katarina fue asesinada... y ese médico...

—¿Te han dicho algo más? Lina se envolvió con los brazos y se quedó quieta, mirando al suelo.

—Han dicho que lo tienen bajo custodia, que es sospechoso de asesinato.

—Bien —respondió Sandra. Lina parpadeó varias veces y la miró.

—¿Qué?

Sandra se puso en pie, recogió su mochila y salió de la habitación.

—¿Qué tiene eso de bueno? —preguntó Lina, pero la única respuesta fue el sonido de la puerta del cuarto de baño al cerrarse.

Con la sensación de que todo volvería a la normalidad, Jana salió de su apartamento y se montó en el ascensor, que bajó despacio, con el crujido habitual de los cables de acero. Sintió las piernas relajadas mientras caminaba por el largo pasillo que conducía al garaje. Para evitar el riesgo de que la vieran con él, de encontrarse con alguien cuando estuvieran juntos, ella había salido primero y había tomado el ascensor. Él bajaría por las escaleras.

Notó que se le aceleraba el pulso al acercarse a su plaza de aparcamiento. Se detuvo entre dos coches. Se miró en la ventanilla lateral del coche que tenía al lado, pero entonces vio otra cara conocida.

—Te veo —dijo.

—De eso se trata —respondió Danilo.

—Podría haber cámaras aquí —dijo ella, principalmente para recalcar el riesgo de lo que estaban haciendo.

—No las hay —le aseguró él con una sonrisa.

Comenzó a caminar hacia ella, rodeando un coche para prolongarlo más. Estaba a diez pasos de ella, cinco, tres, dos uno... Jana estaba a punto de abrir su coche cuando la puerta del sótano se abrió y, horrorizada, vio salir a su

vecina con una bolsa en la mano y dirigirse hacia ella.

Danilo la agarró. Pegó su cara a la suya y ella sintió su piel en la mejilla.

—¿Qué estás haciendo? —le susurró.

—Fingir que te beso. Y estate quieta, o lo haré de verdad. Con lengua y todo.

Ella no respiró, intentó liberar el aire que tenía en los pulmones, pero no pudo. Se quedaron en silencio, pegados el uno al otro, hasta que la vecina puso en marcha su coche y desapareció por la puerta del garaje. En cuanto esta se hubo cerrado, Jana lo apartó de un empujón.

—No te atrevas a mirarme —le dijo con sequedad.

Al ver que Danilo no apartaba la mirada, sintió que se desbordaban en su interior toda la adrenalina y todo el odio. Se sintió sobrepasada y el corazón se le aceleró. Miró hacia abajo y volvió a ver su reflejo en la ventanilla del coche. Vio la tensión en su rostro y se obligó a calmarse y a respirar.

—Pero no existe ninguna información que indique que Erika tuviera una hija —dijo Ola Söderström.

—Vuelve a mirar —le dijo Henrik.

Se hallaba frente a la casa de Fiskeby con el teléfono pegado a la oreja.

—Pero ¿dónde voy a mirar? —preguntó Ola—. ¿No confías en mí?

—Claro que confío —respondió Henrik frotándose la cara con la mano—. ¿Y Erika nunca estuvo casada?

—No.

—Pero debía de vivir con alguien...

—Puede ser, pero no figura en los registros ninguna persona que viviera con ella, como ya sabes.

—Lo sé. ¡Lo sé! Pero llámame si averiguas algo.

—Pero...

Henrik colgó el teléfono y suspiró.

—¿No ha habido suerte? —preguntó Mia, mirándolo con las cejas

levantadas.

—No —respondió él volviendo a mirar hacia la casa. Deseaba detener sus pensamientos, estructurarlos y obtener algo de claridad sobre todo lo que había ocurrido.

Era imposible que Erika tuviera una hija biológica. Sin embargo, la vecina estaba segura de que una mujer joven vivía en la casa y de que esa mujer decía ser la hija de Erika. ¿Quién era entonces esa joven?, se preguntó, contemplando de nuevo la estrella de madera que colgaba de una de las ventanas. En ese mismo momento apareció en la puerta Anneli Lindgren.

—¡Henrik! ¡Mia! —les llamó—. Creo que deberíais regresar al sótano.

Henrik asintió y regresó caminando a la casa, seguido de cerca por Mia. Ese olor a humedad le golpeó de nuevo, pero intentó ignorarlo y bajó las escaleras del sótano.

—Creo que querréis ver esto —le dijo Anneli, caminando hacia las cortinas que colgaban detrás del cadáver de la mujer. Se levantó polvo cuando las corrió y dejó al descubierto un escritorio tras el que colgaba un tablón de corcho. Henrik se encontró los ojos azules de Katarina Vinston, que le miraba desde una fotografía. Donde debería haber estado su boca, se veía sin embargo un agujero negro. Apartó la mirada, dio un paso atrás y contempló las demás fotografías clavadas al tablón.

—Shirin Norberg —dijo en voz baja—. Y Johan Rehn... ¿y quién es esa?

Señaló una cara tachada que no reconoció.

—Debe de ser Annikke —respondió Mia—, la enfermera anestésista, pero cuesta saberlo, porque no se le ve la cara. Y esos deben de ser Joe y Anders.

Mia señaló otras dos caras tachadas.

—¿Así que esto son fotos del equipo quirúrgico? —preguntó Henrik.

—Sí —respondió ella—, y cómo planeaba matarlos a todos.

Henrik sintió el corazón acelerado al fijarse en las manos invisibles de Shirin o en la ausencia de las piernas de Johan. A la derecha estaba colgada una foto de Philip Engström, separada de las demás. Miró hacia el escritorio y vio varios cuadernos negros cerrados con cordeles gruesos.

Levantó el primero, desató el cordel y comenzó a hojearlo. Mia se acercó a él y comenzó a leer por encima de su hombro.

*3 de marzo*

*Querido diario: He encendido la luz y estoy mirando las fotos de la pared. Contemplando esas caras que parecen tan felices y, al mismo tiempo, ajenas a cualquier mal. Tan llenos de expectativas, como si fuera evidente que tenían la vida por delante. Como si tuvieran derecho a vivir.*

*Hoy hace diez años de tu operación, mamá, diez años desde que nos destrozaron la vida.*

*Diez años. ¿Qué habrán hecho? ¿Cómo habrá sido su vida? Como si la operación fuera solo una bagatela, un paréntesis en sus vidas, una mala mañana. Nada más.*

*Para nosotras ha sido un infierno desde entonces.*

*Sé quién hizo qué en el hospital. Tú has hablado de ello muchas veces.*

*No puedo devolverte la vida, pero puedo castigar a aquellos que te la arrebataron.*

*Obtendrás tu venganza, mamá. Le quitaré las manos a la enfermera que se quedó sin saber qué hacer en el quirófano; le quitaré la lengua a la paramédica que se olvidó, ¡SE OLVIDÓ!, de decir que el helicóptero se había dado la vuelta. Y le quitaré las piernas al cirujano que dejó la operación en manos de un estudiante de medicina. ¡UN ESTUDIANTE DE MEDICINA! ¿Cómo demonios pudo justificar algo así?*

*Odio a Philip. Odio su actitud arrogante, le odio porque no entiende lo que hizo, le odio porque no sabe que le odio. Porque vive en su propio mundo, como si no pasara nada malo.*

*Ahora voy a apagar la lámpara, porque es hora de empezar.*

*Sé exactamente cómo lo haré. Lo tengo todo pensado. Mi plan está listo.*

*No se saldrán con la suya, mamá. Te destrozaron la vida. Me la destrozaron a mí. Así que voy a destrozársela a ellos.*

*Eso es lo que dicen las voces de mi cabeza.*

*Así de sencillo es.*



*La verdad.*

Henrik levantó la cabeza y miró a Mia.

—¿Quién diablos ha escrito esto?

Henrik se quedó mirándola largo rato antes de cerrar el cuaderno y volver a dejarlo sobre la mesa.

—¿Qué pasa, Henrik? ¿Dónde vas?

Oyó las preguntas de Mia, pero no tenía tiempo para responder, en su lugar subió corriendo las escaleras del sótano. Entró en el salón, se quedó en el centro de la estancia y miró la estrella de madera que colgaba de la ventana. Se acercó, sintiendo el frío al extender la mano. La estrella estaba hecha con trozos de madera pegados unos a otros. La descolgó y le dio la vuelta.

Parecía el tipo de estrella que se hace en clase de Plástica en el colegio. Él mismo regresaba a casa del colegio con distintas figuritas y, entre todas las cosas que había llevado, había una estrella parecida a esa. Si aquella estrella había sido fabricada en el colegio, debería llevar también un nombre.

Siguió dándole la vuelta entre las manos y entonces se detuvo. La acercó a su cara. La pintura se había borrado, pero aún distinguía el nombre escrito allí. *S*, leyó. *Sa...* y después un número. Entornó los párpados. Y entonces lo vio. *Sandra, clase 9A.*

## 29

Jana Berzelius miró por el espejo retrovisor y vio que Danilo seguía tumbado en el asiento de atrás. Devolvió la mirada a la carretera y pensó que por fin estaban de camino al norte, hacia Nyköping, Vagnhärad y Södertälje. Hacia la libertad. Por un momento pensó en pisar el acelerador, pero se obligó a no hacerlo. No podía arriesgarse a que la parasen por exceso de velocidad, de modo que se mantuvo al límite, setenta kilómetros por hora.

Se aproximaban a un paso a nivel cuando sonó su teléfono. No dejó que sonara más de unos pocos segundos antes de responder. Oyó un ruido al otro lado antes de oír la voz de su padre.

—Hecho —dijo él.

Jana sintió que se le aceleraba el corazón y tuvo que hacer un esfuerzo por controlar su ansiedad.

—¿Tienes el resultado del ADN? —preguntó.

—Sí.

Quizá malinterpretase su tono, pero le pareció que había algo receloso en su voz; hasta el punto de que era posible percibir algo en su abrupta respuesta.

Danilo la miró. Ella sintió su mirada, pero no se dio la vuelta.

—¿Has encontrado una coincidencia? —le preguntó a su padre.

Se hizo el silencio durante unos segundos al otro lado de la línea, lo cual no tenía por qué significar nada más allá del hecho de que su padre estaba pensando. Esperó una respuesta, pero no se produjo. Se quedó callado durante tanto tiempo que se preguntó si se habría cortado. Tal vez Elin estuviera cerca.

—Dímelo —le pidió.

—Por teléfono no.

—No puedo ir a tu casa —le dijo—. Tienes que decírmelo ahora. ¿De quién es el ADN que había en las uñas de mamá?

Aminoró la velocidad mientras pasaba por encima de un arroyo y vio que la maleza ocultaba un pequeño promontorio que daba a un lago. Le pareció oír más cerca su respiración, como si su padre estuviese sujetando el teléfono muy cerca de su boca.

—El resultado dice qu... qu...

Le costaba pronunciar las palabras.

—¿Sí? —le instó Jana.

—El resultado muestra que el ADN es de... de Sandr Gustfsson.

Jana sintió la tensión de su cuerpo mientras escuchaba el sonido del motor.

—¿Es definitivo?

—Sí —respondió su padre—. Definitivo. ¿Quién es?

—Tengo algunas preguntas más que necesitan respuesta —dijo Henrik Levin al entrar en la celda donde se encontraba Philip Engström—. Necesito

respuestas cuanto antes.

—De acuerdo —respondió Philip frotándose el cuello con la mano.

—¿Viste a Erika después de la operación?

Philip tragó saliva y miró al suelo.

—Sí —respondió—. La vi, ya se lo dije. La visité en el hospital algunas semanas después de la operación.

—¿Dijo alguna vez que tuviera una hija?

—No. ¿Por qué iba a decirme eso a mí? Tiene que entender que me odiaba. Me odiaba de verdad.

—Sí, ya lo dijiste —respondió Henrik—. ¿De modo que nunca has estado en casa de Erika Sandell?

—¿Ese es su apellido? ¿Sandell?

—Sí, pero responde a mi pregunta. ¿Alguna vez has estado en su casa?

Philip se quedó mirándolo.

—No está escuchando lo que le digo —respondió con la voz en falsete—. No la conozco.

Nunca he vuelto a tener nada que ver con ella después de la operación.

—¿De modo que nunca has estado en Leonardsbergsvägen, en la localidad de Fiskeby?

—¿Qué? No —respondió Philip, de pronto con cara triste—. ¿Vive ahí?

—Sí, y hoy hemos estado en su casa —respondió Henrik.

—¿En Fiskeby? ¿Y qué ha dicho?

Philip lo miró.

—No ha dicho nada. Estaba muerta, y llevaba así muchos años.

—¿Qué?

—Pero parece que tenía una hija —continuó Henrik—, aunque no sé si es cierto.

—¿Qué? —repitió Philip.

—Una hija, y tenemos motivos para creer que se llama Sandra.

—¿Sandra? —repitió Philip, llevándose las manos a la boca. Miró a Henrik con expresión de horror—. ¿Se refiere a mi compañera Sandra Gustafsson?

—No lo sé —respondió Henrik.

—La madre de Sandra Gustafsson vive en Fiskeby. Me lo dijo una vez. Pero nunca vi a su madre..., nunca he estado en su casa..., pero ¿cómo es posible que...?

Henrik observó al hombre que tenía delante, quien de pronto se puso pálido.

—¡No! —gritó—. Sandra está con... —Se lanzó hacia la puerta de la celda, gritando con todas sus fuerzas—. ¡Lina!

¿Qué estaría haciendo Sandra? Llevaba mucho tiempo encerrada en el cuarto de baño. Lina había oído cerrarse la puerta, pero no había vuelto a abrirse. ¿Por qué llevaba allí metida tanto tiempo?

Cerró los ojos y sintió que le quemaban. Estaba agotada.

—¿Sandra? —gritó.

Al no obtener respuesta, se levantó despacio y caminó hacia el cuarto de baño. Se llevó una mano a la tripa inconscientemente. Le costaba asimilar el hecho de que hubiera una vida en su interior. Sabía que tardaría aún mucho tiempo en notarlo, pero ya estaba deseándolo.

El pasillo estaba a oscuras, y estaba a punto de encender la luz cuando vio que la puerta del baño estaba abierta.

—¿Sandra? —dijo de nuevo, mirando a su alrededor, pero no hubo respuesta.

Oyó una especie de chasquidos más adelante y miró hacia el salón una vez más antes de seguir avanzando por el pasillo. La puerta de la cocina estaba cerrada y, cuando la abrió, notó que tenía el corazón acelerado.

Sandra estaba de pie junto a la encimera, con algo en la mano.

Lina arqueó las cejas, confusa, al ver que se trataba de una jeringuilla.

—¿Qué vas a hacer?

—No tengas miedo —le dijo Sandra, dándose la vuelta con la jeringuilla en la mano.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, pensando que debía levantar el brazo para defenderse, pero sus músculos no reaccionaron tan rápido como su cerebro.

Se tambaleó hacia atrás y cayó contra la pared blanca.

—Para —dijo entre jadeos.

—¡Cálmate! —le dijo Sandra.

Vio la jeringuilla e intentó escapar lanzándose a un lado, pero eso hizo que se chocara con una lámpara, que cayó al suelo.

—¡Para, por favor, para! —gritó, y tropezó con la alfombra.

Cayó hacia delante y se golpeó la cabeza contra el suelo. Se puso a cuatro patas y trató de arrastrarse hacia la puerta de entrada, pero sabía que no sería capaz de escapar. Sandra la rodeó, se acuclilló y ladeó la cabeza mientras la miraba. La jeringuilla estaba muy cerca ahora, pegada a su cuello. Sintió que la aguja le atravesaba la piel y después volvía a salir. Se llevó la mano temblorosa al cuello, se acarició varias veces el punto donde le había clavado la aguja y vio las pequeñas gotas de sangre en las yemas de sus dedos. Intentó decir algo, pero sentía la lengua dormida. Miró lentamente a Sandra, aunque le resultaba difícil fijar la mirada. Era como si el suelo se moviera.

Estiró el brazo hacia el picaporte y lo agarró, pero se le resbaló la mano. Intentó pedir ayuda.

Notó un calor que se extendía por todo su cuerpo. Se volvió todo negro cuando perdió el conocimiento.

Henrik Levin corría por el pasillo de la comisaría con el móvil en la mano. Intentó localizar a Mia y, mientras sonaba, pensó en Johan Rehn, responsable de la operación de Erika Sandell. Si la hubiera realizado él mismo, posiblemente el error no se habría producido; y tres personas seguirían vivas. Sin embargo, no la había realizado él. La había llevado a cabo un joven Philip Engström.

Henrik pensó en Sandra Gustafsson, la paramédica. ¿No tenía ojos verdes, verde esmeralda?

Cuando llegó al primer peldaño de la escalera, Mia respondió con un «hey».

—Parece que vas sin aliento —le dijo.

—Sí. Tengo grandes noticias.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Si me creo lo que dice Philip, la madre de Sandra Gustafsson vive en Leonardsbergsvägen, en Fiskeby.

—No te sigo.

—La hija de Erika Sandell es la paramédica Sandra Gustafsson.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—Sí, eso mismo digo yo.

—Entonces, ¿vamos a detenerla de inmediato?

—Desde luego, pero aquí viene la mala noticia. Está en casa de Philip con su esposa, a solas.

¿Puedes hacer que envíen una unidad a su casa ahora mismo?

—Por supuesto.

—¿Y puedes pedirle a Ola que busque y recopile toda la información que haya sobre Sandra Gustafsson? Después reúnete conmigo en el garaje.

Henrik colgó el teléfono y siguió corriendo.

### **30**

¡Sandra Gustafsson! Jana Berzelius apenas podía respirar. Había albergado la esperanza de obtener una respuesta, pero, ahora que sabía que el ADN que tenía su madre en las uñas era de Sandra, no sabía qué hacer con esa información.

Todo le daba vueltas, y tenía que mantener ambas manos en el volante para conducir en línea recta. La paramédica Sandra Gustafsson había asfixiado a su madre colocándole una mano o las dos en la nariz y en la boca. Eso lo entendía. Lo que no entendía era el motivo. ¿Por qué Sandra había asesinado a su madre? Era incomprensible.

Aquella agresión hacía que le picara el cuello, y los brazos, las piernas, todo el cuerpo.

Deseaba más que nada tener a aquella mujer delante en ese instante para poder sacarle las respuestas utilizando todas las técnicas que conocía, antes de...

Volvió a sonar su móvil. Lo levantó de su regazo, vio que era Henrik Levin y respondió.

—Jana al habla.

—No es Erika —le dijo Henrik—. Creemos que es Sandra Gustafsson quien...

—Un momento, un momento —le interrumpió Jana—. ¿De qué estás hablando?

—Erika Silver, o Sandell, como ahora sabemos que se apellidaba, está muerta. Hemos encontrado hoy su cuerpo en su domicilio. Pensaba que Gunnar te lo ha-bría dicho.

—Y ahora me dices que es Sandra la que...

—Sandra Gustafsson —le dijo Henrik—. La compañera de Philip Engström.

—Sí, sé de quién hablas —respondió—. ¿Quieres decir que es culpable de los asesinatos?

Un sinfín de pensamientos se le pasaron por la cabeza.

—¡Sí! —exclamó Henrik con vehemencia.

—¿Y la habéis detenido?

—Creemos que está en casa de Philip Engström.

—De acuerdo, ¿y dónde es eso?

Trató de mantener la calma.

—Jordbrogatan 209, en Skarphagen.

—¿Estás totalmente seguro de que es allí donde está?

—No del todo —respondió él.

—Por eso me llamas —adivinó Jana—. ¿Necesitas una orden de registro para echar la puerta abajo si es necesario?

—Eso es —confirmó Henrik—. ¿Tengo tu aprobación?

—Sí —respondió ella—. No hay problema.

—Bien. Salimos en este instante.

—Lláname cuando la hayáis encontrado —le pidió Jana.

Esperó a oír la confirmación de Henrik antes de colgar y dejó la mano de nuevo sobre su regazo.

Sandra Gustafsson, pensó de nuevo.

Fijó la mirada en el parabrisas y notó la tensión en los músculos. Sabía que debía obligarse a recuperar el control, a regular la respiración y dominar las emociones que se desbordaban en su interior. En su cabeza había empezado a tomar forma un plan que difería de llevar a Danilo directamente a Södertälje. Miró el reloj y supo que la policía ya estaría de camino a la residencia de los Engström, pero ella podría llegar antes. Con el corazón desbocado, giró el volante y los neumáticos derraparon al dar media vuelta.

—¿Dónde coño vamos? —preguntó Danilo, incorporándose en el asiento de atrás.

—Primero tengo que encargarme de un asunto —le respondió.

Philip Engström daba vueltas de un lado a otro en su celda. Había intentado convencer al guardia para que le abriese y había aporreado la puerta hasta destrozarse las manos, pero a nadie le importaba, y el pánico que sentía estaba a punto de hacer pedazos sus esperanzas. Le dolía la cabeza y se dejó caer al suelo, buscando con la mano sobre su ropa una pastilla que poder tomarse. Tiró de la tela de los bolsillos y les dio la vuelta con la esperanza de hallar algo con lo que calmar su ansiedad, pero no encontró nada. Un hilo de saliva le cayó del labio por la barbilla, y se lo secó con la manga de la camisa.

Sandra, pensaba. ¿De verdad era cierto? ¿La persona que había ido sentada a su lado en la ambulancia tantas veces? ¿Era la hija de Erika Sandell? Los pensamientos daban vueltas en su cabeza. Cuando habían acudido a ayudar a Shirin, ella ya sabía lo que les esperaba allí. Cuando habían asistido a



Johan, también. Había estado allí antes, los había atado, los había mutilado y había dejado que se desangraran hasta morir. Y después, a sangre fría, había actuado como si no supiera nada. Se había quedado allí, mirando.

¿Cómo era posible? ¿Y cuánto tiempo llevaría planeando vengar a su madre? ¿Muchos años?

Lo había buscado, se había convertido en su compañera, había llegado a conocerlo, a conocer a Lina; todo ello con un objetivo en mente. La venganza... por algo de lo que ella ni siquiera había formado parte. Debía de estar trastornada, muy trastornada. No cabía otra explicación.

Muy trastornada, y él no se había dado cuenta. Incluso le había quitado el anillo de boda y lo había dejado en casa de Katarina, pero ¿por qué? ¿Para incriminarlo? «Debió de quitármelo cuando estaba dormido en la ambulancia», pensó.

Y ahora estaba con Lina en su casa. El corazón comenzó a latirle con fuerza y el pánico volvió a asomar en su horrible cabeza. Había empezado a pensar en el niño que Lina llevaba en su interior. Solo imaginar que Sandra le hubiera hecho daño a Lina, o incluso...

No se atrevió a terminar ese pensamiento.

Jana Berzelius avanzaba a toda velocidad por la autopista en dirección a Norrköping. Diez minutos más tarde, redujo la velocidad al llegar a Jordbrogatan, en Skarphagen. Comprobó el número de la calle de casa de Philip Engström y, poco después, encontró la casa que estaba buscando.

—¿Qué diablos estamos haciendo aquí? —le preguntó Danilo.

—Tumbate —le ordenó ella con voz áspera—, o nunca llegarás a Södertälje.

Danilo volvió a tumbarse y ella observó la calle en busca de algún coche patrulla y, sobre todo, algún coche de incógnito, pero no parecían haber llegado aún. Había un hombre con un carrito de bebé sentado en un banco del parque al final de la calle, pero, por lo demás, la zona estaba desierta. Había un Volvo de color blanco aparcado en la entrada de la casa.

Jana abrió la guantera, sacó el cuchillo y sintió la mirada de Danilo mientras se lo guardaba en la cintura de los pantalones. Estaba a punto de salir del coche cuando la puerta principal de la casa se abrió y, de dentro, salió una

mujer con el pelo claro. Supuso que sería Sandra.

Caminaba con la espalda muy recta, pero miraba constantemente a su alrededor, como si estuviera esperando a que alguien saltase sobre ella. Jana se agachó en su asiento y, aunque Sandra parecía estar alerta, no se fijó en la mujer del coche negro que la espiaba. ¿Qué habría ocurrido? ¿Seguiría Lina Engström en la casa?

Sandra se dirigió hacia el Volvo blanco, se montó, arrancó el motor y comenzó a dar marcha atrás. Jana se quedó pensando unos segundos antes de poner su coche en marcha también y seguirla.

Henrik Levin agarraba el volante con fuerza mientras maldecía el tráfico para salir de la ciudad. Era como si los kilómetros y kilómetros de Norrköping estuvieran solo compuestos de una cosa: tráfico. Y el tráfico implicaba retrasos.

Junto a él iba sentada Mia, con el teléfono pegado a la oreja.

—No responde —le dijo—. La he llamado ya cuatro veces.

—Mala señal —respondió él, deseando poder ir más deprisa.

Dejaron atrás el centro del barrio de Skarphagen, se metieron por la zona residencial y pasaron frente a los porches acristalados con muebles de mimbre, las enormes camas elásticas y los coches aparcados. Henrik sentía que hacía más calor en el coche. Con la mano derecha intentó bajarse la cremallera del abrigo, pero no lo consiguió. Se le había atascado, y la idea de no poder refrescarse le hizo sudar más aún.

—Ya casi hemos llegado —dijo, más para sí mismo.

Había comenzado a anochecer cuando giró hacia un garaje y se detuvo. Dejó el coche parado mientras examinaba la zona. Había un hombre sentado en un banco del parque, moviendo un carrito de bebé y observándolos con curiosidad, y al final de la calle dos niños de unos diez años daban patadas a un balón de fútbol. Había ya cuatro agentes armados situados en posición: dos delante de la casa y dos detrás.

Henrik y Mia salieron del coche y, agachados, se aproximaron a casa de los Engström.

Ambos estaban preparados con sus armas reglamentarias cuando los

agentes se situaron en posición frente a la puerta de entrada. Henrik vio que Mia se mordía la uña del pulgar mientras seguía la situación con la mirada. Sonaron tres timbrazos amortiguados cuando uno de los agentes hizo sonar el timbre negro. Sacó su arma, volvió a llamar y esperó.

—Entrad —dijo una voz—. Deprisa, deprisa, deprisa.

Mia dejó de morderse la uña.

La puerta se abrió. Henrik vio que el primer agente le hacía un gesto al otro para que lo siguiera y asegurase la línea de fuego a la derecha. El agente esperó unos segundos, se asomó con rapidez e hizo el gesto de cuenta atrás: tres, dos, uno.

Entraron en la vivienda. Henrik escuchó mientras recorrían las habitaciones y se preparó para entrar.

Sabía que no le quedaba otra elección. Teniendo en cuenta la situación, caminaba por la cuerda floja. Aun así, Jana Berzelius había decidido seguir a Sandra Gustafsson con Danilo Peña en el asiento de atrás. Lo peor era el riesgo de que la policía estuviese siguiéndola.

—¿Dónde coño vamos? —preguntó de nuevo Danilo—. ¿No puedes responderme?

Su voz sonaba rasgada, tenía la mirada sombría, pero no podía hacer otra cosa que permanecer tumbado en el asiento de atrás.

—Voy a llegar tarde a la reunión —le dijo—, y espero que sepas lo que eso significa.

—Tenemos tiempo —le aseguró Jana—. Pero primero tengo que encargarme de un asunto.

Sandra había acelerado por la E22 en dirección Söderköping y obligó a Jana a saltarse un semáforo en rojo en el cruce sobre el canal de Göta. Tras alcanzar la cima de una colina, Sandra se había salido de la carretera y ahora avanzaban por un pequeño sendero de grava hacia el interior del bosque. Ya no veía el Volvo blanco; aminoró la velocidad y contempló el estrecho camino.

Seguir a alguien por carreteras pequeñas o desiertas era peligroso. El riesgo de ser visto era mucho mayor que en una carretera más transitada. Era

posible que Sandra la hubiera visto ya, hubiera aparcado detrás de una colina o cualquier otro escondite, y estuviera esperándola. O tal vez ya estuviera en lo profundo del bos-que.

«Pero no puedo perderla ahora», pensó, y aumentó la velocidad.

Henrik Levin y Mia Bolander se asomaron al interior de la casa. Vieron las gorras y las bufandas colgadas en el mismo lugar de la entrada y miraron hacia el sofá, los libros y el ordenador del salón. Los agentes habían revisado las habitaciones. La casa estaba vacía. Había una lámpara rota en el suelo. Se veían huellas dactilares ensangrentadas en el marco de la puerta principal y en torno a la cerradura, como si alguien hubiera toqueteado el picaporte.

Mia volvió a salir de la casa. Henrik la siguió y sintió el sudor en la espalda. Esta vez no era por el calor de la ropa o por el chaleco antibalas, sino porque ni Sandra ni Lina estaban en la casa. Caminó despacio hacia el coche, se sentó y empezó a pensar. La sangre del picaporte le inquietaba. ¿Qué habría sido de Lina Engström?

Agarró su móvil y llamó a Gunnar.

—¿Qué sucede? —preguntó Gunnar.

—Todo y nada.

—¿Qué quieres decir con nada? ¿La casa estaba vacía?

—Sí, y parece que Sandra se ha llevado a Lina a alguna parte. Pero, para saber dónde ha ido, tengo que saber más sobre ella.

—Seguro que Ola tiene mucho que contarte.

—Bien —respondió Henrik—. Asegúrate de que me llame.

### 31

Lina Engström se despertó. Tensó el cuerpo al darse cuenta de que tenía una cinta adhesiva cubriéndole la boca. Respiró con dificultad al advertir que estaba en el asiento trasero de un coche. Movi6 los dedos con cuidado, intentando utilizar las manos para quitarse la cinta, pero entonces se dio cuenta de que tenía las muñecas atadas a la espalda con una cinta. Con los ojos muy abiertos, se fijó en el asiento del conductor y vio allí sentada a Sandra.

¿Dónde iban?

¿Cuánto tiempo llevaban en la carretera? Intentó averiguar dónde estaban, pero ¿cómo iba a hacerlo? No sabía si habían ido hacia el norte o hacia el sur. Lo único que sabía era que ahora transitaban una carretera de grava con muchos baches. No le cabía duda de que estaban atravesando un camino desierto en mitad de un bosque, porque no oía nada de tráfico alrededor.

Miró de nuevo a Sandra e intentó decir algo, pero, a través de la cinta adhesiva, le salían solo murmullos ahogados.

Henrik Levin se fijó en el banco del parque donde había estado sentado el hombre del carrito, que se había puesto en pie para hablar con Mia. En el lugar donde había estado sentado, alguien había escrito con tinta *Yo estuve aquí*. Henrik contempló las palabras mientras escuchaba la voz de Ola Söderström a través del altavoz de su móvil.

—Sandra Gustafsson tiene veintipocos años y no ha tenido una vida fácil. Su madre biológica murió cuando ella tenía dos años. Su padre se quedó con la custodia y era alcohólico. Dos informes a los Servicios de Protección al Menor cuando Sandra tenía tres años. En uno de ellos se aseguraba que la niña había sido hallada frente a su casa a las tres de la mañana de un sábado vestida solo con la ropa interior. Su padre también estaba allí, pero dentro del apartamento, durmiendo en el suelo de la cocina. El otro informe trataba sobre una lesión. En la guardería habían observado que tenía una herida detrás de la oreja, y supuestamente la niña respondió «¡Au, papi!» cuando le preguntaron por la lesión. Ambas investigaciones se archivaron.

—¿De modo que Sandra creció sola con su padre? —preguntó Henrik.

—Sí, en parte —respondió Ola.

Henrik observó de nuevo el banco del parque, pensando que su infancia debía de haberle dejado huella.

—No tengo ni idea de lo que te propones hacer —le dijo Danilo, que ahora se había incorporado en el asiento trasero—, pero me parece un gran error.

Jana lo miró, solo un segundo, pero el tiempo suficiente para saber que llevaba razón. Estaba arriesgándolo todo por aquella misión. Pero, en ese momento, no le quedaba más remedio que terminar lo que había empezado.

Pisó el acelerador y siguió avanzando hacia las profundidades del bosque.

El sol ya casi se había puesto. Henrik Levin seguía sentado en el coche, en Skarphagen, con el teléfono en la mano, recorriendo con la mirada las casas circundantes. Todo estaba en silencio y veía muchas luces ya encendidas en algunas de las casas. Se repitió a sí mismo que ahora mismo lo más probable era que Sandra fuese de camino a algún lugar que había planeado de antemano; y tenían que averiguarlo deprisa, antes de que fuera demasiado tarde. Se estremeció al pensar lo minuciosamente planificado que lo tenía todo. Cómo había desviado las sospechas hacia Philip con pequeños detalles, haciéndoles pensar que era el culpable. Cómo había colocado el anillo de boda en casa de Katarina Vinston para incriminarlo. Sus movimientos, lentos y metódicos, habían sido casi invisibles. Se había acercado a Philip, había buscado el trabajo como paramédica, se había hecho compañera suya, amiga de su esposa. Incluso había acudido con él a la escena de los crímenes; al menos de dos de ellos. Era una mujer fría, ¿o simplemente insensibilizada?

Mia golpeó la ventanilla y le hizo un gesto para preguntar si le importaba que abriese la puerta del coche. Antes de que él tuviera ocasión de responder, ya la había abierto.

—Espera un momento, Ola —dijo antes de acercarse el teléfono al pecho.

—He hablado con ese hombre de ahí —le explicó Mia, señalando al hombre del carrito—. Se llama Jonas Ekberg y vive en el 207. Dice que vio un Volvo blanco frente a casa de los Engström hace un rato. Lo conducía una mujer joven...

—¿En qué dirección?

—Hacia la incorporación a la E22.

Henrik volvió a llevarse el teléfono a la oreja.

—¿Ola? —dijo—. ¿Has oído eso?

—Sí, lo he oído por el altavoz, pero no figura que tenga coche. Aunque hay un coche registrado a nombre de Erika, un Volvo.

—Envía una orden de búsqueda —le dijo Henrik.

Miró a Mia, pensando que, en una dirección, la E22 conducía hacia la autopista E4, que a su vez iba hacia Estocolmo o Helsingborg. En la otra

dirección, conducía hacia Söderköping y seguía hasta Kalmar.

De pronto regresó a su cabeza un pensamiento que antes solo había surgido de manera fugaz.

—¿Sigues ahí, Ola?

—Sí.

—Has dicho que Erika Sandell creció en una casa a las afueras de Söderköping.

—Exacto —confirmó Ola.

—¿Puedes darme la dirección?

—¿Crees que...?

—Compruébalo.

—Lo estoy comprobando, lo estoy comprobando.

Henrik se movió con impaciencia en su asiento mientras buscaba la llave del coche en el bolsillo de los pantalones.

—Creo que he encontrado una casa, pero parece...

—¡La dirección, Ola!

—Está en Lilla Ladumossen.

Captó un fuerte olor a moho. Lina Engström respiraba aceleradamente por la nariz, tenía los ojos muy abiertos e intentaba entender qué estaba viendo. Sandra la había empujado hacia una casa de dos habitaciones y una cocina, con las ventanas tapiadas. En una habitación habían colocado una silla en mitad del suelo. Una bombilla desnuda rodeada por una pequeña jaula de metal iluminaba la estancia y la silla con una luz amarillenta. Las paredes y el techo estaban hechos con viejos tablones de madera de pino y, en el suelo, algunos tablones habían empezado a combarse. En la otra habitación había una cama, un pequeño jergón oxidado sin colchón, que recordaba más a un catre de campamento o a la cama de una celda de prisión. El papel pintado de las paredes se había despegado y colgaba como el pétalo de una flor marchita sobre la cama.

Lina volvió la cabeza en la otra dirección y vio una cocina. Las moscas revoloteaban sobre una mesa de madera. Una estrecha escalera conducía al

piso de arriba.

A Sandra le brillaban los ojos y parecía tranquila e inocente.

—Camina —le dijo.

Pero Lina no podía moverse. Sentía los músculos flojos y cansados, probablemente debido a lo que hubiera en aquella jeringuilla. Luchó por llenar de oxígeno sus pulmones. Notaba el asqueroso olor a moho y el dolor en la cabeza.

Sandra la agarró por debajo de los brazos y la arrastró por el suelo hacia la habitación de la silla. Lina se sentía completamente impotente mientras sus pies se arrastraban por el suelo.

Apenas reaccionó cuando Sandra utilizó un cuchillo para soltarle la cinta de las muñecas.

—Siéntate —le dijo.

Se desplomó sobre la silla, pensando que sería mejor hacer lo que le decía.

—Los brazos en los reposabrazos.

Lina colocó los brazos en los reposabrazos y vio como Sandra se los ataba con nuevas cintas.

Creyó ver una sonrisa en la comisura de sus labios. De pronto recordó la primera vez que se habían visto. Fue en una fiesta, en la celebración anual del personal del puesto de ambulancias.

Había discutido con Philip y se pasó sentada en el cuarto de baño más de una hora, cansada y triste. Sandra también estaba allí. Philip había estado buscándola y Sandra se había ofrecido a ayudarlo. Había ido al baño de mujeres, había convencido a Lina para que abriera la puerta y ambas habían pasado largo rato hablando. Sandra se había mostrado divertida y comprensiva.

La había escuchado y le había hecho preguntas. Sus ojos desprendían felicidad y energía.

Ahora estaba allí de pie, con una expresión difícil de interpretar; no era la misma persona.



Sandra se inclinó sobre ella, le levantó el jersey y dejó al descubierto su tripa. Lina negó con la cabeza y empezó a mover las piernas, tratando de hacer ruido, intentando que parase, pero Sandra ni siquiera la miraba. Era como si no la oyera, como si estuviera sorda... o en su propio mundo.

Solo cuando empezó a llorar, Sandra la miró.

—Cálmate —le dijo—. Ni siquiera he empezado aún.

Giró a la derecha y ascendió por una pequeña colina, después continuó en línea recta y finalmente torció a la izquierda. Entonces se detuvo por completo. Jana Berzelius atisbó el Volvo blanco entre los árboles. Se hallaba detenido en un pequeño claro, aparcado frente a una destartalada casa de madera de dos plantas.

Retrocedió unos metros, se situó al borde del camino y apagó el motor. Bajó la ventanilla y observó, escuchó, y supo que existía el riesgo de que estuvieran observándolos en aquel mismo momento, de que Sandra hubiese oído aproximarse el coche.

Dio un respingo cuando el móvil comenzó a vibrar en su regazo. Era Henrik Levin de nuevo.

Volvió a subir la ventanilla y tomó aliento antes de responder. Intentó sonar tranquila y profesional.

—Sandra no estaba en la vivienda de los Engström —le informó Henrik.

—¿No? —preguntó ella con falsa sorpresa.

—No, pero creemos que se ha llevado a Lina. Vamos de camino hacia Söderköping.

Creemos... Erika... creció... Lilla...

Jana agarró el volante con más fuerza.

—¿Dónde estáis ahora? ¿Hola? Henrik, ¿dónde estáis ahora?

—Hemos... Norrköping... estaremos ahí... minutos.

—Casi no te oigo, Henrik. ¿Puedes repetirlo?

—Estaremos... ahí...

La conexión se cortó. Jana miró el teléfono y vio que no tenía cobertura.

Maldijo en voz alta, cerró los ojos y golpeó el volante varias veces.

—Vamos a mantener la calma, vamos a mantener la jodida calma —le dijo Danilo—. ¿Con quién hablabas? ¿Quién es Henrik?

—La policía —respondió Jana—. Parece que vienen hacia aquí.

—¿Aquí? ¿Donde estamos nosotros ahora?

—Sí.

—¿Qué coño? ¿Qué les has dicho?

—¡Nada!

—¡No tengo tiempo para esto! —gritó Danilo—. ¡Dime qué les has dicho!

—No les he dicho nada...

—Vas a entregarme, ¿verdad? ¿Cómo puedes ser tan...?

Le oyó moverse y reaccionó de inmediato inclinándose hacia delante, pero fue demasiado tarde. Sintió un brazo musculoso que le rodeaba el cuello y la pegaba de nuevo al respaldo del asiento con una fuerza brutal. Danilo apretaba con tanta fuerza que empezó a nublársele la visión.

—¿Cómo has podido ser tan estúpida? —le gritó al oído.

Jana trató de tomar aire e intentó retorcerse para soltarse. Entonces sintió el cuchillo arañándole la cintura. Deslizó la mano por su espalda lo más rápido que pudo, pero solo alcanzó a rozar el cuchillo con la punta de los dedos. Le parecía imposible, y aun así volvió a intentarlo. Se retorció en el asiento, arqueando la espalda, y por fin agarró el cuchillo. Lo sacó con un movimiento rápido y le atacó con él. Pero Danilo reaccionó instintivamente, apartó el cuchillo de un manotazo y con demasiada fuerza.

Y el arma acabó clavada en su muslo. Jana gritó de dolor y notó que él aflojaba el brazo alrededor de su cuello. Tardó un segundo en entender lo que había sucedido. Con manos temblorosas, se sacó el cuchillo y lo dejó caer en el asiento del copiloto. Apretó con las palmas de las manos contra el pantalón y vio que la sangre empezaba a filtrarse entre sus dedos.

—¿Qué coño estás haciendo? —le dijo, mirándolo a través del espejo retrovisor. Lo miró, vio su pelo oscuro, el color de su piel, su respiración jadeante...

—Conduce —le dijo Danilo.

—No —respondió ella negando con la cabeza—. Primero tengo que reunirme con alguien.

Levantó la mano y soltó un taco al darse cuenta de lo profunda que era la herida del muslo.

Volvió a agarrar el cuchillo, cortó con él una manga de su camisa y apretó los dientes por el dolor al atarse el trozo de tela por encima de la herida abierta. Después volvió a guardarse el cuchillo en la cintura.

—¿Por quién? —preguntó él—. ¿Por quién coño estás arriesgando tanto?

Jana sacó lentamente la llave del contacto, se la guardó en el bolsillo y dijo:

—Por la mujer que asesinó a mi madre.

Entonces contó hasta cero, miró hacia la casa destartada y salió del coche.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Lina Engström lloraba en silencio, sentada sola en la silla en aquella habitación vacía. Cuando abrió los ojos, había perdido la noción del tiempo; no sabía si había pasado un segundo o un minuto. Giró la cabeza en todas direcciones. Sintió que tenía el pelo pegado a la cara. Intentó mover los brazos y gimió de dolor al notar las cintas cortándole la piel. Inclino la cabeza hacia un lado y trató en vano de quitarse la cinta de la boca frotándosela contra el hombro. Estaba bien pegada, pero entonces comenzó a soltarse. Volvió a ladear la cabeza, esta vez contra el otro hombro, y apretó con todas sus fuerzas. Ya tenía media boca libre, y la cinta aleteó un poco cuando tomó aire.

Oyó pasos a su espalda, una puerta que se abría y después una respiración tranquila. Sandra había vuelto, ahora con su mochila, que depositó en el suelo frente a ella.

—Ah, ¿te has quitado la cinta? —le preguntó mientras abría la mochila y sacaba un objeto afilado, un escalpelo.

Lina abrió mucho los ojos y comenzó a gimotear de nuevo.

—No, no, no —dijo.

—Será mejor que te relajes, Lina. No vas a salir de esta casa.

—¿Qué... qué... qué vas a hacer? —le preguntó Lina.

Sandra separó los labios y le mostró los dientes en una amplia sonrisa.

—Tienes unos magníficos vasos sanguíneos superficiales —le dijo mientras le remangaba el jersey.

Lina negó con la cabeza.

—Sí, es verdad, pero vamos a intentar ir un poco más allá dentro de tu estómago.

—¡No!

Algo en la desesperación de su grito hizo que Sandra se detuviese. La miró a los ojos, acercó el escalpelo a su tripa desnuda y vio cómo se estremecía.

—La tripa no, por favor, la tripa no.

—¿No? —dijo Sandra, acercando de nuevo el escalpelo.

—¡No! Por favor, para, Sandra, para —le dijo—. Estoy embarazada.

—¿Qué? ¿Estás embarazada?

Sandra comenzó a reírse.

—Ahora me doy cuenta. Tienes otro aspecto. ¿De cuántas semanas?

Colocó la palma helada de la mano sobre el vientre de Lina, que se retorció como una lombriz en la silla, tratando de escapar.

—Pero eso no es excusa —le dijo Sandra—. Aun así vas a morir, pero no con el bebé de Philip dentro de ti.

Levantó el escalpelo.

Lina gritó con todas sus fuerzas cuando la hoja afilada le desgarró la piel. Estiró los dedos en todas direcciones.

Sandra se agachó ante ella.

—¿Sabes qué? —le dijo, riéndose—. Odio a Philip. No entiendo cómo has podido soportar estar con un gilipollas débil y miserable como él. Deberías darme las gracias, porque hoy te libraré de una vida de mierda.

Entonces se levantó, abrió la puerta y abandonó la habitación.

Lina estaba hiperventilando. Lo último que vio fue la sangre que salía de su vientre y le resbalaba por los muslos. Y, pocos segundos después, todo se volvió negro.

Fue cojeando cincuenta metros hasta detenerse. A otros cincuenta metros se hallaba el Volvo blanco, vacío y apagado. Jana Berzelius se aseguró de tener el trozo de tela bien apretado alrededor del muslo antes de continuar hacia la casa destartalada. Llegó hasta una puerta situada en la parte de atrás, se pegó con fuerza a la pared y sintió los tablones resquebrajados y podridos contra su espalda. Pegó la oreja a la fachada y escuchó con atención. Por el rabillo del ojo vio una luz encendida procedente de lo que supuso que sería la cocina, y se agachó. Una luz, tal vez una lámpara de mesa. Vio una sombra moverse y acercarse al marco de la ventana.

Sandra.

Lanzó una mirada hacia la puerta y probó con el picaporte, pero estaba cerrada con llave.

Agachada, siguió bordeando la casa. La hierba amortiguaba el sonido de sus movimientos.

Llegó hasta la parte delantera de la casa y volvió a escuchar, pero esta vez no oyó absolutamente nada. Colocó la mano con cuidado sobre el picaporte, sacó el cuchillo de su cintura y abrió la puerta. En un rincón de la entrada había una lámpara de pie encendida y polvorienta, y de inmediato sintió el olor a madera húmeda y moho.

Además de la cocina, parecía haber dos habitaciones en el piso de abajo. La puerta de una de ellas estaba abierta. Se asomó, pero no había nada allí. Entonces caminó cojeando hacia la otra, atenta a cualquier sonido, antes de agarrar el picaporte y abrir la puerta. En mitad de la habitación vio a una mujer sentada en una silla, con la cabeza colgando y un trozo de cinta adhesiva medio suelta en la boca. Le salía sangre de la tripa, chorreaba por la silla y llegaba hasta el suelo. La escena le recordó a las fotos que había visto a lo largo de la investigación de los asesinatos. Una persona atada a una silla, sentada en un mar de sangre. Dio por hecho que la mujer sería Lina Engström, pero eso era todo lo que había logrado analizar cuando oyó un ruido en el piso de arriba.

Entró en la habitación, se dio la vuelta y cerró la puerta con cuidado, dejándola abierta solo unos pocos centímetros para poder ver el pasillo y la puerta de entrada. Entonces dio un paso atrás y esperó a Sandra Gustafsson.

## 32

Henrik Levin y Mia Bolander habían abandonado la E22 y ahora estaban inmersos en un oscuro bosque. Habían avanzado varios kilómetros por una carretera de grava. Henrik agarraba el volante con fuerza, salió de una curva y aumentó la velocidad al ver un tramo recto delante de él.

El suelo era duro, seco y pedregoso, y el coche rebotaba y vibraba. Con los haces de luz de los faros, veía los agujeros y las irregularidades del terreno, pero no hacía nada por evitarlos.

Solo pensaba en conducir lo más rápido posible. Pasado casi un kilómetro más, no tuvo más remedio que detenerse, ya que la carretera se bifurcaba.

—Según el GPS, da igual qué camino tomemos —le informó Mia—. Ambos llevan hasta Lilla Ladumossen.

—¿Estás segura? —le preguntó Henrik.

—Sí —respondió—. ¿Qué camino tomamos?

—Este —dijo él, giró el volante hacia la izquierda y se adentró por el sendero más estrecho.

Jana oyó pasos. Primero en la escalera, después en el pasillo y, finalmente, acercándose a la habitación en la que ella estaba, la habitación con la mujer inconsciente. Agachó la barbilla y observó cómo la puerta se abría lentamente.

Sandra se quedó mirándola unos segundos y apretó los labios.

—¿Quién eres tú?

—Quería hablar contigo —le respondió Jana con un tono controlado. Sentía la rabia en su interior, era casi imposible de contener.

—¿De qué quieres hablar? —le preguntó Sandra.

—Quiero hablar de un aviso que tuviste...

—Eres la fiscal, ¿verdad? —Sandra sonrió—. Pensé que ya habíamos

terminado con eso.

Qué ingenuo por tu parte venir hasta aquí.

—¿Yo soy la ingenua? —preguntó Jana—. Tú mataste a mi madre. ¿Creías que ibas a salir impune?

—Murió de un ataque al corazón.

—No —respondió Jana—. No murió de un ataque al corazón, murió por asfixia...

Sandra se quedó mirándola y sonrió de nuevo.

—Has hecho tus deberes —comentó—. Y lo siento de verdad. Yo misma sé lo que es perder a una madre, pero no tuve elección. Había visto demasiado...

—¿A qué te refieres con eso?

—Bueno, ¿qué puedo decir? Se despertó justo cuando yo estaba quitándole a Philip el anillo del dedo. Supongo que sabes quién es Philip. Iba a echar a perder mi plan, podría haberlo estropeado todo con su mirada curiosa..., debería haber mantenido los ojos cerrados...

—Estás enferma —le dijo Jana.

—... pero se quedó mirándome —continuó Sandra con desdén—. Vi el pánico en sus ojos cuando no podía respirar. Intentó zafarse, pero no pudo.

Jana no pudo aguantar la rabia por más tiempo. Distribuyó el peso de su cuerpo de manera uniforme entre ambos pies, ignorando el dolor del muslo, y se lanzó hacia Sandra. Empleó todo su peso en el ataque, impulsándose contra ella y tirándola al suelo. Las dos cayeron hacia atrás, pero Sandra giró el cuerpo hacia un lado y volvió a ponerse en pie. Agarró a Jana y le dio una patada en el muslo herido. Jana gritó de dolor, pero contraatacó con una patada en el estómago.

Sandra soltó un grito ahogado, tratando de recuperar la respiración, retrocedió varios pasos y salió de la habitación, recorrió el pasillo y subió las escaleras. Jana se puso en pie para ir tras ella, pero la herida del muslo le impedía avanzar con rapidez. Cojeó por el pasillo y miró hacia las escaleras. Todo estaba en silencio. Se agarró a la barandilla, apoyando el peso en una pierna, y fue subiendo poco a poco. Justo cuando estaba a punto de llegar al

último escalón, apareció Sandra, enseñándole los dientes con el cuello en tensión, y le dio una fuerte patada.

Jana no tenía nada que hacer y cayó de espaldas escaleras abajo, golpeándose la cabeza, los brazos y la espalda. Aterrizó sobre el muslo herido y se quedó tirada en el suelo, sin aliento.

Cuando levantó la mirada, vio a Sandra bajando lentamente las escaleras con una mirada de superioridad. Jana fue a sacar el cuchillo que llevaba en la cintura del pantalón, pero no lo encontró. Giró la cabeza y lo vio tirado en el suelo a dos metros de la puerta de entrada.

—¿Es eso lo que buscas? —preguntó Sandra señalando el cuchillo—. ¿Dónde lo querías?

¿En el cuello? ¿Entre las costillas?

Lo recogió del suelo, calibrándolo en la mano, pero, justo cuando estaba a punto de levantarlo para clavárselo, algo le hizo darse la vuelta. Fue como si la puerta de entrada explotara: Danilo se había lanzado contra ella con todo su peso, noventa kilos de rabia contra una puerta podrida.

Las astillas de madera salieron volando por todas partes y los viejos tablones quedaron hechos pedazos.

La puerta golpeó a Sandra, que soltó un grito y salió despedida hacia atrás. El cuchillo dio vueltas por el suelo. Al ver que no se levantaba, se dirigió hacia ella.

—Levanta —le dijo—. Me gustan los desafíos. Hacen que sea más interesante.

Sandra se puso en pie y él dejó que se le acercara.

—Vamos —le dijo—. Haz algo, dame una razón.

Ciega de ira, Sandra le lanzó un puñetazo, pero él lo paró. Volvió a intentarlo, esta vez hacia su entrepierna, y él no perdió el tiempo. La agarró, colocando su brazo izquierdo alrededor de su cuello, sacó la pistola de la cintura de los pantalones, puso la boca del cañón contra su sien y disparó. Estaba muerta antes de caer al suelo.

Danilo se limpió la pistola en la sudadera, la colocó en la mano de Sandra y restregó sus dedos contra el acero varias veces. Después dejó la pistola



cerca del cuerpo.

—¿Hemos terminado? —le preguntó a Jana, que se tocó el muslo con manos temblorosas.

Trató de levantarse, pero el dolor se lo impidió. Justo entonces oyó el sonido de un motor a lo lejos, por el camino.

—Tenemos que irnos —le dijo, y vio que Danilo también era consciente de lo que iba a ocurrir.

Intentó levantarse de nuevo, pero el dolor era insoportable. Se dobló hacia delante, notó las manos de Danilo en la cintura y sintió que la levantaba del suelo. Lo primero que pensó fue en detenerlo, en decirle que podía caminar sola, pero sabía que tardaría demasiado tiempo en regresar al coche. Respiró con la boca pegada a su sudadera mientras la llevaba en brazos hacia el coche, donde la dejó con cuidado en el asiento del conductor. Se soltaron y él volvió a sentarse en el asiento de atrás. Se quedaron callados, mirando la oscuridad.

Menos de treinta segundos después, vieron los faros de los coches entre los árboles. Ella alzó la cabeza, lo miró a través del espejo retrovisor y vio que asentía. Fue un movimiento muy sutil, casi imperceptible. Ella le devolvió el gesto con la misma sutileza. Puso en marcha el coche, giró el volante y regresó por el mismo camino por el que habían llegado.

Henrik Levin agarró los prismáticos y los apuntó hacia el Volvo blanco y la casa destartada.

Las coordenadas del GPS los habían llevado hasta allí, y ahora había tres unidades preparadas.

Dos agentes en el este, detrás de la casa. Otros dos en el noroeste, en la parte delantera.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Mia desde el asiento del copiloto.

—Esperamos hasta que nos digan que está todo despejado —respondió él.

—Pero si el coche está ahí parado —dijo Mia con impaciencia—. ¿A qué esperamos?

—Primero tienen que estar todos en posición.

—Dame los prismáticos —le dijo ella estirando la mano—. Dámelos.

Henrik se los entregó.

—Es difícil ver movimiento con la puta oscuridad —murmuró ella.

—Cierto —respondió él.

—Pero fíjate en la puerta de entrada —le dijo Mia, mirándolo.

Henrik recuperó los prismáticos y trató de hacer *zoom* al máximo.

—Apenas se ve que haya puerta —comentó.

Mia se cruzó de brazos y suspiró.

—No —dijo—. No hay nada que esperar.

—Cálmate, ¿quieres? —le dijo Henrik mirando hacia el camino.

Mia sacó su arma reglamentaria y revisó el tambor.

—Está ahí —aseguró—. Sandra Gustafsson. Puedo sentirlo.

—Tenemos que evaluar la situación.

—Pero no tenemos por qué tardar cien años.

Henrik la miró molesto.

—¿Quieres dejar de ponerte nerviosa?

—Pero está allí, y estoy segura de que tiene a la esposa de Philip. ¿Quién sabe lo que estará haciéndole en este momento?

Henrik no respondió, en su lugar volvió a levantar los prismáticos y miró hacia el coche.

—A la mierda —dijo Mia, abrió la puerta del coche y salió.

Corrió por la hierba con pasos rápidos. Hacía más frío en el claro, y su aliento se veía en el vaho que desprendía su boca. Vio que los hombres se hacían señales. Revisaron sus armas, la siguieron hacia la casa y se coloraron en posición frente a la puerta abierta. Uno de ellos, el que tenía el pelo largo por debajo del casco, levantó una mano. Al ver la señal, entraron.

Mia esperó fuera con impaciencia hasta oír los gritos de que el lugar era seguro. Henrik estaba justo detrás de ella cuando entró al recibidor. Lo

primero que vieron fue a una mujer tendida en el suelo, con la boca abierta y los ojos en blanco. Junto a su cuerpo había una pistola. Henrik le buscó el pulso y miró a Mia.

—Es Sandra —dijo—. Está muerta.

El agente de pelo largo se acercó a ellos.

—La escalera es segura, pero hemos encontrado esto —dijo señalando con la linterna hacia una de las habitaciones. Mia y Henrik abandonaron el cuerpo de Sandra y entraron en la habitación.

A Mia le dio un vuelco el corazón al ver a la mujer sentada en la silla. Tenía el vientre oscurecido por la sangre y la cabeza colgando sobre el pecho. A la escasa luz de la linterna, advirtió los síntomas de violencia. El suelo a los pies de Lina estaba cubierto de sangre. Mia dio un paso hacia delante, extendió el brazo y le buscó el pulso con los dedos.

—¿Lina? —dijo, pero no obtuvo respuesta.

Aguantó la respiración y volvió a tocarle el cuello a Lina.

—Está viva —murmuró—. ¡Soltadla!

Le cortaron las cintas y la colocaron con cuidado en el suelo. Henrik se quitó el abrigo y lo apretó contra el vientre de la mujer. Mia sacó su móvil del bolsillo y marcó el número de emergencias mientras Henrik seguía hablándole a Lina. Oyó que le repetía las mismas palabras una y otra vez.

—Todo saldrá bien —decía—. Te lo prometo. Todo saldrá bien.

Un extraño silencio inundaba el coche. Jana Berzelius y Danilo Peña miraban hacia el parabrisas, atentos a cualquier posible movimiento. El motor estaba al ralentí y los faros proyectaban largas sombras entre los edificios oscuros y las altas verjas. Más allá del distrito industrial, se oían los sonidos de la ciudad de Södertälje. Pasaron los segundos, pero no ocurrió nada. Jana estaba a punto de mirar la hora cuando vio un Mercedes negro avanzando despacio hacia ellos. Entornó los párpados y distinguió la silueta de un conductor solitario que mantenía la cabeza agachada sobre el salpicadero. El coche se detuvo a unos cincuenta metros.

Eran los únicos coches de las inmediaciones y se miraban uno a otro con los faros encendidos.

—¿Y las cajas? —le preguntó—. ¿Cuándo me las devuelves?

No obtuvo respuesta. Oyó tras ella la puerta del coche abrirse y cerrarse y supo que Danilo había salido. Cuando volvió la cabeza, lo vio. Se había detenido junto a su ventanilla con una bolsa colgada del brazo. El viento le revolvía el pelo. La miró durante unos segundos y sonrió.

Después empezó a caminar.

Lo siguió con la mirada. Ignoró el resto del mundo, ignoró los edificios industriales y las verjas altas, ignoró el zumbido del motor, ignoró el dolor de la pierna, ignoró todo lo que no tuviese que ver con él y con los faros cegadores del otro coche.

Entonces ya no lo vio más. En su lugar, oyó el sonido amortiguado de una puerta de coche al cerrarse y el crujido de la grava mientras el vehículo se alejaba marcha atrás.

Notó el corazón acelerado mientras desaparecía. Volvió a mirar por el espejo retrovisor. El asiento trasero estaba vacío. Él ya no estaba; se había ido. Por fin.

### 33

#### *Viernes*

Se sentó en la cama con las manos en la espalda y se abrochó el último botón del vestido negro. Jana Berzelius deslizó la mano hacia el siguiente botón y se abrochó los cinco, uno detrás de otro, lenta y metódicamente. Contempló el polvo que bailaba a la luz del sol.

La puerta del dormitorio estaba abierta. El apartamento estaba en silencio. Sin pasos, sin movimientos. Miró el reloj, supo que tendría que ponerse en pie y se levantó apoyando el peso en una pierna con cierta dificultad. La venda, oculta bajo el vestido, estaba bien apretada alrededor del muslo. Se agarró al borde de la cómoda y se apoyó en ella unos segundos antes de cojear por la habitación. Le dolía el muslo, pero lo ignoró; debía caminar sin impedimentos. No quería llamar la atención ni suscitar preguntas.

Su sombrero negro estaba a la izquierda de la balda de la entrada, lo cogió y se lo puso con cuidado. Después agarró la flor envuelta en papel, se la

acercó al pecho y la abrazó con delicadeza.

—¿Dónde quieres esta caja? —preguntó Mia Bolander al entrar en la casa unifamiliar amarilla de Smedby.

—¿Qué pone? —Oyó preguntar a Henrik desde una de las habitaciones.

—Nada —respondió ella.

—Ponla donde haya espacio.

Mia miró a su alrededor y observó la impresionante escalera y la espaciosa co-cina. Recorrió el pasillo y entró en un salón que daba a una terraza. Los altos ventanales tenían vistas a un jardín donde Emma estaba empujando el carrito del bebé y Felix daba patadas a un balón de fútbol. El salón era amplio. Sin embargo, en aquel momento tenía dentro una cuna, una cama antigua con un cabecero y un estribo altos, una mesilla de noche de color blanco, un secreter, una silla de oficina, una alfombra enrollada y muchas cajas. Tenía suelo de parqué y una chimenea de piedra.

Henrik entró en la habitación seguido de Vilma, con una lámpara de pie en la mano. Tenía el pelo revuelto y la frente sudada. Dejó la lámpara en el suelo y se acercó a ella. Vilma se quedó detrás.

—¿Qué se siente al mudarse a unos pocos cientos de metros de distancia? —le preguntó Mia mientras dejaba la caja en el suelo.

—No hemos encontrado ninguna opción mejor.

—Es un sitio muy bonito.

—Sabes que es de mi suegra, ¿verdad?

—¿Así que la habéis echado?

—¿Echar a la abuela? —preguntó Vilma con los ojos muy abiertos.

—No —dijo Henrik revolviéndole el pelo—. No hemos echado a la abuela. Ahora vive en un apartamento, ¿recuerdas?

Vilma se sonrojó.

—Un apartamento no tiene nada de malo —le dijo Mia con una sonrisa—. Menos habitaciones que limpiar.

—Eh —le dijo Henrik—. Gracias de nuevo por ayudar con la mudanza.

—No hay de qué. Me prometiste cerveza, ¿no es así?

—Por supuesto. Pero sé que han pasado muchas cosas en el trabajo últimamente y solo quiero decir que es muy amable por tu parte haberte tomado el tiempo.

—Pero nos ocupamos de ello —le recordó Mia.

—¿De la mudanza?

—De eso también, pero estaba pensando en el trabajo. O por lo menos pudimos salvar a Lina y al bebé.

También estaba a punto de decir algo sobre Sandra Gustafsson, pero no tenía ganas de hablar más de ella. Habían pasado un día entero discutiendo sobre si realmente se había quitado la vida o qué otra cosa podría haber sucedido en la casa abandonada media hora antes de que ellos llegaran. Anneli estaba convencida, sin lugar a duda, de que a Sandra le había disparado otra persona. Sí, tal vez, pero no había muchos sospechosos a los que señalar en mitad del bosque.

En cualquier caso, tendría que esperar al lunes; una nueva semana, una nueva vida.

—Cierto —contestó Henrik—, pero es una pena que no hayamos encontrado aún a Danilo Peña.

—No hablemos más de trabajo —le dijo Mia abriéndose el bolsillo de la chaqueta—. Tengo un regalo de inauguración de casa.

Le entregó una bolsa de plástico.

—Pero no tenías por qué...

—Lo sé.

Henrik miró en el interior de la bolsa.

—¿Una muñeca rusa?

—¡Sí! Y dentro tiene muchas más. Pensé que a los niños les gustaría. ¿Verdad, Vilma? ¿A que mola?

Vilma asintió, le quitó la muñeca a Henrik y comenzó a jugar con ella de inmediato.

—¿Ves? Mola mucho —le dijo Mia.

—Gracias —respondió Henrik.

—De nada. —Mia levantó de nuevo la caja con un quejido exagerado—.  
Cómo pesa. ¿Dónde la...?

—Déjame a mí —dijo él, extendiendo los brazos. Ella soltó la caja antes de que estuviera listo. Henrik intentó nivelar el peso hacia la derecha, pero no lo logró. La caja se le resbaló, cayó al suelo y aterrizó sobre su pie.

Se puso rojo y pareció que iba a empezar a gritar en cualquier momento.

Vilma lo miró y dijo:

—¿Papi?

—¿Mmmm?

—¿Es ahora un buen momento para decir esa palabra fea?

El cielo era de un azul claro y hacía frío cuando llegó al cenador de Arkösund. El viento agitaba la peonía que sujetaba en la mano mientras se aproximaba lentamente al funeral. Tras intercambiar miradas con algunos de los asistentes, vio a su padre con un traje oscuro y corbata.

Elin le sacudió la solapa de la chaqueta; no porque tuviera nada allí, solo fue un gesto, un gesto considerado. Después vio al cura con su barba larga, sus manos juntas y su mirada distante. Su padre se tapó el reloj con la manga de la camisa y se preguntó cuándo iban a empezar. ¿A qué estarían esperando? Elin dejó de sacudir la solapa y su padre tosió. Dos toses rápidas y un temblor en la barbilla.

Jana se preguntó si lo vería entristecerse, si volvería a verlo llorar. Caminó despacio por la hierba, contemplando la urna situada al otro extremo de una mesa y las coronas de flores que habían colocado a su alrededor. Se sentó en una fría silla junto a su padre. Se estremeció y, justo cuando el cura se aclaró la garganta para comenzar, pensó que debería haberse puesto ropa de más abrigo.

Su madre descansaría ahora para siempre. Era hora de despedirse.

—Cuando un ser querido fallece, con frecuencia intentamos encontrar un similar en la naturaleza, donde todo es mortal. Somos conscientes de que la

muerte es un elemento natural del ciclo eterno de la vida. Por lo tanto, me gustaría decirlos a todos los que estáis aquí reunidos que no temáis...

Jana cerró los ojos y pensó que nunca había temido a la muerte. La muerte era el punto final y la disolución de la existencia. No era nada, solo el final. Había visto la muerte muchas veces.

Había escapado de ella y la había provocado.

Cuando el violinista comenzó a tocar, abrió los ojos, se puso en pie y levantó la urna.

### 34

Era hora de embarcar en el ferri desde Nynäshamn, Suecia, hacia Gdansk, Polonia. El científico conductual Christoffer Bohm, de Mjölby, subió la ventanilla de su coche y observó al hombre con barba que se ocupaba de embarcar los coches. Llevaba pantalones azules y un chaleco amarillo. Mandó a Christoffer a un hueco situado en la fila de la derecha, detrás de un autobús Volkswagen. Soltó el freno y dejó que su Volvo avanzara hasta el espacio asignado.

—¿Nos vemos dentro de un rato en el *duty-free*? —le preguntó a su acompañante, Sanna, mientras apagaba el motor—. Solo quiero asegurarme de que el coche está bien cerrado.

—Oh, lo que tú quieras, querido —respondió ella mirándolo con curiosidad—. ¿Necesitas descansar un poco?

—Sí, es un poco agotador conducir tres horas seguidas —le dijo él con un bostezo.

—Puedo conducir yo cuando llegemos allí, si quieres.

—No, conduciré yo, pero prefiero echar un sueñecito antes que dar vueltas mirando cosas en el *duty-free*.

Ella le sonrió y le acarició la mejilla antes de recoger su bolso y salir del coche.

—Nos vemos arriba —le dijo antes de cerrar la puerta.

Cuando se hubo marchado, Christoffer reclinó el asiento y se recostó.



Cerró los ojos y oyó los ruidos de los demás coches, que iban llenando el aparcamiento. Oía puertas que se cerraban y el eco de las voces de los pasajeros al abandonar sus vehículos. El silencio entre los sonidos y los movimientos fue aumentando, hasta que finalmente cesaron los ruidos.

—¿Hola?

Se despertó al oír un golpe en la ventanilla. Cuando levantó la cabeza, vio al hombre de la barba de pie junto a la puerta del coche.

—No puede quedarse en el coche durante el viaje —le dijo a través de la ventanilla, señalando un cartel—. Tiene que abandonar el vehículo.

—De acuerdo, de acuerdo.

Christoffer asintió y dejó escapar un gruñido mientras estiraba su cuerpo en el asiento. El ferri se mecía con el vaivén de las olas cuando salió del coche y comenzó a caminar hacia la pared de acero, hacia lo que parecía ser la puerta de acceso a las escaleras. Estaba rodeado de coches. Ni siquiera los veía todos en la oscuridad, como para poder contarlos, pero debía de haber cientos.

Justo al lado de la puerta que daba a la escalera, advirtió un movimiento en el interior de un Mercedes. Se detuvo, miró hacia el interior del coche y vio moverse algo debajo de una manta.

De pronto, se sorprendió mirando la cara de un hombre con los ojos oscuros y la expresión dura. Christoffer se quedó mirándolo; no porque el hombre estuviera tumbado en el asiento trasero de su coche mientras el ferri zarpaba, sino porque le resultaba familiar.

Christoffer comenzó a caminar de nuevo, más deprisa esta vez. Para cuando llegó a la puerta, se le había disparado el pulso. Subió corriendo las escaleras, mirando hacia atrás todo el tiempo, como si le diera miedo que aquel hombre pudiera seguirlo. Sin aliento, alcanzó la cubierta superior y se abrió paso entre la gente. Algunas personas se reían, otras ya estaban aburridas.

Otras parecían enfadadas, o tristes, o claramente enamoradas. Toda esa gente formaba un muestrario de todas las emociones posibles.

Le tembló ligeramente la mano al sacar el teléfono móvil del bolsillo. Había poca cobertura, pero marcó el número de la policía de todos modos.

—Hola, me llamo Christoffer Bohm y llamo porque creo que acabo de ver a un criminal buscado. Creo que se llama Danilo...

Las puertas del ascensor se abrieron con un repiqueteo. Nunca había pensado en ese sonido, pero tampoco utilizaba el ascensor con mucha frecuencia. Se quitó el sombrero negro, se pasó la mano por el pelo para alisárselo, salió del ascensor y se aproximó lentamente a la puerta.

Permaneció allí unos segundos, respirando y escuchando, antes de sacar las llaves del bolso y abrir. Entró en el recibidor y la puerta se cerró tras ella. Se quedó quieta y, de nuevo, disfrutó del silencio. Era extraño sentirse sola otra vez.

Dejó el bolso, el sombrero y las llaves, fue a la cocina, miró a su alrededor y continuó hasta el salón. Se apoyó contra la pared, dejó caer los hombros y su cuerpo se relajó. Justo en ese momento sonó el timbre. El ruido estridente atravesó el silencio del apartamento. No esperaba a nadie, pero lo primero que pensó fue que Danilo, por alguna razón, había regresado pese a todo y que tendría que seguir conviviendo con él.

Caminó cojeando hasta la puerta, donde había una joven de rizos rubios y mejillas sonrosadas.

—¿Jana Berzelius? —preguntó.

—¿Sí?

—Tengo unos paquetes para usted.

Había siete cajas grandes junto a la puerta, todas dirigidas a su nombre, pero sin remite.

—Firme aquí, por favor.

Le mostró un ordenador de mano y Jana firmó con su nombre.

—Ya está.

—¿Dónde las quiere?

—Puedes dejarlas en la entrada.

—De acuerdo.

La mujer las metió en el apartamento una por una y las colocó junto a la puerta.

—Esa era la última —anunció.

—Gracias —respondió Jana, y cerró la puerta tras ella.

Agarró un cuchillo de la cocina y comenzó a cortar con cuidado la cinta de embalar. El corazón le latía deprisa al abrir las solapas de la primera caja, que contenía lo que se esperaba: sus diarios, sus notas; todos los detalles de su infancia. Lo que había sido.

Danilo había cumplido su palabra.

En la última caja había un trozo de papel escrito con bolígrafo. Se quedó quieta leyendo aquellas tres palabras. *Estaremos en contacto*. Al leerlas, fue como si se quedara sin fuerzas de pronto, se sentó lentamente en el suelo de parqué y se llevó las manos a la cara. La luz del sol entraba cristalina por la ventana del salón. Todo estaba tranquilo y en silencio, pero entonces ese silencio fue interrumpido otra vez por el timbre y, acto seguido, por un golpe en la puerta, a los que siguieron varios más, como si alguien estuviese ansioso por entrar.

Cerró las solapas de las cajas, se puso en pie, abrió la puerta y observó los ojos de distinto color de Per.

—Hola —dijo él mirando al suelo—. Solo quería decir que... lo siento. Lo de tu madre. Su muerte. Me enteré hace un par de días. No sabía que...

—En la vida ocurren cosas que...

—Espera —le dijo él—. Aún no he acabado.

—Pero no quiero hablar de ello.

—Déjame decir lo que tengo que decir.

—Adelante, entonces.

—Jana..., si me hubieras dicho algo, lo habría entendido.

—No sé qué se supone que debo decir a eso. —No tienes que responder. Te dejaré en paz, pero ¿te importa que me sigas gustando?

No respondió.

Per se balanceaba de un pie al otro. Asintió levemente, como si el silencio fuese respuesta suficiente, y miró a su alrededor como si buscara otro lugar al que ir. Iba a marcharse, Jana se daba cuenta. Sin embargo, en vez de dar un

paso atrás, Per avanzó un paso, extendió la mano, le acarició la mejilla y la dejó ahí unos segundos antes de bajar el brazo, darse la vuelta y marcharse.

—Espera... —le dijo ella.

Él se detuvo y se dio la vuelta, pero Jana no lo miró a los ojos.

—¿Querías algo? —preguntó Per.

—Sí —respondió ella.

Levantó la cabeza, por fin lo miró y preguntó:

—¿Quieres pasar?

## Agradecimientos

Antes de nada, quiero dar las gracias a las personas que me han ayudado con la historia, que han leído el texto y me han dado sus opiniones, que han respondido a mis preguntas y me han ayudado con los detalles fácticos, que me han prestado su atención y, sobre todo, su tiempo.

Por encima de todo, quiero dar las gracias a mis maravillosas amigas Elin Carlsson Malm, Lotta Fornander y Sofie Mikaelsson, que han dedicado muchas horas a debatir sobre lo que debería ocurrir, lo que podría ocurrir y lo que probablemente ocurriría. Vuestras opiniones y vuestra experiencia profesional significan mucho para mí.

Quiero dar las gracias a mi hermana y a mis padres. Papá, tu alegría y tu sentido del humor siempre me han inspirado. Mamá, no hay nadie en el mundo que me anime y me apoye como lo haces tú. Gracias por decirme siempre que estáis orgullosos de mí. Os quiero. Muchísimo.

Y gracias a mis lectores por nuestros divertidos encuentros, nuestras maravillosas conversaciones y todas esas risas. Me dais alegría e inspiración para escribir.

Como es de esperar, debería decir que esta historia es una obra de ficción. Cualquier parecido entre los personajes del libro y la vida real es pura coincidencia. Cualquier posible error que haya podido filtrarse en el texto es solo mío. Puede que lo haya entendido mal, se me haya olvidado preguntar o haya inventado algo para que la historia encajara mejor.

Por último, me gustaría dar las gracias a mi marido, Henrik Schepp. Sin ti y sin tu convicción de que esto funcionaría, jamás habría funcionado. Ni con el primer libro, ni con el segundo, ni con el tercero. Somos un dúo invencible — en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza— detrás de las narraciones de Emelie Schepp, la autora. Eres lo mejor de mi vida.

Gracias.